ÁLVARO DELGADO GÓMEZ
ALEJANDRO PÁEZ VARELA

IZQUIERDA

1923-2023: LA TERCA TRAVESÍA

Grijalbo

ÁLVARO
DELGADO GÓMEZ
ALEJANDRO
PÁEZ VARELA
IZQUIERDA
1923-2023:
LA TERCA
TRAVESÍA
IZQ
Grijalbo

ÁLVARO DELGADO GÓMEZ
ALEJANDRO PÁEZ VARELA

IZQUIERDA

1923-2023: LA TERCA TRAVESÍA

Grijalbo

IZQUIERDA

1923-2023: La terca travesía

ALEJANDRO PÁEZ VARELA Y ÁLVARO DELGADO

Grijalbo

Prólogo

Por qué *Izquierda*

Poco antes de entregar el borrador de *La disputa por México*, a finales de 2021, nos dimos cuenta de que teníamos la obligación intelectual (e incluso moral) de escribir *Izquierda, 1923-2023: La terca travesía*. Esto se nos confirmó apenas tuvimos contacto con la gente que acudió a las primeras presentaciones del libro: aunque detallamos la disputa política y de proyectos por los destinos de la nación, nos dimos poco espacio para plantear cuáles son las opciones polares, distantes y contrapuestas que buscan el poder para transformar México de acuerdo con sus ideas.

El primer compromiso fue buscar, documentarnos, leer, razonar, investigar, ponernos de acuerdo. Y luego nos propusimos no escribir una historia lineal de la izquierda en un siglo, que sobre eso hay literatura suficiente de politólogos e historiadores, sino reflexionar sobre lo investigado, como explica Adolfo Gilly en la primera página de una de sus obras clásicas: *La revolución interrumpida*.

Nadie escribe de la nada. Las obras tienen autores, y los autores, familia, vida propia, trayectoria profesional, experiencias y pasado. Cada uno vivimos de manera distinta nuestro paso por los medios, las lecturas que nos fuimos allegando, las personas con las que convivimos cotidianamente y las que buscamos por interés profesional o personal. Y todo impacta, por supuesto, en la manera en la que concebimos este libro. Pero hicimos lo posible por que cualquier idea que nos alejara de la verdad quedara fuera, porque esta es una revisión de hechos que se sucedieron en un siglo, no todos sino los que consideramos que podrían hilar un argumento y arrojar luz a quienes accedan a este documento una vez que pise la librería —de

novedades o de viejo— con el interés de contar con esta visión sobre la izquierda mexicana.

La idea más común para describir desatinos, tropiezos y frustraciones de la izquierda ha sido, durante décadas, que no se le debe combatir porque "se extingue sola". Esa frase, acomodada de distintas maneras, sostiene que la izquierda no se soporta ni a sí misma, que es tan egoísta que prefiere atrincherarse en sus ideologías que ceder por el bien común y que por eso se mantiene en el plural: "las izquierdas". No hay izquierda, se dice; son izquierdas. Y no es para plantear una diversidad de pensamiento —que lo hay—, sino para exhibir su incapacidad de dominar instintos tribales. Se concluye, así, que no es un proyecto, sino ideas sueltas, planes aislados; tropiezos individuales que confluyen en frustraciones colectivas.

Esa manera de ver a la izquierda, por supuesto, ha servido al proyecto que se le contrapone. Y hay que reconocer, de entrada, lo robusto del movimiento de centro-derecha en México, el cual ha logrado, en una operación que acumula décadas, mantenerse unido en el poder. Su estrategia fue, durante casi un siglo, ganadora. Primero, porque arrincona los movimientos sociales para hacerlos ver como reclamos aislados e inconexos, lo que hace más fácil la tarea de combatirlos; y, segundo, porque así se deslinda de la responsabilidad de haber usado al Estado para diluirlos, usarlos, corromperlos, apresarlos, contenerlos o desaparecerlos. Y siempre en complicidad, por desgracia, con una buena parte de la prensa; con élites intelectuales, económicas y académicas.

Este libro habla de una izquierda a la mexicana. Plantea ideas básicas que la cohesionan: el deseo de igualdad; la soberanía y la libertad como una emergencia; la dignificación del trabajo y un concepto incorporado con dolor: los pobres primero. Siglos de nación mexicana y debemos repetir "primero los pobres" muchas veces, como conjuro, porque no se ha socializado la frase, aunque fue lema de tres campañas antes de que un izquierdista, Andrés Manuel López Obrador, ganara por primera vez la presidencia. Los mexicanos de la clase media sabemos que los pobres deben ir primero, pero en cuanto se abre la ventanilla del reparto los

mandamos a la cola, por un egoísmo sembrado desde las clases de más arriba o por lo que sea.

Lo que urgía contar es que la izquierda mexicana no es producto de la generación espontánea, sino de la resistencia. Que ha sobrevivido durante décadas a la persecución de Estado, a la apropiación del discurso, a un partido (el Partido Revolucionario Institucional —PRI—) que devoró la Revolución de 1910 para no verse obligado a cumplir sus postulados. Una izquierda que se justifica en la profunda desigualdad y en deseos de revertirla, de acabarla. Una izquierda que resistió a los asesinatos y la desaparición forzada, que durante casi dos siglos se ha enfrentado a una corriente de pensamiento abrumadoramente dominante, hábil y acomodaticia: la derecha.

Nos urgía decir que tantos muertos y tantos movimientos reprimidos han quedado en la memoria colectiva a pesar de todos los esfuerzos por borrarla; que se ha generado una especie de linaje, uno solo, que se escapa del plural peyorativo. Es izquierda, puño en alto. Una sola izquierda. Con sus muchísimas faltas y errores; con sus héroes y villanos, corruptos e irreprochables. Izquierda que resistió fraudes electorales, matanzas y tortura; que muchas veces se ocultó en las cañadas o en las casuchas de madera en las sierras y que otras veces tomó plazas y zócalos y marchó hasta desbordarse en las urnas.

Izquierda, 1923-2023: La terca travesía es un libro que explica y guía a través de los accidentados caminos de un siglo. Va de Ricardo Flores Magón a Rosario Ibarra de Piedra o la Comandanta Ramona; de Rubén Jaramillo a las mujeres que pelearon, resistieron, acompañaron y promovieron ideas revolucionarias. Va de Lázaro Cárdenas a Lucio Cabañas y de una niña-pájaro-herido de nombre Dení a los días truculentos del fraude de 2006. Transita, también, por una etapa de cruenta hostilidad contra la izquierda en las décadas recientes y hasta 2018; las batallas ante y contra la derecha gobernante que, apoyada por medios y periodistas, traicionó sus proclamas cívicas y envenenó a la democracia.

Este libro responde preguntas y, entre ellas, una muy necesaria: ¿por qué, con tanta pobreza y desigualdad, la izquierda tardó tanto en ganar su

primera presidencia?

ÁLVARO y ALEJANDRO
Abril, 2023

De Alejandro: Para Lupita, mi madre; en memoria de mi padre Aurelio y mi hermana Ana. Para Rosalba, Dalia, Aurelio, Sara y Mague. Para Dani y su familia.
Para Rita, las dos Vero (Blanco y Flores) y Ángeles; para Zepeda, Julio, Jorge Ismael y Enamorado.
Y sobre todo para ustedes, mujeres y hombres libres, que ponen en entredicho y a la vez reviven nuestra confianza en el oficio.

De Álvaro: Para Eu, Mau y Vianey, como siempre.
Y para los que jamás han claudicado en la terca travesía.

PRIMERA PARTE

Por **Alejandro Páez Varela**

Quiero la igualdad, la verdadera igualdad; la económica, firme base de la libertad. Tal vez esté yo equivocado, pero protesto ante el mundo entero que soy sincero. Es por el llamado pueblo bajo por el que lucho. Que esto sea socialismo, que esto sea anarquismo, no me importan las denominaciones. Sólo sé que mi conciencia está tranquila porque trabajo por la verdadera humanidad doliente: la pobre, la desheredada.

RICARDO FLORES MAGÓN, *junio de 1911*

Qué ironía que la Revolución mexicana haya conquistado la libertad de prensa y que hoy la llamada "gran prensa" impida la libertad de expresión. Muchos pasquines de la Ciudad de México se mantienen con dinero de la Nación. Podrán atacarme, pero nunca podrán llamarme ni ladrón ni asesino.

LÁZARO CÁRDENAS, *marzo de 1961*

¿Qué será de todos los que han enmudecido para proteger sus chambas aunque piensan en el fondo como nosotros pensamos?

CARLOS FUENTES, *noviembre de 1968*

[…] y eres única patria
contra las bestias del olvido.

JUAN GELMAN

Capítulo 1

Las bestias del olvido

PRECURSORES O REVOLUCIONARIOS

No fue fácil para Ricardo Flores Magón. No fue fácil para ninguno soportar las losas del menosprecio en vida y aún después, en la muerte. Se les aceptó como "precursores" de la Revolución mexicana pero no como revolucionarios, por paradójico que parezca. Encabezaron las primeras revueltas; construyeron parte de las estructuras que facilitaron la rebelión; fueron a las armas… sin armas, y tejieron las ideas que dieron motivos a campesinos y obreros, pero los hicieron a un lado. Los sepultó en el olvido el régimen que antes los persiguió, los encarceló, los mandó al exilio y los mató. Si esa guerra civil alcanzó objetivos, fueron los que aquellos prefiguraron y nadie les dio las gracias. Nadie los abrazó.

No fue fácil para Ricardo ni para Enrique, su hermano; ni para todos los que vivieron entre prisiones y el exilio, escondidos en cuartos sordos y escribiendo bajo la luz parda hasta perder la vista. Y no fue fácil para ninguno, antes y después de ellos, porque decirse de IZQUIERDA en México ha sido, en los últimos 100 años, caminar sobre un hilo encerado. Y abajo espera el abismo de la persecución o las bestias del olvido. Y más abajo, los cheques en blanco para los que capitulan y la gloria vana para los impostores o los que aceptan los algodones del verdugo. Y muy abajo, cerca de las raíces, la tortura y el asesinato.

Y allá viene el cuerpo de Ricardo Flores Magón, abollado, en un tren como otros trenes, en un ataúd como otros ataúdes, cruzando laderas y desiertos casi de incógnito rumbo a casa. Y allá viene el cuerpo de Flores Magón, hinchado por el yugo —como llamaban los anarquistas al trabajo —, de tanto yugo, del doble y triple yugo y de vivir de pie con las piernas quebradas. Pocos lo vieron partir, muchos menos lo abrazaron al llegar,

amortajado, y nadie preguntó por qué murió tan joven en una mazmorra de Estados Unidos, como preso político, si en sus cartas parecía tan vivo. Sólo empotraron sus restos en la tierra que amó, por la que peleó y en la que apenas mereció veladoras y consignas.

Los gobiernos de la posrevolución se beneficiaron de las luchas que los precedieron. Pocos recuerdos, apenas agradecimiento, quizá flores alguna vez en un siglo, para los obreros, mineros, campesinos, madres y padres, hijas e hijos que perdieron la vida y el patrimonio por la justicia y la libertad. Como el porfiriato, con pocas distinciones notables, los presidentes que cosecharon de la movilización de 1910 consideraron en su tiempo que esas batallas contravinieron la "ley y el orden", y el reclamo de la Historia incluye a Francisco I. Madero y a Venustiano Carranza.

Y hay razón de fondo para el rechazo desde el poder: esos levantamientos, de Río Blanco a Cananea y de Coyame a Puebla, no nacieron del interés de las clases media y alta por la justicia, y mucho menos de las élites económicas a las que sirvieron. Se gestaron contra ellas y a pesar de ellas; contra el abuso y la miseria; contra la explotación y el abandono, y con apenas pinceladas de ideología de izquierda porque esos pueblos no tuvieron acceso a educación, qué va: ni siquiera a la lectura. Y esas luchas "aparentemente allí quedaron, pero persistieron como fuego tierno en la memoria", como escribe el historiador Jesús Vargas a propósito de la reedición de *La rebelión de Tomochi*, de Francisco R. Almada.[1]

> La Revolución mexicana —escribe Ricardo Flores Magón en 1914— no es el resultado del choque de las ambiciones de caudillos que aspiren a la Presidencia de la República; la Revolución mexicana no es Villa, no es Carranza, ni Vázquez Gómez, ni Félix Díaz: estos hombres son la espuma que la ebullición arroja a la superficie. Podéis quitar esa espuma, y subirá otra nueva; y si repetís la operación, nuevas espumas subirán hasta que el contenido del crisol quede libre de impurezas. Esta es la Revolución mexicana.
>
> La Revolución mexicana no se incubó en los bufetes de los abogados, ni en las oficinas de los banqueros, ni en los cuarteles del Ejército: la Revolución mexicana tuvo su cuna donde la humanidad sufre, en esos depósitos de dolor que se llaman fábricas, en esos abismos de torturas que se llaman minas, en esos ergástulos sombríos que se llaman talleres, en esos presidios que se llaman haciendas. La Revolución mexicana no salió de los palacios de los ricos ni alentó en los pechos cubiertos de seda de los señores de la burguesía, sino que brotó de los jacales y ardió en

> los pechos curtidos por la intemperie de los hijos del pueblo. Fue en los campos, en las minas, en las fábricas, en los talleres, en los presidios, en todos los sombríos lugares en que la humanidad sufre, donde el hombre y la mujer, el anciano y el niño tienen que sufrir la brutalidad del amo y la injusticia del Gobierno, donde alentó la Revolución mexicana durante siglos y siglos de humillaciones, de miserias y de tiranías.
>
> El periodo de incubación de la Revolución mexicana comienza desde que el primer conquistador arrebató al indio la tierra que cultivaba, el bosque que le surtía de leña y de carne fresca, el agua con que regaba sus sembrados; continuó desarrollándose en esa noche de tres siglos llamada época colonial, en que los ijares del mexicano chorrearon sangre castigados por la espuela del encomendero, del fraile y del virrey, y continuó su curso bajo el Imperio y la República federal, bajo la Dictadura y la República central, bajo el Imperio extranjero de Maximiliano y la República democrática de Juárez, hasta llegar a hacer explosión bajo el dorado despotismo de Porfirio Díaz, en que alcanzó su máximo de horror la odiosa tiranía de cuatro siglos.[2]

Ricardo Flores Magón, Librado Rivera y otros agrupados en logias, clubes y en el Partido Liberal Mexicano (PLM) desde inicios del siglo XX —liberales que transitaron, muchos de ellos, hacia el anarquismo— habían escogido 1906 como año para tomar las armas, pero esa revolución fracasó por muchas razones. Era, como habría de suponerse, un levantamiento más precario, con pocos recursos y exceso de confianza en que una primera fuerza de empuje despertara a otras.

Ricardo conocía bien el poder y la tragedia de la prensa; entendía que desde los medios se crea y se destruye, e hizo lo que pudo con las herramientas a su alcance. Pero su movimiento estuvo a contracorriente de la gran prensa de la Ciudad de México, que antes, durante y después (muchas décadas después) de la Revolución se puso del lado del conservadurismo, del oficialismo y de todos los *ismos* que le garantizaran un espacio en la corte y, fundamentalmente, dinero. Los levantamientos de finales del siglo XIX y de principios del XX fueron duramente difamados por los impresos, y sus líderes, tachados de bandoleros, violadores y asesinos.

Además, esas primeras revueltas se toparon con el enorme poder de Estados Unidos como *regulador* de los acontecimientos en México, al que tenía (y tiene) sometido por la cercanía y con la dependencia económica. Si veía con simpatías a un grupo y beneficiaba a sus intereses, ideológicos o

económicos, lo dejaba operar y hasta lo ayudaba. Madero pudo comprar armas y contratar mercenarios y apostarse en las afueras de El Paso, Texas, para presionar a Porfirio Díaz sin que se le persiguiera o se le prohibiera allá, y sin arriesgar el pellejo acá. El maderismo era, al final de cuentas, un levantamiento que no buscaba repartir las haciendas de los estadounidenses ni liberar a los esclavos en ellas; no era una causa que simpatizara con la democracia económica (el reparto justo de la riqueza, abatir la desigualdad, etcétera). Era, apenas, una exigencia de democracia electoral: quería tener acceso a las decisiones y al poder. En cambio, los liberales revolucionarios eran pobres, venían de abajo y acusaban traición de clases. Querían justicia social, costara lo que costara. Y eso tuvo consecuencias.

Claudio Lomnitz escribe, en *El regreso del camarada Ricardo Flores Magón*:

> La importancia ideológica del Partido Liberal Mexicano estaba en proporción inversa a su relevancia militar. En el campo de batalla, el movimiento fracasó desde el principio. En 1906 y 1908, el llamado revolucionario de los liberales fue prematuro en relación con las condiciones sociales y políticas de México, y cuando finalmente se produjo la situación conducente a la Revolución, en 1910, los liberales no tuvieron la capacidad de aprovecharla. Las ofensivas militares liberales se desmoronaron apenas unos meses después de estallar la Revolución. La construcción de su ideología parecía una ilusión holográfica: sus elegantes contornos, volúmenes y perspectivas no tenían sustancia concreta. ¿Cómo se puede entender la falta de conexión entre el trabajo ideológico de los liberales y la práctica cotidiana de la Revolución en México?[3]

En otro apartado, Lomnitz dice:

> Los revolucionarios sabían muy bien todo esto y hacían el mayor esfuerzo por mantener neutral a Estados Unidos o por atraerlo a su bando. Necesitaban el reconocimiento del gobierno de Estados Unidos; necesitaban evitar la intervención militar de Estados Unidos; necesitaban vender y comprar mercancías en Estados Unidos, y también necesitaban obtener armas ahí. Incluso en los niveles organizativos más elementales, los revolucionarios necesitaban el acceso a las tiendas, la tolerancia policiaca, la solidaridad popular y el apoyo económico del lado estadounidense de la frontera. Sin embargo, los liberales nunca aspiraron a ser reconocidos oficialmente por Estados Unidos. Esto parece natural, dado que eran anarquistas y se oponían a ese gobierno, como se oponían a cualquier otro. No obstante, esto mismo también indica qué tan lejos estaba este movimiento político de cualquier posibilidad de tomar el poder nacional en el sentido más amplio del término. Francisco I. Madero, por el contrario, contrató cabilderos y

envió representantes personales a Washington desde el momento en que su partido se levantó en armas y comenzó a relacionarse con las compañías petroleras estadounidenses. Otros presidentes después —Venustiano Carranza, Álvaro Obregón y Victoriano Huerta— buscaron este mismo tipo de conexión, y también lo hizo Pancho Villa. En cambio, los liberales pusieron su confianza en la solidaridad de cartas menos importantes —sindicatos, los *wobblies*, los socialistas— y limitaron sus gestiones diplomáticas ante el gobierno de Estados Unidos a luchar contra la extradición a México de refugiados políticos.

No fue fácil. Los movimientos que facilitaron el levantamiento obrero y campesino en México durante la Revolución fueron moldeando sus formas de lucha desde finales del siglo XIX y los primeros años del XX. No sólo dónde empezar sino cómo sostenerse y con cuáles métodos hacer más efectiva la presión, al menor costo posible. *Regeneración*, el periódico de los Flores Magón, era justo eso: ensayo y error. Había iniciado como un diario de causas judiciales (en donde la gente podía quejarse de jueces o exponer casos de injusticia y corrupción del Poder Judicial) y luego se volvió una ventana de opositores contra la dictadura de Porfirio Díaz. El costo fue que, desde muy jóvenes, los tres hermanos conocieran la prisión y su madre comprendió que su vida sería entre la miseria en la Ciudad de México y las visitas a prisión.

Pero para otros, mineros y textileros, no hubo mucho espacio para aprender debido a la brutalidad del régimen, que mandó al ejército a las huelgas con la orden de disparar porque justo en esos sectores se concentraban intereses extranjeros. Y aun así resistieron y fueron ellos, como Cananea, los que anunciaron antes que nadie el fin de la dictadura. Y hubo quienes, como los ferrocarrileros, se fortalecieron con las insurrecciones constantes. Los movimientos "cuna" de la Revolución fueron casi en su mayoría obreros, de proletarios de comunidades, pueblos y ciudades. Luego se unirían los campesinos, que fueron el grueso y que dieron el verdadero cuerpo a la causa revolucionaria.

Adolfo Gilly dice en *La revolución interrumpida*:[4]

Los primeros grandes movimientos que preludiaron la revolución y fueron portadores del descontento nacional no partieron del campesinado, sino del proletariado. El capitalismo, al desarrollar concentraciones urbanas e industriales, ferrocarriles, un ejército nacional basado en la

leva (de donde los campesinos reclutados por la fuerza regresaban a sus pueblos con rudimentos de conocimientos militares modernos), fue dando los elementos para que la nueva rebelión agraria no se descargara en simples y dispersas revueltas campesinas, sino en una revolución a escala nacional. En la primera década del siglo fueron grandes huelgas obreras, y no levantamientos campesinos locales al estilo del de Julio Chávez López en los tiempos de Juárez, las que concentraron el descontento nacional y expresaron en centros de poder económico la inquietud social difusa de las masas del país.

Muy joven y en labores de periodista, Flores Magón abogaba por el fin de la dictadura y por una nación libre y democrática; luego de los golpes del régimen se radicalizó: anhelaba inflamar al pueblo en una revuelta armada contra sus verdugos. Madero y los suyos, en cambio, nunca quisieron una revolución. Peleaban libertades políticas y se planteaban dejar las cosas más o menos como estaban y, con paciencia, ir reconstruyendo el país que ellos imaginaban desde su posición de privilegio, sin que eso significara reconstruir la relación entre las clases sociales. El destino, y algo de ayuda de Estados Unidos y del dinero, puso la Revolución en manos de los segundos, pequeñoburgueses o burgueses bien formados. Por eso se explica que la guerra civil tuvo varias etapas (hubo que recomenzar mucho de lo que iniciaron) y un final imaginario, sin esa foto donde los revolucionarios bajan una bandera y ponen la otra. Lo único parecido a eso es cuando dos campesinos pobres, Francisco Villa y Emiliano Zapata, toman Palacio Nacional y uno de ellos se sienta en la silla presidencial. Significativo también que al primero lo mató el gobierno de Estados Unidos, y al segundo, el gobierno de su propio país.

Perseguidos por el régimen porfirista después de su participación en varias de las huelgas y levantamientos en los albores del siglo XX, los líderes liberales salieron de México antes del estallido de 1910 y enfrentaron lo que muchos otros mexicanos durante el siglo que vendría: los de allá no los aceptaban por ser de acá, y los de acá por estar allá. Recientemente han sido reconocidos como “precursores” del movimiento chicano, aunque el uso del término puede traducirse exactamente de la misma manera que cuando se les llama “precursores” de la Revolución. Porque precursores del levantamiento social no eran: Madero nace en 1873

y Ricardo en 1873; el primero es de octubre y el segundo de septiembre, con 15 días de diferencia. Es decir, eran contemporáneos. Pero a la historia oficial le pareció suficiente mandar a Flores Magón atrás en su línea de tiempo imaginaria antes que reconocerlos como luchadores que se habían adelantado a los que después se organizaron para exigir elecciones limpias, y terminaron, muy a su pesar, tomando las armas.

Los magonistas sufrieron mucho en Estados Unidos. Recibieron apoyo constante de europeos y estadounidenses liberales y/o comunistas, lo que hace pensar que los mexicanos y mexicoamericanos no los ayudaron. Esa visión podría ser injusta, porque entre los más cercanos patrocinadores de Ricardo estuvieron algunos millonarios que podían hacerlo sin tener que darlo todo. Con respecto a su aceptación entre la comunidad mexicana o mexicoamericana, les sucedía lo que sucede hoy: que alguien puede decirse y sentirse chicano, pero será aceptado sólo si los otros que se sienten y se dicen chicanos lo desean. Los magonistas padecieron lo que sufren los migrantes, pues. Quedaron en un limbo que puede llamarse "país de en medio" y no es extraño para esos años porque casi no es extraño todavía hoy.

En el "país de en medio"

Claudio Lomnitz explica que, en el contexto del socialismo internacional,

> la ideología de este movimiento fue opacada por el bolchevismo no sólo porque este perseguía y hacía purgas de anarquistas, sino también porque esa ideología era utopista y, más aún, porque se oponía al constante abuso bolchevique de la *raison d'État* […] Para el comunismo libertario, el bolchevismo era lo que la Contrarreforma había sido para el cristianismo primitivo; y así como los jesuitas habían aplastado los valores de los cristianos primitivos, así los bolcheviques marginaron a los movimientos del comunismo libertario. En México, nuestro grupo tuvo otro destino. Su líder más importante, Ricardo Flores Magón, fue consagrado como un símbolo de pureza frente a la plaga de componendas, sobornos y asesinatos que caracterizó a la llamada "familia revolucionaria". Pero sólo después de muerto.

Agrega Lomnitz:

> Así pues, mientras en Estados Unidos el grupo no es sino la orilla vagamente evocada de un borde difusamente recordado, en México fue consagrado en la historia nacional, pero sólo después de haberlo precavidamente aislado —"antes de" y "por encima"— de la historia misma de la Revolución, y eso, además, sólo después de haberlo "bronceado", es decir, de haberlo mexicanizado, expurgado de sus lazos extranjeros. Sólo así se pudo colocar inofensivamente a Ricardo Flores Magón en el altar sagrado de reverendo ancestro.

En 1903 la dictadura aprieta a todos los que considera opositores. Cierra *El Hijo del Ahuizote* y otros medios liberales; caen presos casi todos los magonistas. "En junio, una sentencia judicial prohibió la circulación de cualquier periódico donde escribiera Ricardo Flores Magón. Era claro que no quedaba más ruta que el exilio. A finales de 1903 los Magón, los Sarabia, De la Vega y Santiago de la Hoz partieron a San Antonio, Texas, gracias al apoyo económico de Camilo Arriaga. *Regeneración* reapareció el 5 de noviembre de 1904 dirigido por el propio Ricardo", dice Carlos Illades en *El futuro es nuestro: Historia de la izquierda en México*.[5]

Pero el brazo de la dictadura era musculoso, aun después de que el dictador se había ido. Ni siquiera se necesitaba la presencia física de Porfirio Díaz para reprimir: el nuevo régimen era un brazo del conservadurismo. Victoriano Salado Álvarez, secretario de Relaciones Exteriores en 1911 (fue interino cuando Francisco León de la Barra asumió de manera temporal la presidencia) revela en sus memorias[6] cómo acordó con el procurador estadounidense la persecución de Flores Magón a causa de sus ideas. Presenta como gran logro reducir, aplastar a un opositor.

> Se perseguía a los comunistas casi con negligencia, y se utilizaban los servicios de agencias policiacas de poco crédito porque se creía contar con el auxilio seguro de la justicia americana. Nada menos en la primavera de 1909, es decir, en vísperas de la revolución, el *attorney general* Wickersham me refería que por la querella del gobierno mexicano y por otros varios datos bien claros que en Washington se habían puesto como un cabello, los magonistas quedaban condenados no a ocho meses de arresto, sino a año y medio de prisión en penitenciaría. Yo me había dado cuenta de la importancia de la propaganda porque leía muchos de los papeles que de ultrabravo se mandaban, y porque veía la impresión que hacían en el público los ejemplares de

> *Regeneración*. Por eso, apenas llegado a Washington sometí a la consideración del embajador [Enrique] Creel un plan para la persecución de los comunistas en uno y otro lado de la frontera.

José Revueltas estallaría contra el cinismo del diplomático porfirista, muchos años después, en *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*:

> Salado Álvarez, con un cinismo en realidad asombroso, pero que parece no causarle el menor desasosiego —y que ante sus propios ojos se justifica del modo más natural por tratarse de la lucha contra "los comunistas"—, no tiene el menor escrúpulo de confesar, con insolente desenfado, los tristes manejos de polizonte y delator a que se entrega, como funcionario de la embajada porfirista en Washington, a fin de hacer reprimir, por las autoridades norteamericanas, las actividades que en Estados Unidos llevaban a cabo Flores Magón y sus partidarios, que en fin de cuentas también eran compatriotas suyos.[7]

Desde el exilio, el 28 de septiembre de 1905 se anuncia la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano. La firman Ricardo Flores Magón, Librado Rivera, Manuel Sarabia y Rosalío Bustamante. El pensador revolucionario vivirá el resto de sus días —hasta su muerte (21 de noviembre de 1922) por padecimientos tratables— entre sombras de prisiones en Estados Unidos y una libertad siempre condicionada. Queda casi totalmente ciego por escribir y leer en la oscuridad, pero deja un enorme ideario en forma de cartas, manifiestos, proclamas y discursos que no fue reconocido o difundido en su tiempo, sino muchos años después. Fue hasta 1993 cuando lo reconoce la Cámara de Diputados y se inscribe su nombre en letras doradas en el muro de honor del Palacio Legislativo de San Lázaro. En 1998 el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) llama Ricardo Flores Magón a uno de los Municipios Autónomos Rebeldes Zapatistas de Chiapas. Y en 2022 el gobierno de México, el primero de izquierda después de 1940, declara el Año de Ricardo Flores Magón en el centenario de su muerte.

En ese largo ensayo de 1979, muchas veces debatido y analizado desde la izquierda y desde la derecha, José Revueltas agrega:

> Resulta por demás significativo que Ricardo Flores Magón no sea considerado por los ideólogos democrático-burgueses como una de las figuras representativas de la revolución mexicana y que

> la historiografía oficial no lo cuente, tampoco, entre sus prohombres. Esta es una distinción que evidentemente honra en alto grado a la vida, a la persona y a la actividad revolucionaria de Ricardo Flores Magón como auténtico precursor proletario de la ideología socialista en nuestro país. La historiografía burguesa deja en manos del escritor reaccionario Victoriano Salado Álvarez la tarea de señalar, "desde el otro lado de la barricada" y con un indudable odio de adversario histórico, que engrandece aún más a Flores Magón, el sitio que este ocupa en el panorama de la lucha de clases en nuestro país.

Más adelante dice:

> Flores Magón no es, como lo quieren los historiadores democrático-burgueses, un simple "precursor" de la revolución mexicana. Las huelgas obreras de Cananea y Río Blanco, anteriores a la lucha armada, son movimientos dirigidos por los magonistas y las insurrecciones campesinas de Acayucan, Viesca, Las Vacas (1906), son movimientos que el magonismo dirige con absoluta independencia respecto a los conspiradores democrático-burgueses que sólo hasta 1910 se proponen convocar al pueblo a una lucha armada. El manifiesto de Ricardo Flores Magón que, en las vísperas mismas de desatarse el movimiento armado, publica *Regeneración*, "A los proletarios", es una terminante y clara formulación en que se plantea la necesidad imperiosa de que la clase obrera participe en la inminente lucha armada, pero salvaguardando, ante todo, su independencia como clase.

Revueltas cita, enseguida, un texto de Flores Magón promovido por el "Comité de agitación por la libertad de Ricardo Flores Magón y compañeros presos por cuestiones sociales en Estados Unidos" e impreso, quizá, hasta después de su muerte:

> Obreros, amigos míos, escuchad: es preciso, es urgente que llevéis a la revolución que se acerca la conciencia de la época; es preciso, es urgente que encarnéis en la pugna magna el espíritu del siglo. De lo contrario, la revolución que con cariño vemos incubarse en nada diferirá de las ya casi olvidadas revueltas fomentadas por la burguesía y dirigidas por el caudillaje militaresco, en las cuales no jugasteis el papel heroico de propulsores conscientes, sino el nada airoso de carne de cañón. Sabedlo de una vez: derramar sangre para llevar al poder a otro bandido que oprima al pueblo es un crimen y eso será lo que suceda si tomáis las armas sin más objeto que derribar a Díaz para poner en su lugar un nuevo gobernante.

David Flores Magón Guzmán describe cómo Ricardo Flores Magón se vuelve un objetivo importante del gobierno de Estados Unidos durante la

persecución de los grupos de izquierda, anarquistas o laboristas apenas después de que el régimen zarista fuera derrocado en Rusia, en 1917. El revolucionario mexicano, a su vez, participa en política interna (y no necesariamente porque le importara esa nación de manera especial, o necesariamente porque le importaba esa y todas las naciones del mundo) porque era un internacionalista y tenía contactos con grupos radicales de distintos países. Además estaba *Regeneración*, el periódico que dirigía; de acuerdo con los testimonios tenía una enorme penetración, aunque nunca sabremos su verdadero impacto porque hay registro de sus impresiones pero no de cuántos realmente lo leían por ejemplar (hay un valor relativamente nuevo que se conoce como *pass-along*, *readership* o "lectoría", que se refiere al número de individuos que leen un mismo ejemplar).

Flores Magón Guzmán escribe en su ensayo *El ocaso de un rebelde: los últimos años de Ricardo Flores Magón*:

> El crecimiento de los movimientos radicales en Estados Unidos, tanto locales como extranjeros, el contexto de la Primera Guerra Mundial y la revolución bolchevique alertaron al gobierno estadunidense y comenzó una campaña sistemática de persecución contra los "enemigos rojos". Los grupos radicales obreros y los movimientos izquierdistas que se materializaban al interior de Estados Unidos comenzaron a significar una gran amenaza para la política interna del país, sobre todo con los líderes extranjeros. Tras el ingreso de Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial en 1917, la represión contra estos grupos comenzó a realizarse de forma sistemática por parte del gobierno. Estados Unidos vivía una histeria gubernamental en torno a la "peste roja" que provenía del rechazo al socialismo soviético como una forma de gobierno viable tras la revolución bolchevique de 1917.[8]

Pero además de la histeria del gobierno de Estados Unidos está la presión de la prensa y, en particular, del dueño de *Los Angeles Times*. El antropólogo e historiador cultural cita:

> Ricardo Flores Magón era un objetivo clave en la política de represión contra grupos de izquierda. Mantenía filiación con grupos radicales en Estados Unidos. En Los Ángeles, los magonistas recibieron la simpatía y la ayuda financiera de la comunidad socialista, las corrientes anarquistas y de la Industrial Workers of the World (IWW), también conocida como los *wobblies*. Esta organización también creía en la acción directa y estaba asentada en California, dedicada a agitar a los desempleados y los trabajadores agrícolas. Para estas fechas (1911-1918),

> *Regeneración* se había convertido en un periódico internacionalista que permeaba entre las organizaciones obreras estadunidenses: "No sólo cubrió la difícil situación de los mexicanos al sur de la frontera, sino que también tomó la bandera de las comunidades marginadas en Estados Unidos, criticó el racismo generalizado y la satanización de los movimientos de los trabajadores en la prensa dominante de Los Ángeles […] Esto generó a *Regeneración* y a Ricardo enemistad con el propietario del *Los Angeles Times* y gran terrateniente en México, Harrison Gray Otis. El periódico *Los Angeles Times* pintó a Ricardo Flores Magón como un villano, como condenaron a todos los movimientos pro-laborales (Barragán y Bray, 2014).

California y Baja California son un capítulo fundamental en las distintas interpretaciones sobre magonistas y en la biografía de Ricardo. Algunos historiadores (sobre todo conservadores y oficialistas) han usado este episodio para calificarlos de apátridas; para otros revela cómo la persecución afectó de raíz su movimiento: estaban desorganizados y en el extranjero por el constante acoso de tres gobiernos: el de Estados Unidos, el de México con Porfirio Díaz y el de México con Francisco I. Madero.

Lomnitz, quizá el biógrafo más acucioso del camarada Flores Magón y de su movimiento, escribe:

> La historiografía del magonismo es un tema muy complejo por sí mismo. En la década de 1920, se publicaron sobre él tanto apologías como diatribas. Rómulo Velasco Ceballos publicó una detallada historia con muchos documentos primarios, historia que fue encargada por un antiguo gobernador de Baja California, Esteban Cantú, con el propósito de mostrar que los Flores Magón eran traidores y aliados de filibusteros que tenían como meta anexar la península de Baja California a Estados Unidos. Por el lado opuesto, inmediatamente después de la muerte de Ricardo, un anarquista español, Diego Abad de Santillán, publicó la primera hagiografía de Ricardo con un prólogo escrito por Librado Rivera. Los impresores anarquistas de la década de 1920 también publicaron dos obras de teatro que Ricardo había escrito en 1917, *¡Tierra y libertad!* y *Verdugos y víctimas*, junto con ensayos, poemas de Práxedis Guerrero y otros héroes liberales.

El 29 de enero de 1911 los magonistas en armas toman Mexicali. Los acompañan combatientes muy diversos: desde empleados y desempleados afiliados al IWW hasta veteranos estadounidenses, miembros del Partido Liberal, rancheros avecindados, oportunistas y algunos que pasaban y pensaron que era parte de la misma revuelta iniciada por Madero río

(Bravo) abajo, en Ciudad Juárez; indios, comerciantes y peones. Duró poco y fue un desastre. Díaz, antes de irse, y Madero, apenas entrando, condenaron la toma pensando que querían anexar Baja California a los gringos. Por allí apareció un estadounidense que hablaba de una "república independiente" y esa idea no se combatió con firmeza sino hasta que se volvió el discurso de la prensa allá, acá, en todas partes. En los hechos era: los magonistas quieren entregar al gobierno de Estados Unidos una parte del territorio mexicano.

Una cadena de eventos desafortunados que no ayudó, como se puede ver: los magonistas tomaron luego Tijuana, el 9 de mayo de 1911, exactamente el mismo día en que Madero tomaba Ciudad Juárez por una aparente casualidad: las fuerzas de Pascual Orozco avanzaron hacia México sin consentimiento del jefe revolucionario cuando, según historiadores locales, un grupo de sus pistoleros se enfrentó por comida con granjeros de las orillas de la ciudad (algunos de ellos de origen chino) y eso desató la respuesta federal y la final toma de la ciudad. Y luego una vorágine de eventos: el 21 de mayo se firmaron los Tratados de Ciudad Juárez y el 25 de mayo Porfirio Díaz renunció. Algunos de los magonistas armados decidieron que ya la Revolución mexicana había terminado (entre ellos John Kenneth Turner) y se retiraron. Entonces tres gobiernos (el de Estados Unidos, el de México con Díaz y el de México con Madero) voltearon enfurecidos hacia Baja California. La historia que se difundió, en resumen, era que Flores Magón y sus sicarios habían robado un pedazo de territorio mexicano para crear una nueva república o para entregarla al enemigo. Y los historiadores conservadores y oficialistas y la prensa en ambos lados de la frontera hicieron el resto.

Y allí van todos los liberales, en bola, a una prisión en Los Ángeles. Entraron en 1912 y dejaron la cárcel en 1914, cuando Madero había sido asesinado y se había convertido en el nuevo símbolo de la Revolución contra una nueva dictadura. Salieron sin dinero para publicar *Regeneración* o para saciar el hambre. Muchos magonistas habían dejado California y otros se habían unido a Carranza y a Francisco Villa en la nueva cruzada en México. Y luego vino la invasión de Estados Unidos a Veracruz y se desató

el racismo contra los mexicanos allá y el nacionalismo de los de acá que, otra vez, los dejaba en "el país de en medio".

740 DÓLARES

La persecución se agrava, el revolucionario se radicaliza. Vienen los peores días. El académico David Flores Magón Guzmán cuenta:

> Ricardo Flores Magón permaneció en la prisión federal de Leavenworth los últimos cinco años de su vida (1918-1922), purgando una condena de 21 años por supuestos actos de sedición contra el gobierno estadunidense. Estos años constituyen una base fundamental para entender su pensamiento y filosofía política radical al final de su vida. Durante ese tiempo enfrentó un proceso judicial para poder obtener su liberación, se argumentó que las enfermedades que padecía le imposibilitaban seguir una vida estable dentro de la prisión. Tanto su abogado Harry Weinberger como grupos organizados en pro de los presos políticos buscaron la libertad de Flores Magón a través de la vía legal: realizaron manifestaciones, recaudaron fondos y enviaron constantemente telegramas al procurador general de Justicia Harry M. Daugherty y a los presidentes de Estados Unidos Thomas Woodrow Wilson (1913-1921) y Warren G. Harding (1921-1923) para exigir la liberación de Flores Magón […].
>
> La defensa legal para liberarlo se basó en el argumento de su mala salud, pérdida de la vista y la negativa de arrepentimiento acerca de su ideal radical. El "cuerpo enfermo" se convirtió en un asunto de interés público y político, hasta transformarse en la bandera principal que su abogado Weinberger y las organizaciones propresos políticos ondearon, para gestionar su libertad parcial.

Para 1922, el cuerpo de Ricardo Flores Magón falla por todos lados. Ha perdido 18 kilos, tiene ceguera casi total y el odio del alcaide de la prisión federal de Leavenworth en Kansas, William I. Biddle, lo lleva aceleradamente a la muerte: manda informes falsos sobre su salud, lo amenaza, lo castiga y castiga a su hermano Enrique Flores Magón y a Librado Rivera.

Antonio Díaz Soto y Gama narra a la Cámara de Diputados el día en que se conoce la muerte de Ricardo Flores Magón:

> Me acuerdo, de pasada, como en una pincelada, de aquella su peregrinación por esta Ciudad de México, entonces más mercachifle todavía que ahora; entonces más terrible todavía para los

> revolucionarios, porque hoy se *prosterna* ante ellos —aunque sea hipócritamente, a reserva de herirlos por la espalda cuando pueda— porque los ve fuertes. Y entonces no. Entonces ser oposicionista era ser visto con desprecio y marcado con el estigma de toda la sociedad metropolitana […].
>
> Y en aquellos momentos, allá por el año de 1902, cuando floreció el imperio de las bayonetas en las manos de Bernardo Reyes, atravesaba Ricardo Flores Magón, enhiesto, altivo, entre dos filas de soldados, en unión de dos personas ilustres: Juan Sarabia y Librado Rivera. Atravesaba las calles de la Metrópoli, repito, entre dos filas de soldados para ser llevado a la prisión de Santiago Tlatelolco. Y Ricardo Flores Magón, en medio de la admiración y de la estupefacción de los transeúntes, lanzó vivas a la revolución, vivas al porvenir y mueras a Porfirio Díaz, sabiendo muy bien que aquellos mueras le podrían causar la muerte.

Las consignas no le causaron la muerte entonces, pero sí más adelante. Ricardo Flores Magón falleció en soledad, en una mazmorra, sin más testigo que un enfermero, a las cuatro y media de la mañana del 21 de noviembre de 1922.

Díaz Soto y Gama dijo en el pleno:

> Entonces éramos jóvenes. Teníamos el pecho anhelante y el alma pujante y, sin embargo, nos sobrecogíamos de admiración ante aquella rebeldía, aquel gesto. Aquellos gritos fueron los precursores de la Revolución. ¡Cuántos de los jóvenes y hombres presentes aprendieron a ser revolucionarios y bebieron la linfa revolucionaria de la pluma de los Flores Magón! ¡Cuántos deben haber abierto su cerebro y su alma al nuevo aliento, a la nueva vida, por Ricardo Flores Magón!

El abogado Harry Weinberger declaró: “Recibí un telegrama este día que decía que Ricardo Flores Magón, prisionero político, murió de una enfermedad cardiaca. Todos los reportes de los médicos de que estaba en perfecta salud parecen muy breves ahora, ¿no lo cree?”.

Librado Rivera, compañero de lucha, amigo en las malas y en las peores, escribía:

> Pobre Ricardo, hizo todo lo que pudo para curarse. No sólo tenía problemas en el corazón, también sufría de diabetes, de tuberculosis, de cataratas, etcétera; aunque nunca supo que estaba enfermo del corazón, de todos modos sentía con frecuencia agudos dolores en el pecho, y se quejaba a menudo de ello, pero nadie le hizo caso. Yo hice todo lo que pude para salvarlo; llegué al punto de violar las reglas y las leyes de la prisión —y por hacerlo me castigaron muy

duramente—, pero fue inútil. No pude salvar una vida tan preciosa. ¿Qué me importaban las leyes si se trataba de salvar la preciosa vida de mi amigo? Mis sentimientos humanos y mi amor por la humanidad están por encima de las leyes. Las leyes se hicieron para proteger los intereses de los ricos. Para los pobres, son un azote.

El periódico *Excélsior* publicó una nota breve que decía: "Fuera de estas opiniones vertidas dentro del limitado círculo del socialismo americano, la muerte de Flores Magón no ha despertado ningún interés en el resto de la opinión".

Antonio Díaz Soto y Gama relata:

Aquí está todo el programa de la Revolución hecho con una videncia que ya quisieran para sí los científicos. Está todo, está el problema de la tierra; está la posibilidad científica, la posibilidad humana; está la expresión que apenas puede uno creer que exista en los labios de un hombre tan radical y tan vehemente como Flores Magón. Casi la videncia del político, del estadista: "pero hay que procurar lo más que se pueda". Todo lo previó este hombre: previó que la conquista de la tierra era la base de todas las demás libertades y que, conquistada la libertad económica del campesino, sobre esa libertad se edificaría todo el edificio revolucionario. Y lo dice con esa claridad, con esa llaneza de los apóstoles, sin galas retóricas, sin tonalidades líricas, con una sencillez enorme. Y si nada más eso se obtuviera: "Ya sería un gran paso hacer que la tierra fuera de la propiedad de todos; y si no hubiera fuerza suficiente o suficiente conciencia entre los revolucionarios para obtener más ventaja que esa, ella sería la base de reivindicaciones próximas, que por la sola fuerza de las circunstancias conquistaría el proletariado". ¡Qué diferencia entre esto y los alardes de radicalismo excesivo, peligroso y utópico! ¡Qué grandeza en la expresión! Por la sola fuerza de las circunstancias. Una vez realizada la emancipación del campesino, una vez hecha la justicia en el reparto de la tierra, todo lo demás vendrá por añadidura. Y cuando un hombre como este desaparece, y desaparece grande, justo es recordar su memoria, de paso, en tropel, en montón, en desorden como en desorden escribió sus artículos, como en desorden fue su vida.

Claudio Lomnitz señala sobre las sospechas de su muerte:

Yo creo que a esta interpretación de la muerte de Ricardo se incorporó una compleja labor de duelo colectivo. El asesinato realzaba la fuerza de Ricardo frente a Estados Unidos. Ricardo tenía una salud muy delicada y estaba prácticamente ciego cuando murió; el movimiento que había encabezado tenía en México una influencia limitada, y en Estados Unidos, ninguna. Pero al afirmar el asesinato, en vez de la muerte por negligencia, se enfatizaba la fuerza viviente del ideal. Y había más: el encarcelamiento de Ricardo —como el de Librado y el de los Mártires de

> Texas— producía un sentimiento de culpa entre los revolucionarios que estaban, como lo dijo Antonio Díaz Soto y Gama en su oración fúnebre, disfrutando del rico banquete de la Revolución. Que fuera asesinado a manos estadounidenses mitigaba esa culpa, puesto que les daba a los sobrevivientes de Ricardo una identidad y una meta colectivas. También permitía echar un velo sobre las divisiones dentro del movimiento con el fin de subrayar la unidad de la causa. Sin embargo, estos beneficios no fueron gratis: la humanidad de Ricardo, que en un tiempo se había enfatizado tanto con el rechazo al personalismo por parte de los liberales, y la idea de que Ricardo —como lo había expresado Tomás Sarabia— no era sino un simple camarada que se dejaron de lado para promover la imagen de un santo con aureola.

El cuerpo fue enterrado temporalmente mientras se conseguían fondos para trasladarlo a México. Su hermano Enrique, igualmente quebrado de salud y en la miseria, hizo un cálculo: necesitaba 740 dólares.

Y allá viene el cuerpo de Ricardo Flores Magón, en enero de 1923, en la locomotora número 910, cruzando laderas y desiertos entre Ciudad Juárez, Chihuahua, Torreón, Aguascalientes y México. Y una manta hechiza dijo en su sepelio: “Murió por la Anarquía”. Y unos muchachos hicieron también la suya, que decía: “Jóvenes comunistas y camaradas campesinos”.

En marzo de 1921, cuenta Lomnitz, Flores Magón escribió una carta a la dirección del Partido Socialista:

> Así pues, mi destino está decidido. Tengo que morir dentro de los muros de la cárcel, porque ya no tengo cuarenta y dos años, sino cuarenta y siete, mi querido camarada, y veintiún años es una sentencia de muerte para mí […] Nunca esperé triunfar en mi lucha, pero sentí que era mi deber persistir, consciente de que tarde o temprano la humanidad adoptaría el camino del intercambio social basado en el amor […] Mi presente y mi futuro son negros, pero estoy seguro de que se abre un brillante futuro para la raza humana, y ese es mi consuelo, es ciertamente lo que me tranquiliza […] como amante de la Belleza, me siento entusiasmado ante ese futuro.

[1] Francisco R. Almada, *La rebelión de Tomochi*, Gobierno del Estado de Chihuahua, 1938.

En 2010 se reedita la obra y el historiador Jesús Vargas escribe: "Los movimientos antiporfiristas en el estado de Chihuahua (1889-1896) se concentraron en la región del noroeste: Tomochi, Namiquipa, Cruces, Temósachic, Santo Tomás, Yepómera, Palomas, Ascensión… Combates a cielo abierto, emboscadas traicioneras, batallas y más batallas, la mayoría perdidas por los del pueblo; fusilamientos masivos, asaltos nocturnos en los hogares de los alzados; inocentes masacrados, encarcelados; pueblos y sembradíos incendiados; oleadas de viudas desarraigadas, que arrastraron sus hijos y sus soledades de pueblo en pueblo, buscando un nuevo pedazo de cielo para vivir. Las crónicas recogieron la tragedia, la terquedad de los chihuahuenses que se despertaron antes del alba de 1910 abriendo con su sangre luminosa el camino que habrían de seguir los otros, los que se levantaron a la vuelta del siglo con las mismas banderas, los mismos ideales y los mismos corazones. Orgullo de valientes, sufrimientos y calamidades de familias, y gloria para estas tierras septentrionales, fueron los combates de Tomochi, El Manzano, Santo Tomás, Temósachic… aparentemente allí quedaron, pero persistieron como fuego tierno en la memoria. Después de tantas derrotas y sacrificios, luego que la sangre se había agotado, los que quedaron de pie se reunieron en algún punto de la llanura; de momento dejaron el fusil y en su lugar tomaron la palabra y escribieron, para que todo el pueblo supiera, para que los hijos no olvidaran y para que el futuro se reconociera en su ejemplo".

[2] Ricardo Flores Magón escribe este discurso para un mitin organizado por el Centro de Estudios Racionales de la ciudad de Los Ángeles, California. Lo pronunció la noche del sábado 14 de febrero de 1914.

[3] Claudio Lomnitz, *El regreso del camarada Ricardo Flores Magón*, Ediciones Era, 2014.

[4] Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, Ediciones Era, 1994.

[5] Carlos Illades, *El futuro es nuestro. Historia de la izquierda en México*, Océano, 2017.

[6] Victoriano Salado Álvarez, *Memorias II: tiempo nuevo*, Ediapsa, 1946.

[7] José Revueltas, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, Ediciones Era, 1979.

[8] David Flores Magón Guzmán, *El ocaso de un rebelde: los últimos años de Ricardo Flores Magón*, Universidad de Guadalajara, 2017.

Capítulo 2

El camino de la opresión

La serpiente en espiral

El siglo XX mexicano despertó con dos grandes impulsos. El primero, piloteado desde las élites, buscaba defender un sistema de privilegios que el dictador José de la Cruz Porfirio Díaz Mori tejió en los últimos años del XIX para enriquecer a un puñado con la falsa ilusión de que el resto se favorecería con el "desarrollo". El segundo, emanado desde la entraña de la República, exigía una transición hacia la democracia, acabar con la explotación de las mayorías y detener el despojo de los bienes nacionales del que tanto mexicanos como extranjeros participaban.

Díaz Mori se resistió a entregar el poder por la vía democrática y la chispa social desató la Revolución en 1910. Renunciaría a la presidencia, pero demasiado tarde. Francisco I. Madero —quien en ese momento encarna a la oposición y la lucha por ideales democráticos— llega a Palacio Nacional; la disputa enconada por el control de la nación se acentúa y lo hace víctima también a él: sin más, un ala militar golpista lo asesina.

En esa lucha entre dos fuerzas, que es de antes y es de ahora, hubo poderes que se amnistiaron a sí mismos durante la batalla y se ofrecieron como fiel de la balanza. No era posible derrotarlos porque "no estaban en guerra"; no se les podía reclamar porque "representan el equilibrio". En ese supuesto "centro", una derivación de la derecha, se ubicaba antes como se ubica ahora casi toda prensa de la capital mexicana, en sus distintos momentos y con sus variados disfraces aunque, con gran habilidad, grupos intelectuales y académicos, élites empresariales e incluso la Iglesia se han aprovechado del estatus (útil para no exponer su influencia y sus privilegios) que el escritor Carlos Fuentes define, en 1973, como "la beata inmovilidad de centro".[1]

Fuentes concede, en ese momento, que los gobiernos desde Plutarco Elías Calles (1924-1928) hasta Lázaro Cárdenas del Río (1934-1940) tuvieron una cierta vocación de izquierda, pero denuncia que el país dio un vuelco hacia la derecha —hacia un "neocapitalismo"— con Manuel Ávila Camacho (1940-1946), Miguel Alemán Valdés (1946-1952), Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958), Adolfo López Mateos (1958-1964) y hasta Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970). Son gobiernos, dice, que corrompieron el movimiento obrero, reprimieron las luchas populares (como el movimiento ferrocarrilero, de Demetrio Vallejo, o el campesino, de Rubén Jaramillo), a la vez que se apoyaron en los capitales y en Estados Unidos. Gobiernos que, además, disfrutaron de una prensa corruptible para apropiarse del discurso de la izquierda y para adecuar sus programas de gobierno con el fin de disfrazar su "vocación social".

El pleito viene de atrás. México ha vivido, desde la Independencia y de manera más notoria en la Guerra de Reforma, en la tensión de esas dos opciones polares que jalonean su destino. Hay momentos en los que estas fuerzas se fragmentan pero siempre regresarán a su estado original. Muy de vez en cuando existe un aparente equilibrio entre polo y polo; sin embargo, la Historia nos dice que la derecha ha logrado imponerse, salvo momentos muy puntuales, durante gran parte del siglo XX y los primeros 18 años del XXI. De eso hemos ya escrito Álvaro Delgado y un servidor en un volumen anterior.[2]

Durante las últimas décadas los peores momentos para el país fueron cuando esta disputa provocó un torbellino —una especie de espiral descendente— en un contexto de descomposición generalizada y de inestabilidad. En la segunda mitad del siglo XX, los sexenios de Gustavo Díaz Ordaz, Luis Echeverría Álvarez, José López Portillo, Miguel de la Madrid, Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo Ponce de León lo ejemplifican. En medio de una lucha descarnada por mantener el poder, desde la presidencia se forzaron "grandes decisiones" y manotazos y, a la vez, se inflamaron la paranoia y la desesperación. La lucha no fue por el bien de México, sino por ver quién la ganaba; y la serpiente que nunca

alcanza a morderse la cola formó círculos inconclusos en una espiral hacia el abismo.

La disputa por México ha quedado medianamente documentada; algunos episodios tuvieron una buena exposición pública y otros apenas fueron explorados. Una de las principales trabas para su difusión ha sido la ausencia de fuentes acreditadas porque son pocas, están comprometidas o de plano son inexistentes. Por desgracia (y es una desgracia doble para mi oficio), históricamente la prensa mexicana ha servido a los poderes de derechas y lo que se rescata de ella contiene esa carga de parcialidad. La "historia de lo inmediato" —así refiere Renato Leduc el trabajo de los periodistas— es torpe y manipuladora, vista en el tiempo. Los comunicadores no escriben Historia con mayúscula y casi siempre comprometen la visión sobre lo inmediato. La corrupción y la rendición al poder económico han torcido su revisión de la Historia porque la tendencia fue favorecer a la derecha y plantarse contra cualquier movimiento que se asumiera progresista. Muchos, desde la izquierda, lo han denunciado.

La gran mayoría de la prensa se opuso al primer gobierno democrático de México del siglo XX, encabezado por Madero. Y más adelante se alineó a los gobiernos posrevolucionarios hasta la ignominia para castigar, etiquetar, deformar y reducir a sus opositores. En particular —y no de manera exclusiva—, el servilismo de los medios se vuelve ignominioso entre la llegada de Gustavo Díaz Ordaz Bolaños a la presidencia, el 1º de diciembre de 1964, y el fin de los gobiernos del Partido Revolucionario Institucional (PRI), en el año 2000. Este entreguismo se mantendría casi sin cambio en los dos gobiernos de Acción Nacional (PAN) y se acentuaría con el regreso del PRI a la presidencia, en 2012. Son, estos últimos, años en los que se registra un fuerte incremento en el gasto de la publicidad oficial.

En el sexenio de Díaz Ordaz, cuando la represión se convierte en lo cotidiano, la sumisión de los medios es el aceite que permite a la maquinaria de Estado mantener el control sobre la sociedad, como documenta Jacinto Rodríguez Munguía en una larga investigación que rescata documentos de los cuerpos de inteligencia[3] en el Archivo General

de la Nación. El periodista mexicano define las razones de la sumisión: la conveniencia. Frente a la barbarie del Ejército en Guerrero con el pretexto de la persecución de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas, el silencio conveniente. Frente a las matanzas de estudiantes en 1968 y 1971, el silencio conveniente. Rodríguez Munguía no oculta su sorpresa por lo que encuentra cuando se mete a los archivos del poder. La investigación muestra cómo la sumisión deriva en lambisconería. No es sólo que el presidente y el aparato de control ejerzan presión sobre los empresarios dueños de los medios: ellos mismos se someten al yugo y lo lamen, como lo hacen los bueyes.

> A los pocos meses, los archivos depositados del Archivo General de la Nación comenzaron a mostrar sus mejores contenidos, de los que es posible sacar algunas lecciones:
>
> Una. Que frente al poder y sus acciones, la mayoría de los periodistas optó por la conveniencia.
>
> Dos. Que frente al miedo que imponía el poder a través de sus mecanismos de control, subsidios, papel, publicidad, la mayoría de los medios optó por la conveniencia.
>
> Tres. Que frente al horizonte de perder la influencia que daba tener un periódico, una revista, una concesión de radio y televisión, la mayor parte de los medios optó por la conveniencia.
>
> Cuatro. Que en muchos casos no fue necesaria la cooptación, la presión, el control de papel ni publicidad; que en muchos casos los dueños de los medios y los periodistas simplemente asumieron las decisiones del poder como suyas, optando por la conveniencia ante la responsabilidad ética. En casos concretos no hubo necesidad de tomar decisiones, ya que el proyecto ideológico del gobierno coincidía con el de los empresarios de los medios y, en algunos casos, con el de los mismos periodistas.

Miguel Ángel Granados Chapa usa uno de los muchos ejemplos de la obra de Rodríguez Munguía para dibujar, en el prólogo de *La otra guerra secreta. Los archivos prohibidos de la prensa y el poder*, lo que llama "la mansa sujeción" de los dueños de los medios.

Una semana antes de la matanza de estudiantes en Tlatelolco, Gabriel Alarcón, dueño de *El Heraldo de México*, le dice a Díaz Ordaz:

> Antes que nada, deseo expresar a usted que la amistad y la lealtad que le profeso las antepongo a todo, y al exponer seguidamente mi actuación en los problemas estudiantiles, lo hago para que no quede duda de mi buena fe y entrega a su gobierno, y muy especialmente a que respaldo

> abiertamente su actuación valiente, sensata y patriótica. Usted, señor Presidente, me conoce y sabe que no soy falso. Estoy, lo mismo que mis hijos, con usted y respaldamos firmemente su actuación con nuestra modesta forma de actuar, pero le pedimos su orientación por lo que en seguida expongo.

Alarcón ha decidido delatar a un grupo de periodistas que firmará un desplegado contra la represión, recuerda Granados Chapa, y no sólo actúa contra los de casa, sino que expone la vida de los compañeros en *Excélsior* y *El Día*. "Convencí a mis reporteros de lo desorientadora y antipatriótica que resultaría esa publicación, y que no la apoyaran". Y enseguida declara: "El Lic. Echeverría [entonces secretario de Gobernación] me dijo que gracias a la información que en detalle le di se paró a tiempo este asunto y además se logró que un grupo de redactores 'amigos' hicieran una publicación de apoyo al régimen. En ocasiones la orientación que me da nos da la guía para la noticia de ocho columnas".

Dice Gabriel Alarcón más adelante:

> Querido señor Presidente, por lo que le he expresado a usted a grandes rasgos, puede usted ver que para hacer bien las cosas dentro de mi capacidad, me he valido de los consejos y observaciones y deseos de diversos funcionarios. Este fue un consejo que usted me dio. Hasta hoy ni uno solo de ellos, nunca, me ha hecho un extrañamiento u observación que pudiera hacerme pensar que no estoy actuando con abierta parcialidad a su gobierno o incorrectamente con usted.

Pocos episodios de dignidad en esos años de brutal represión contra la izquierda. Uno, notable: la resistencia de *Excélsior* a Díaz Ordaz y la posterior resistencia (ahora sin *Excélsior*) del equipo encabezado por Julio Scherer García a Echeverría. Demasiadas plumas, abundantes en virtud, se han ocupado de este capítulo de nuestra historia.

Rescato algo de las crónicas de un Julio Scherer cercano al poder y antes del manotazo. Un día, Echeverría y su familia le regalan un cuadro de Siqueiros; otro día, un busto de Salvador Allende. Él trabaja en Los Pinos; allí gravita su mundo y de allí viene su materia prima. En esos años, así como lo entiendo, estar lejos era perder la nota o, dicho de otra forma: la

historia de lo inmediato se escribía desde dentro o no se escribía. Así lo explica el mismo Scherer, el periodista más importante del último siglo en México.

El poder presidencial es corruptor y Scherer lo va documentando todo, incluso los momentos en que parece romperse la distancia entre el reportero y el presidente: "Diría Perogrullo que no hay otra manera de encontrar a un hombre libre entre hombres sumisos. Se da la libertad por un ánimo común o la libertad personal languidece y se degenera. La libertad es una lumbre que necesita de muchas lumbres para ser lumbre verdadera. Tampoco existe tirano solitario. Sus sombras lo siguen a donde quiera que vaya", escribe en *Los presidentes*.[4]

Scherer retrata a continuación, en el texto "Ruptura en Palacio" del mismo libro, a un Echeverría que toma distancia de su antecesor y supuestamente ofrece un país cada vez más libre. "Libres todos, la nación también lo sería", dice el periodista. Los reporteros podrían escudriñar lo que les viniera en gana; esa era la promesa. Y

> sin sorpresas para nadie condenó Echeverría al gobierno de [la matanza de] Tlatelolco. Dio forma a una idea redonda. Emisarios del pasado llamó a sus antagonistas, desechos de la historia. A Díaz Ordaz lo sepultó sin contemplaciones, más allá de la muerte, en el olvido. Nunca más pronunció su nombre. El 10 de junio de 1971, sueltos los Halcones por las calles de la ciudad, observó impasible cómo iniciaba la acometida contra el regente Adolfo Martínez Domínguez y el jefe de la policía, Rogelio Flores Curiel.

Agrega Scherer García:

> Fui en ese tiempo un asiduo de la casa presidencial. Los Pinos y sus ritos, las oleadas de funcionarios y personajes citados a la misma hora por el presidente de la República, atendidos de la mejor manera y distribuidos como se pudiera, fueron el escenario ideal para mi trabajo. Allí topaba con quien quisiera y con quien no imaginaba, allí me hacía de citas y entrevistas para nutrir al diario de información privilegiada. En el barullo, Echeverría se hacía de espacio para conversar conmigo. Centinela de la libertad de expresión, me preguntaba:
>
> —Entre tú y yo, ¿obstaculiza tu trabajo alguno de mis colaboradores?
>
> —No, señor presidente.
>
> —Si ocurre, me avisas. A través de Fausto.

> Fausto Zapata, su jefe de prensa, poseía la virtud por excelencia de los hombres dotados para las relaciones públicas: ponía el mundo a los pies de los periodistas que le interesaban. Como si nada me hubiera vedado, abogué ante él por un sobrino entrañable, en la estampida de su juventud y sin pleno dominio de sus facultades mentales. Opinaban los médicos que en México no podría tratársele con posibilidades ciertas de éxito. Una clínica en el sur de Estados Unidos sería el sitio adecuado para contener el mal que lo rondaba. Abierta mi relación con el poder, le pedí ayuda a Zapata. "Por supuesto", me dijo. "¿Con cargo al erario?", pregunté afirmativamente. "Por supuesto", corroboró.

Y luego, como si quisiera castigarse a sí mismo, añade a esa misma historia:

> La vida da vueltas y provoca revueltas. José Alvarado, presencia incomparable en las páginas editoriales de *Excélsior*, fue atacado por un cáncer de garganta. Por las noches, ni prescindía de algunos whiskys que le quemaban las cuerdas bucales *[sic]* ni permitía que se le hablara del mal que lo destruía.
>
> —Pepe —le dije un día—, tengo manera de hacer que lo examinen en Estados Unidos o en Europa, donde usted quiera. Me gustaría tratar el asunto con el presidente.
>
> —No se atreva —me dijo—. Si de una ayuda se trata, sólo podría aceptarla de mi casa de trabajo.

La vida da vueltas y muchas veces en espiral descendente: Echeverría tenía sus propios planes con la libertad o la libertad no estaba precisamente en los planes de Echeverría. "Todo cambió a raíz de octubre de 1968. El país endurecía, también, el diario", escribe Scherer.

El periodista esperaba más de Echeverría y no sería nada extraordinario: muchos deseaban una vuelta de tuerca hacia la izquierda después de un largo periodo de represión. Carlos Fuentes se lo dice a Octavio Paz en cartas. Pero, de tantos ejemplos, hay uno que ilustra la farsa completa.

David Alfaro Siqueiros había sido encarcelado por expresarse contra Adolfo López Mateos. Aprovechaba cualquier foro, en México y en el extranjero, para exhibir la represión, el entreguismo a los estadounidenses y la derechización del país. El pintor, con un enorme foro en el continente, exhibe el retroceso: de gobiernos revolucionarios a uno instalado en el capitalismo. (De hecho, López Mateos es uno de los presidentes de México más represores de la historia: "Es posible que el huevo de la serpiente que tanto hemos visto crecer desde entonces haya sido incubado en el periodo

del presidente López Mateos. Durante su sexenio fue asesinado el líder agrario Rubén Jaramillo; destruido el movimiento que encabezó Demetrio Vallejo; encarcelados miles de obreros; conocidos algunos casos de tortura, como el del profesor de Coahuila y líder ferrocarrilero Rogelio Guerra Montemayor, a quien se hizo pasar por homosexual para tratar de explicar la furia desatada contra su cuerpo. También padecieron el encierro Vallejo y Valentín Campa. Fueron prisioneros del régimen el pintor David Alfaro Siqueiros, gloria nacional en la Rotonda de los Hombres Ilustres desde el 6 de enero de 1974, y Filomeno Mata, el hijo del patricio", escribe Scherer. Y Díaz Ordaz, el carnicero que levanta la mano contra los estudiantes, viene de ese crisol. "Gustavito", le decía López Mateos).

El 11 de julio de 1963 López Mateos indulta al pintor. El acta que le concede la libertad es firmada por Echeverría como subsecretario de Gobernación. Díaz Ordaz ya andaba en la campaña presidencial.

Y el día de la matanza de estudiantes en Tlatelolco, el 2 de octubre de 1968, por azares de la vida que no son azares o por perversiones que se disfrazan de azares, Echeverría tenía frente a sí a Siqueiros. Ahora era el secretario de Gobernación. Es de suponer, porque en política nada es casualidad, que había escogido a alguien de la izquierda para dejar un testimonio de las horas de la represión en tercera persona.

Julio Scherer detalla:

> Echeverría y Siqueiros se vieron la tarde del 2 de octubre de 1968 en la Secretaría de Gobernación. El pintor había solicitado audiencia para ocuparse de un asunto que incumbía a su hija Adriana. El país en tensión, conversaban sin soltura. Una llamada en la red precipitó a Echeverría a su cabina telefónica, preservada contra el ruido y contra cualquier mirada indiscreta. Sombrío, regresó Echeverría al despacho. "Se ha cometido un crimen", le dijo a Siqueiros. No aclaró qué clase de crimen. ¿Crimen contra las instituciones? ¿Crimen contra inocentes? ¿Emboscada contra el Ejército? Equívoca la frase, la teñía de intención el testigo excepcional que la escuchaba.

Echeverría, como Díaz Ordaz, había pasado demasiado tiempo de su vida en la Secretaría de Gobernación y entre reportes de inteligencia. La frase era una espada de dos filos que bien podía blandir hacia la izquierda o hacia

la derecha. Había una inteligencia perversa en él, que se confirma con los años. Había un arte en él que se repite en la clase política priista y que se perfeccionó durante décadas: el arte de la hipocresía. Echeverría engaña a muchos con que es de izquierda, aunque no es otra cosa que un vulgar halcón de derecha. Echeverría se muestra solidario con el movimiento socialista internacional y en casa no soporta que un soplido genere un movimiento, mucho menos socialista.

Pero Echeverría no se defraudaba a sí mismo. Ofrecía, dice Julio Scherer, libertad de prensa, pero la libertad no era lo que prefería. Había estudiado el ecosistema de medios mexicanos y realmente llamaba su atención, como lo muestra su biografía. Entendía qué tan útil es la prensa y hasta dónde es capaz de llegar con tal de mantener sus privilegios. Y como la entendía tan bien, sentía que era homogénea y toda le respondería a la sumisión. Los de *aquel Excélsior* no se le rindieron y los cambió por otros (para un *nuestro Excélsior*), esos sí sumisos, organizados por Regino Díaz Redondo.

Las historias más negras del siglo XX mexicano quedaron fuera de la prensa pero no hubo bochorno, apenas pase de factura. Grupos editoriales que omitieron matanzas y represión se mantuvieron (algunos se mantienen) de pie (y sí, siguen siendo punto de referencia). La Historia, sin embargo, puede ser el lomo de un sapo: salte usted a él y verá. Mucho de lo que sucedió en el último siglo se ha venido recuperando, para bien del país.

CONTEMPORÁNEOS DE TODOS LOS HOMBRES

La cobertura que la prensa hizo de la huelga universitaria y de la posterior matanza de estudiantes en Tlatelolco avergonzó en su momento a muchos intelectuales mexicanos y extranjeros. Hay que pensar en ese mundo sin internet, donde los diarios impresos llegaban a sus corresponsalías en otros países o a las embajadas con semanas de retraso. La frustración de las noticias escritas tardías era todavía mayor porque recibían panfletos oficiales en vez de crónicas de lo que realmente estaba pasando.

Ese año, 1968, varios escritores —pero sobre todo Carlos Fuentes— se habían emocionado por el mayo francés. El que tomó más distancia fue Octavio Paz, quien advertía los riesgos de que la revuelta de los jóvenes se perdiera por acuerdos entre el gobierno y el movimiento obrero organizado (e institucionalizado), como finalmente pasó. Los sucesos en París los alentaban porque se despertaba la posibilidad de que las universidades mexicanas (sobre todo la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM) se levantaran y provocaran un cambio, frente a un gobierno de un único partido, cada vez más represor y cada vez más cercano a las causas de la derecha.

Fuentes publica varias crónicas, a veces desde Inglaterra y otras veces desde la zona cero francesa, y en todas se le nota un espíritu renovado y esperanzador. Apenas en agosto de 1967, Ernesto Guevara, el Che, había sido asesinado en La Higuera, Bolivia, y para muchos (no todos) que sentían a Cuba muy cerca había sido un golpe duro. El mayo francés, sin embargo, revivía las posibilidades de nuevos aires, aires de cambio, por la vía de una revolución cultural o de una revolución a secas. Muchos de los intelectuales mexicanos de la década de 1960 tenían claro que la Revolución de 1910 había caído en manos de vivales y que la idea de un país con justicia social se alejaba rápido, con el respaldo de los sectores conservadores y, sobre todo, por la cerrazón a la crítica y el silencio de la prensa.

Paz le escribe a Fuentes el 22 de mayo, de acuerdo con *Estrella de dos puntas* —obra de 650 páginas en la que la poeta y ensayista Malva Flores rescata la crónica de la amistad entre ambos—: “Ya te imaginarás mi estado de ánimo —como yo imagino el tuyo— ante los sucesos de Francia. Por desgracia, mi información es escasa. Hasta hace unos ocho días recibía *Le Monde*; ahora, cada tarde, debo hacer una peregrinación al centro para conseguir ejemplares de periódicos ingleses y norteamericanos”.

La ensayista rescata un párrafo que resume, dice, el análisis de Paz sobre lo que sucede en Francia:

> ¿Qué pasa? ¿Estamos realmente frente a lo increíble: una resurrección espontánea de la clase obrera francesa, preludio del renacimiento del socialismo revolucionario europeo? Si es así, es maravilloso. La otra posibilidad es desastrosa: una mediocre y vacía combinación. La situación —al menos vista desde aquí— es revolucionaria y sería criminal venderla por un plato de lentejas: ganancias económicas y sociales de los trabajadores (que no tendrán más consecuencias que castrarlos y acelerar su integración dentro del sistema neocapitalista) y un gobierno compuesto por una coalición de la izquierda tradicional y profundamente conservadora —los viejos socialistas y los burócratas que dirigen la CGP y el PC de Francia.[5]

Las autoridades francesas esperan 50 mil manifestantes para la gran concentración del 30 de mayo contra el presidente Charles de Gaulle. Llega medio millón. A las 16:30 horas, De Gaulle se niega públicamente a renunciar, anuncia elecciones para el 23 de junio y al mismo tiempo moviliza a 800 mil simpatizantes que marchan por los Campos Elíseos. Los estudiantes y los obreros se desaniman. Regresan a sus trabajos en forma gradual y se suspenden las manifestaciones callejeras.

Para el 16 de junio, la policía tomó control de La Sorbona, corazón neurálgico de la protesta. Y De Gaulle obtuvo la mayor victoria en la historia parlamentaria francesa: 353 de 486 escaños, frente a los 34 de los comunistas y los 57 de los socialistas. Paz lo resume así: “arrepentimiento colectivo”.

La revuelta francesa, sin embargo, no sólo provoca otras revueltas estudiantiles en el mundo: impacta en la pintura, la escultura, la música, la literatura y, por supuesto, impacta en la política y en la manera en la que se verán las acciones colectivas y el movimiento social organizado. Su multiplicación es también consecuencia de sociedades que colisionaban contra la imaginación: la Guerra Fría, la guerra de Vietnam, dictaduras por todos lados, el asesinato de John F. Kennedy (y en junio el de su hermano, Robert), los ensayos nucleares: todo olía mal, el futuro estaba condenado a su propio fracaso, pero una nueva generación imaginaba cambios posibles.

Apenas rumian el destino del levantamiento en Francia cuando les llega agosto de 1968. Para entonces, sabemos ahora, gran parte de los intelectuales mexicanos eran espiados por los servicios secretos de Echeverría y de Díaz Ordaz. Los estudiantes lanzan ultimátums; el rector de

la UNAM, Javier Barros Sierra, levanta la voz con dignidad y se une a los jóvenes que reclaman poco: libertad, autonomía, un alto a la represión. El problema entre la autoridad y los universitarios, visto ahora, era muy claro: el gobierno priista era un gigante sordo, torpe y paranoico, y se amaba como era; los muchachos apenas soñaban con el porvenir. Los dos bandos hablaban lenguas muy distintas. Nunca se iban a comunicar.

Pablo Moctezuma Barragán recapitula: "La lucha popular en México ha tenido profundas raíces. Un periodo en el que se lograron grandes avances en la soberanía económica y el reconocimiento de derechos de obreros y campesinos fue el de la Presidencia de Lázaro Cárdenas del Río. Posteriormente, a partir de 1940, comenzó el viraje a la derecha con Ávila Camacho y Alemán, que fue enfrentado por la resistencia obrera aglutinada en grandes sindicatos con tradiciones combativas".[6]

Agrega en Moctezuma Barragán en *El movimiento de 1968*:

> Desde fines de los cuarentas, en que se desarrollaron los movimientos de ferrocarrileros y petroleros (1948) y se impuso por parte del Gobierno de Miguel Alemán el charrismo sindical, así el Estado mexicano fue endureciéndose en contra de los movimientos laborales y populares. El impulso de estos fue muy fuerte, hizo que para el gobierno no fuera fácil controlar a los grandes sindicatos que se consolidaron a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Los movimientos de ferrocarrileros y maestros en 1958 y el de los médicos internos y residentes en 1965 fueron movilizaciones muy profundas, que luchaban por derechos elementales y terminaron violentamente reprimidos. La represión era constante y brutal, no sólo contra obreros, también contra dirigentes rurales. En mayo de 1962 había sido asesinado en Morelos Rubén Jaramillo, junto con su esposa embarazada y sus hijos, cuyos cadáveres fueron abandonados en Xochicalco.
>
> Así pues, el clima de represión en México ocasionó la rebeldía en la juventud consciente de todo el país. Entonces los estudiantes, muchos de ellos hijos de obreros y campesinos, tomaron la estafeta oponiéndose al autoritarismo de los gobiernos del PRI. En la década de los sesenta, en diversos estados de la República, hubo movilización de estudiantes que había iniciado la década anterior. La lucha estudiantil continúa la tradición combativa de los jóvenes en los años cincuenta, en la que se destacó el movimiento de los politécnicos en 1956 y 1957, la lucha de los estudiantes en México, Puebla y Monterrey contra el alza de precios del transporte, así como la huelga de la Escuela de Agricultura "Antonio Narro". De modo que en los años sesenta el movimiento estudiantil tiene continuidad y llegado el momento crucial da un salto cualitativo.

Moctezuma Barragán apunta más adelante en su ensayo:

De modo que la situación internacional y el ambiente de movilización y protestas previas a las jornadas estudiantiles de la Ciudad de México crearon un ambiente propicio a la toma de conciencia de los estudiantes. Esto tenía muy preocupado al Gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, que se caracterizaba por su extremo autoritarismo, rigidez y falta de comprensión de los fenómenos sociales. Por su mentalidad, era proclive a creer en "complots" y en la amenaza inminente del comunismo.

Los dos intelectuales más importantes del siglo XX mexicano estaban fuera en septiembre de 1968 y compartían, en una lluvia de cartas —como narra Malva Flores—, su terrible decepción con la prensa de su país.

"Los clichés acostumbrados: puñado de alborotadores manejados por el comunismo internacional —¡por Dios, cuál comunismo internacional!, ¿el de los burócratas reaccionarios del Kremlin, que traicionan a Guevara, apoyan a Colombia y Venezuela y chantajean a Dubˇcek?", escribe Fuentes. Y Paz dice, el 30 de agosto, frente a la evidente cerrazón de un gobierno del que formaba parte, porque no hay que olvidar que en ese momento pertenecía al cuerpo diplomático en la embajada en Delhi: "México, Praga, Chicago: una misma imagen, un mismo Tanque. Ahora sí somos realmente contemporáneos de todos los hombres. Y no sólo, como yo creía, por la quiebra universal de todas las ideologías y sistemas sino por la aparición del Tanque en todas las esquinas".

Luego, el poeta apunta: "Es casi imposible que el Establecimiento [quizá se refería a lo que ahora llamamos 'Estado profundo'] se decida a reformarse a sí mismo, ya que lo que las manifestaciones han revelado es la crisis de dos dogmas mexicanos: la autoridad del Señor Presidente y la inmortalidad del PRI. Los dos mitos del periodo postrevolucionario".

Paz llevaba varios meses discutiendo con Fuentes sobre la necesidad de crear una revista para provocar la crítica. Junto con otros intelectuales, analizaba vías de financiamiento alterno que les permitiera mantener su autonomía del poder aunque, como digo, el poeta era parte del Servicio Exterior. En esa misma carta agrega: "En todo caso, nuestra suerte —como escritores y como mexicanos— está ligada a esto. Inclusive la orientación futura de la revista depende, en buena parte, de los acontecimientos europeos. El fracaso de la revolución en Francia nos enfrentará a una

perspectiva distinta —a no ser que adoptemos las tesis maoístas y castristas, por las que yo tengo (me refiero a Castro) inmensa simpatía y admiración pero que no puedo aprobar como 'teoría general' ".

Fuentes es, en ese momento, un abierto simpatizante de las causas de izquierda. Paz, aunque más prudente y distante, también. La matanza de estudiantes en 1968 hunde a los dos escritores en la desilusión y luego, con la llegada de Luis Echeverría (desde que era candidato), su análisis toma rumbos distintos. El poeta descree en la posibilidad de que ese presidente pueda significar el regreso a los valores revolucionarios, democráticos y de izquierda, mientras que el segundo parece resbalar en las promesas de un PRI comprometido con los ideales de Lázaro Cárdenas del Río o, mejor dicho, un Estado que recupere el rumbo "perdido en 1940".[7]

Carlos Fuentes escribió en 1971:

> La izquierda fue —o creyó ser— el Estado en los años heroicos de la Revolución mexicana. Mal que bien, sentía que el Estado, con fallas y retrocesos, conducía una política de reforma progresista. Pero esa solidaridad con el gobierno hizo olvidar a la izquierda la necesidad de su propia organización. ¿Para qué? El pueblo, durante la presidencia revolucionaria de Lázaro Cárdenas, estaba organizado en sindicatos revolucionarios, ligas agrarias revolucionarias, burocracia, magisterio y juventud revolucionarias. El paso —"Soy creyente"— a Manuel Ávila Camacho en 1940 demostró que México aún debía vencer el terrible peso del personalismo político. Las organizaciones cardenistas pasaron a ser ávilacamachistas, alemanistas, ruizcortinistas y lopezmateístas. La izquierda había desaprovechado veinte años.[8]

No le faltó tiempo para ver lo que vendría: eso que llamaba "personalismo político" terminaría con las organizaciones de la posrevolución y luego, con el paso del tiempo, con la movilización social.

Agrega Fuentes:

> La corrupción radical del movimiento obrero durante el alemanismo, las luchas obreras de 1958 y 1959, la represión brutal contra el sindicato ferrocarrilero de Demetrio Vallejo, el asesinato del dirigente campesino Rubén Jaramillo, la solidaridad con Cuba y, por encima de todo, el aplazamiento de las reformas revolucionarias y el deterioro de las condiciones de vida y de trabajo de la gran mayoría de los mexicanos (efecto previsible del aplazamiento de la revolución) se sumaron para impulsar la decisión de organizar a las fuerzas de la izquierda mexicana en el Movimiento de Liberación Nacional. Al ser fundado, este movimiento contó con la presencia de

> Lázaro Cárdenas, conciencia perturbadora de los "revolucionarios" de mentiras, hombre de principios en nación de oportunistas; se propuso lograr una organización paso a paso, sin dejarse deslumbrar por los caminos fáciles; y fiel a su naturaleza de frente popular, pensó que acaso vencería, al exponerlas con franqueza, las diferencias entre grupos de izquierda y superaría, al desvirtuarlos con la acción, los sectarismos.

En seguida describe:

> La derecha se encuentra al borde de una decisión fatal. Si es cierto que cuenta con poder económico, domina los medios de información y se apoya en la aprobación norteamericana, no lo es menos que es incapaz de ofrecer soluciones positivas, que su bandera se limita a negar —el anticomunismo—, que pesan en su contra tanto la traición revolucionaria de la historia de México como la propia retórica oficial y que, en última instancia, sus apariciones políticas han sido reacciones contra movimientos de izquierda o intentos fracasados de combatir el libro de texto gratuito o suprimir la libertad de cátedra. Pero precisamente estos fracasos —que ponen en peligro los sucesivos *gentlemen's agreements* concluidos por la derecha con los gobiernos mexicanos a partir de 1940— le indican a la derecha que quizá su juego debe ser todo o nada: que su única solución es asaltar el poder.

Carlos Fuentes se pregunta, entonces, qué rol jugará el régimen a continuación, consciente de que está entre dos fuerzas: "la espada de un *take-over* derechista y la pared de una explosión de descontento ciudadano". Y la formulación de la pregunta es tan precisa (incluso simplista, vista con el filtro del tiempo) que se mantiene vigente en las siguientes décadas: "¿Es demasiado tarde para que el Estado mexicano abandone su beata inmovilidad de centro e inicie la política de reformas que pueda asegurarle, nuevamente, un verdadero apoyo popular?".

En 1971, los cuerpos de los estudiantes caídos en 1968 están calientes todavía. Un grupo de intelectuales no evade su responsabilidad ni niega su compromiso. Los años por venir disolverían cualquier forma de organización social que el gobierno no pudiera controlar: sólo los apéndices del Estado y de los presidentes en turno sobrevivirán, y todas las iniciativas independientes que buscaron representar los intereses de las mayorías serán aplastadas por decisión de las élites en el poder. Y para desgracia de esa

institución, el Ejército mexicano es el garrote de regímenes autoritarios que simularon vocación social y aplastaron con la bota la vocación social.

Fuentes acusa:

> Lejos de comprender que la política revolucionaria de Obregón, Calles y Cárdenas era el camino imprescindible para el desarrollo general del país, lejos de ahondar y adaptar a la historia esa política, pensaron que ella había sido tan sólo la condición transitoria que permitió a la emergente burguesía mexicana tomar en sus manos las riendas del desarrollo económico. El capitalismo de Estado, en vez de fortalecerse, fue entregando sus facultares a una iniciativa privada que sólo busca utilidades mayores para el empresario y que, además, es la iniciativa privada de un país dependiente.

El garrote

Es 1971 y el neoliberalismo es un concepto naciente: flota en Occidente entre la academia y los gobiernos defensores del capitalismo cuando Carlos Fuentes advierte el futuro:

> Las excepciones sólo confirmarían la norma: la burguesía bancaria, comercial e industrial de México se ha convertido en apéndice del capitalismo norteamericano, ha sido incapaz de promover el desarrollo racional y básico de la economía nacional, ha acaparado el porcentaje mayor del ingreso nacional y no ha destinado esas ganancias a resolver los problemas reales de México. Cualquier convención de banqueros demuestra, explícitamente, cuál es la naturaleza de esta burguesía ciega, inepta y rapaz.

Se lamenta:

> El sistema imperante desde 1940 parece tocar a su fin: será infiltrado cada vez más por la derecha, será derrocado por esta, se enfrentará a la derecha y deberá apoyarse en la mayoría ciudadana para combatirla, o se enfrentará a las exigencias crecientes de los ciudadanos, aceptándolas o reprimiéndolas: en todo caso no puede sobrevivir, eternamente, protegido por la cáscara de una ficción de estabilidad y unidad. El sistema aparecerá ante la historia, finalmente, como un régimen de transición, justificado objetivamente por su cumplimiento en buena fe de múltiples tareas constructivas; condenado por muchos de los métodos arbitrarios que aplicó en nombre del orden y la paz; pero salvado o perdido, en definitiva, porque habrá mantenido

> abiertos los caminos de la actividad ciudadana o los habrá cerrado con las trancas del despotismo.[9]

El ascenso de la derecha al poder de la República se inicia en la transición de 1940. Después de las matanzas de 1968 y 1971 hay coyuntura para retomar el rumbo de la justicia social, pero Echeverría rechaza el llamado de la historia y da impulso a un periodo de dos gobiernos, el suyo y el de José López Portillo.

Como ninguna institución refundada durante y después de la Revolución de 1910, el Ejército asumió un papel fundamental (para mal y para bien) en la historia de la izquierda mexicana del último siglo. Para mal, está claro; y para bien, en episodios muy contados: los militares han sido los grandes represores de este país y algunos de ellos mostraron inclinación por las causas populares cuando su carrera les impuso entrar en contacto con masas de votantes. Y esto parece una contradicción, porque lo es.

La guerra civil legitimó en lo general a la institución del Ejército y a quienes participaron en los bandos ganadores. Y en lo particular, a aquellos a los que se les atribuyeron "actos heroicos" en las batallas por ideales democráticos y de justicia social. Pero —aquí la paradoja—, "autorizada" por nuevas teorías sobre los estados nacionales y en un uso supuestamente legítimo del monopolio de la violencia,[10] la institución del Ejército reprimió, amenazó, persiguió, desapareció y asesinó a líderes y militantes de los distintos movimientos sociales identificados con la izquierda durante el siglo XX.

Es decir, ese mismo Ejército que tuvo entre sus filas a políticos con simpatías por la movilización social (como Lázaro Cárdenas) fue el brazo del Estado para aplastar la movilización social cuando no sirviera a los propósitos del PRI. En la historia mexicana de los asesinatos, las desapariciones forzadas o la represión hay civiles, por supuesto, pero sobre todo hay militares; hay ejecutores y tropa, aunque también altos funcionarios y generales, porque es cierto que la perversión no es exclusiva del Ejército, pero esa fuerza fue la caverna donde se escondieron las bestias.

Una vez definido el concepto de "desaparición forzada", es posible identificar casos desde que México es México y hasta la actualidad. Hay eventos que sucedieron muy en el pasado y hasta nuestros días, y "es posible encontrar ejemplos históricos en la Revolución, la guerra de Reforma o el Porfiriato".[11] Pero los picos de violencia de Estado en el siglo XX se dieron con personas en particular y en momentos muy bien definidos. Tiene razón el presidente Andrés Manuel López Obrador cuando dice que la institución del Ejército ha respondido a las órdenes de los civiles, pero es obligación moral agregar que los militares hicieron su propia aportación en el uso "legítimo de la fuerza física en la ejecución de una orden".

Dicho de manera más coloquial: cada vez que llegaron al poder políticos que simpatizaron con la "mano dura", los militares cumplieron órdenes pero no se quedaron allí: agregaron cerezas de su propia cosecha. Para forjar su leyenda de hombre fuerte del régimen, Fernando Gutiérrez Barrios necesitó a los militares (y a un general en particular, y en este caso brigadier) que llevaran una orden hasta sus últimas consecuencias. Uno de ellos fue Mario Arturo Acosta Chaparro, un sicario formado en contrainsurgencia por las mejores escuelas de México y de Estados Unidos; un gatillero con garantías de impunidad que sirvió a los gobiernos del PRI y, en pleno siglo XIX, también del PAN.

A pesar de su origen popular y la legitimidad pulida sobre todo en eventos fundacionales, el Ejército mexicano ha servido para aplastar pueblos y comunidades, para reprimir, desaparecer y asesinar en defensa de intereses de una élite. Quizá el mejor ejemplo sea la guerra emprendida contra los pueblos de Guerrero desde finales de la década de 1960 hasta la de 1980, aunque no es el único. Para deshonra de esa institución —y por el principio de la no impunidad y la no repetición— debe reiterarse aquí el asesinato del zapatista Rubén Jaramillo y su familia, víctimas de una ejecución extrajudicial en la que se vieron involucrados militares de distintos rangos.

[1] Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano*, Joaquín Mortiz, 1971.

[2] Álvaro Delgado y Alejandro Páez Varela, *La disputa por México*, HarperCollins, 2022.

[3] Jacinto Rodríguez Munguía, *La otra guerra secreta. Los archivos prohibidos de la prensa y el poder*, Debate, 2016.

[4] Julio Scherer García, *Los presidentes*, Grijalbo, 1986.

Habrá más adelante una versión revisada por el autor y ampliada con autorización de su hijo. "Se trata de un proyecto concebido e impulsado por su hijo, Julio Scherer Ibarra", explicará el editor, Ariel Rosales. Para bien, se agrega principalmente a las figuras presidenciales de Carlos Salinas de Gortari, Vicente Fox Quesada y Felipe Calderón Hinojosa.

[5] Malva Flores, *Estrella de dos puntas. Octavio Paz y Carlos Fuentes: crónica de una amistad*, Ariel, 2022.

[6] Pablo Moctezuma Barragán, *El movimiento de 1968*, Sísifo Ediciones, 2010.

[7] Carlos Fuentes cita en distintos momentos de su obra ese año, 1940, como el fin de los gobiernos revolucionarios y el inicio de un periodo que sirve a los intereses de la derecha, en la que se agrupa a la prensa mercenaria, a los banqueros, a los industriales y empresarios y, sobre todo, a los intereses de Estados Unidos.

[8] Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano*, Joaquín Mortiz, 1971.

[9] *Idem.*

[10] Max Weber, *La política como vocación*, 1919. Traducción al inglés de 1946, H. H. Gerth y C. Wright Mills, Free Press.

[11] Roberto González Villarreal, *La desaparición forzada en México, de la represión a la rentabilidad*, Pax, 2022.

Capítulo 3

El proyecto truncado

Los enojos de Carranza

Dos o quizá tres veces se molestó Venustiano Carranza con Francisco J. Múgica, a pesar de que mantuvieron una relación amistosa, para algunos "de padre a hijo", que duró hasta el asesinato del primero el 21 de mayo de 1920 en Tlaxcalantongo, Puebla. Esos episodios ayudan a entender la historia personal de quien fuera gobernador de Tabasco por encargo presidencial y luego dos veces mandatario de Michoacán, estas últimas por elección a población abierta. Los desencuentros aportan información importante para explicar la difícil decisión del general Lázaro Cárdenas: bajar a Múgica de la contienda por la presidencia de la República en 1930; una decisión que provocará un desequilibrio en la disputa por los destinos de la nación porque carga los dados hacia la derecha para las siguientes décadas y distancia aún más a los gobiernos posrevolucionarios del pensamiento de izquierda.

Antes de unirse a las fuerzas revolucionarias, Múgica se desempeñó básicamente en dos oficios: el primero como profesor, el segundo como periodista, y este lo llevará, de manera natural, a la actividad política. Muy joven, de 22 años (1906) y en plena reelección de Porfirio Díaz, se vuelve lector de periódicos opositores como *El Hijo del Ahuizote*, *El Diario del Hogar* y *Regeneración*. Este último, de los hermanos Flores Magón, lo marca de tal modo que decide escribir, como detalla Anna Ribera Carbó en *Francisco J. Múgica. El presidente que no tuvimos*.[1] Nada menos. Y el general no deja de escribir hasta su muerte.

Ribera Carbó narra:

> Decidió entonces convertirse en periodista. Escribió un artículo y lo envió a San Luis, Missouri, a *Regeneración*; al recibir el siguiente número tuvo la satisfacción de ver sus palabras impresas

en la primera plana. Esto lo animó a seguir escribiendo hasta que fue nombrado corresponsal de la publicación en Michoacán. Pronto publicaría su propio periódico, *El Rayo*, semanario de seis páginas y con un tiraje de 800 ejemplares. *El Rayo* desapareció, pero le siguieron *El Faro*, *La Voz*, *La Luz*, *La Prensa Libre* y *El Demócrata Zamorano*, editados en las imprentas de Ramón Padilla y José Moro. En 1907, con compañeros suyos de los años estudiantiles, inició una campaña contra el gobernador de Michoacán, Aristeo Mercado, desde las páginas de *El Ideal*, que se imprimía en Guadalajara porque las imprentas de Zamora se negaban a hacerlo, dada la fama de radical que Múgica empezaba a crearse.

"Radical". Eso es importante. El adjetivo nunca más lo abandonará.

La revuelta que nació para deponer al dictador Porfirio Díaz fue, en teoría, entre las emergentes fuerzas liberales que exigían democracia y libertad, y las conservadoras que, desde el gobierno, servían a los intereses de la élite. Visto más de un siglo después, hay, por supuesto, distintas revisiones. Una muy bien fundamentada es que la Revolución fue consecuencia de un enfrentamiento que inició en las cúpulas conservadoras pero que se salió de control porque involucró a grupos urbanos y rurales de la clase media y, sobre todo, porque despertó el deseo de pan, tierra, libertad y democracia entre los campesinos.

A la renuncia de Díaz, las fuerzas conservadoras se reagruparon para participar en distintos frentes. Francisco I. Madero y Venustiano Carranza (y no sólo ellos, se entiende) intentaron evitar una confrontación armada y, al mismo tiempo, conservar las estructuras heredadas del porfirismo para generar, más lenta, una revolución de terciopelo como las que ahora conocemos. La derecha encontrará un resquicio en el reacomodo de fuerzas antes de cada una de las dos etapas en que se puede dividir a la Revolución. Pero ni a Madero ni a Carranza les fue posible contener las fuerzas de cambio que eran, básicamente, fuerzas de izquierda. La violenta disputa por el poder los alcanzó y fueron asesinados.

Las dos o tres veces que Carranza se molesta con Múgica es porque lo encuentra demasiado radical, mientras que él mismo (Carranza) confirma, en estos episodios, su inclinación hacia el conservadurismo. ¿"Un conservador de derechas" (lo que aplicaría, además, a Madero)? La pregunta tiene décadas debatiéndose en México porque tiene dos (o más)

ángulos y ninguno está distorsionado. En un primero, Carranza es un revolucionario que se levantó contra un dictador de derechas. En el segundo, Carranza es un conservador que no se atreve, una vez en el poder, a expropiar las tierras de los hacendados y acaparadores que habían causado el descontento social, para entregárselas a los campesinos explotados.

Múgica se une a la revolución maderista apenas inicia. Tiene reuniones clandestinas en la capital, va de regreso a sus tierras michoacanas y para marzo de 1911 está en San Antonio, Texas (el sur de Estados Unidos se convirtió en la plataforma de lanzamiento de la revuelta civil), y luego se une como combatiente en Ojinaga, Chihuahua. Madero le reconoce el grado de teniente con antigüedad al 20 de noviembre de 1910 y luego lo asciende a capitán segundo, por su participación en batallas de Coahuila y Chihuahua. A la renuncia de Porfirio Díaz es enviado de regreso a Michoacán para que haga contacto con los grupos de poder locales, una especie de avanzada del nuevo poder central.

No ha cumplido un año el levantamiento y han transcurrido apenas tres meses después de que se ha ido el dictador, cuando en septiembre de 1911 escribe a Juan Sánchez Azcona:

> He sentido muy mal el procedimiento porque amo a las fuerzas que libertaron a la Patria y quisiera que, ya que nada ha hecho la revolución por nosotros, se nos respetara y guardara alguna consideración. Nuestros gobernantes son los mismos, los antiguos y odiosos favoritismos están en su apogeo y el estado económico de esta Entidad es desastroso hasta llegar a la bancarrota […] Con mucho sentimiento vemos los que luchamos de verdad, que todos los provechos han sido para los mismos de antes, los honores para los federales, las pensiones para sus viudas y huérfanos y el premio para los defensores y sostenedores del viejo dictador.[2]

Y el 26 de octubre escribe a José Rentería Luviano:

> Estás en lo justo cuando me dices que si Madero nos engaña correrá de nuevo la sangre y que entonces las represalias serán terribles […] Además creo que quizá tendremos que levantar el pendón de la rebelión si la política sigue como va, pues es un desastre […] Pero esperemos; el Sr. Madero sube al primer puesto de la nación el día 16 del entrante [noviembre] y todos los desesperados porque vemos en peligro y burladas las conquistas de la revolución sabremos entonces a qué atenernos.

Y matan a Madero, y no hay necesidad de especular más: todo se va al carajo. Y otra vez a la revolución, ahora sí la de a de veras: Victoriano Huerta usurpa el poder y hay que sacarlo. Pero Huerta se defenderá a balazos. Carranza, gobernador de Coahuila, de inmediato se levanta y Francisco J. Múgica se concentra en Saltillo para tomar las armas con él y con los otros. Y recomienza la revolución, y ahora es Carranza, otro hijo de familias adineradas (como Madero), quien la encabeza.

El 29 de agosto de 1913, apenas cayó Matamoros, Tamaulipas, Lucio Blanco y Múgica procedieron al reparto de la hacienda Los Borregos, propiedad de Félix Díaz, sobrino de Porfirio. Entendían que la tenencia de la tierra era uno de los principales reclamos de las mayorías.

Reunieron a los peones y al personal, hubo discursos, firmaron títulos de propiedad y se cantó el Himno Nacional. Se supo en todo el país. Repartieron tierras a sus antiguos propietarios en un acto de celebración y júbilo.

Carranza se molestó con los dos y, de entrada, mandó a Lucio Blanco a Sonora, a las órdenes de Álvaro Obregón. Una especie de destierro de la Revolución. El constitucionalista no tenía ningún interés en repartir tierras y advertía un riesgo, en ese momento de la historia, si se generaba la percepción de que la revuelta era para "compartir ganancias". Tampoco tenía deseo de responder a la demanda de las masas: su verdadero interés era fortalecer al Estado.

Arnaldo Córdova escribe en *La ideología de la Revolución mexicana. La formación del nuevo régimen,* justo a propósito de este episodio en el que participan Lucio Blanco y Francisco J. Múgica:

> En realidad, don Venustiano al respecto no pensaba diferentemente de como pensaba Madero: México llegaría a ser un país de hombres que fundaran la grandeza de la nación sobre la base de valerse por sí mismos; el progreso nacional no podía ser una obra aparte de los propios ciudadanos, pues ella se mediría a través del progreso de cada uno de los mexicanos y en cada uno cobraría realidad. En última instancia, los problemas de las masas no podían ser vistos sino como problemas de individuos en los que se particularizaba el atraso de la nación entera. Lo notable, sin embargo, es que Carranza en ningún momento olvidó que, moviéndose por sí mismas, las masas habían llegado a ser, también ellas, una fuerza política, que logró contar con sus propios ejércitos y con su propio poder, en contra y al margen del Estado. Según su

concepción liberal, Carranza pensaba que el Estado era indispensable para el desarrollo de la sociedad individualista; en el fondo, no concebía que se diese otro tipo de desarrollo social, a riesgo de que se cayera en un atraso o en un retroceso irremediable; por tanto, la única relación política que admitía era la clásica relación individuo-Estado, un nexo en que lo político entrañaba la sujeción total del hombre al Estado y que tenía como finalidad exclusiva garantizar un poder tal, que por su magnitud fuese, a su vez, capaz de garantizar el desarrollo del individuo en todos los órdenes de la vida. La existencia de poderes al margen del Estado resultaba intolerable para un hombre que deponía en la construcción de un verdadero Estado todas las expectativas de la nación; esos poderes, en efecto, ya fuesen de las viejas clases tradicionales o de las masas, amenazaban la propia existencia del Estado y, por consiguiente, la del país en su desarrollo futuro; como fuerzas políticas y militares, fueron combatidas con la política y con las armas.[3]

Se entienden todavía mejor las intenciones de Carranza cuando presenta el Plan de Guadalupe, el 26 de marzo de 1913, en respuesta a la usurpación del general Huerta. Desconoce al golpista, cambia el nombre de las fuerzas armadas por el de "Ejército Constitucionalista" y se designa como Primer Jefe. Enorme diferencia con Emiliano Zapata: el 28 de noviembre de 1911 el líder campesino había lanzado el Plan de Ayala, que desconocía a Madero y llamaba a repartir las tierras de caciques, hacendados y terratenientes. Arnaldo Córdova recuerda las palabras de José Vasconcelos: "El Plan de Guadalupe significaba únicamente que la nación había hallado un Jefe, que la revolución vengadora se había unificado en torno a una autoridad legítima. El alma del movimiento seguía siendo Madero".

El reparto de las tierras de El Borrego llama la atención de Zapata, nada menos. Le escribe a Múgica:

Muy estimado coronel y amigo:

Por informes honorables tengo conocimiento de los trabajos que ha llevado a cabo a favor de la causa que se sostiene y que es usted ardiente partidario del problema agrario bien definido en el Plan de Ayala, que es la bandera del pueblo pobre y a la que tanto ha defendido con abnegación y sacrificio, por lo que sinceramente felicito a usted y ojalá que siempre vea en usted un buen partidario que se preocupe por el bien del pueblo y que jamás defienda causas personales.

Espero que usted sabrá secundar mis ideas en bien del pueblo mexicano y que pronto nos veamos.

Soy de ud. afmo. atto. amigo y seguro servidor,

El general Emiliano Zapata.[4]

Para agosto de 1915 cae Pedro C. Colorado, gobernador y jefe militar de Tabasco. Carranza envía a Múgica como mandatario, comandante y jefe de operaciones militares, y no se traiciona: un año después, el 13 de mayo de 1916, reúne a los habitantes de villa de Jonuta para anunciarles que había tomado la decisión de expropiar la hacienda El Chinal con el fin de entregar los terrenos "al pueblo, en calidad de ejidos, para su explotación precomunal".

Y por segunda vez se enoja Carranza con Múgica. Le escribe: "Sírvase usted ordenar que sean devueltos a la mencionada compañía [la Compañía Agrícola Tabasqueña, S. A.] los terrenos aludidos y que se suspenda todo procedimiento enviando el expediente que se haya formado con este motivo a fin de que la Comisión Nacional Agraria conozca el asunto y resuelva en definitiva lo que corresponda".

Entonces Múgica le responde con una carta de renuncia condicionada:

> Me permito rogar a usted de la manera más insinuante, con verdadera ansia de ser atendido, que me permita hacer entrega del Gobierno a otra persona para que se efectúe devolución de dichas tierras a la acaudalada Compañía, pues para mis sentimientos personales sería un sacrificio inapreciable cobrar en inverso sentido de mis convicciones revolucionarias, de las leyes del Gobierno preconstitucional y de las aspiraciones del pueblo, factores estos que estimo más valiosos que ningunos otros intereses, y supuesto también que aun separado del Gobierno estoy al servicio de la Patria.

Carranza se ve obligado a doblar las manos. Suficiente tiene con Villa y Zapata en rebeldía, y con los trabajos del Congreso Constituyente donde —y en ese momento no lo sabe— Múgica volverá a operar contra su voluntad, aunque a favor de reformas de fondo que beneficiarán a las mayorías.

Dos proyectos frente a frente

La idea de que la Revolución de 1910 unió dos proyectos contrapuestos de nación —que ahora podemos dividir entre izquierda y derecha— quedó más clara durante el Congreso Constituyente de 1916-1917. Dos proyectos, frente a frente, ante la responsabilidad histórica de establecer derechos y libertades de los ciudadanos y los límites del Estado y las instituciones.

Carranza propone una Constitución que era, otra vez, "la típica concepción liberal, individualista de la sociedad, que sin embargo se iba a plantear en términos de un autoritarismo limitado, con la excusa de que sólo un Estado de gobierno fuerte podría dar una garantía eficaz a la libertad individual y al desarrollo conjunto del organismo social", como cita Arnaldo Córdova.

Y el botón de muestra: en cuanto a la expropiación de tierras, mantiene casi intacto el artículo 27 de la Constitución de 1857: "[…] esta facultad es, a juicio del Gobierno de mi cargo, suficiente para adquirir tierras y repartirlas en la forma que se estime conveniente entre el pueblo que quiera dedicarse a los trabajos agrícolas, fundando así la pequeña propiedad, que debe fomentarse a medida que las públicas necesidades lo exijan".

Pero Múgica, el radical, se le atraviesa en el camino. Se convierte en el más notorio de los constitucionalistas y brilla, realmente brilla,

de acuerdo con todas las crónicas de la época, con elocuencia pero también con conocimiento y convicción. La Constitución de 1917 tiene vitalidad por él y por los otros que, como él, se atrevieron a someter al debate, frente a un cuerpo nutrido de juristas que venían desde tiempos de Porfirio Díaz, cada artículo de la propuesta del Primer Jefe.

El resultado es una Carta Magna ejemplar y, hasta ese momento, el avance más notorio de la revuelta social que estalló en 1910. Pero no era sorpresa que Carranza propusiera una Constitución que protegía los intereses de la élite porfirista o que, al menos, proponía mantenerlos intactos. Madero mismo pensaba que era suficiente con inculcar valores democráticos a una sociedad mal educada, mal alimentada y sin manera de ganarse la vida. Madero, como Carranza (o viceversa), no calculó que la revuelta burguesa tendría eco entre los que no podían esperar más.

Carranza, como Madero (o viceversa), pensó que el campo podría esperar el reparto de tierras.

Once años antes del Constituyente y a dos del estallido de la Revolución, Ricardo Flores Magón adelantaba la posibilidad de que un levantamiento social fuera contenido desde dentro. El 13 de junio de 1908 le escribe a Enrique Flores Magón, su hermano, y a su amigo Práxedis G. Guerrero. Les dice, con lucidez y visión de futuro:

> Ustedes saben también como yo que ninguna revolución logra hacer prevalecer después del triunfo y hacer prácticos los ideales que la inflamaron y esto sucede porque se confía que el nuevo gobierno hará lo que debió hacer el pueblo durante la revolución. Siempre ha sucedido lo mismo. En todas partes se enarbola una bandera con reformas más o menos importantes; se agrupan alrededor de ella los humildes; se lucha; se derrama más o menos abundantemente la sangre, y si triunfa la revolución, se reúne un congreso encargado de reducir a leyes los ideales que hicieron al pueblo tomar las armas y batirse".[5]

Y sobre los debates que vendrían en el Constituyente, les advierte:

> Al congreso van individuos de toda clase de ideales, avanzados unos, retrógrados otros, moderados otros más, y en la lucha de todas esas tendencias las aspiraciones de la revolución se marchitan, se desvirtúan y después de largos meses, cuando no después de largos años, se vienen aprobando leyes [en las] que ni siquiera se adivinan los ideales por los cuales dio su sangre el desdichado pueblo. Pero supongamos que por un milagro se dicten leyes en las que brillen con toda su pureza los ideales de la revolución, cosa que nunca se ha visto ciertamente, porque muy pocos diputados tienen los mismos ideales que el pueblo que empuñó las armas; supongamos que el milagro se realiza y que en el caso especial de nuestra lucha, el congreso ordena el reparto de las tierras, la jornada de ocho horas y el salario no menor de un peso, ¿podremos esperar que los terratenientes se cruzarán de brazos para dejar escapar lo que los hace poderosos y les permite vivir en la holganza?

Flores Magón advierte que

> los dueños de toda clase de empresas donde se emplean brazos ¿no cerrarán sus negociaciones o, al menos, no disminuirán el número de obreros que emplean, para obligar al gobierno a revocar la ley con la amenaza del hambre del pueblo, fingiendo que les es materialmente imposible pagar más por menos horas de trabajo? Agotados los recursos para la revolución, el pueblo se encontraría en una condición más difícil que aquella por la cual se vio obligado a rebelarse. El

> pueblo, sin pan, escucharía la palabra de los burgueses que dirán que se les había engañado y lo acaudillarían para derrocar al nuevo gobierno, con lo que se salvarían de perder sus tierras unos y de hacer concesiones a los trabajadores otros. Los ricos se rebelarán cuando se trate de hacer práctico el Programa del partido liberal, en caso de que, por un verdadero y único milagro en la historia de las revoluciones de los pueblos, se hubieran conservado intactos los ideales de la revolución después de su triunfo.

El revolucionario preveía en apenas una de cientos de cartas que escribió lo que vendría en las siguientes décadas para México; episodios fundacionales de un país a veces frustrado y a veces de pie, en los que Múgica jugaría un papel importante.

El radical y el moderado

El proceso creativo, el debate y el alumbramiento de la Constitución de 1917 marca un punto álgido en la vida política de Francisco J. Múgica. Al ser partícipe de su creación y, sobre todo, al haber impuesto criterios por encima de la iniciativa tímida de Venustiano Carranza, puso en sus manos una primera tarea: respetar la Constitución de 1917. Y esto obrará en él para bien y para mal. Por un lado, se presiona para volver a su tierra e implementar allá, en suelo michoacano, una reforma agraria; y le gustaba, parece, tanto por el reparto a los campesinos como por tocar a una élite que venía denunciando desde la primera década del siglo. Pero, por el otro, se vuelve un hombre del sistema.

Y es interesante compararlo con lo que pensaba el mismo Flores Magón, quien lo inspira. En esa carta del 13 de junio de 1908 para Enrique y Práxedis es notorio que, si Ricardo transita de la moderación al radicalismo, Múgica va de radical a moderado. Rutas distintas, aunque buscaran un mismo puerto. Dos años antes, Flores Magón pide que las tierras se expropien durante el levantamiento armado, sin esperar a discutir una nueva y castrante Constitución.

> Debemos dar las tierras al pueblo en el curso de la revolución; de ese modo no se engañará después a los pobres. No hay un solo gobierno que pueda beneficiar al pueblo contra los intereses de la burguesía. Esto lo saben bien ustedes como anarquistas y, por lo mismo, no tengo necesidad de demostrarlo con razonamientos o con ejemplos. Debemos también dar posesión al pueblo de las fábricas, las minas, etcétera. Para no echarnos encima a la nación entera, debemos seguir la misma táctica que hemos ensayado con tanto éxito: nos seguimos llamando liberales en el curso de la revolución, pero en realidad iremos propagando la anarquía y ejecutando actos anárquicos. Iremos despojando a los burgueses y restituyendo al pueblo. He aquí el medio que se me ocurre y que someto a la atención de ustedes: En virtud de la revolución las fábricas, las haciendas, las minas, los talleres, etcétera, van a cerrar sus puertas, no porque los trabajadores tomen las armas, pues no todos las tomarán, sino por otras razones entre las cuales pueden contarse la paralización o amortizamiento de las transacciones comerciales debido a la inseguridad que hay para los intereses en tiempos en que el respeto a la autoridad está relajado, y la orden en todos los lugares dominados por la revolución de que no se pague a los trabajadores menos de un peso por la jornada establecida de ocho horas. La consecuencia de ese proceder de la burguesía será el hambre, porque agotadas las existencias no se da paso a producir más.

Agrega Flores Magón:

> Nosotros no debemos esperar a que llegue el hambre, por lo mismo, tan pronto como una hacienda paralice sus trabajos, una fábrica cierre sus puertas, una mina deje de extraer metal, etcétera, invocaremos la utilidad pública de que no cese el trabajo, cualquiera que haya sido el pretexto de los amos para suspenderlo, y con la razón de que es preciso reanudar los trabajos, para impedir el pauperismo, daremos a los trabajadores las negociaciones que hayan cerrado los burgueses, para que ellos las sigan explotando bajo un pie de igualdad.

Una vez en la Revolución, Múgica se encuentra con que el reparto de tierras tiene consecuencias inmediatas y se ve obligado a contenerse y a esperar, pues sí, una nueva Constitución.

La realidad es que el país estaba parado sobre un bidón de gasolina. Gerrit Huizer detalla, en *La lucha campesina en México*,[6] cómo las condiciones en el campo hacían inviable tomarse más tiempo para el reparto de la tierra desde antes de la Revolución de 1910.

> Las poblaciones indígenas reaccionaban de varios modos contra esta situación que empeoraba cada vez más. Los representantes indígenas de los estados de México, Morelos, Hidalgo, Michoacán, Veracruz y las zonas aledañas a la capital se quejaban en 1878 ante el Congreso Nacional por el desalojo de sus tierras y por los bajos salarios que recibían. Seis meses más

tarde, la Cámara de Diputados se declaró incompetente para tratar sobre dichos problemas. La primera junta del Congreso de los Pueblos Indígenas de la República, que se llevó a cabo en 1879 para estudiar la defensa de las tierras de las comunidades, fue condenada unánimemente por la prensa liberal.

Violentas reacciones tuvieron lugar en otras partes del país. En 1869, en el área del Mezquital, 500 campesinos se levantaron en armas para reconquistar las tierras de las cuales habían sido despojados, después de que los trámites legales se agotaron infructuosamente. Por razones semejantes, en San Luis Potosí grupos indígenas hicieron una revuelta en 1878 y en 1881-1882. En 1891, unos mil indios de Papantla, Veracruz, se levantaron en armas y volvieron a hacerlo en 1896, para defender sus tierras ante los intentos de dividírselas. En 1883 el padre Mauricio Zavala, cura de Ciudad Maíz, instigaba a los campesinos desde el púlpito para que tomaran posesión de las tierras de las que eran dueños. Cuando se hicieron esfuerzos a través del obispo local para reemplazarlo, el padre se levantó en armas. Más tarde tuvo que asilarse en Guatemala.

Las comunidades perdieron sus tierras, no sólo mediante la incautación de las mismas llevada a cabo por las haciendas. Los grupos indígenas del Valle del Yaqui las perdieron por la vía directa de la acción armada gubernamental para aplacar supuestas "rebeliones", como la llamada "Guerra Yaqui". Sucesos similares acontecieron en Yucatán. Fue en esta situación de continuo deterioro de las condiciones de vida de las grandes masas de población, en que maduró el clima favorable para llevar a cabo la Revolución.

Arnaldo Córdova hace ver, en *La ideología de la Revolución mexicana. La formación del nuevo régimen*, que garantizar la justicia social era un imperativo porque las mujeres y hombres que habían tomado las armas no estaban para esperarse a ver a qué horas se discutía una nueva Constitución. Había problemas ya, por eso estaban dispuestos a ofrecer su sangre y la de sus hijos.

Las masas populares expresaban necesidades sociales no elaboradas, inmediatas, locales casi siempre. En su conciencia, en su comprensión de los problemas, no entraban proyectos de reconstrucción nacional; no había una idea orgánica, sistemática y global de la nación y sus problemas. Sus convulsiones habían comenzado como respuesta a injusticias flagrantes que sufrían en continuación; su rebeldía era ciega y sin tradiciones de lucha que se ligaran directamente a ella. Los casos aislados de lucha revolucionaria del pasado se perdían en la memoria de las clases trabajadoras en una sociedad desarticulada e internamente incomunicada. Las concepciones fourieristas o proudhonianas, importadas a México desde mediados del siglo XIX, no habían logrado prender en la conciencia popular ni crear un movimiento independiente de las masas, como el de los obreros europeos o el de los campesinos chinos.

Los campesinos mexicanos, sobre todo, explotados sin piedad y envilecidos en la ignorancia más degradante, desde un principio se vieron precisados a luchar por su supervivencia mediante la revuelta. Su rebelión, sorda o explosiva, pero siempre localizada, parcial, se fue extendiendo conforme se acercaba el fin del porfirismo. Con ella fue naciendo la conciencia de la revolución, como fenómeno nacional, como proyecto de transformación global y como una necesidad que se reconocía en el organismo social. Sin embargo, la conciencia de la revolución no nació entre las masas rebeladas y disgregadas, sino fuera de ellas, entre los exponentes de las clases medias, que fueron los primeros en proclamarla, atendiendo primero a intereses que eran esencialmente suyos (los ideales liberales universalistas) y agregando después a estos intereses inmediatos de las masas. La presencia de las masas, su continua revuelta contra la injusticia, la explotación y la opresión de que eran presas, obligaron a aquellos exponentes de las clases medias a modificar sus demandas y su concepción de la revolución; pero no por ello renunciaron a sus posiciones de clase (expresadas en lo fundamental por Madero), ni por otra parte se identificaron con las masas. Todo lo contrario, pues en su caso se trataba de una clarísima y oportuna toma de conciencia de que la revolución no se iba a hacer al margen de las masas, sin que en ella actuaran como protagonistas principales y decisivos los campesinos y los obreros, la inmensa mayoría del pueblo.

En el apartado “La utopía revolucionaria de Ricardo Flores Magón”, el investigador dice que Flores Magón:

forma parte del campo de los grandes excluidos, de los derrotados en el proceso de la Revolución Mexicana.

Hijo espiritual del liberalismo decimonónico, por cuyas ideas, como hemos visto, milita desde la última década del siglo pasado, Flores Magón ve todos los hechos sociales a través del prisma del individuo libre. Su comprensión de los problemas de las masas no se funda en el papel real que estas juegan en el conjunto de la vida nacional, sino en una concepción de la justicia en la que el valor de la libertad individual es el verdadero núcleo motor; percibe muy claramente y adopta con ejemplar determinación las exigencias de las masas, pero no se identifica con estas, tal y como en realidad son, porque si bien acepta que son objeto de toda la injusticia que en el mundo existe, jamás las ve como sujetos capaces de liberarse a sí mismos; las masas no constituyen para el revolucionario oaxaqueño un elemento positivo, sino el resultado de la falta de libertad, el resumen de la esclavitud de los hombres; por eso las trasciende y las disuelve en la crítica del sistema social. El problema de la masa es también el problema de la libertad. El lugar de la masa lo deben ocupar los individuos libres, conscientes de su propia individualidad y de su propia libertad. Este fue siempre el fondo de la concepción que animó a aquel revolucionario mexicano, su verdad primera y su finalidad última. Pero no siempre tuvo los mismos motivos. Antes de 1906, año en que se publicó el Programa del Partido Liberal, pensaba, como todos los liberales, que bastaba un gobierno democrático, respetuoso de las leyes y firme garante de las libertades ciudadanas, para que los hombres fueran libres. En los años

> siguientes fue descubriendo que no bastaba un buen gobierno para realizar la libertad de los hombres, e incluso, que la propia existencia del Estado era el primer obstáculo con el que ese propósito se topaba, que mientras los humanos siguieran divididos por diferencias económicas no serían libres; unos serían masa y otros vivirían de ella como hasta entonces había sucedido. En esos años Ricardo Flores Magón deja de ser un precursor de la Revolución Mexicana, tal y como esta triunfó a la postre y en el sentido en que se entiende corrientemente el término *precursor*, y evoluciona hacia el anarquismo libertario.

Córdova agrega:

> Sin dejar de ser liberal, el contacto con los problemas de las masas, las persecuciones que desde temprano comenzó a sufrir implacablemente en su vida y, quizá, la experiencia familiar en las comunidades indígenas de Oaxaca, lo fueron llevando al repudio cada vez más decidido del liberalismo que se limitaba a exigir el voto, la elección de representantes y la garantía de las libertades ciudadanas, y a la aceptación del liberalismo ultrarradical que es, en el fondo, el anarquismo.

Córdova rescata, de Ricardo Flores Magón, un párrafo en oro: "El avance de mis ideas es lógico, no hay nada de extraño en ello, nada de postizo. Primero creí en política. Creía yo que la ley tendría la fuerza necesaria para que hubiera justicia y libertad. Pero vi que en todos los países ocurría lo mismo que en México, que el pueblo de México no era el único desgraciado y busqué la causa del dolor de todos los pobres de la tierra y la encontré: el capital".

En el siguiente tramo de su vida, Francisco J. Múgica se dará cuenta de que la posrevolución no tiene nada de romántico. Y quienes se encargan de darle esa lección son las pragmáticas y corruptas élites políticas, la prensa, el clero, los dueños del capital, los terratenientes y hacendados. Muerto Carranza, el presidente Adolfo de la Huerta vuelve comandante militar de Michoacán a un joven general brigadier de apenas 25 años: Lázaro Cárdenas del Río. Una gran amistad se aproxima y es de las pocas cosas que hacen llevaderos los días de exilio y desencanto.

Porque la tan ansiada gubernatura de Michoacán resulta un potro salvaje. En 1920 Múgica gana la elección, apoyado por el Partido Socialista Michoacano, el Partido Renovador Nacionalista y la Federación de Obreros

y Campesinos de la Región Michoacana. Y empiezan los problemas en serio: el exgobernador y ministro (y próximo presidente) Pascual Ortiz Rubio no quería reconocerlo simplemente porque lo consideraba un comunista radical y había pensado en otro político como sucesor. Ortiz Rubio había solicitado licencia para separarse de la gubernatura con el fin de irse con Adolfo de la Huerta a la Secretaría de Comunicaciones y mantenía un pie bien puesto en suelo michoacano. Pero el triunfo de Múgica era inobjetable: 17 mil 790 votos contra 13 mil 838 votos del ingeniero Porfirio García de León. Finalmente intervino el general Cárdenas y validó su triunfo, y así pudo tomar Palacio de Gobierno, acompañado de una multitud.

Múgica se encontró con que la Revolución simplemente no había pasado por Michoacán y que el poder real estaba en manos de los viejos intereses porfiristas, que de inmediato emprendieron la resistencia contra un gobernador abiertamente declarado de izquierda. "El llamado revolucionario de Madero tuvo poco efecto en Michoacán, donde la reacción fue básicamente de simpatizantes aislados que se incorporaron a las luchas revolucionarias en otras regiones de manera individual", escribe Anna Ribera Carbó en *Francisco J. Múgica. El presidente que no tuvimos*.

Continúa:

> En 1917 las condiciones sociales y económicas del estado eran esencialmente las mismas que durante los últimos años del gobierno de Porfirio Díaz, y aunque ya se había establecido la Comisión Local Agraria, ninguna solicitud de dotación o restitución de tierras había sido resuelta. Los gobernadores carrancistas Alfredo Elizondo y José Rentería Luviano siguieron la explotación de los recursos naturales, básicamente forestales, en manos de compañías extranjeras, y mantuvieron en los puestos importantes de la administración pública a los viejos políticos porfiristas. La elección de Pascual Ortiz Rubio sirvió exclusivamente para dirimir pugnas de poder económico entre los grupos fuertes que intentaron imponer a sus dirigentes a través de partidos y organizaciones políticas. El ingeniero conciliaba los intereses económicos de las élites locales sin entrar en pugna con el gobierno federal.

Múgica intenta organizar a los campesinos para emprender una reforma agraria de fondo, recuperar las tierras de los terratenientes y procurar justicia social. Pero se topa con que la resistencia de los conservadores es

operada desde el gobierno federal: el presidente Álvaro Obregón organiza la defensa de los intereses de los poderes económicos locales y le genera una inestabilidad profunda. Se vienen días de violencia.

La prensa de la capital del país ataca duramente a Múgica mientras que en pueblos y ciudades se vive una verdadera insurrección. El gobernador no cuenta con suficiente apoyo para responder. Presenta su renuncia el 9 de marzo de 1922. El Congreso le da una licencia y en diciembre de 1923 intenta regresar al poder: se le acusa de usurpación y es detenido.

Lázaro Cárdenas, jefe militar en Michoacán, recibe la orden de Obregón de que Múgica sea llevado a la capital. Pero, llegando a Acámbaro, el encargado de escoltarlo, el coronel Miguel Flores Villar, recibe un telegrama del presidente Álvaro Obregón: "Suyo de hoy. Enterado que general Francisco J. Múgica fue muerto al pretender ser libertado por sus partidarios. Lamento lo ocurrido y preséntese usted en esta a rendir parte circunstanciado". La prensa de la Ciudad de México, para entonces, publica que el general revolucionario ha muerto. Sí, el presidente de México lo quería muerto.

Después de un periplo entre pueblos y ciudades, Múgica llega a la capital del país y allí da a la fuga. La lección es dura. Líderes de izquierda que le habían ayudado durante su breve mandato en Michoacán mueren en esa aventura fallida, entre ellos Isaac Arriaga, fundador del Partido Socialista de Michoacán. En una carta al general Cárdenas, citada por Anna Ribera Carbó y fechada en 1929, Múgica siente el peso de ser quien es: "Siendo unos años mayor que usted y deambulado terco y tenaz por las veredas de la vida pública, he sentido en el talón la ponzoña viperina de la intriga y en el corazón el desaliento por verla prosperar; pero yo he sido un rebelde, un agresivo y, si se quiere, un imprudente, y casi me merezco haber sufrido el cataclismo que sufrí".

Cuauhtémoc Cárdenas escribe en *Cárdenas por Cárdenas*:

> En los días en que el general Múgica se escondía en la Ciudad de México, quien conocía sus escondites y lo visitaba, después de recuperarse de su herida en Teocuitatlán y de haber sido liberado en Colima, era su amigo Lázaro Cárdenas. Bien puede decirse que el general Múgica, en ese tiempo y a pesar de las muchas dificultades y sobresaltos por los que pasó, estaba de suerte:

la agitada situación política de los días de su aprehensión y fuga ayudaron a que no se pudiera dar atención puntual a su caso desde la Presidencia de la República.[7]

IDEAS AL EXILIO

Lázaro Cárdenas del Río se encarga, en los siguientes años, de reivindicar a su amigo revolucionario. Se le ha castigado no por imprudente y, en realidad, tampoco por radical, rebelde o agresivo. Se le hizo a un lado por llevar prisa. El general lo sabe. En los siguientes años, Múgica y él estrecharán la amistad al punto de volverse inseparables.

En 1925 el presidente Plutarco Elías Calles envía a Cárdenas como encargado militar de la Huasteca, en donde empiezan los conflictos entre los trabajadores y las empresas petroleras extranjeras. Huelgas, enfrentamientos, más huelgas, sindicatos y contratos. La movilización obrera es tan intensa que el gobierno decide pararse en medio de los intereses empresariales y los de la clase trabajadora para evitar un derramamiento de sangre.

Múgica, por su parte, logra volver a la vida pública después de estar escondido. Se va con tiento. Luego de que Luis Cabrera le permite hacerse de un dinero en un despacho de abogados, se va casi dos años con Cárdenas a la Huasteca, donde entra en contacto con los conflictos de las compañías petroleras y los trabajadores. Allí se da cuenta de los abusos cometidos por las empresas en contra de la nación y en contra de los pueblos. Otra vez el mismo problema: las tierras. Pero Múgica entiende la paciencia en su amigo y ahora defensor. Tienen tiempo para platicar y la amistad profesional se vuelve personal. Mientras, ven los eventos que se suceden en México: las presiones de los grupos de poder, nacionales y extranjeros; la traición a los postulados de izquierda de la Revolución; la lucha armada de la ultraderecha religiosa. Y el papel, muchas veces penoso, de la prensa.

En *Los grupos de presión extranjeros en el México revolucionario: 1910-1940*, Lorenzo Meyer da cuenta de ello.[8] Enumera las tácticas de

corporativos mineros y petroleros: *1)* persuasión, *2)* propaganda, *3)* corrupción, *4)* amenazas y sanciones, *5)* sabotaje y *6)* violencia.

Dice Meyer:

> En el siglo XX los grupos de presión han utilizado la propaganda ampliamente para lograr que sus puntos de vista sean aceptados por la mayoría de los elementos políticamente importantes de una sociedad determinada. La primera corporación estadounidense que empleó sistemáticamente la propaganda como táctica para defender sus intereses frente al público fue precisamente la Standard Oil Company. No es sorprendente, por lo tanto, que en México el grupo petrolero fuera el que utilizara la propaganda más intensamente para demostrar a la "opinión pública" que los intereses de sus compañías y el interés nacional de Estados Unidos y de México estaban siendo afectados negativamente por las políticas petroleras de los gobiernos revolucionarios en México.
>
> La propaganda de los petroleros estuvo dirigida tanto al público mexicano como al estadounidense. En este último caso, se trataba de crear una base de opinión pública para que las demandas de protección formuladas por los petroleros al Congreso, al Departamento de Estado, y a otros funcionarios en Washington, fueran recibidas con simpatía. Esta propaganda se difundió principalmente a través de los periódicos, pero en ocasiones también se hizo a través de folletos y libros. El *New York Times* y el *Wall Street Journal* se encontraron siempre entre los periódicos estadounidenses más importantes que apoyaron el punto de vista de las compañías petroleras en el caso de México.
>
> Los periódicos mexicanos más importantes de la época, *El Universal* y *Excélsior*, fundados en la segunda década del siglo, eran conservadores, en términos generales, con una actitud más bien favorable al capital extranjero y a la política estadounidense en general. Hay evidencia de que la propia embajada estadounidense estuvo dispuesta a dar apoyo financiero a *El Universal* durante la primera Guerra Mundial. La Cámara Americana de Comercio tuvo una actitud similar. En los años veinte ese periódico fue acusado por *Excélsior* de tener contactos directos con la compañía petrolera El Águila. En 1919 las compañías petroleras establecieron una relación especial con otro periódico de la ciudad de México, *El Demócrata*, pero se trataba de una publicación de menor importancia. Pese a ello, no es posible decir que los grupos petroleros o mineros llegaron a establecer una relación tan estrecha y permanente con la prensa mexicana como lo hicieron con la estadounidense. Si bien es cierto que la gran prensa mexicana tendió a mostrar una actitud de duda, cuando no francamente negativa, hacia muchas de las políticas de nacionalismo económico del gobierno mexicano, su posición fue muy clara en las crisis por controversias entre las compañías extranjeras y el gobierno mexicano: su apoyo al régimen era completo. La razón de esta conducta es que el gobierno siempre encontró la manera de presionar a estos periódicos para que aceptaran la línea oficial.

Cárdenas recuerda, en una carta posterior, lo que él y Múgica vieron; el estira y afloja entre el gobierno de la República, las poderosas petroleras

extranjeras y los empleados de ellas.

El general que pronto sería presidente narra:

> En los años de 1926 y 1927, que serví el Comando Militar de la Huasteca Veracruzana, con Cuartel General en Villa Cuauhtémoc, Ver., se encontraba domiciliado el general Múgica en el mismo lugar, representando a la Casa Núñez que, unido con el licenciado Luis Cabrera, seguía juicio en contra de la compañía petrolera "Pen-Mex", cuyo juicio fue fallado por las autoridades judiciales en favor de los intereses mexicanos. En varias expediciones que realicé por los campos petroleros de las compañías extranjeras me acompañó el general Múgica y juntos presenciamos la actitud altanera de los empleados extranjeros con los trabajadores mexicanos. Las compañías estimulaban la rebelión en contra del gobierno para consumar sus despojos a los dueños de terrenos y extraer de contrabando la mayor cantidad de petróleo. La vigilancia de los inspectores del gobierno no podía resultar eficaz con la rebelión en la propia zona. Mantenían a la población obrera en pésimas habitaciones, en tanto que las casas de los empleados extranjeros sobresalían por sus comodidades. En una ocasión que cruzamos con el general Múgica por los campos petroleros de Cerro Azul y Potrero del Llano, nos vimos detenidos en las puertas de las compañías, que cerraban los caminos, y fue después de una hora de espera que llegaron sus guardias a abrirnos paso. Y eso ocurría al propio comandante de la Zona Militar. Había que tolerarlos por las consideraciones que les concedía el gobierno. Comentamos con el general Múgica tan humillante situación para los mexicanos.

Lo que ven y escuchan, las lecciones que ambos comparten en ese breve tiempo, les reafirman muchas ideas para el futuro.

Cárdenas logra reintegrar a Múgica en el gobierno, aunque fuera en el rincón más apartado: las Islas Marías. El izquierdista estaba realmente apestado entre las élites gubernamentales posrevolucionarias y algo de eso puede verse en *Quince años de política mexicana*, de Emilio Portes Gil:

> Yo nunca había tenido amistad alguna con el señor general Múgica […] Nuestras relaciones siempre se significaron por una franca repulsa cuando teníamos que dirigirnos la palabra. También es verdad que, en el año de 1928, siendo yo Secretario de Gobernación del Presidente Calles, logré que se diera a dicho señor un modesto acomodo en el Presupuesto, designación que, naturalmente, después de algunos años de cesantía, vino a ser para él una salvadora manera de cubrir sus ya apremiantes necesidades […] Por cierto que el acomodo que conseguí para el general Múgica lo logré con el general Calles, muy a pesar del propio don Plutarco. Yo tomé posesión de la Secretaría de Gobernación en el mes de agosto de 1928. En septiembre, el señor general Cárdenas me hizo una visita y, en plática, me manifestó que el general Múgica no tenía, desde hacía ya largo tiempo, ningún empleo. En vista de la situación en que me encontraba, me

pidió que lo nombrara Director del Penal de las Islas Marías, puesto que se avenía un tanto a su carácter un tanto misantrópico.

Cosas del destino: a finales de noviembre de 1934 Francisco J. Múgica es el encargado de, por instrucciones del presidente electo, el general Lázaro Cárdenas, invitar al expresidente Emilio Portes Gil a ocupar la Secretaría de Relaciones Exteriores.

De regreso a la Revolución

Desde el Constituyente de 1917 y hasta 1934, los gobiernos posrevolucionarios buscaron estabilizar al país con una fórmula que, entre otras tácticas, incluía retardar la aplicación de la Constitución de 1917 para no abrir un frente con el capital y los terratenientes heredados del porfiriato. Fueron gobiernos, casi en su mayoría, reaccionarios. La Revolución era una anécdota maravillosa para celebrar, pero no significaba gran cosa para los programas de gobierno.

Es curioso que entre 1918 y 1919 nacen al menos tres partidos nacionales de filiación comunista o socialista: el Partido Socialista de México (PSM), el Partido Nacional Socialista (PNS) y el Partido Comunista Mexicano (PCM). En 1920 parte de estos partidos apoya la candidatura de Álvaro Obregón y no será raro que, en las décadas por venir, muchas veces se vayan con las propuestas electorales del oficialismo.

La izquierda institucional casi nunca pudo liberarse de las infiltraciones de Washington, de Moscú o del mismo gobierno mexicano; todos al mismo tiempo o uno a la vez. Algunos líderes nacionales identificados con la izquierda, como Vicente Lombardo Toledano y otros, rara vez hablaban mal de estos partidos (que fueron y vinieron en las siguientes décadas), pero preferían no militar en ellos o no identificarse formalmente con ellos.

La llegada de Lázaro Cárdenas al poder, sin embargo, otorgó un sentido diferente al *ser de izquierda* y a *pensarse de izquierda*. Su ruptura con Plutarco Elías Calles y con el "Maximato" le dio independencia (y con

estabilidad) para ejecutar su plan de trabajo, pero además le permitió marcar distancia de ese periodo vergonzoso donde los luchadores sociales y los individuos con ideas revolucionarias fueron castigados, reprimidos, asesinados o simplemente abandonados desde el poder. Un periodo donde la consigna fue apropiarse del discurso de izquierda pero cumplirle (y hasta apoyar) a la derecha. La vida de Francisco J. Múgica da cuenta de ello, con creces. Y no es la única, por supuesto.

La decisión sobre los hombres promovidos en el naciente régimen recaía, básicamente, en que no fuera un "radical" de izquierda. Antes de que se decidiera la candidatura de Cárdenas, por ejemplo, el coronel Adalberto Tejeda, secretario de Gobernación con Calles y luego gobernador de Veracruz (1928-1932), mostró su deseo de competir en la sucesión. En 1933 forma el Partido Socialista de las Izquierdas para formalizar su candidatura, que tenía como apoyo a la Liga Nacional Campesina Úrsulo Galván. Se desató una persecución contra todos ellos. Los diputados fueron desaforados, los políticos simpatizantes fueron defenestrados.

Para Múgica, la llegada de Cárdenas a la presidencia significó un alivio en muchos sentidos. Implicó, por un lado, su vindicación después de ser un perseguido y luego apestado del "Maximato", pero además le significó recuperar ideas que pensó perdidas para la Historia. Ideas de izquierda, básicas, por las que los revolucionarios habían salido a pelear pero que se habían lanzado a un baúl sin llaves. Y, bueno, también revivió al atrevido joven de mecha corta y espada desenvainada.

Calles y sus seguidores habían tomado el gabinete de Cárdenas, como los gabinetes anteriores. El presidente los despide a todos en un día y se queda sólo con su secretario de Economía, que era Múgica, y con, cosas de la vida, Portes Gil. Luego viene un periodo de desestabilización y al presidente no le tiembla la mano. Sigue la expulsión del "Jefe Máximo". La opera, justamente, Múgica.

Cuenta Cuauhtémoc Cárdenas:

> El general Calles y sus seguidores que conspiraban contra el gobierno, sin dar la cara, querían acelerar la caída de Cárdenas o el sometimiento de este al jefe máximo. No se encuentra otra

explicación a los acontecimientos que precipitaron las decisiones. El 25 de marzo, un furgón cargado de dinamita estalló cerca de Tultenango, falleciendo al menos dos docenas de personas. El 5 de abril, cerca de la Estación Oriental, en la vía que corre de México a Veracruz, vuela el tren: mueren 13 y 18 personas resultan heridas. Al mismo tiempo, las autoridades detectan, principalmente por informaciones que les hacen llegar jefes y oficiales desde distintas partes de la República, una labor subversiva más intensa entre elementos del ejército. El presidente dispone que la justicia investigue las voladuras, pero que no se proceda contra nadie por las tareas subversivas.

Y el 6 de abril pide al ahora secretario de Comunicaciones, Múgica, una delicada misión: decirle a Calles que él y otros tres instigadores deben abandonar cuanto antes el país.

El presidente Cárdenas escribe en sus notas personales del 9 de abril:

Hoy se giraron instrucciones para que salgan del país los señores general Plutarco Elías Calles, Luis N. Morones, ingeniero Luis León y Melchor Ortega, como consecuencia de la acción subversiva en varios sectores del país. La voladura del tren de Veracruz, en la noche del 5 del actual, sobre la vía del Ferrocarril Mexicano, cerca de la Estación Oriental, ha impresionado por las víctimas sacrificadas en este acto criminal en que no hubo la intención de robo, ya que no sacaron nada del propio tren, ni despojaron a los pasajeros de objeto alguno, sino producir alarma con actos terroríficos para sumarlos a otros actos de agitación, que el grupo amigo del general Calles ha venido planeando para sembrar la desconfianza en todo el territorio nacional. El gobierno, ante tal situación que pretende intensificar este grupo, procede a sacarlos del país, con el propósito de evitar con ello medidas más drásticas en contra del referido grupo, y no dar lugar, a la vez, a derramamientos de sangre que ocasionaría una guerra civil. Mucho reflexioné para tomar esta determinación y hube de disciplinar mi condición sentimental, por lo que se refiere al señor general Calles, y obrar como responsable de los destinos de la Nación. El general Calles, como hombre de experiencia, debía haberse evitado este trance a que él sabía podía conducirlo su presencia en el país, manteniendo una actitud de despecho y de constante crítica a la administración, fomentando con ello la pasión y ambición de sus llamados amigos, que en realidad fueron quienes lo llevaron por ese camino, contra una administración que sólo ha tratado de poner en práctica lo establecido con el Plan Sexenal, en el que el mismo general Calles y otros elementos que han participado en la Revolución, que ahora se manifiestan enemigos del gobierno, tomaron parte en formular su contenido. El general Rafael Navarro Cortina, jefe de la Guarnición de la Plaza, comunicó a las 22 horas al general Calles las instrucciones recibidas de que debía salir del país al día siguiente, manifestando el propio general Calles que estaría preparado por la mañana.

Y ahora sí, a gobernar. ¿Primera gran prioridad? La Reforma Agraria. El tan temido reparto de tierras, por el que Múgica había hecho enojar a Venustiano Carranza al menos dos veces. Sin embargo, el amigo de Cárdenas no participó directamente en esas tareas. El presidente le dio mucho trabajo en obras, y además le entregó otros asuntos delicados.

Anna Ribera Carbó cuenta, en *Francisco J. Múgica. El presidente que no tuvimos*:

> Uno de ellos fue el asilo político que el gobierno mexicano ofreció al veterano dirigente de la Revolución de Octubre, León Trotsky. Cuenta Bartomeu Costa-Amic, testigo y actor de los hechos, que el periodista español Ramón García Urrutia hizo llegar al presidente, por intermediación de Múgica, quien le consiguió una cita con Cárdenas, una carta del dirigente trotskista catalán Andreu Nin en que se solicitaba asilo político para Trotsky. Diego Rivera y Octavio Fernández, por su parte, pidieron también una cita con el presidente para hablar del asunto. Tras una breve entrevista, este dio instrucciones a su secretario particular, Luis I. Rodríguez, para que girara la orden a todos los consulados de México en el Mar del Norte y del Atlántico de otorgar visados con permiso de residencia en México para León Trotsky y su esposa.
>
> Los comunistas mexicanos reaccionaron de inmediato, condenando la acción del gobierno y especialmente la participación de Múgica en el asunto. Nunca se lo perdonaron. Cuando en 1939 se postuló como precandidato por el Partido de la Revolución Mexicana a la presidencia de la República, el órgano del Partido Comunista, *La Voz de México*, en su número 224 del 1º de mayo, afirmaba "Múgica, candidato de Trotski" y Hernán Laborde hacía declaraciones acerca de una supuesta sujeción de Múgica a los dictados del político asilado.

Trotsky llegó a México el 9 de enero de 1937. Múgica y Frida Kahlo lo recibieron en el puerto de Tampico. El 20 de agosto de 1940 fue asesinado en su casa de Coyoacán por órdenes de José Stalin, a quien acusaba de traicionar la revolución bolchevique y de quien había logrado escapar en un largo peregrinaje por Europa. Los brazos de Moscú en México lo alcanzaron. Ramón Mercader, un agente del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (GRU), fue el encargado de ganarse su amistad y luego matarlo. Antes, el pintor David Alfaro Siqueiros y su gente lo habían intentado, sin éxito. Hernán Laborde y Valentín Campa criticaron la condena de muerte del estalinismo y fueron expulsados del Partido

Comunista Mexicano, que había regresado de la clandestinidad con Cárdenas para apoyar su gobierno.

Carlos Illades dice en *El futuro es nuestro. Historia de la izquierda en México*:[9]

> El comunismo mexicano sobrevivió a las convulsiones políticas de las dos primeras décadas del régimen posrevolucionario y a la persecución de que fue objeto en distintos momentos. Aunque escasamente logró penetrar en algunas industrias, hacerse de influencia dentro del gremio magisterial y atrincherarse en el ámbito de la cultura. Desafortunadamente, tanto una política de alianzas erráticas como la consolidación del nuevo Estado durante el cardenismo desdibujaron la identidad partidaria. La Guerra Fría alinearía el movimiento comunista internacional con el bloque soviético y la revolución por etapas, teorizada por Stalin, exigiría a los países semicoloniales culminar las tareas de la revolución burguesa antes de emprender la revolución socialista. Todo esto sumado al giro hacia la derecha del régimen mexicano en la década de los cuarenta, el control corporativo de los sindicatos de obreros y […] la institucionalización de la seguridad social quitaron espacio a la propuesta comunista. Sin embargo, no puede regatearse a los comunistas su participación en las luchas sociales más importantes del periodo; esperanzados, incluso en la adversidad, como la página final de *Los muros de agua*:[10] "silenciosa, lentamente, se tendieron las manos estrechando en ellas toda una fe y una doctrina".

Más adelante en su obra, Illades narra cómo los gobiernos que siguieron al de Cárdenas dieron un viraje hacia la derecha y fueron acompañados muchas veces por esa izquierda partidista.

> Las administraciones de Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán Valdés revirtieron parcialmente las reformas cardenistas en materia de educación y reparto agrario, además de afianzar un crecimiento económico a tasas históricas, contribuyendo a apaciguar al movimiento obrero y a ensanchar las clases medias urbanas. El Congreso Extraordinario del PCM (1940) persistió tanto en la línea de "unidad a toda costa" como en reiterar la vigencia de la Revolución mexicana, optando por radicalizarla ante la embestida de la reacción que pretendía revertirla. En consecuencia, el cónclave comunista aprobó aliarse con la CTM [Confederación de Trabajadores de México], forzar al Partido de la Revolución Mexicana (PRM) a convertirse en un auténtico frente popular que sumara las fuerzas progresistas y depurar sus filas de elementos "trotskistas y corrompidos, léase Hernán Laborde y Valentín Campa Salazar, quienes, apuntamos, desaprobaron la ejecución de Trotsky. Cabe decir que estos también consideraban al fundador del Ejército Rojo un contrarrevolucionario, pero juzgaban contraproducente liquidarlo".
>
> Varios de los marginados en estas purgas conformaron en 1950 el Partido Obrero Campesino Mexicano (POCM), dirigido por Carlos Sánchez Cárdenas (1913-1982). A pesar de ser víctima

> del estalinismo partidario, el POCM se identificó ideológicamente con lo que entonces se llamaba "el marxismo-leninismo-estalinismo". Para entonces el PCM no pasaba de 4,000 miembros, en su mayoría campesinos, obreros y artesanos, maestros, burócratas y estudiantes. Y prácticamente, el partido era inexistente en un tercio del país.

QUÉ SE LE VA A HACER

Cuauhtémoc Cárdenas cuenta, en *Cárdenas por Cárdenas*, que las compañías petroleras habían recurrido a la prensa nacional y extranjera para presionar al gobierno de Lázaro Cárdenas. El mismo gobierno de Estados Unidos había suspendido la compra de plata, pero el general no daba señales en ningún sentido. Hasta enero de 1936. Ese día escribió una nota larga, con dos puntos de entrada que revelan algo de sus planes para ese año: "Problema del petróleo. Inquietud nacional. Compañías extranjeras apoyadas por los gobiernos de donde son originarias; rebeldes a someterse a las leyes del país. Veremos… Reintegrar al dominio completo de la nación todos los yacimientos que mantienen como simples reservas, retrasando el progreso del país…".

En *Los grupos de presión en el México revolucionario, 1910-1940*, Lorenzo Meyer detalla cómo los grandes corporativos se apoderan de la vida económica del mundo, con el apoyo de sus respectivos países, mientras que los sindicatos se vuelven un contrapeso real. "Junto con los sindicatos, la corporación se convirtió en la institución más importante en la vida económica de las grandes naciones capitalistas industriales. Desde un principio la explotación petrolera estuvo dominada en todo el mundo, salvo quizá durante un tiempo en Estados Unidos, por unas cuantas corporaciones. México no fue excepción".

Y este era el poder de las empresas extractivas, previo a la expropiación:

> En 1910 operaban en el país tres importantes compañías: la Waters Pierce Co., que a partir de 1887 monopolizó la distribución del combustible importado; la PanAmerican Petroleum and Transport Co., de Delaware, encabezada por el señor Edward Doheny, que inició la verdadera explotación del petróleo en México; la Eagle Oil Co., después El Águila, fundada y controlada

por Weetman Pearson. Las dos primeras empresas eran estadounidenses y la tercera inglesa. Cuando empezó la verdadera explotación de los campos mexicanos, la Waters Pierce Co. perdió terreno por no ser productora, y las otras dos terminaron por dominar la escena petrolera nacional. En los años veinte —y tras un crecimiento rápido— Doheny pasó sus intereses a la Standard Oil Co., de Indiana, que posteriormente los transfirió a la Standard Oil Co., de Nueva Jersey. Pearson (que después adquiriría el título de lord Cowdray) transmitiría también sus derechos a la Royal-Dutch Petroleum Co. and Shell Transport and Trading Co., Ltd. Estos dos grupos, junto con la Gulf Oil Corporation, la Sinclair Oil Co., la City Services and Warner Quinta, constituyeron el meollo de la industria petrolera en México.

Concluye Meyer: "Si a estas agregamos otras firmas menores, como la Pierce Oil Co. (que en 1937 se convirtió en Sinclair Pierce Oil Co.), la Continental Oil, la Union Oil, la South Penn y la Mexican Seaboard, tenemos la lista de las compañías que produjeron más de 90 por ciento del petróleo extraído en México entre los años 1901 y 1938".

En ese 1938, la presión contra México crece. Cuauhtémoc Cárdenas recupera un momento clave, un encuentro que gestiona el embajador de Estados Unidos con su padre en Palacio Nacional para recibir a representantes de las compañías petroleras, el 7 de marzo de 1938. Es previsible que Lázaro se esté preparando para la expropiación, al tiempo que no renuncia a un acuerdo. Se nota la tensión, pero también que el presidente, todavía en ese momento, plantea opciones a los empresarios: invertir en mejorar la vida de los trabajadores.

—¿Y quién nos garantiza que con la inversión de 26 millones de que hablamos se da solución al conflicto? —preguntó uno de los representantes de los ingleses.

—Yo, el Presidente de la República —contestó el general Cárdenas.

El representante petrolero tuvo la audacia de preguntar en tono burlón:

—¿Usted?

A lo que el Presidente, poniéndose de pie, con toda cortesía, pero secamente, contestó:

—Señores, hemos terminado.

Y el 18 de marzo, por la tarde, Lázaro Cárdenas toma la determinación. Le pide al secretario de Hacienda, Eduardo Suárez, los decretos para la expropiación y algo más: "Yo quiero que usted explique en la reunión los esfuerzos que he hecho para llegar a un acuerdo y los argumentos jurídicos

que tenemos para actuar en ese sentido". Y a Múgica le encarga el discurso de expropiación.

La expropiación petrolera tuvo reacción inmediata, como es conocido. Las petroleras presionaron, presionaron los países; hubo amenazas militares, judiciales, políticas, diplomáticas. Cárdenas respondió con gran audacia al peligro externo y aprovechó para generar cohesión nacional, hasta con su convocatoria ciudadana a realizar aportaciones directas en una colecta que tuvo como escenario el Palacio de Bellas Artes. El mismo Múgica verificó sus ahorros: poco menos de 8 mil pesos; donó 6 mil a esa causa.

Y vino una reacción de los sectores conservadores, pero no sólo esos: también los de centro. Ribera Carbó escribe:

> Las políticas obreristas, el extraordinario reparto agrario, la expropiación petrolera, así como el asilo a Trotsky y a los derrotados de la Guerra Civil española, muchos de ellos socialistas, comunistas o anarquistas, contribuyeron a consolidar la opinión, entre los sectores más conservadores de la sociedad mexicana, de que el general Cárdenas y su equipo más cercano eran socialistas. La realidad es que nunca lo fueron. La preocupación justiciera de la Revolución mexicana y de su Constitución, que vieron en la intervención estatal en la economía y en la tenencia comunal de la tierra caminos para el mejoramiento colectivo, pareció coincidir en ocasiones con los planteamientos del experimento soviético entonces en ascenso. El discurso político mexicano de los años treinta y la educación socialista fueron reflejo de esta suerte de confusión que en México hubo entre la justicia social y el socialismo. Los propios políticos radicales del cardenismo creían que la solución a problemas sociales los acercaba a la ideología socialista. La Gran Crisis de 1929 y el contrastante éxito del Primer Plan Quinquenal contribuyeron a ello; la primera, al desengañar al mundo respecto de las bondades del "auge" capitalista, y el segundo, mostrando las posibilidades de un apabullante desarrollo en la URSS bajo un esquema de economía dirigida.

Sin embargo, "para Francisco J. Múgica, como para tantos políticos de su tiempo, el socialismo fue siempre una tentación ideológica. Pero parece haber pensado que podría instaurarse en México no a partir de una vanguardia revolucionaria, sino de manera gradual, cuando su Constitución plenamente realizada en la práctica hubiera creado las condiciones propicias para ello".

Cuando vino el tiempo de la sucesión, Cárdenas podía tomar una decisión y obrar políticamente para sostenerla. El poder presidencial era mucho, pero además había una tradición no escrita en la que el "Jefe Máximo" podía seleccionar a su sucesor porque era "lo conveniente para el país". No obstante, el general decidió no amarrar nada y dejar que las fuerzas políticas se movilizaran.

Su hijo Cuauhtémoc escribe:

> Cárdenas tenía claro quiénes, dentro y fuera de la administración, se movían en torno a la cuestión de la sucesión. Afuera, serían las distintas fuerzas opositoras las que tomaran sus decisiones. Adentro, es muy probable que muchos esperaran que fuera el presidente, Lázaro Cárdenas, quien tomara la decisión última. Sabía que, no sin algunas resistencias, podría tomarla y que tendría aun capacidad política para apaciguar las inconformidades. Tenía, sí, un objetivo fundamental al buscar que la sucesión se diera con la mayor tranquilidad posible dentro de las fuerzas que le habían sido afines en el gobierno: asegurar la consolidación de la expropiación petrolera, cuya defensa sólo podía estar en la iniciativa del Estado y en las fuerzas que este, con la institución presidencial por delante, pudiera aglutinar. Para garantizar este objetivo, Cárdenas decidió dejar que las fuerzas políticas que se movían en torno a su gobierno se acomodaran y alinearan sin su intervención.

Manuel Ávila Camacho renuncia el 17 de enero como secretario de la Defensa y tres días después Francisco J. Múgica deja la Secretaría de Comunicaciones. Y se lanzan a la campaña.

Múgica se veía desde un principio como sucesor natural de Cárdenas, pero desde el Partido de la Revolución Mexicana, antecesor del PRI, se le bloqueaba. Pide "piso parejo" y nunca se da: sus actos son saboteados por líderes obreros y campesinos, por gobernadores, alcaldes y diputados. Mientras, dos candidatos de la derecha, Joaquín Amaro y Juan Andrew Almazán, se crecen. Finalmente renuncia a la candidatura y allí se rompe la posibilidad de que la izquierda se instale en la presidencia de México.

Cuauhtémoc Cárdenas explica:

> Ya se dijo que frente a la sucesión, la mayor preocupación de Cárdenas [padre] era preservar y consolidar la expropiación petrolera. Más importante que la tierra en manos de los campesinos y la destrucción del latifundio, o que la unificación y fortalecimiento de los trabajadores, encontrándose en paz el ejército, era, sin lugar a dudas, en el ánimo y convicción de Cárdenas,

cuidar la expropiación. No eran entonces las coincidencias o la dimensión de las contradicciones los únicos factores que el presidente tenía que tomar en cuenta con relación a su sucesión. Había muchos otros factores políticos, internos y externos, y no podían descartarse las características de las personalidades.

El radicalismo que se consideraba daría Múgica a las políticas de gobierno, si bien podía estimarse necesario para profundizar el régimen de la Revolución en todos sus aspectos, en momentos en que podía casi asegurarse que la guerra no quedaría limitada a Europa y Asia, sino que podía llegar a involucrar también a Estados Unidos, y en función de los intereses de este, de sentir cualquier riesgo en su frontera sur, podía buscar intervenciones de mayor amplitud, profundidad y trascendencia en la vida de nuestro país. No sería este el caso con Ávila Camacho. Desde fines de 1938 y principios de 39, los alineamientos de las fuerzas políticas se hicieron claros. Diputados, senadores, gobernadores, dirigentes campesinos y obreros, jefes militares, políticos de administraciones anteriores y de la oposición tomaron posiciones. Que el presidente pudo haber obtenido mayoría de manifestar abiertamente —públicamente o mediante acercamientos discretos— su preferencia por un candidato es muy posible. La cultura política de entonces, no muy distinta a la actual, así hace pensar. Pero en aquellos momentos, con una oposición fuerte, provocar un posible resquebrajamiento de las fuerzas oficiales era, sin duda, un riesgo. Y el gobierno o el gobierno y el presidente, con el país envuelto en la agitación electoral, mientras se seguían llevando a cabo difíciles negociaciones en busca de un arreglo a la cuestión petrolera, con una oposición fuerte al frente, no estaba para buscar más riesgos de los que ya tenía. Ávila Camacho era, según todo mundo, un hombre de carácter apacible, conciliador, con fuerte ascendiente entre la alta oficialidad del ejército, que había sabido tejer una amplia red de relaciones políticas, leal a las políticas presidenciales.

El mismo Lázaro Cárdenas reconoce que la expropiación petrolera limitó las posibilidades de Múgica en la sucesión presidencial. En una conversación de marzo de 1961, cuando Múgica llevaba ya siete años de haber fallecido, Carlos Fuentes pregunta al general:

—Algunas personas piensan que usted debió haber permanecido en el poder a fin de consolidar las conquistas revolucionarias.

—¿Violando una conquista revolucionaria que costó millones de vidas: la no reelección? Yo no soy un Trujillo que se perpetúa en el poder…

—Otras personas creen que su sucesor debió haber sido un hombre radical.

—Quienes argumentan esto desconocen la realidad de la lucha electoral de entonces y los problemas internacionales que afrontaba México. Era necesario salvar la expropiación petrolera de cualquier amenaza o contingencia.[11]

Es una entrevista en la que el general defiende su decisión de echar a Plutarco Elías Calles del país: "Cuando invitamos al general Calles a abandonar el país, estábamos seguros de que si él estaba convencido, como lo expresaba, de que nosotros llevaríamos al país a la ruina, se sentiría contento de irse. Por lo contrario, si al final de nuestro sexenio se convencía de que habíamos cumplido con la Revolución, regresaría y aceptaría lo realizado. En efecto, el general Calles regresó y tuvimos varios encuentros amistosos con él".

Y una entrevista donde se queja del incesante golpeteo que recibe desde la prensa de la capital: "Es una ironía que la Revolución mexicana haya conquistado la libertad de prensa y que hoy la llamada 'gran prensa' impida la libertad de expresión. Muchos pasquines de la Ciudad de México se mantienen con dinero de la nación. Podrán atacarme, pero nunca podrán llamarme ni ladrón ni asesino".

Por cierto, Carlos Fuentes y Octavio Paz, los dos intelectuales más relevantes del siglo XX mexicano, que fueron muy amigos durante décadas, poco a poco se distanciaron en el tiempo hasta que la amistad se quebró, casi en definitiva, por un artículo de Enrique Krauze. Soberbio, el autor y editor mexicano llena de adjetivos a Fuentes y le reclama, entre otras cosas, su libro *Tiempo mexicano*, que es, quizá, el más sensible del novelista con la izquierda.

1 Anna Ribera Carbó, *Francisco J. Múgica. El presidente que no tuvimos*, INAH, 1999.

2 Anna Ribera Carbó cita la carta en el Archivo Histórico del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas A. C. en Jiquilpan, Michoacán.

3 Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución mexicana. La formación del nuevo régimen*, Ediciones Era, 1973.

4 Anna Ribera Carbó fecha la carta el 25 de agosto de 1914, ubicada en el Archivo Histórico del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas A. C.

5 Carta de Ricardo Flores Magón a Enrique Flores Magón y Práxedis G. Guerrero, 13 de junio de 1908. Biblioteca digital del Archivo Magón.

6 Gerrit Huizer, *La lucha campesina en México*, Centro Nacional de Investigaciones Agrarias, 1982.

7 Cuauhtémoc Cárdenas, *Cárdenas por Cárdenas*, Debate, 2016.

8 Lorenzo Meyer, *Los grupos de presión extranjeros en el México revolucionario, 1910-1940*, El Colegio de México, 2012.

9 Carlos Illades, *El futuro es nuestro. Historia de la izquierda en México*, Océano, 2017.

10 José Revueltas, *Los muros de agua*, Ediciones Era, 1941.

11 Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano*, Debolsillo, 2021.

Capítulo 4

Ni pan, ni tierra, ni libertad

Rubén se fue a la guerra

Sesenta militares en dos camiones del Ejército mexicano; dos jeeps y un automóvil color plomo sin placas cruzan el campo desde Zacatepec hacia Tlaquiltenango, Morelos. Al mando, un capitán, José Martínez Sánchez, con una historia negra que cruza su biografía y una cicatriz que le atraviesa el rostro. Los guía un traidor: Heriberto Espinoza, a quien también llaman el Pintor. Un exjaramillista.

Son las dos de la tarde del 23 de mayo de 1962 y está por cometerse uno de los crímenes de Estado más atroces en contra de un campesino, su esposa embarazada, sus hijos y un movimiento que sólo pedía que la Revolución le cumpliera lo que los había lanzado a las armas en primera instancia: pan, tierra y libertad. Un crimen que marcará el devenir de la lucha social a corto y mediano plazos; que borrará los rasgos de izquierda que quedaban en los gobiernos mexicanos hasta 1940 —cuando Lázaro Cárdenas del Río entregó la presidencia— y que desatará otros crímenes, todos atroces, por todo el país.

Nadie en casa de Rubén Jaramillo Méndez se imagina lo que viene. Llevaban tiempo a salto de mata y se disponían a escapar, otra vez, en una ruta de dos tiempos: "Su plan de fuga consistía en que la pareja y sus tres hijos —Ricardo de veintidós, Filemón de dieciocho y Enrique de dieciséis — salieran del estado y se instalaran en otro lugar. Raquel [hija mayor de Jaramillo], entretanto, se quedaría en la casa al cuidado de sus tres hijos y de doña Rosa, la abuela paralítica, para encontrarse con los demás posteriormente", cuenta Laura Castellanos en *México armado*.[1]

Rubén nace en Zacualpan, Estado de México, con el siglo: 25 de enero de 1900. A los tres años se ve obligado a migrar, de la mano de su familia,

por la profunda pobreza que azota la región debido al cierre de las minas. Se van a Tlaquiltenango, Morelos, a tierras en manos de caciques porfiristas que someten a los campesinos a condiciones de miseria. Y allí pasa su niñez, y allí lo agarra el estallido de la Revolución mexicana. Morelos será el motivo de su lucha y su sepultura.

Jaramillo hace todo lo que un individuo responsable de su tiempo debe hacer. A los 14 años se une al Ejército Libertador del Sur y, al grito de "¡Tierra y Libertad!", acompaña a Emiliano Zapata hasta su asesinato. Durante la revuelta recorre Morelos y recoge en costales las injusticias de los pueblos: las llevará en el lomo para siempre. Ministro bautista, buen lector de la Biblia, masón, Rubén es reconocido por su conciencia social y su bravía, y alcanza el grado de capitán durante la justa armada.

El 10 de abril de 1919, con apenas 39 años, Zapata es asesinado en una emboscada en Chinameca, Morelos. Casi todas las fuentes disponibles señalan que Jesús Guajardo, un oficial del Ejército a las órdenes de Pablo González (y por lo tanto de Venustiano Carranza), prepara durante meses la celada contra el Atila del Sur. Lo engaña y prácticamente lo fusila. Para muchos, el movimiento zapatista termina allí y deciden irse a casa. El mismo Jaramillo les pide a sus seguidores guardar las armas para otro momento.

En los siguientes años pasa hambres y sufre persecución y encarcelamiento, como muchos otros que lucharon junto a Zapata. Trabaja en el campo, en ranchos y haciendas, y sufre la misma explotación que lo había obligado a levantarse de adolescente. En esos primeros años de vida civil, sin embargo, se decide por la lucha legal y renuncia a volver a las armas, aunque no al reclamo de pan, tierra y libertad. Se organiza en cooperativas y sociedades para reclamar reparto de tierras en Tlaquiltenango, el pueblo adonde había llegado con sus padres siendo apenas un crío.

En los siguientes años, entre el nacimiento del Partido Nacional Revolucionario (PNR, 1928) y las primeras instituciones para apoyar las demandas campesinas, Rubén Jaramillo confía en las oportunidades que ofrece el Estado mexicano para sacar a los campesinos de la pobreza.

Cuando nace el Banco Nacional de Crédito Agrícola se organiza para acceder a créditos, pero es derrotado por los caciques, que le ponen trabas. Fracasa y sin embargo no se desanima: renace en él la esperanza de mantenerse dentro del marco de la ley para impulsar cambios en su tierra.

"Corría el año 1927", narra Fritz Glockner,[2] uno de los mayores investigadores mexicanos de los movimientos armados de la segunda mitad del siglo XX.

> El tendero envolvió en papel periódico el kilo de azúcar que Rubén Jaramillo acababa de comprar. Al llegar a su casa, desechó el contenido en un recipiente, desarrugó aquella plana y se dispuso a leer la letra impresa. Fue entonces cuando tuvo conocimiento de que se acababa de crear el Banco Nacional de Crédito Agrícola, el cual podría apoyar a los productores de arroz organizados. El campesino se da inmediatamente a la tarea de planear la conformación de una ejidal para poder presentar los requisitos necesarios y obtener un crédito. La solicitud es bien recibida, la cooperativa comienza a trabajar luego de obtener el apoyo requerido. El éxito del trabajo colectivo provoca problemas con los acaparadores del grano, quienes presionan a los campesinos para obtener el precio más bajo.
>
> Rubén Jaramillo no se detiene. El trabajo dentro de su ejidal poco a poco va impactando en la zona, llegando pronto a ocupar el cargo de delegado de la Confederación Nacional Campesina en el distrito de Jojutla. Son los tiempos en los que la estabilidad en el país se tambaleaba ante cualquier marea; acababa de terminar un *lapsus* de seis años en los que se habían tenido tres presidentes de la República diferentes. El entonces candidato, el general Lázaro Cárdenas, anda en campaña política buscando el voto; Jaramillo se deja convencer por sus cualidades. Sin embargo le da más confianza el hecho de que el candidato pertenezca a la masonería, grupo con el que había tenido contacto por su amigo Juan Marín.

A pesar de su fracaso con la sociedad crediticia frente a la "floreciente burguesía agrícola local", agrega Laura Castellanos, "su figura creció y dejó antecedentes para que, años después, se ganara el apoyo del general Lázaro Cárdenas. Así se echó a andar uno de los proyectos más ambiciosos del país: el ingenio azucarero Emiliano Zapata. Los tupidos cañaverales dominarán de nuevo esta llanura rodeada de cerros pelones. Pero antes, había llegado la primera Epifania a su vida". La periodista se refiere a Epifania Ramírez, esposa de Jaramillo, con quien aprende a leer y escribir y con quien comparte la fe metodista.

Los distintos biógrafos de Rubén Jaramillo resaltan su vida como predicador cristiano. Durante los años de relativa paz, antes de que el Estado lo persiga, recorre comunidades, lleva lecturas de la Biblia, ayuda a quien puede y asiste al templo metodista de Tlaquiltenango. El excombatiente nunca se declara públicamente comunista y varios lo ligan a su religión. Va y viene del Partido Comunista Mexicano (PCM), desde finales de la década de 1920, pero es formalmente miembro sólo un año.

La aparición del general Cárdenas en su vida dio sentido a la lucha civil del líder agrario. Le prepara distintas propuestas y entre ellas una ganadora: el ingenio azucarero. Ya como presidente, Cárdenas aprueba su construcción y Jaramillo se va a los pueblos a conversar con los campesinos, que tienen miedo de soltar el arroz y volver a la caña, cultivo que en el pasado se había utilizado para esclavizarlos. Y en 1936, con un presupuesto de 14 millones de pesos, se inicia su construcción.

El ingenio azucarero tendrá un gerente cuyo nombramiento recae en el presidente de la República, y un consejo de administración con presencia de los trabajadores y campesinos. Jaramillo, de hecho, encabeza el primer consejo. Con Cárdenas florece la esperanza de que se cumplan sueños que la Revolución había provocado; se promueve la tolerancia política e incluso retoña el Partido Comunista Mexicano, con fuerte influencia soviética, después de años de acoso y represión gubernamental.

Atraídos por los logros del dirigente campesino y por los aires de cambio que se dejaban ver desde la presidencia, Porfirio Jaramillo, hermano de Rubén, llega al poblado y lo acompañan otros luchadores sociales, entre ellos Mónico Rodríguez, conocido como el Chimuelo.

“Sin negar el hecho de que su elección como Presidente de la República estaba asegurada desde el momento en que fue nominado por el Partido Nacional Revolucionario, Cárdenas insistió en ir a todos los rincones del país para familiarizarse con los problemas locales. De este modo, llegó a hacerse muy popular y ganó las elecciones con una inmensa mayoría a su favor: alrededor de 2,270,000 votos contra cerca de 40,000 para los otros tres candidatos juntos”, cuenta Gerrit Huizer en *La lucha campesina en México*.[3]

Gerrit Huizer explica:

> Cárdenas sostenía que uno de los problemas más importantes de México era la falta de unidad en todo el país. Mientras que en un estado se le daba mucho ímpetu a la Reforma Agraria, en otro, la política era contraria a la reforma. Por lo tanto, uno de sus objetivos fue el de crear un frente revolucionario unido. En varias ocasiones trató de mediar en los conflictos "interproletarios". Fue parte de su programa el unir a los trabajadores y a los campesinos, tal como lo había hecho cuando desempeñó la gubernatura en Michoacán.
>
> Por lo que respecta a los campesinos, Cárdenas propuso que se les devolvieran las armas a fin de que se pudieran enfrentar a la violencia de los intereses creados y a sus "guardias blancas", contrarios al cumplimiento de las leyes agrarias. "Yo siempre sostuve que sólo entregando las armas a los elementos agraristas que han sido, son y serán el apoyo más firme de la Revolución, uno puede enseñarles para que continúen cumpliendo con su apostolado mejor que llegando a ser víctimas de los atentados, como sucede en toda la República" y "entregaré a los campesinos los máuseres con los que ellos hicieron la Revolución para que así puedan defenderla junto con el ejido y la escuela". Cárdenas proponía que se organizara una milicia campesina que funcionaría como una reserva del Ejército y a la vez hiciera posible que se economizaran los gastos del mismo.

Porfirio Jaramillo se refugió con su hermano porque era perseguido por un poderoso terrateniente azucarero, un exdiplomático estadounidense, William O. Jenkins, explica Laura Castellanos. Donald C. Hodges, investigador[4] de ese mismo periodo, agrega estos datos: Jenkins evadió la Reforma Agraria durante una década; tenía 11 haciendas con 123 mil hectáreas en Atencingo, Puebla. Porfirio y sus compañeros comunistas habían creado en sus tierras el sindicato Carlos Marx, pero perdieron la batalla, sumamente violenta. Cárdenas terminaría por expropiar a Jenkins todas sus haciendas, pero le mantuvo sus intereses en el petróleo.

En *La lucha campesina en México*, Gerrit Huizer da cuerpo a lo anterior:

> La necesidad de armar a los campesinos no era una exageración. *The New York Times*, por ejemplo, reportó 53 encuentros violentos entre los agraristas y sus opositores durante los primeros 18 meses del gobierno de Cárdenas. No eran pocos los terratenientes que esperaban eludir el reparto de sus tierras, quemando las aldeas y poblados en los que vivían los solicitantes potenciales. De acuerdo con la Ley, los terrenos de las haciendas que estuvieran dentro de un radio de 7 kilómetros alrededor del poblado podrían ser expropiadas para beneficiar al núcleo de

población solicitante. Haciendo desaparecer a un poblado o al obligarlo a trasladarse a otro lado, algunos terratenientes trataban de eliminar la base legal de la solicitud.

Dice Huizer:

Bajo el régimen de Cárdenas, así como en el de sus antecesores, las personas que empezaban a organizar a los campesinos para solicitar tierras, de acuerdo con la Ley, corrían el riesgo de ser eliminadas por los hacendados. Aun los empleados del gobierno corrían ese riesgo. En los primeros años del gobierno cardenista, sólo en el estado de Veracruz se reportó que habían sido asesinadas por dicha causa dos mil personas. Durante los tres meses más críticos de 1936, 500 personas fueron asesinadas en varios estados del país.

Jaramillo se afilia al Partido Comunista en 1938 y sus camaradas le dan a leer *Semilla libertaria*, de Ricardo Flores Magón; *La madre*, de Máximo Gorki, y el *Manifiesto comunista*, de Marx y Federico Engels, cuenta Castellanos.

El cultivo de la caña proliferó. Rubén estrechó su relación con Cárdenas y con su venia logró que a pesar de algunas dificultades fuera pagada la primera zafra a satisfacción y que destituyeran al gerente Maqueo Castellanos por su prepotencia. Ya en confianza, el general le regaló a Rubén un caballo repinto que fue llamado “El Agrarista”. Y en vísperas del cambio presidencial, Cárdenas le pidió que él y su gente apoyaran a su sucesor, el general Manuel Ávila Camacho. Así fue. Pero al entrar el nuevo presidente, Jaramillo quedó desprotegido.

A LA CLANDESTINIDAD

Los siguientes años son traumáticos para todo el país. Para Rubén Jaramillo se traducen en persecución y luego en muerte.

Narra Fritz Glockner:

Durante los meses de 1939 se libran diferentes batallas desde el ingenio de Zacatepec. Los acaparadores, terratenientes y caciques de la zona no ven con buenos ojos la autonomía e independencia eventual del campesinado, así como la posible unión entre obreros y campesinos auspiciada por las autoridades gubernamentales. Se crea la Unión de Productores de Caña de la República Mexicana, que pugna por el aumento de la caña y por mejoras salariales para los obreros.

Rubén Jaramillo da señales de incorruptibilidad durante las primeras gestiones para alcanzar mejores precios y aumento de sueldos. Ante la asamblea realizada el primer domingo de febrero de 1939, el gerente aparenta estar de acuerdo en otorgar la bonificación; después cita a Rubén en privado y le propone ciertos beneficios personales, que el líder agrario rechaza. Para inicio de 1940 quitan a Rubén Jaramillo del cargo de presidente del consejo de administración; con algunas modificaciones estatutarias se logra que las decisiones y el poder sobre el ingenio recaigan en el gerente nombrado por el gobierno, cargo que para ese entonces ocupa Severino Carrera Peña.

El sueño del proyecto cardenista dejaba ver intereses creados más allá del beneficio del campesino y del obrero. El fin del periodo cardenista significó en el estado el fin de un proyecto que parte del campesinado había hecho suyo […] Las estructuras así creadas (el ingenio de Zacatepec) y definidas en función de tal proyecto se convirtieron nuevamente en instrumentos de explotación y opresión […] Recordaron a los campesinos las viejas formas de opresión y los indujeron, casi naturalmente, a la reformulación de la lucha zapatista.

Y en abril de 1942, Rubén Jaramillo convoca a la huelga. El gobernador Elpidio Perdomo acude personalmente al ingenio en compañía del general Pablo Díaz Dávila, jefe de la 24 Zona Militar. Suben al líder agrario a su auto y se lo llevan a Cuernavaca, al Palacio de Cortés. Y una vez allí, le lanza insultos y amenazas. Distintos autores citan estas palabras:

Anda diciendo que los campesinos son víctimas de injusticias y atacados de la miseria por causa de la explotación que el gobierno les hace. Usted debe saber que los hombres más dichosos y felices del mundo son los campesinos, con la parcela que les dio la Revolución; además, usted que los conoce, cómo puede ser defensor de los cañeros que nunca están conformes con nada. Ahora, ¿por qué defiende usted a esos obreros holgazanes y comunistas? Hoy amenaza usted al gerente, que es una bella persona, con hacerle una huelga para complacer a campesinos y obreros güevones. Si usted lleva a cabo esa huelga, lo mando fusilar. Y no olvide que ayer era Cárdenas y ahora es Ávila Camacho.

Castellanos relata en *México armado*:

No obstante, la huelga estalló a las once de la mañana del 9 de abril de 1942. Como respuesta, el Ejército rodeó el ingenio y pasada la media noche tomó la planta. Hubo detenciones, despidos, persecuciones, y a los dos meses el movimiento fue abatido. Rubén quedó más vulnerable ante la mira enemiga. En vigilia permanente debía sortear los intentos de secuestro y asesinato hasta que el 19 de febrero de 1943 besó por última vez a su primera Epifania, puso su sarape en el anca de "El Agrarista", lo montó y galopó veloz entre las ramas de huizaches y guamúchiles para

adentrarse en la serranía. A los dos días le seguía una treintena de hombres. Una semana después, un centenar.

Glockner agrega en *Sembrar las armas. La vida de Rubén Jaramillo*: "Rubén empezó a recorrer la zona para concienciar a los campesinos, informándolos asimismo de la situación de acoso que se vivía. Incluso después del cambio de gobierno estatal, que se lleva a cabo aquel año [en mayo], cuando asumió la gubernatura Jesús Castillo López, quien había sido secretario de gobierno con Perdomo".

La huelga fue reventada, otro gerente más duro fue impuesto y todos los caminos de la legalidad se clausuraron para el viejo excombatiente zapatista. Fueron a su casa para matarlo. Los campesinos le avisaron y se dio a la fuga, a las montañas, donde empezaría su vida de fugitivo. Por un lado lo acosaba el Ejército y por el otro la prensa de la capital mexicana, que lo tildaba de desequilibrado, bandolero, asaltante de caminos, asesino y violador, hasta que justificó que se le cazara y eliminara.

Era un veterano de la Revolución, heredero de las causas de Emiliano Zapata. Se había labrado un lugar en la sociedad naciente. Eso no importó. Lo mandaron a malvivir en la clandestinidad.

Su esposa Epifania, obligada a la pobreza, lavará ajeno para sobrevivir, de acuerdo con los testimonios. Y unos meses después de que Rubén huye al monte, morirá de depresión.

Durante el tiempo que dura en la clandestinidad, la prensa de la capital mexicana sataniza a Rubén Jaramillo y a los campesinos que lo acompañan. Los vincula, por ejemplo, a un grupo conocido como "La Bola Chiquita", comandado por José Barreto, José Inclán y Daniel Roldán, que el 15 de agosto de 1943 asalta una caravana de autos de vacacionistas que transita con familias completas por la carretera México-Cuautla. El hecho sacude al país y las notas periodísticas justifican aún más la persecución contra los jaramillistas en las comunidades. Muchos son detenidos y torturados, en distintos eventos, por militares.

Rubén lanza el Plan de Cerro Prieto, que reivindica la lucha de Emiliano Zapata; recorre pueblos huyéndole a un enfrentamiento directo con el

Ejército y, cada vez que puede, hace público que su grupo no saquea ni ataca a civiles, en un intento por contrarrestar la campaña desde la capital. Poco antes de irse a los cerros se le había acercado un joven, Félix Serdán Nájera, a quien conoció en sus días de ministro de culto y a quien procuró empleo en el ingenio. Con la huelga y luego con la huida lo lleva consigo y el muchacho le ayuda en tareas de difusión.

Dos encuentros virtuosos, entre muchos. Uno es justamente Serdán Nájera, hijo de un zapatista, quien había cursado cuarto año de primaria en el Instituto Benjamín N. Velasco de Querétaro e iba junto a los guerrilleros con una máquina de escribir y un mimeógrafo como armas. El joven combatiente acompañaría a Jaramillo hasta el final e incluso más adelante, cuando el líder agrario regresa a la vida civil y se postula dos veces candidato a gobernador de Morelos por el Partido Agrario Obrero Morelense (PAOM). La vida de Félix se transforma después de Rubén: sufre persecución el resto de su vida, es obligado al exilio y nunca capitula, se suma a movimientos sociales y funda otros; durante décadas lucha por el reparto justo de la riqueza y en 1994, cuando se levantan los indígenas en Chiapas, el Subcomandante Marcos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) lo nombra mayor insurgente honorario. Félix Serdán Nájera murió en profunda pobreza, a los 98 años, el 22 de febrero de 2015.

El otro encuentro virtuoso de esos años para Rubén Jaramillo es su segunda mujer: Epifania García Zúñiga. Ella se vuelve combatiente, como muchas otras mujeres: “Las jaramillistas”. Rubén le confía una copia original del Plan de Cerro Prieto que salió, justamente, del mimeógrafo destartalado con el que viajaba Félix Serdán. Cuando la persecución aprieta le hallan esa copia en casa de sus padres, Rosa y Francisco Rosales. El viejo es detenido el 2 de noviembre de 1943. Sufre tortura y es encarcelado a los 63 años de edad. Epifania logra escapar por una puerta trasera.

La segunda Epifania tenía cuatro hijos: Raquel, Filemón, Ricardo y Enrique. Después de esa incursión a su casa huye y durante un largo año no los puede ver. Los niños y la abuela pasan hambre mientras ella se esconde. Epifania y Rubén nunca más se separan, hasta su ejecución, en la zona arqueológica de Xochicalco, en 1962.

Epifania no es aceptada por todos en el movimiento. Las mujeres, que tenían un peso importante, se le resisten. Laura Castellanos cuenta que el 12 de diciembre de 1943 los emboscan. Félix es herido, detenido y enviado al Hospital Militar. El Agrarista, el caballo que le había regalado Cárdenas a Jaramillo, muere en la refriega. Y Epifania se gradúa como guerrillera justo allí, cuando le salva la vida a Rubén. Un teniente iba a matarlo y lo detiene de un solo tiro a distancia. Allí cambia la hora.

La revolución corrompida

Lázaro Cárdenas del Río interviene en el conflicto entre el líder rebelde y el Estado. Organiza una entrevista con el presidente Ávila Camacho. Y el 13 de junio de 1944, a las 11 de la mañana, Rubén Jaramillo llega puntual a su cita a Palacio Nacional. "Luego de los saludos y abrazos formales, la conversación inició de una forma muy cordial. El Presidente le insistió a Jaramillo que lo más importante era su vida, que algún día sería comprendida su lucha por los campesinos. Luego le propuso que expusiera su deseo para que, en la medida de lo posible, se pudiera actuar de inmediato", cuenta Glockner. Rubén además expone la insostenible corrupción en el ingenio, el caciquismo y la explotación de los campesinos, además del reclutamiento obligatorio de los jóvenes debido a la Segunda Guerra Mundial.

Es que esa era la realidad de todo México. A pesar de la Revolución de 1910, el reparto de tierra se hace a cuentagotas y difiere mucho entre presidente y presidente, aunque era una de las principales demandas de los que tomaron las armas. Los gobiernos se decían de izquierda pero, en los hechos, salvo Cárdenas, defendían los viejos capitales porfiristas. A cada redistribución le antecede una lucha de los más pobres, a veces organizados por movimientos más robustos, pero no siempre. Muchos murieron en los años posteriores a la justa armada por exigir un lugar donde sembrar.

Roger Bartra cuenta en *Estructura agraria y clases sociales en México*:

> Los primeros gobiernos revolucionarios inician tímidamente la lucha contra el latifundio. Carranza reparte apenas 132 mil hectáreas; Obregón reparte casi un millón y Calles más de tres millones. Entre 1915 y 1934 son repartidas 10 millones de hectáreas a cerca de un millón de ejidatarios, pero es Cárdenas quien da un gran impulso a las afectaciones de los latifundios: entre 1935 y 1940 se reparten casi 18 millones de hectáreas entre 772 mil ejidatarios.
>
> La distribución global de la tierra no ejidal por grupos de tamaño no denota, entre 1930 y 1940, más que una ligera disminución de las propiedades mayores de 1,000 hectáreas. Pero los efectos reales sobre la propiedad privada deben medirse también con los cambios ocurridos en la distribución de las tierras de labor y de las tierras explotadas: mientras en 1930 el promedio de tierra de labor en los predios no ejidales era de 16.3 hectáreas, en 1940 el promedio bajó a 6.4; en 1930 la superficie media explotada de los predios no ejidales era de 189.6 hectáreas, y en 1940 fue de 81.9 hectáreas.
>
> El latifundismo recibe un golpe duro, pero en 1940 todavía el censo registra poco más de 300 propiedades de 40 mil hectáreas, que ocupan una extensión total de más de 30 millones de hectáreas. Sin embargo, los latifundistas —como fracción de clase— han sido desplazados del poder y dejan de construir el eje de la economía mexicana. La vía "junker" o latifundista del desarrollo capitalista fue liquidada por la Revolución de 1910; no fue la gran concentración de tierra la que impedía el desarrollo: como se ha dicho, fue el carácter ineficiente, atrasado y/o precapitalista de las relaciones de producción que se anquilosaron detrás del monopolio privado de la tierra en manos de hacendados porfirianos.[5]

Las familias de campesinos y obreros, que habían tomado las armas y pagaron con su propia sangre la defensa de un ideal de justicia social, se encontraron con que los gobiernos posrevolucionarios aprendieron muy pronto la conveniente simulación: en los desfiles se decían de izquierda, y en los hechos defendían los intereses de las élites. El Partido Nacional Revolucionario, que Plutarco Elías Calles funda el 4 de marzo de 1929; el Partido de la Revolución Mexicana, que nace con Cárdenas el 30 de marzo de 1938, y el Partido Revolucionario Institucional, que se relanza con Manuel Ávila Camacho el 18 de enero de 1946, aprenden a utilizar las causas populares como bandera electoral, al tiempo que se alinean al pensamiento de derecha. Y eso se viene a confirmar con creces desde 1940 y agarra curso en los años por venir.

Una comunidad de campesinos u obreros se encontró con que sus muertos de la Revolución no habían sido suficientes. Y en las décadas de 1930 y hasta 1960 tuvieron que volver a la movilización social. Muchos

ciudadanos fueron capturados por medio del corporativismo en esos años: nacieron los sindicatos ligados al gobierno, las organizaciones urbanas ligadas al gobierno, las confederaciones campesinas ligadas al gobierno. Pero otros, los que decidieron resistirse a la imposición, se fueron saliendo del control del Estado y luego emprendieron sus propias batallas, muchas de ellas aplastadas sin remordimiento alguno.

Por eso el asesinato de Rubén Jaramillo es tan importante en los eventos del porvenir. Es un punto de quiebre: para los pobres, más pobreza; para los pobres que se rebelan, la represión. Es, sin más, un regreso a la dictadura de Porfirio Díaz: Jaramillo no quería riqueza o poder, pedía opciones para sacar de la miseria a su pueblo desde la legalidad; opciones desde dentro de una sociedad en construcción; opciones civiles porque las de las armas ya habían ocurrido y él había tomado parte de ellas nada menos que junto a Emiliano Zapata. Lo que recibió fueron palos; una y otra vez, palos y humillación. Dos veces hizo una pausa en la lucha social para participar de la política, dos veces candidato a gobernador de Morelos: en 1945 y en 1952. Las dos veces, el PRI, con ayuda del Ejército, le hizo fraude de manera burda y desaseada. Entonces, nuevamente sin opciones, el campesino se vuelve a declarar en rebeldía y en 1957 regresa a la clandestinidad.

El país de la *revolución interrumpida* exigía mantener el rumbo después de Cárdenas, según una corriente de pensamiento poderosa, ligada progresismo; una nueva oleada de cambios a favor de los más desposeídos, a los que el triunfo de la Revolución —o lo que Adolfo Gilly llama "la dirección burguesa de la Revolución"—[6] no cumplió y que eran mayoría. Visto a la distancia, y de eso no hay duda, la nación exigía otros mil Jaramillos: hombres incorruptibles y con vocación social; que habían conocido las armas y querían ponerlas a descansar; nacionalistas que entendieran el verdadero sentido del poder, que es servir a los otros.

Desde entonces, los mexicanos nos hemos debatido entre la decisión de que Ávila Camacho fuera el sucesor de Cárdenas y la posibilidad truncada de que llegara el general Francisco J. Múgica, un hombre con pensamiento de izquierda y más: alguien que se había formado dentro de las ideas del

magonismo. Se impuso la derecha y con la derecha se impuso el país que tenemos.

Antes de que se le cerraran las puertas para siempre a Jaramillo —y se mandara a todo el país el mensaje de que nadie podría aspirar a la justicia social si no se tocaba en el PRI primero— se había enviado otro mensaje tan o más poderoso: el de cerrarle también las puertas a la izquierda representada por Múgica. Esto cambiará el destino inmediato del país y, así como se las gasta la Historia, el rumbo de las siguientes décadas.

Adolfo Gilly escribe una de sus obras más notables, *La revolución interrumpida*, desde la prisión de Lecumberri. En 1966 es convertido, como muchos otros luchadores sociales de la época, en preso político. Recurre a la Suprema Corte de Justicia de la Nación y después de una intensa movilización fuera y dentro de la cárcel logra obtener su libertad. Seis años dura su absolución. Es el tiempo que dedica al libro. El dato no es ocasional. Gilly, junto con muchos otros, era (es) la representación viva de esa revolución truncada, mocha, torcida por un régimen que se endurece porque se le exige un cambio social de fondo que se ha perdido en el tiempo y no está dispuesto a ceder para otorgarlo. Es un régimen presto para perseguir, encarcelar, aplastar, desaparecer, torturar y matar antes que traicionar a las élites.

Gilly, por cierto, dedica un capítulo de *La revolución interrumpida* a la vindicación de la División del Norte como ejemplo de la lucha de los de abajo. Es fácil decir hoy que ni ese cuerpo militar ni Francisco Villa necesitaban ser rescatados del abandono de la Historia pero, como sucede con el mismo Rubén Jaramillo, el llamado Centauro del Norte fue víctima durante décadas del acoso, la desfiguración y la denigración por parte de la prensa mexicana y también de la estadounidense.[7] Como Jaramillo. Un dato interesante: el mismo año en que Gilly inicia su obra, la Cámara de Diputados discute si Villa merece o no tener su nombre en letras doradas, como narra, en una crónica parlamentaria del momento, Friedrich Katz. Otro: una parte de los restos del divisionario llega al Monumento a la Revolución hasta 1970.

Escribe Gilly:

> La conjunción entre el ejército campesino y plebeyo que baja violentamente desde el norte, encabezado por Villa, y el ejército campesino que desde el sur amenaza a la Ciudad de México, dirigido por Zapata, era un hecho tan previsible como temido por los dirigentes burgueses y pequeñoburgueses de la Revolución, porque significa unir la mayor capacidad militar con la mayor capacidad política alcanzadas por las fuerzas campesinas. Equivalía a unir nacionalmente la insurrección campesina, y aquellos dirigentes sentían que no sólo caería el gobierno de [Victoriano] Huerta contra el cual combatían, sino que también su propia perspectiva de clase iba a quedar bajo una amenaza cuyos alcances no podía prever, pues la capacidad revolucionaria del campesinado era para ellos de magnitud desconocida y hostil. Pero nada de cuanto hicieron pudo evitar ese encuentro, porque mientras duró el ascenso de la Revolución ellos no tuvieron la suficiente fuerza militar, social ni política para oponer al zapatismo y al villismo.
>
> La historia de la División del Norte es la historia militar y social de cómo masas campesinas y plebeyas organizadas en ejércitos se abrieron paso y abatieron todos los obstáculos hasta dominar la mayor parte del territorio del país. En ese sentido, la historia de la guerra civil hasta la caída de Huerta es, no única pero sí fundamentalmente, la historia de la División del Norte.

¿Ellos? Sí: los dirigentes burgueses y pequeñoburgueses; los que, incluso en un movimiento armado que supuestamente tenía como objetivo la justa distribución de la riqueza nacional y de las oportunidades, se habían apoderado de uno de los bandos reconocidos por la historia oficial como revolucionarios e incluso expresión de los más desposeídos. Gilly narra batallas y cambios de bando de la División del Norte y agrega:

> En apariencia es un tremendo desorden. Pero en la acción, por debajo de ese aparente desorden hay un orden superior a cualquier reglamento militar. Es el orden impuesto por la voluntad común y el objetivo común que guía a los campesinos organizados en ejército: la victoria significa las tierras, después de la revolución no va a haber más ricos y pobres, cuando triunfemos todos seremos iguales y viviremos en paz, tendremos la tierra y no habrá explotadores. En ese resorte profundo se apoya el comando de Pancho Villa para unificar su voluntad militar de victoria, la de todos. Puede hacerlo como ningún otro porque él mismo es campesino, es la síntesis de todas las cualidades y rasgos del carácter, los deseos, las perspectivas de sus hombres. Por eso pudo la capacidad organizadora de Villa convertir a esa masa armada en el mejor ejército de la Revolución mexicana.

La derrota de Victoriano Huerta, asesino de Madero y de su vicepresidente, José María Pino Suárez —apoyado por el presidente de Estados Unidos William Howard Taft—, lleva júbilo a las multitudes.

> Las masas campesinas se sienten triunfadoras —agrega Gilly—. Los peones y campesinos armados se hacen fuertes en las tierras que acaban de conquistar, repartir y cultivar, o terminan de repartir las que aún no habían tomado por asalto. La marea de fondo campesina sube desde todo el país, golpea sobre cuanta situación política o militar se le opone o intenta ponerle diques, violentamente pesa para cambiar la relación de fuerzas que las maniobras políticas y los hechos militares han establecido en el momento del triunfo, pesa y golpea sin que los mismos jefes tengan compresión clara de ello, lo prevean o se lo propongan conscientemente.

Es el mismo júbilo de los zapatistas en Morelos, cuenta más adelante el autor de *La revolución interrumpida*:

> Los pueblos de Morelos, que soportaron todo el peso de la guerra civil en sus familias, que fueron deportados y exterminados hasta reducir a la mitad la población del estado, que vieron incendiadas sus casas y robadas sus cosechas, ni se desmoralizaron, ni se quebraron, ni dijeron grandes frases, ni transitaron. Siguieron en su empeño, buscando cada vez, ya en los reflujos o en los momentos de ascenso, los medios y los caminos para preservar sus tierras, sus relaciones sociales, lo que quedaba de sus días de victoria.

Más adelante agrega:

> Frente a esta dignidad y firmeza colectivas, aparecen limitados, vanidosos, preocupados por sus posiciones y sus papeles personales en la historia y en la política, buena parte de los dirigentes urbanos cuyos nombres cubren después las páginas de las historias oficiales. Por eso es la imagen de Emiliano Zapata la que ha quedado en la memoria colectiva como la encarnación de aquellas cualidades. En pleno florecimiento del capitalismo porfiriano, en plena era positivista de orden y progreso, el pueblo mexicano, cuyas aspiraciones se condensaron en esos días en los ejércitos revolucionarios del zapatismo y del villismo, no sólo barrió el ejército y el poder estatal de ese capitalismo sino que mostró la determinación de establecer su propio gobierno, primero en la ocupación de la Ciudad de México y la toma de Palacio Nacional, luego al construir la república campesina de Morelos.

Cierra ese capítulo: “La Comuna de Morelos, primer gobierno de los campesinos y los obreros en América Latina, es la tradición más profunda y más hermosa llegada por esta interrumpida revolución para la posteridad del pensamiento, la vida y las luchas de los trabajadores y los pobres de México”.

Ahora hay que entender a Rubén Jaramillo —que se sumó al levantamiento zapatista cuando era un adolescente y pensó que había triunfado la justicia— al verse obligado a pelear otra vez, desde la miseria, por un lugar en el cual vivir y trabajar con dignidad. Ahora hay que entender a los movimientos que vinieron después de su atroz asesinato: cuánta frustración ha traído entender que una élite se apropió de una revuelta social y la utilizó para beneficiar a una élite de zánganos.

¿Y el Partido Comunista Mexicano, fundado aquí apenas ocurrida la Revolución de Octubre en Rusia? Tomado por el oficialismo, muchas veces dividido por sus pugnas internas; con pocas luces y muchas sombras, aplastado o corrompido, maniatado y autoexcluido. El escritor José Revueltas resumirá la condición en ese momento del PCM en su *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*.[8] Es la foto de un momento, por supuesto, pero este texto ha servido para referirse a la izquierda orgánica de México durante los últimos 100 años.

> Esta es precisamente la variedad mexicana del estalinismo, con las peores agravantes propias, entre ellas, ante todo, la de que el PCM no ha sido —ni ha querido ser— el partido de clase del proletariado en nuestro país. Es decir, un estalinismo que ni siquiera se produce en un partido real, sino en algo que no es sino una deformación y una usurpación del verdadero partido proletario. Puede decirse que el fenómeno previste la dimensión siniestra de una noche política de Walpurgis. Un estalinismo chichimeca, bárbaro, donde el "culto a la personalidad" se convierte en el culto a Huitzilopoztli y en los sacrificios humanos que se le ofrendan periódicamente con la expulsión y liquidación política de los mejores cuadros y militantes, cada vez que esto se hace necesario cuando los sombríos tlatoanis y tlacatecuhtlis dentro del PCM se sienten en peligro de ser barridos por la crítica justa.

El gran problema posrevolucionario de la izquierda en México fue, sin embargo, que los grupos de poder se apropiaron de los principios para servirse de ellos y administrarlos según su conveniencia. Lorenzo Meyer cuenta, en *Los grupos de presión extranjeros en el México revolucionario, 1910-1940*,[9] cómo Venustiano Carranza, miembro de la antigua oligarquía, se ve obligado a negociar con las fuerzas rurales del norte y del sur, Villa y Zapata, y con algunos grupos proletarios urbanos. "Como resultado, la Constitución de 1857 fue reemplazada, en mayo de 1917, por una nueva,

que incorporaba intereses de estos tres grupos. [Pero] La redacción de este documento se hizo en forma tal que su interpretación dependía básicamente de la naturaleza de las administraciones que la pusieran en práctica".

Prosigue Meyer: "De 1920 a 1929 dos caudillos revolucionarios, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, compartieron el liderazgo del movimiento posrevolucionario. Nunca favorecieron una interpretación radical de la Constitución de 1917. Su moderación, no obstante, se escondió en una abundante retórica oficial que se refería constantemente a conceptos tales como lucha de clases, socialismo y antiimperialismo".

Apunta:

> Al año siguiente del asesinato de Obregón (1928), Calles creó el Partido Nacional Revolucionario y se convirtió en el líder indiscutible de la élite gobernante, a pesar de que dejó la Presidencia en 1928. Nominalmente, el liderazgo pasó por las manos de los presidentes Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio y Abelardo L. Rodríguez. En 1924, cuando Calles se convirtió en presidente bajo la sombra del general Obregón, se le consideraba el líder del ala izquierda del grupo en el poder. Hasta 1927 Calles actuó de acuerdo con este prestigio. Para esa época la acumulación de riqueza y las presiones internacionales habían llevado a Calles, a Obregón y a un buen número de los miembros del grupo gobernante a identificar sus intereses con la preservación del *statu quo*. Se habían convertido en lo que Mauricio Magdaleno ha llamado los "magnates revolucionarios". El ala izquierda perdió mucha influencia dentro de la "familia revolucionaria". En 1934 un joven miembro del grupo callista, aunque no identificado con la corrupción prevaleciente, tomó posesión; un año después, el presidente Lázaro Cárdenas, en una lucha rápida y sin sangre, quitó a Calles la dirección real de la vida política de México y dio al ala izquierda su mejor —y última— oportunidad.

Y en efecto, fue la última oportunidad para la izquierda. Después de Cárdenas, los gobiernos acelerarán su paso hacia la derecha y aplastarán, con saña, cualquier intento por retomar la revolución trunca, robada; la revolución interrumpida. Hasta que se atravesó 2018.

SE MURIÓ EL JEFE

En un texto del mismo año de la masacre dice Carlos Fuentes:

Se escucha el silencio. Se escucha más cuando lo rompen las pistolas y las ametralladoras al pie de las ruinas, en el paraje escondido a espaldas de la montaña de piedra. Quizás Rubén Jaramillo, su mujer y sus hijos sabían que tanto silencio estaba hecho para ser roto en una hondonada perdida en la vera del camino a Teclama. Deben haber sentido ese silencio aplastante, sobrenatural, desde que el automóvil color plomo, en el cruce, se desvió de la ruta a Cuernavaca, adonde decían llevarlos, y tomó la de Xochicalco. Jaramillo trató de levantarse mientras el auto aceleraba; entonces recibió un primer coletazo, pero no cayó, sostenido por los brazos de su mujer, Epifania; entonces Filomeno, el hijo, desafió con su voz agresiva a quienes ya no ocultaban sus propósitos criminales.

—Cállate, chamaco, o te cortamos la lengua —le dicen a Filomeno.

—Mejor se la llenamos de tierra.[10]

Esto último lo dice un militar, de acuerdo con los testimonios recabados por el escritor.

Raquel, única hija sobreviviente de Rubén, narra a Carlos Fuentes los peores momentos:

Rubén estaba allí, aserrando una viga en el patio para construir un gallinero. Vide a los federales. Uno de ellos lo apuntaba con una ametralladora. Yo pegué una carrera y me abracé a él.

—No sea cobarde —le grité al federal—. Mi padre no les hace nada.

Heriberto Espinosa, llamado "El Pintor", que en otra época había sido amigo de mi padre, entró a la casa y yo le cerré el paso.

—No puede entrar si no me enseña una orden judicial.

—Tienes razón, muchacha —contestó riéndose—. Tú debías ser licenciada.

—Usted ha vendido a Rubén —le contesté—. Usted es peor que Judas porque Judas no era un asesino.

El capitán José Jiménez gritó desde afuera:

—Si no sale Jaramillo, ametrallamos la casa.

Los vecinos que estaban con nosotros protestaron. Un hombre fuerte, sin sombrero, que vestía una camisa amarilla y llevaba en la mano la pistola amartillada, le dijo a Martínez:

—Hay familia adentro. No puede disparar.

Mi cuñada, la esposa de Filemón, abrió la puerta y un montón de soldados entró al cuarto, apuntando a mi padre con sus armas. Aprovechando un descuido de los asaltantes, me eché el rebozo a la cabeza y volé a la Presidencia Municipal.

—Ah, señor —le dije al presidente—, se llevan a Rubén. Hay que defenderlo.

Él me contestó:

—No puedo hacer nada. Traen órdenes de la Procuraduría. Nomás lo van a detener, pero regresará dentro de media hora.

Esto ocurrió el martes a las dos de la tarde. El jueves, la gente nos avisó que los habían matado y el viernes fui por ellos al hospital de Tetecala. Mi mamá y Ricardo estaban en las planchas. Los demás, tirados en el suelo. Olían muy mal. A Filemón, que era un muchacho muy bravo, lo habían desfigurado y tenía la boca llena de tierra. A mi madre le dieron doce tiros, uno en la frente. Su rebozo, su vestido estaban desgarrados, manchados de sangre… dicen que hasta a la criatura que iba a nacer le dieron un tiro.

El escritor agrega, más adelante:

A pesar del dolor del golpe, Jaramillo no cerró los ojos; necesitaba tenerlos abiertos para ver, hasta el final, la tierra que pasaba ardiente, iluminada por el sol de la tarde. ¡Cuántas veces, al regresar al monte, al acudir al caballo y al fusil como su única defensa y la de los campesinos que creían en él, habría dicho: "Esta vez ya mero nos avanzaban"! Ahora sí lo habían avanzado, lo habían capturado. Lo llevaban con su mujer embarazada y sus hijos, creyendo que si los exterminaban a todos no quedarían Jaramillos capaces de seguir la lucha. No sabían que la muerte de cinco Jaramillos era el mejor abono para la vida y la acción de quinientos, de cinco mil nuevos Jaramillos. Eso nos dijo, hoy mismo, un campesino de la región:

—Se murió el jefe. Ahora todos somos Jaramillo.

El aleteo de una mariposa en Morelos levanta polvo por todos los rincones del país. Parece polvo de esperanza, sabe a polvo de esperanza. O eso quiere creer la generación que viene.

Laura Castellanos concluye, en *México armado*:

El caso del asesinato de la familia Jaramillo recibe carpetazo, a lo que, irónica, la revista *Política* lanzó en 1962 una pregunta que no pierde vigencia: "¿Quién lo mató? Por las versiones oficiales podría creerse que a Jaramillo no lo mató nadie". De cierta manera su herencia ya está diseminada en los futuros grupos armados de carácter rural. En Genaro Vázquez, quien se reunió con él durante su última fase de lucha; en Arturo Gámiz, el maestro que encabezó el ataque al cuartel de Madera en Chihuahua en 1965 y quien lo citará en uno de sus documentos; en Lucio Cabañas, que visitará su tumba y en 1972 buscará a su amigo, el obrero comunista Mónico Rodríguez, para pedirle asesoría y que se integre a su guerrilla; y en el Güero Medrano, que en 1973 fundará una colonia maoísta en Temixco, Morelos, que llevará su nombre.

Desde 1942, el intercambio entre México y Estados Unidos en materia de seguridad interior se acelera. Venustiano Carranza funda la primera policía política en la Secretaría de Gobernación para perseguir, espiar y "anular" a

los opositores a su gobierno, pero con Manuel Ávila Camacho nace un grupo especializado en disidentes: el Departamento de Investigación Política y Social, con el pretexto de la Segunda Guerra Mundial. Y en 1947 es fundada la Dirección Federal de Seguridad (DFS), con Miguel Alemán Valdés, que crea los manuales de la represión para los siguientes años, con distintos nombres: Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales, Dirección General de Investigación y Seguridad Nacional (DGSIN) y el Centro de Investigación y Seguridad Nacional, el temido Cisen.

1 Laura Castellanos, *México armado*, Ediciones Era, 2007.

2 Fritz Glockner, *Sembrar las armas. La vida de Rubén Jaramillo*, Brigada para Leer en Libertad / Asamblea Legislativa del Distrito Federal, 2010.

3 Gerrit Huizer, *La lucha campesina en México*, Centro Nacional de Investigaciones Agrarias, 1982.

4 Donald C. Hodges, *Mexican Anarchism after the Revolution*, University of Texas Press, Austin, 1995.

5 Roger Bartra, *Estructura agraria y clases sociales en México*, Ediciones Era, 1974.

6 Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, Ediciones Era, 1994.

El mismo autor cuenta en su prólogo de esta edición de 1994 que "la versión original fue escrita entre 1966 y 1971, durante mis primeros años como preso político en la cárcel de Lecumberri en la Ciudad de México, cuyo edificio es hoy sede del Archivo General de la Nación. La edición inicial se publicó en junio de 1971". Utilizo la versión de 1994 por los agregados, revisiones y correcciones que hizo el mismo autor para ediciones posteriores.

7 Francisco Iván Méndez Lara, "Francisco Villa en la prensa carrancista (1914-1915). La construcción del adversario", UNAM, 2020. "La construcción de la imagen de Francisco Villa en la prensa carrancista puede considerarse uno de los pilares de lo que Katz estima la 'leyenda negra' del caudillo, en la cual es retratado como un bandolero inmoral, un abigeo salvaje que nunca había podido dejar atrás su pasado y cometía hechos atroces en contra de sus enemigos. La asimilación de Villa en el panteón de los héroes nacionales —una parte de sus restos fueron colocados en el monumento a la Revolución en la década de 1970—, que retoma parcialmente las leyendas 'épica' y 'blanca' de Villa, y su innegable impacto en el imaginario popular como un líder de la revolución social, han permitido que en la actualidad aquella imagen de bandido se haya difuminado con el paso del tiempo. Menospreciar o soslayar el impacto de la prensa durante la Revolución mexicana sería pasar de largo un factor fundamental en la construcción de la propia guerra y de sus protagonistas en aquel momento. Sería dejar en el olvido el eco del pasado que nos construyó y reconstruye".

8 José Revueltas, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, Ediciones Era, 1979.

9 Lorenzo Meyer, *Los grupos de presión extranjeros en el México revolucionario, 1910-1940*, El Colegio de México, 2012.

10 Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano*, Joaquín Mortiz, 1971.

SEGUNDA PARTE

Por **Álvaro Delgado**

¿Querían tierra? ¡Pues échenles hasta que se harten!
General PRÁXEDIS GINER DURÁN,
gobernador de Chihuahua,
ante la fosa común en que eran sepultados
los cuerpos de Arturo Gámiz
y otros siete miembros del Grupo Popular Guerrillero,
muertos al atacar el cuartel de Madera,
el 23 de septiembre de 1965

Capítulo 5

Exterminio y ascenso

La "izquierda delirante"

La barda que saltó en su huida se vino abajo y la polvareda lo delató. Varios agentes se le fueron encima a golpes y gritos. Uno casi le arranca el brazo para someterlo y sólo quedó inmóvil cuando sintió la pistola en la sien.

—Heberto Castillo, ¿verdad?

Miguel Nazar Haro, al frente de un grupo de la temible Dirección Federal de Seguridad (DFS), había capturado al líder de los maestros universitarios del movimiento estudiantil, a quien le dio un jalón a su crecida barba para afirmar su autoridad. Era mayo de 1969, seis meses después de la matanza del 2 de octubre en Tlatelolco, y estaba en curso la peor represión del Estado hasta entonces. La que vendría en los años siguientes sería peor.

—Si te agarran, te van a matar —le había advertido el general Lázaro Cárdenas del Río a Heberto, perseguido por órdenes personalísimas de Gustavo Díaz Ordaz, encarnación de la ultraderecha priista.

No mataron a Heberto Castillo, pero fue a la cárcel de Lecumberri junto a José Revueltas y Eli de Gortari, entre centenares de jóvenes presos por exigir libertades democráticas. Con la captura de Heberto Castillo, Nazar Haro engrosaba su expediente criminal, del que se ufanó hasta su muerte, en 2012, y el líder político que se obstinó en la construcción de leyes e instituciones democráticas también hasta su muerte, en 1997, dos biografías contrapuestas en décadas de tensión entre la opresión y la libertad.

Con la frente en alto, Heberto saldría de la cárcel en 1971, ya con Luis Echeverría en el poder, que hizo de la mentira y la represión una forma de gobierno.

Un ejemplo es El Quemado, el pobrísimo poblado de Atoyac de Álvarez, Guerrero, que desde entonces es emblema de la guerra de exterminio ilegal e impune que el Estado emprendió —con todas sus fuerzas policiacas y militares— contra los movimientos de izquierda, la rebelión armada en México y la población más pobre. El 5 de septiembre de 1972, a tres días del segundo informe de gobierno de Luis Echeverría y en medio de su "apertura democrática" que resultaría embustera, la furia del Ejército, convertido en una maquinaria de violencia y muerte, no tuvo límite en el campo deportivo de ese poblado donde, uno a uno, fueron reunidos los 92 varones capturados.

Jóvenes y viejos, de 15 y hasta 70 años de edad, fueron atados con cuerdas, amordazados y vendados de los ojos para ser torturados, física y psicológicamente. Con agujas que les clavaban debajo de las uñas, con descargas eléctricas en los genitales y con golpes, así como la saña de obligar a los padres a mirar el tormento de sus hijos y viceversa, todo para hacerlos firmar confesiones en blanco. A ocho de los 92 cautivos del Ejército —tres de ellos asesinados a golpes y cuyos cuerpos jamás se entregaron a sus familiares— jamás se les volvió a ver y ya ha pasado medio siglo. Los otros fueron enviados a las cárceles de Acapulco y Chilpancingo, donde pasaron desde seis meses hasta más de cuatro años, mientras el poblado padeció por años la ocupación y el asedio militar.

Este episodio de la barbarie del Estado contra la población es tan simbólico para la historia contemporánea de México como otros acontecimientos de 1973, hace medio siglo: la muerte del magnate Eugenio Garza Sada, patriarca del empresariado regiomontano, el 17 de septiembre, en un intento de secuestro de la Liga Comunista 23 de Septiembre, que se fundó exactamente seis meses antes. Y como respuesta a la Liga Comunista, creada para unificar a las organizaciones guerrilleras —que el Partido de los Pobres de Lucio Cabañas Barrientos desdeñó—, el Estado mexicano generó un antídoto: la Brigada Blanca, el siniestro grupo paramilitar que se concibió a finales de ese mismo año y que la combatió con métodos sanguinarios e ilegales.

La represión en El Quemado, el asesinato de Garza Sada —al que siguió el de Fernando Aranguren Castiello en octubre, en Jalisco—, la fundación de la Liga Comunista 23 de Septiembre y la creación de la Brigada Blanca, hace exactamente medio siglo, son cuatro episodios de violencia y muerte que se entrelazan con otros dos: el nacimiento de Televisa, en enero de 1973, después de la fusión de televisoras regionales que incluyeron la que era propiedad de Garza Sada en Nuevo León —un consorcio que desde entonces acumuló un inmenso poder—, y el golpe de Estado en Chile del general Augusto Pinochet contra el gobierno del presidente Salvador Allende, el 11 de septiembre de ese año, seis días antes de la muerte del magnate regiomontano.

Con perversidad e hipocresía, Echeverría acogió al exilio chileno en México y de otros países con gobiernos militares mientras por orden suya las policías y el Ejército desaparecían, torturaban y asesinaban a mexicanos, una estrategia de exterminio contra los "grupúsculos de la izquierda delirante", como los llamaban los miembros del Consejo Mexicano de Hombres de Negocios, cuyo aparato ideológico era justamente Televisa.

"Señor presidente, deseosos de colaborar con usted en la lucha que libra el país en contra de grupúsculos de la izquierda delirante… una vez más nos ponemos a sus órdenes, listos para prestar nuestro auxilio en la forma en que lo encuentre usted más útil", le decían a Echeverría en una carta que le entregaron, en diciembre de 1973, y que redactaron los banqueros Manuel Espinosa Yglesias y Agustín Legorreta.[1]

Al mismo tiempo que el Estado enfrentaba sin tregua a los subversivos, a los que torturó, desapareció y ejecutó extrajudicialmente en vez de castigar sus delitos con la ley, el asesinato de Garza Sada marcó un punto de inflexión en el sector privado, que comenzó a consolidar en México un poder y una hegemonía política que duró hasta 2018. Con Echeverría en el poder y luego con José López Portillo, el Estado medía con dos varas: a los movimientos populares de izquierda los persiguió, acosó y prohibió —incluidas las expresiones artísticas, como el rock—, mientras atendía las demandas del sector privado, pese a los reclamos mutuos y a la estatización de la banca, en 1982, cuando se comenzó a instaurar el modelo neoliberal

que aplicaron Miguel de la Madrid, Carlos Salinas, Ernesto Zedillo, Vicente Fox, Felipe Calderón y Enrique Peña Nieto.

Pero no todo fue malas cuentas para la izquierda: a la par que eran combatidas las guerrillas de Genaro Vázquez Rojas —asesinado en 1972—, Lucio Cabañas —ejecutado en 1974—, la Liga Comunista 23 de Septiembre y las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN) —que irrumpirían dos décadas después como Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), en 1994—, las organizaciones sociales arrancaron al Estado espacios de acción y participación política. En sus diferentes expresiones, la izquierda protagonizó intensas movilizaciones pacíficas en todo el país, con una agenda que iba desde la democratización sindical, la creación de nuevas organizaciones agrarias y de luchas urbano-populares hasta esfuerzos por generar opciones electorales, incluida la reactivación del Partido Comunista Mexicano (PCM), proscrito desde el alemanismo.

El régimen, que había hecho crisis en 1968, terminó por agotarse en 1976, con José López Portillo como único candidato presidencial —lo que condujo a la reforma política de 1977 y a la amnistía de presos políticos de 1978—, aunque la guerra sucia seguía y era impune como hasta ahora, de ahí que el presidente Andrés Manuel López Obrador creara por decreto la Comisión de la Verdad, que deberá presentar su informe final en septiembre de 2024. Toda esta conflictividad de la izquierda transformó de una manera radical a México en sólo una década: de 1972, cuando se profundizó la represión política y social —como en El Quemado— y se movilizaron amplios sectores populares, sindicalistas y campesinos, a 1982, cuando fue la última elección presidencial sin competencia y con varios partidos políticos legales, se da cauce a la diversidad que con el tiempo se consolidaría en los dos polos político-ideológicos que ahora existen.

Este periodo es fundamental en la historia de México. Fue una década en la que la izquierda diversificó sus tácticas de lucha política y social que dieron lugar a una amplia discusión que, si bien no generó un proyecto nacional alternativo, sí condujo a la formación de opciones políticas y electorales que, en 1988, harían crujir al régimen en una dimensión semejante a la de 1968.

En 1982 inicia la primera etapa de 18 años del periodo neoliberal, que finaliza con la alternancia del PRI al PAN en la elección de 2000, cuando comienza el segundo tramo del mismo número de años que concluirá con la victoria de López Obrador en 2018.

Y fue en la elección fraudulenta de 1988 cuando se consolidan tres décadas de un maridaje entre el PRI y el PAN, los dos más viejos partidos políticos de México, un largo periodo en el que la izquierda avanza y retrocede hasta acceder al poder por vez primera.

La guerra de exterminio

La década de cambio de 1972-1982 tiene como antecedente inmediato el movimiento estudiantil de 1968, cuando —pese a sus propios límites— la izquierda propuso al Estado y a la sociedad una agenda de libertades democráticas y el Estado, apoyado por los poderes económicos, religiosos y mediáticos, respondió con el autoritarismo en nombre de la Revolución mexicana. "Comunistas", "guerrilleros", "conjurados", "terroristas", "traidores", "mercenarios" y "apátridas" fueron, entre otros, los términos con los que el poder político, respaldado también por Estados Unidos, identificó a sus jóvenes enemigos que rompieron el mito de la estabilidad social todavía en medio de la Guerra Fría y un ánimo antiimperialista.

A la violencia del lenguaje desde el poder, encarnado en Gustavo Díaz Ordaz, siguió la represión sistemática y el terrorismo de Estado para aniquilar, con la matanza del 2 de octubre, la idealista, ingenua, radical e insensata propuesta del movimiento que fue definido como una "conjura comunista". La sangre de jóvenes que cubrió la nación fue un escarmiento y también una advertencia para la izquierda, incluida la que desde dentro del Estado pugnaba por impulsar la agenda revolucionaria que se desvió desde el cardenismo.

El expresidente Lázaro Cárdenas del Río, a quien Adolfo López Mateos había sometido cuando pretendía ir a Cuba apoyar la Revolución, era

vigilado estrechamente por la influencia que ejercía en un sector de la izquierda dentro y fuera del gobierno, acusado incluso de dar refugio a Heberto Castillo, líder junto con José Revueltas y Eli de Gortari de los maestros en el movimiento, prófugo desde antes de la matanza y encarcelado con ellos en Lecumberri.

Cárdenas le confió a Heberto, quien había sido su secretario particular, que Díaz Ordaz lo acusaba de esconderlo en su casa, lo que conllevaba una amenaza implícita que podía materializarse, como ocurrió contra Carlos Alberto Madrazo, el expresidente del PRI que murió en un avionazo, en junio de 1969, después de ser acusado de tramar el movimiento.

—Si te agarran, te van a matar —le advirtió Cárdenas a Heberto, quien después de nueve meses de ser fugitivo fue capturado por Miguel Nazar Haro, el creador de la Brigada Blanca y personaje emblemático de la represión gubernamental por décadas hasta su muerte, en enero de 2012.

Sí: la matanza de la Plaza de las Tres Culturas aquietó en sus casas a los miles de jóvenes que participaron en las movilizaciones; otros pasarían años en la cárcel de Lecumberri, sentenciados por el Poder Judicial que estaba a las órdenes del Ejecutivo, y algunos, los menos, responderían a la "apertura democrática" de Echeverría, el secretario de Gobernación de Díaz Ordaz que tramó la provocación que condujo a la matanza y que a él lo llevó a la presidencia de la República.

Al final de su vida, Echeverría reconoció, en una conversación con el escritor Fritz Glockner, que él ordenó al Ejército el asesinato del guerrillero Lucio Cabañas, fundador del Partido de los Pobres y su brazo armado, la Brigada Campesina de Ajusticiamiento: "¡Yo envié al Ejército a romperle la madre!".

Y así como reprimía, Echeverría también seducía: intelectuales de renombre fueron atraídos por quien, desde su campaña presidencial, se apartó de Díaz Ordaz, su elector, y toda la responsabilidad de la matanza del 2 de octubre. Echeverría se ganó a los intelectuales Carlos Fuentes, Fernando Benítez, Porfirio Muñoz Ledo, Víctor Flores Olea y Enrique González Pedrero. Hasta a Octavio Paz, quien había renunciado a la embajada de México en la India en protesta por la represión de 1968.

Fuentes advertía que no apoyar a Echeverría equivalía a "un crimen histórico", mientras que Paz lo defendió, desde las páginas del diario *Excélsior*, que dirigía Julio Scherer García, de la matanza del 10 de junio de 1971, sin saber que él la había tramado:

> La agresión de los grupos paramilitares no era única y exclusivamente contra la extrema izquierda, sino contra la política de Echeverría. Una maniobra oblicua. Además, sobre todo, había otra diferencia: gracias al clima de libre discusión creado durante los últimos meses, la opinión pública pidió una investigación y el castigo a los culpables. Había terminado el periodo de las palabras-máscaras. El Presidente ha devuelto la transparencia a las palabras. Velemos entre todos para que no se vuelvan a enturbiar. Echeverría merece nuestra confianza y, con ella, cada vez que sea necesario, algo más precioso: nuestra crítica.

Si tras la matanza del 2 de octubre de 1968 muchos jóvenes decidieron tomar las armas, la represión de 1971 sólo ratificó su convicción. Antes lo habían hecho Lucio Cabañas y Genaro Vázquez Rojas en el estado de Guerrero. No es que tuvieran vocación de mártires. Ambos tomaron esa decisión extrema después de agotar todos los recursos legales y pacíficos para resolver sus demandas de carácter social, como de hecho pasó con todos los movimientos armados.

Fundador de la Asociación Cívica Guerrerense, Vázquez Rojas participó en el movimiento de oposición al PRI y en las protestas por el fraude en las elecciones de 1962, en Guerrero, que fueron reprimidas. Después de ser encarcelado y darse a la fuga del penal de Iguala, decidió tomar las armas. En una entrevista en 1971, un año antes de su muerte, Vázquez Rojas señalaba: "Se luchó por todas las formas posibles y legales. Miles de papeles con quejas pasaron por mis manos sin que ninguna de estas fuera resuelta en forma razonable para los campesinos… Y nos cansamos".[2]

También a Lucio Cabañas, quien en 1967 se alzó en armas después de que fue reprimida a balazos una protesta contra las autoridades de una escuela de Atoyac de Álvarez, se le agotó la paciencia: "Nosotros organizábamos a los maestros y uníamos a los campesinos para luchar contra las compañías madereras y [contra] tantos impuestos […] Y también uníamos al pequeño comercio".

En los tres casos, antes de convertirse en movimientos armados, eran movimientos sociales y políticos que fueron reprimidos con la violencia institucional. Los tres, también, terminaron en tragedia: Lucio fue asesinado en diciembre de 1974, después del secuestro del senador priista Rubén Figueroa Figueroa; Genaro cayó en febrero de 1972 y los guerrilleros de las organizaciones urbanas fueron liquidados en pocos años por la Brigada Blanca, escuadrón de la muerte creado por Echeverría.

Pese a que compartían la utopía socialista, el sueño de una revolución para dar lugar a una sociedad sin clases, que inspiró la Revolución cubana, las organizaciones guerrilleras del campo y de las ciudades tampoco lograron una convergencia total.

En enero de 1973, cuando estaba en curso la creación de la Liga Comunista 23 de Septiembre —que se fundó en marzo, en Guadalajara—, una comisión de la Organización Partidaria, nombre que adoptaron los interesados en la fusión, se trasladó a la sierra de Guerrero para entrevistarse con Lucio Cabañas, cuyo resultado fue estéril.

"La máxima de la izquierda es que sea irreconciliable consigo misma", escribe Fritz Glockner en su libro *Los años heridos. La historia de la guerrilla en México 1968-1985*:

> Las diferencias existieron desde el inicio de la relación, el maridaje traía desde el principio concepciones incompatibles; para unos el sujeto revolucionario debería descansar en el proletariado, para otros los pobres provocarían el cambio; circunscribiendo la interpretación a comunidades campesinas, unos dicen que "el partido es el instrumento de lucha", los otros plantean que "la lucha daría nacimiento al partido"; "eres protagónico", "son ultraizquierdistas", "eres autoritario", "son radicales", "no tienes teoría", "su teoría no hace la revolución", son algunas de las tesis que desde 1972 han intercambiado los llamados Partidarios, luego miembros de la Liga Comunista 23 de Septiembre, y el Partido de los Pobres liderado por Lucio Cabañas.

Así, cada quien fue por su rumbo. Unos se radicalizaron en un militarismo extremo que ejecutó también a los que consideró traidores. Todos fueron capturados, exiliados, encarcelados, torturados, asesinados o desaparecidos. La guerrilla también incurrió en excesos: secuestros y asesinato de policías

inermes y hasta el ajusticiamiento de quienes eran identificados como traidores, no siempre los infiltrados policiacos y militares.

En 1985, integrantes del Partido de los Pobres (PDLP), fundado por Lucio Cabañas, secuestraron durante 16 días a Arnoldo Martínez Verdugo para forzarlo a devolverles el dinero que habían entregado a los dirigentes del PCM para su resguardo y que era parte del rescate para liberar a Figueroa Figueroa, 11 años antes. Los dirigentes del PCM emplearon los recursos en comprar un inmueble y vehículos y tenían que devolverlos o matarían a Martínez Verdugo, candidato presidencial en 1982, y a Félix Bautista —también secuestrado—, exguerrillero que había sido el encargado de entregar el dinero al partido.

Después de esos 16 días de cautiverio, Martínez Verdugo y Bautista fueron liberados tras el pago del rescate con recursos que presuntamente aportó el gobierno de Miguel de la Madrid.

Martínez Verdugo es un líder clave en la evolución de la izquierda en México: asumió la secretaría general del PCM en los sesenta cuando estaba proscrito y lo despojó del dogmatismo marxista. Aún prohibido por el gobierno, el partido dirigido por él apostó por la transición a la democracia con la postulación como candidato presidencial de Valentín Campa Salazar, en 1976, y luego él mismo lo fue, en 1982, cuando recuperó el Zócalo para la izquierda, reservado desde 1968 para las concentraciones priistas.

Sevicia de El Quemado

El Quemado, a medio siglo de ocurrida su tragedia, es uno de los episodios más atroces de la guerra sucia, como se denomina a la guerra de baja intensidad que se aplicó en México contra los movimientos sociales y políticos desde la década de los sesenta. Este periodo ha sido ampliamente documentado con los años, incluido el polémico trabajo de la fiscalía que creó Vicente Fox tras su triunfo en el año 2000, y actualmente la Comisión

para la Verdad y la Justicia abarca de 1965 a 1990, hasta el gobierno de Carlos Salinas.

Tomé El Quemado como caso emblemático no sólo por la coyuntura de medio siglo que cumplió y el inicio de una década que fue clave para la transformación política y electoral de México —de 1972 a 1982—, sino por la crueldad de quienes instrumentaron la guerra de extermino contra los levantados en armas y los inocentes que los agentes del Estado inculparon. Y también porque, a medio siglo de que ocurrió la represión en ese pueblo de Guerrero, las víctimas de la guerra sucia y la sociedad tienen derecho a la verdad, a la justicia, a la memoria, a la reparación del daño y a la no repetición.

El Ejército acusó a los campesinos de ser cómplices de Lucio Cabañas Barrientos, que semanas antes, en julio y agosto de 1972, había emboscado a partidas militares, causándoles decenas de bajas. La imputación era falsa, pero la tropa tenía instrucciones de tomar venganza parejo, como parte de un plan al más alto nivel en Guerrero y en todo el país. En una carta enviada al semanario *Proceso*, publicada en su edición 1453 de septiembre de 2004, los habitantes de El Quemado narran cómo los varones de allí y de comunidades cercanas fueron concentrados en la cancha del poblado para hacerles confesar que eran miembros de la Comisión de Lucha del Partido de los Pobres, de Cabañas.

"Aquí nunca hubo tal comisión. A esta comunidad nunca vino Lucio Cabañas. Aquí llegó el Ejército el 5 de septiembre de 1972 y los soldados anduvieron en todo el pueblo invitando a los ciudadanos a una reunión en el campo deportivo, y ahí hicieron las detenciones de 87 personas", narra la carta que también detalla que los soldados "sembraron" objetos en las casas para inculpar a 92 personas en total.

> Además de ser detenidos, fuimos sometidos a las peores torturas que se sabe el Ejército (agujas debajo de las uñas, electricidad en el cuerpo, sobre todo en las partes nobles; fuimos amarrados y vendados, tirados en el suelo durante días, sin permitirnos dormir), también, obligados a ver la tortura contra familiares (es insoportable para un padre ver cómo torturan a su hijo y viceversa —como en los casos de Fidencio Martínez Fierro y su hijo Víctor Martínez Vargas; de Avelino Pino Hernández, su hermano Celso y el papá de ambos, Antonio Pino Díaz; así como el de

> Guillermo Morales Piza, su hermano Eliseo y su papá Darío Morales Navarrete—) y forzados a firmar confesiones en blanco, arrancadas bajo tortura emocional y física. Fuimos encarcelados, procesados, sin saber las acusaciones, y, en un juicio plagado de irregularidades, sentenciados a 30 años de prisión sin tener ningún defensor legal.

En la carta se aclara que muchos salieron de la cárcel por las amnistías, pero también que hubo quienes no volvieron: "Quedaron ocho desaparecidos: Mario García Téllez, Aurelio Díaz Fierro, Ángel Piza Fierro, Rito Izazaga, el hijo de Gomita Tavares, Ignacio Sánchez, Gregorio Flores Leonardo, J. Veda Ríos Ocampo. Los tres últimos fueron asesinados a golpes en los cuarteles militares de Atoyac y Acapulco, y sus cuerpos nunca fueron entregados a sus familiares".

Un informe de la DFS fechado el 6 de septiembre y dirigido a su director, el capitán Luis de la Barreda Moreno, consigna, en dos fojas, la captura de sólo 42 personas en El Quemado, donde supuestamente se encontraron armas y pertenencias de soldados muertos durante la emboscada del 23 de agosto, y se recomendaba: "Reforzamiento de la vigilancia de la prisión de Acapulco, debido a rumores de que Lucio Cabañas prepara rescate de presos; así mismo, se menciona el plan de secuestro de un funcionario público para exigir la libertad de sus compañeros".

En la parte final de la segunda foja se lee que uno de los detenidos, Antonio Onofre Barrientos, sería enviado a la capital del país para ser "entregado" al teniente coronel Francisco Quiroz Hermosillo. El papel consigna textualmente: "ONOFRE BARRIENTOS será trasladado el día de mañana a la Cd. de México, para ser entregado a la Policía Militar al Tte. Corl. Quiroz Hermosillo".

Antonio Onofre Barrientos, cuyo nombre coincide con el de un tío del jefe guerrillero Lucio Cabañas, jamás volvió a ser visto con vida. Incluso en el informe del procurador general de la República de López Portillo, Óscar Flores Sánchez, en 1979, ese nombre aparece como los 29 que habían sido detenidos por cuerpos policiacos y militares en circunstancias diversas y no aparecían. Pero no hay ninguna duda de la desaparición forzada y del responsable: el documento de la DFS acredita que le fue entregado a Quiroz

Hermosillo, militar emblema de la guerra sucia que operaba desde el Campo Militar Número Uno, la prisión donde murieron tantos detenidos por tortura y por ejecución.

La crueldad extrema del Ejército antes y después de la acción en El Quemado, que era parte del *Operativo Telaraña*, del *Operativo Rastrillo* y de otras estrategias de contrainsurgencia, tenía un único propósito instruido por el propio presidente de la República: el extermino. El término criminal en su contexto se encuentra en una comunicación oficial que el general Hermenegildo Cuenca Díaz, secretario de la Defensa Nacional, envió al presidente Luis Echeverría, el 9 de septiembre de 1974, un día después de la liberación del senador priista Rubén Figueroa Figueroa, secuestrado por "gavilleros" de Cabañas Barrientos el 30 de mayo:

> Me permito hacer del superior conocimiento de usted que la comandancia de la 27/Zona Militar (Acapulco, Gro.) informó a esta Secretaría lo siguiente: …Ayer (8-sep-74) a las 18 horas, durante el encuentro sostenido por elementos de este mando territorial con la gavilla de Lucio Cabañas, resultaron siete gavilleros muertos, se recuperó un fusil ametrallador ligero y se recogió una carabina M-1, tres escopetas de diferentes calibres y dos rifles Cal. 22. Personal militar sin novedad.
>
> En el reconocimiento efectuado al área donde se rescató al senador Rubén Figueroa, se localizaron 16 gavilleros muertos, el personal destacado en la región continúa el rastrilleo con el objeto de localizar al resto de la gavilla, efectuando varios desplazamientos de personal con el fin de hacer más efectiva la intercepción de los maleantes que traten de abandonar el área. Ordené al citado mando territorial continúe las operaciones hasta lograr la captura o exterminio del resto de los gavilleros, informando a esta Secretaría sobre el particular.

De la crueldad inaudita del Ejército contra la población, no sólo contra los guerrilleros, han dado cuenta las víctimas, pero también los informes oficiales desclasificados con el paso de los años. La Dirección Federal de Seguridad (DFS), también implicada en la guerra de baja intensidad contra los movimientos populares, rindió un informe que ejemplifica la saña de las tropas del Ejército mexicano, cuyos mandos civiles los condenaron al deshonor.

Un agente de la DFS comisionado en Acapulco, Isaac Tapia Segura, envió al capitán Luis de la Barreda Moreno un informe con la descripción

de la barbarie militar. El documento está fechado el 18 de junio de 1974 y lo que describe es el horror: “Se han venido descubriendo cadáveres de personas no identificadas en diferentes sitios, tanto de esta ciudad como de lugares vecinos, los cuales presentan señas de tortura: Impactos de proyectiles, desfiguro del rostro y quemaduras en el cuerpo”.

Detalla el informe: “Con relación a estos hechos se ha llegado a saber, en forma confidencial, que dichos cadáveres son de personas conectadas con los comandos de Lucio Cabañas Barrientos, que han bajado a la ciudad o lugares circunvecinos para abastecerse de provisiones o sirven de alguna forma de contacto a dichos grupos, los que son detenidos por órdenes expresas del general de división Salvador Rangel Medina, comandante de la 26 Zona Militar con base en Acapulco”.

Y especifica: “A estas personas, después de obligarlas a decir la información que tienen respecto a los grupos y movimientos de Lucio Cabañas Barrientos, les dan a beber gasolina prendiéndoles fuego, independientemente de dispararles sus balazos. Por otra parte, existe gran contrariedad entre los campesinos, que ya conocen al teniente coronel Quiroz Hermosillo, de la Defensa Nacional, por su presencia de quien sospechan sea el responsable de las ejecuciones”.

Francisco Quiroz Hermosillo, que ascendería a general y en 2002 sería procesado por narcotráfico en el gobierno de Vicente Fox, fue también uno de los mandos del Ejército mexicano que participó en la creación y operación de la Brigada Blanca, un escuadrón de la muerte integrado por militares y civiles que tuvo su sede en el Campo Militar Número Uno, que desde el movimiento de 1968 se convirtió en el principal centro clandestino de detención, tortura y extermino, de donde sólo excepcionalmente salieron víctimas de detenciones arbitrarias todavía hasta el gobierno de Carlos Salinas.

La Brigada Blanca se creó por órdenes de Echeverría, entre finales de 1973 e inicios de 1974, con el fin de aniquilar a la Liga Comunista 23 de Septiembre, que se fundó en Guadalajara un año antes y que tomó su nombre de la fecha en que un comando de jóvenes pretendió tomar el cuartel de Madera, en Chihuahua, en 1965, en lo que fue el comienzo de la

etapa de movimientos armados que estimuló también la respuesta represiva del Estado al movimiento de 1968 y a la matanza de 1971.

Fue el jueves 10 de junio de 1971 cuando actuó con crueldad otro memorable escuadrón de la muerte también formado por el Estado: Los Halcones, creado y dirigido por el coronel Manuel Díaz Escobar, a las órdenes de Echeverría.

Fundada en marzo de 1973 en Guadalajara, en un intento por unificar a las organizaciones armadas que operaban en el país, la Liga Comunista 23 de Septiembre quiso tener una espectacular aparición con un plan atrevido: el secuestro del magnate Eugenio Garza Sada, el 17 de septiembre de 1973, que se quedó sólo en intento por la muerte de este, su chofer y escolta tras un enfrentamiento en el que también perdieron la vida dos guerrilleros. La presión del empresariado, en particular regiomontano, poblano y jalisciense, a Echeverría fue de actuar con energía contra la subversión, sobre todo después de que fue asesinado el empresario Fernando Aranguren y secuestrado el cónsul de Gran Bretaña, Anthony Duncan Williams, también en Guadalajara, un mes después de la muerte de Garza Sada.

La Brigada Blanca, identificada en documentos oficiales como "Brigada Especial", fue creada por Miguel Nazar Haro, uno de los más crueles torturadores de la historia, y se integró con agentes de ocho corporaciones policiacas y militares, la primera de ellas la siniestra DFS, que durante el gobierno de Díaz Ordaz dirigió Fernando Gutiérrez Barrios, con el de Echeverría, Luis de la Barreda Moreno, y con el de López Portillo, Javier García Paniagua, padre de Omar García Harfuch, jefe de la policía de la jefa de Gobierno de la Ciudad de México, Claudia Sheinbaum.

Formado en el anticomunismo más radical en su paso por la Escuela de las Américas de Estados Unidos, en el Canal de Panamá, y en la Escuela Internacional de Policía con instructores de la Oficina Federal de Investigaciones y del Pentágono, informante también de la CIA, Nazar Haro creó y dirigió la Brigada Blanca por orden directa de Echeverría.

La llevó a cabo después de la matanza que perpetraron Los Halcones en 1971, según contó él mismo en una entrevista con *La Jornada*, diario al que

pidió publicarla hasta después de su muerte, lo cual hizo el 28 de enero de 2012:

> A mí me hacen importante ahora. Dicen que tuve que ver con el 2 de octubre (de 1968), y en esas fechas yo era un simple agente (de la DFS). El jueves de corpus (10 de junio de 1971) yo era subdirector y nos sorprendió una organización llamada *Los Halcones*, que estaba dentro del Departamento del Distrito Federal. Yo hice lo más esencial, lo más importante, lo que no se usa en este país. Yo dije: "Vamos a coordinar, vamos a hacer un grupo especial de todas las policías". Yo lo propuse, yo lo creé. Eran de la judicial, de la Judicial Federal, del Servicio Secreto, policías uniformados, granaderos, de la Policía Auxiliar y agentes míos.

Detalla: "Se hizo el grupo. Cuando sucedía un hecho, entonces iba primero este grupo a investigar, y si era asunto de guerrilla intervenían inmediatamente. Hubo muchos enfrentamientos. Se llamó Brigada Especial, pero ellos, los guerrilleros, que eran la Brigada Roja, le llamaron Brigada Blanca".

En todas las entrevistas que dio antes de su muerte, Nazar Haro rechazó las torturas, los abusos y los asesinatos que le atribuyeron quienes sobrevivieron, pero su biografía lo condena. "Cuando está de por medio la seguridad del Estado, no hay constituciones ni leyes que valgan una chingada", le dijo Nazar Haro a Gustavo Hirales, miembro de la Liga Comunista 23 de Septiembre, preso en el penal de Topo Chico tras la muerte de Garza Sada (carta a *La Jornada*, el 25 de abril de 1988).

Fue Nazar Haro quien dio la bienvenida a los agentes que integraron la Brigada Especial, así identificada en documentos oficiales la Brigada Blanca. La ceremonia fue en las instalaciones del estand de tiro del Campo Militar Número Uno, según el testimonio de un agente que procedía de la Policía Judicial del entonces Distrito Federal y que compartió información en el curso de la elaboración de este libro.

Nazar Haro, quien estaba acompañado por el entonces teniente coronel Quiroz Hermosillo, así como jefes policiacos como José Salomón Tanús y Florentino Ventura, les dijo que el grupo que estaba iniciando tenía la misión de acabar con la Liga Comunista 23 de Septiembre, que se les daría

adiestramiento físico y técnico, con un buen sueldo, pero todo debía ser secreto, incluidos los pagos extras, que eran en efectivo.

Así nació, dentro de las instalaciones militares, la Brigada Blanca, la cual encerraba, torturaba y asesinaba a los agentes subversivos en una instalación que los agentes denominaban El Metro, por ser una construcción subterránea, a cuyas celdas y una pileta de agua se descendía mediante una escalera oculta por una biblioteca, próxima al campo de tiro militar.

Ahí llegaban Nazar Haro y el Tata Tanús, como le llamaban sus allegados al comandante de la Policía Judicial del Distrito Federal, un acapulqueño de origen árabe, como Nazar, que comandó a uno de los grupos más violentos de la Brigada Blanca.

Además de la DFS, cuyo subdirector operativo era Nazar Haro —que luego sustituyó a García Paniagua—, la Brigada Blanca se integró con la División de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia (DIPD), a cargo del coronel Francisco Sahagún Baca, y la Dirección de Policía y Tránsito, ambos de la policía capitalina, y con la Policía Judicial de la Procuraduría General de Justicia del entonces Distrito Federal, dirigida por el capitán Jesús Miyazawa Álvarez.

También proveyeron agentes la Policía Judicial Federal de la extinta Procuraduría General de la República, a cargo de Florentino Ventura, y la Policía Judicial del Estado de México, y se dispuso de soldados de la Policía Militar y de la Procuraduría de Justicia Militar, ambas de la Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena), que llegaron a tener roces y enfrentamientos, incluso a balazos, con los civiles del propio cuerpo paramilitar. Aunque no fue formalmente parte de la Brigada Blanca, Mario Arturo Acosta Chaparro, que llegaría a general, tenía una misión relevante en el grupo paramilitar: era el que "limpiaba" las operaciones, desapareciendo a los detenidos como sólo él sabía.

Mando policiaco por años en Guerrero, de fidelidad perruna al clan de los Figueroa, Acosta Chaparro se ufanaba, hasta antes de ser asesinado en 2012, de haber inventado los vuelos de la muerte: cautivos que, atados de pies y manos, eran lanzados al mar desde aviones del Ejército que despegaban de la base naval de Pie de la Cuesta, en Acapulco.

La crueldad de Acosta Chaparro y Quiroz Hermosillo ha quedado consignada en el informe de la Comisión de la Verdad de Guerrero, donde se describen a detalle, con base en información documental y testimonial, las atrocidades que también cometieron sus personeros, como Javier Barquín Alonso y Gustavo Tarín Chávez. Entre 1974 y 1981 detuvieron a más de mil 500 personas sólo en el estado de Guerrero.

El informe detalla la vileza, aun cuando el entonces gobernador Rubén Figueroa Figueroa ofreció una amnistía:

> Si los detenidos no aceptaban la amnistía, eran transportados a la Base Militar de Pie de la Cuesta. Los guerrilleros, atados y vendados, eran bajados de una camioneta Chevrolet, color café, con capacidad para 15 personas. Eran conducidos, uno a uno, a un banquito de fierro al que llamaban "el banquito de los acusados". Una vez ahí, los sentaban y los hacían creer que los iban a fotografiar […] Ya sentados, eran ejecutados personalmente por Acosta Chaparro, Alfredo Mendiola, Alberto Aguirre I. Quintanar y Humberto Rodríguez Acosta, con un disparo en la nuca de una pistola calibre 380, que tenía adaptado un "moflecito" (silenciador). Inmediatamente después les colocaban sobre la cabeza una bolsa de plástico y se las ataban al cuello para evitar que quedaran rastros de sangre. Siempre usaron la misma pistola, a la que bautizaron por ello como "la espada justiciera". Realizado este procedimiento, se metía a la persona dentro de los costales de yute, los cuales eran cosidos tras agregar unas piedras en su interior, y después eran transportados en carretilla hasta el avión Arava del Ejército Mexicano, que se colocaba en la pista (tripulado por el capitán Manzano). Una vez ejecutados los detenidos (generalmente 14 o 16), eran subidos al avión para ser trasladados a un lugar identificado solamente como "la costa de Oaxaca", por lo que la operación era conocida entre ellos como los "vuelos a Oaxaca". En ocasiones, el avión Arava realizaba tres o cuatro vuelos en una sola noche para llevar los cadáveres a "la costa de Oaxaca". Así fueron ejecutadas o desaparecidas más de 1,500 personas identificadas como subversivas de izquierda.

Los militares también mataban a los suyos, detalla el anexo "Personas Participantes en Desapariciones Forzadas" del *Informe Final de Actividades de la Comisión de la Verdad del Estado de Guerrero*, publicado en 2021: "En noviembre de 1974 o 1975, Barquín Alonso ejecutó al capitán Manzano por órdenes de Francisco Quirós *[sic]* Hermosillo. La ejecución fue presenciada por el sargento primero de Infantería Alfredo García, los sargentos segundos de la Policía Militar, conocidos como *la Carona* y *la Tripa*, y por Rubén Gardea Vara, persona cercana a Quirós Hermosillo".

Quiroz Hermosillo y Acosta Chaparro fueron acusados de narcotraficantes en 2002 y degradados como militares. El primero murió en 2006 y el segundo fue absuelto por Felipe Calderón, en 2007, quien meses después lo envió como su representante con los capos de los grupos criminales para tratar de pacificar el país de la violencia que desató la guerra que declaró tras la elección fraudulenta de 2006.

Después de cumplir con esa encomienda, que no continuó presuntamente por la muerte de Juan Camilo Mouriño, entonces secretario de Gobernación, Acosta Chaparro fue asesinado a balazos en la Ciudad de México, el 20 de abril de 2012, un día después de desayunar, en el Restaurante del Lago, con el general Tomás Ángeles Dauahare, subsecretario de la Defensa, y con el abogado José Antonio Ortega Sánchez. Cuatro meses antes, el 27 de enero, había muerto por el agravamiento de sus enfermedades otro de los personajes siniestros de la guerra sucia: Nazar Haro.

Integrante de la DFS desde que fue trabajador de intendencia, Nazar Haro fue detenido, a sus 80 años de edad, el 18 de febrero de 2004, acusado de los delitos de homicidio, privación ilegal de la libertad, contra la administración de justicia, abuso de autoridad y lesiones.

Fue el fin de su carrera como policía del régimen autoritario, rápido y sanguinario, como lo definió Rafael Rodríguez Castañeda en su libro *El policía. Perseguía, torturaba, mataba*, en el cual hace este retrato:

> Era hombre invaluable para el sistema. Dominaba los hilos del poder, conocía la sicología humana y poseía un carácter implacable. De perfil bajo en los medios, nunca dio una entrevista reveladora de secretos. A los reporteros más sagaces les daba minucias. Era discreto y fulminante en sus acciones. Su estilo —rápido y sanguinario— estaba inspirado, sin duda, por quienes fueron sus maestros y protectores en las tareas policiacas: Fernando Gutiérrez Barrios y Javier García Paniagua. Ambos a su vez tuvieron la mejor escuela, igual que Nazar Haro: la Dirección Federal de Seguridad […] Nazar Haro fue protagonista de muchos episodios de la guerra sucia. Era el policía por antonomasia, el policía que por proteger las estructuras del gobierno perseguía con denuedo, torturaba por placer y mataba sin compasión. En esas historias, su nombre se entrelaza con instalaciones y corporaciones policiacas, como el Campo Militar Número 1 y la Brigada Blanca, claves de la operación del exterminio que emprendió el régimen

> pretendidamente democrático encabezado por los presidentes Gustavo Díaz Ordaz, Luis Echeverría y José López Portillo.

En 2006, después de estar preso, Nazar Haro negó haber participado en una guerra sucia contra los guerrilleros. En una entrevista en *El Universal* declaró: "¿Por qué hablan de guerra sucia? Sucio el que te secuestra, el que te mata. Sucio el terrorista. Sucio el que mata al policía para robarle su arma. ¿Dónde están los derechos humanos de los policías muertos? Inglaterra, Bélgica y España me han condenado. México también. Por eso ahora estoy preso. Esa es mi mejor medalla".

La DFS fue disuelta en 1985, en el gobierno de Miguel de la Madrid, después del asesinato del periodista Manuel Buendía por órdenes de quien fue su penúltimo director, José Antonio Zorrilla Pérez. La degradación de la corporación policiaca practicaba no sólo el crimen político, sino el crimen organizado, incluido su involucramiento directo con el narcotráfico.

El jefe de la Sección Segunda de la Sedena en el gobierno de Echeverría, Jorge Carrillo Olea, contó en un artículo publicado en el diario *La Jornada* que las policías del régimen, como la DFS, se corrompieron: "Lo históricamente demoledor fue que esas policías, ante el deslave del comunismo, cambiaron de víctima. Mutaron de los 'perversos comunistas' hacia la lacia e indefensa sociedad. Se destapó la criminalidad oficial vía acción directa o mediante complicidades, disimulos rentables y complacencias de las policías con el crimen".

Carrillo Olea, creador del Centro de Investigación y Seguridad Nacional (Cisen) que sustituyó a la DFS, y él mismo acusado de delincuente en su paso como gobernador de Morelos, ubica la degradación de la policía política con el nombramiento de García Paniagua como su director, al inicio del gobierno de López Portillo, con Nazar como subdirector y sucesor:

> El inicio del desastre fue la designación, en 1976, de Javier García Paniagua al frente de la DFS. Sus antecedentes de rudeza y corrupción, características acreditadas, fueron el sello de su gestión. Miguel Nazar fue uno de los más sanguinarios policías en la historia de México. En concreto, enfrentó acusaciones por presuntamente haber intervenido en la captura y desaparición de Jesús Piedra Ibarra, hijo de Rosario Ibarra de Piedra, en 1975. A Nazar Haro se le atribuye,

> por si fuera poco, la creación de la *Brigada Blanca*, grupo paramilitar culpable de la desaparición, muerte y tortura de militantes de izquierda política, particularmente en la sierra de Guerrero. Para no dejar cabida a interpretaciones, la DFS era simplemente una organización criminal.

Nazar Haro, en efecto, está involucrado directamente también con la desaparición de Jesús Piedra Ibarra, quien formó parte del comando de la Liga Comunista 23 de Septiembre para secuestrar a Garza Sada y quien, tras la muerte de este, fue detenido en Monterrey, el 18 de abril de 1975, y entregado a la Brigada Blanca. Desde entonces su madre, Rosario Ibarra de Piedra, comenzó su búsqueda. Otras madres de desaparecidos se fueron sumando y se constituyó el Comité Eureka, que jamás ha cesado su lucha para que sean presentados los desaparecidos, una demanda que ha hecho a nueve presidentes de la República.

En la incesante búsqueda de su hijo hasta su muerte, Rosario Ibarra se encontró con Nazar Haro en las oficinas que ocuparon los directores de la DFS. Cuenta doña Rosario en *El policía*, de Rodríguez Castañeda:

> Entramos a una oficina pequeña con un gran escritorio y fue entonces que por primera y única vez estuve frente a Miguel Nazar Haro, el torturador número uno en México. Hombre de baja estatura en todos los sentidos, que a pesar de su vestimenta impecable color gris claro y querer aparentar corrección y trato amable, la podredumbre de su espíritu era evidente […] Al mentirme sobre mi hijo se le dibujaba una mueca burlona; imposible no ver su verdadera índole malsana, criminal, sádica y cobarde. Se atrevió a decirme, con el cinismo que lo caracterizaba, que ellos (la DFS) nunca lo habían detenido, que tal vez habían sido los guardias blancas de los Garza Sada: hablaba de forma tan frívola, que era evidente que no le afectaba en nada nuestra angustia y nuestro dolor, es más, pienso que disfrutaba esos momentos.

Un agente de la Brigada Blanca, que procedía de la Policía Judicial del Distrito Federal, dice que Nazar Haro encabezaba un grupo que era cruel en el combate contra los guerrilleros. Evoca cómo en las celdas de El Metro, en el Campo militar Número Uno, siempre se oían lamentos y gritos por las torturas contra verdaderos y supuestos guerrilleros.

Recuerda un caso que jamás ha podido olvidar: en abril de 1979 fue detenido Alejandro Peñaloza García, miembro del Movimiento de Acción

Revolucionaria (MAR) —del que era integrante también su hermano Felipe, abatido en Michoacán—, quien se resistía a delatar a sus compañeros, pese a la tortura. Pero cedió cuando uno de los agentes tomó a su hijo bebé de las piernas y lo colocó casi tocando el agua de la pileta. "Hablas o se ahoga tu hijo", le advirtió el agente que comparte la historia de Peñaloza García, quien efectivamente fue detenido el 6 de abril de 1979, como consta en un informe de la DFS firmado por Nazar Haro.

Al contar esta historia de brutalidad y de tantas de las que fue partícipe y testigo, el agente que confió información para este libro dice de sus compañeros de la Brigada Blanca y de sí mismo: "Se nos acabaron los escrúpulos y todo valor moral. Yo no fui digno de mis padres".

El ascenso empresarial

En paralelo a la represión contra las expresiones de izquierda en los setenta, antes y después, el sector privado se fortalecía con una estrategia con el gobierno, ante el gobierno y contra el gobierno. Con Echeverría mantuvo una estrecha relación en los tres primeros años, pero las tensiones comenzaron cuando dio asilo a los perseguidos de Pinochet tras su golpe militar de septiembre de 1973 y, sobre todo, cuando la violencia llegó a la élite empresarial.

La cúpula del empresariado, el Consejo Mexicano de Hombres de Negocios —como se llamaba entonces—, había apoyado al gobierno en su campaña de represión y exterminio contra los movimientos populares y la subversión de izquierda, pero exactamente un año después de los hechos de El Quemado cayó muerto Garza Sada y al mes siguiente, en octubre, Fernando Aranguren Castiello, el líder empresarial de Jalisco. Sólo hasta entonces el empresariado comenzó a ejercer una mayor crítica al gobierno federal y a consolidar su organización para ejercer mayor influencia ante los presidentes de la República: el 5 de octubre de 1975 se creó el Consejo

Coordinador Empresarial (CCE), cuyo objetivo era influir en Echeverría en la designación del candidato del PRI del siguiente año.

El CCE agrupó a todos los organismos del sector privado que existían desde hacía décadas: la Cámara Nacional de Comercio, Servicios y Turismo de la Ciudad de México, fundada el 27 de agosto de 1874; la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio, Servicios y Turismo (Concanaco Servytur), constituida el 3 de noviembre de 1917; la Confederación de Cámaras Industriales de los Estados Unidos Mexicanos (Concamin), de 1918; la Asociación de Bancos de México, A. C. (ABM), de 1928; la Confederación Patronal de la República Mexicana (Coparmex), de 1929; la Asociación Mexicana de Instituciones de Seguros (AMIS), de 1940, y el Consejo Mexicano de Hombres de Negocios (CMHN), de 1962.

La iniciativa de crear el CCE fue del CMHN —que luego se convirtió en Consejo Mexicano de Negocios— y su primer presidente fue Juan Sánchez Navarro, reputado hasta su muerte, en 2006, como el ideólogo del sector privado de México y privilegiado interlocutor de los presidentes en momentos clave, incluidos los de la represión contra la izquierda.

Proliferan episodios, contados por él mismo, sobre acontecimientos de relevancia. Por ejemplo, Sánchez Navarro fue testigo de la orden que dio el presidente Adolfo López Mateos a Díaz Ordaz, su secretario de Gobernación, para detener a decenas de líderes de izquierda que tenían previsto movilizarse en apoyo a Cuba, en la crisis de los misiles.

Era octubre de 1962 y Sánchez Navarro, quien acompañaba a López Mateos de regreso a México de una gira por la India, Japón, Filipinas e Indonesia, fue testigo de lo que instruyó a Díaz Ordaz: "¡Te encargo este asunto! ¡En dos días a más tardar estaré allá! ¡Que no haya alborotos ni desorden! ¡No voy a apresurar el viaje, así que tienes la responsabilidad!".

La historia la contó Sánchez Navarro a la periodista Alicia Ortiz Rivera para el libro *Juan Sánchez Navarro (1913-2006). El empresario modelo*, publicado en 1997, en el que se detalla el cumplimiento de la orden presidencial:

Díaz Ordaz cumplió las instrucciones con una sencilla estrategia. Entregó al área de seguridad la lista con los nombres de los dirigentes de izquierda, unos 500, y ordenó que los detuvieran. El operativo ordenado por Díaz Ordaz, y que realizaron la policía y el Ejército, duró unas cinco horas. Los jóvenes fueron llevados a una especie de campo de concentración en Perote, Veracruz, cerca de Puebla. Estuvieron ahí unos cuantos días, lo que tardó en aclararse la situación entre Cuba y Estados Unidos, pero internamente eso significó el descabezamiento de la izquierda en un momento en que se podrían haber organizado fuertes movilizaciones en apoyo del régimen de Castro, y aunque la situación entre Cuba y Estados Unidos no pasó a mayores porque se resolvió el problema básico de los misiles, el secretario de Gobernación, recuerda Sánchez Navarro, "demostró tener una gran capacidad de control interno". Esa "capacidad" que tanto valoran los hombres de negocios.

Años después, y antes de la matanza de 1968, se narra en el mismo libro, Sánchez Navarro le preguntó a López Mateos:

—¿Cuándo decidió usted por don Gustavo?

—¡Óigame —le respondió el expresidente—, pero si usted fue testigo cuando controló el país en la peor crisis que hemos tenido!

Le recordó que el entonces secretario de Gobernación hizo prácticamente un golpe militar muy importante y privó de la libertad a todos los que tenían que ver con la izquierda; entre ellos se encontraban artistas como David Alfaro Siqueiros, Diego Rivera, muralistas, o el escritor José Revueltas.

—¡Ahí ganó la Presidencia Díaz Ordaz!

Otro episodio histórico del que fue testigo directo Sánchez Navarro, según detalló él mismo en el libro de Ortiz Rivera, fue el movimiento estudiantil de 1968 y hasta cuando el presidente Díaz Ordaz ordenó la matanza de estudiantes en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco.

El libro de Ortiz Rivera, sustentado en lo que le relató Sánchez Navarro, cuenta la decisión y hasta los insumos informativos en que se basó:

Como presidente del Consejo Mexicano de Hombres de Negocios en ese momento, Sánchez Navarro estaba en permanente comunicación con el mandatario, con quien comentaba toda clase de informes y rumores que se tenían sobre la crisis que vivía el país. Semanas antes de la matanza llegó a manos del empresario un panfleto que se había impreso en Francia, que le había hecho llegar Vittorio Baccari, empresario italiano amigo suyo, en el que se ponía de relieve que había toda una intriga internacional detrás de las movilizaciones estudiantiles. Les atribuían una relación directa con los sucesos similares que tenían lugar en París y se aseguraba que había

> dinero ruso detrás de todo esto. Se decía que fuerzas internacionales buscaban aprovechar el descontento interno que había en varias naciones, México entre ellas. Juan decidió entregar personalmente el documento a Díaz Ordaz. Se dirigió a Los Pinos, en donde pasó prácticamente todo el tiempo de los tres o cuatro días que precedieron a la matanza, a petición del mandatario.

Díaz Ordaz, según Sánchez Navarro, se sentía solo, sin confianza en su equipo, que incluía a Echeverría, y sólo tenía confianza en el general Marcelino García Barragán, secretario de la Defensa Nacional, y en Jesús Reyes Heroles, director de Petróleos Mexicanos (Pemex).

> Vivía en constante tensión y con ella reflejada en el rostro pidió a Sánchez Navarro que comentara con Reyes Heroles el documento que le había hecho llegar. Sentado a su lado en su despacho, Díaz Ordaz llamó de inmediato a Reyes Heroles, quien llegó como rayo. Le entregó el documento, comentaron los tres su contenido sobre el liderazgo atribuido a Dany "El Rojo". "Todos esos provocadores tienen un subsidio y eso hay que difundirlo", le dijo el Presidente y dejó bajo su responsabilidad la traducción del documento que estaba en francés, idioma que Reyes Heroles conocía muy bien, su impresión y distribución.

Dany, El Rojo, cuyo nombre es Daniel Cohn-Bendit, era ciertamente uno de los líderes del movimiento estudiantil en Francia de 1968 que refería el documento que, en efecto, se difundió, pero que no paró las protestas en México y Díaz Ordaz tomó la decisión de terminarlas con la matanza.

"Sánchez Navarro se encontraba en Los Pinos cuando Díaz Ordaz tomó la decisión", refiere el libro de Ortiz Rivera. "Y la comunicó al secretario de la Defensa. Actuó el presidente con energía, tratando de contener la angustia que se había convertido en su permanente compañera, aunque nunca se dejó derrotar por los nervios".

Díaz Ordaz cargó siempre con el estigma de la matanza, pero también por haber designado a Echeverría como su sucesor. Le dijo a Sánchez Navarro: "Cuando me muera, en mi tumba debe haber un epígrafe que diga: '¡Buen Presidente, pésimo elector' ".

Con Echeverría, el empresariado liderado por Sánchez Navarro mantuvo una relación estrecha en la primera mitad del sexenio, pero comenzaron los roces que dieron lugar a la creación del CCE, el 5 de agosto de 1975, cuyo

principal objetivo era, como ya se señaló, influir directamente en la sucesión presidencial del año siguiente.

Después de la muerte de Garza Sada, en septiembre de 1973, y del secuestro y asesinato de Aranguren Castiello casi de manera inmediata, los grandes empresarios se reunieron con Echeverría, en diciembre de ese año, para manifestarle su preocupación por la violencia y darle su respaldo al combate a la guerrilla. Los banqueros Manuel Espinosa Yglesias y Agustín Legorreta elaboraron el documento para una reunión, en la que le dijeron que ya había fuga de capitales y se podía devaluar el peso.

Aun así, como se relató líneas antes, le expresaban: "Señor presidente, deseosos de colaborar con usted en la lucha que libra el país en contra de grupúsculos de la izquierda delirante… una vez más nos ponemos a sus órdenes, listos para prestar nuestro auxilio en la forma en que lo encuentre usted más útil".

El fin del sexenio de Echeverría fue convulso, confrontado también con los empresarios que jugaban un doble juego: con él tramaron la expulsión de Julio Scherer García de la dirección del diario *Excélsior* y contra él esparcieron en el país rumores, como la supuesta aplicación de vacunas esterilizantes a los niños, la fuga de capitales y hasta de un golpe de Estado.

Con la creación del CCE, los hombres más ricos de México presionaron a Echeverría para definir a su sucesor, como le dijo Sánchez Navarro a Hugo B. Margáin, embajador en Inglaterra después de haber sido el secretario de Hacienda, en julio de 1975: "El CCE tiene una función muy particular: La de ayudar al licenciado Echeverría a salir de sus problemas. Tú bien sabes que ese es nuestro único anhelo, en que no se equivoque en su decisión fundamental, y para ello estamos dispuestos a cumplir el papel de pararrayos en la vida mexicana".

La "decisión fundamental" de Echeverría era la designación del candidato presidencial, que recayó en López Portillo, a quien el empresariado vio como suyo, tanto que no temieron sincerarse sobre el origen de los rumores que corrieron desde 1975 sobre un golpe de Estado, la esterilización de niños y el congelamiento de cuentas bancarias.

Uno de los que se sinceró fue el presidente de la Concamin, Jorge Sánchez Mejorada, quien declaró el 2 de marzo de 1977: "Si fuimos conductores de rumores en los que se habló de golpe de Estado y congelación de cuentas bancarias, ahora debemos ser conductores del panorama positivo que se tiene a mediano plazo".

De hecho, en contraste con la parte final del sexenio de Echeverría, el empresariado mantuvo con López Portillo una relación estrecha desde la campaña misma y prácticamente todo el sexenio, hasta que estalló la crisis, como documentó Carlos Arriola en su libro *Los empresarios y el Estado (1970-1982)*.

> No en balde la palabra clave de la campaña presidencial de López Portillo fue "todos", y el objetivo, lograr una "Alianza para la producción". Fue notable, asimismo, que el discurso del nuevo presidente, al asumir el cargo el 1 de diciembre de 1976, haya estado dirigido, básicamente, a los empresarios y a las clases medias urbanas y que el texto se haya caracterizado por la asistencia en temas como la programación, la eficiencia y la honestidad en el manejo de la cosa pública. Más notable aún fue la supresión de las usuales referencias legitimadoras de la Revolución mexicana y la omisión, en el programa de gobierno, de los temas populistas, como el reparto de tierras o la educación gratuita. Las promesas acostumbradas y renovadas cada seis años quedaron atrás y, en lugar de ello, el nuevo presidente pidió colaboración a unos, perdón a otros y a todos tiempo. En otras palabras, el presidente clausuró, o cuando menos interrumpió, una muy larga tradición de estilo y de lenguaje "revolucionarios" y anunció una etapa nueva en la vida política del país, en la cual las elecciones serían la principal fuente de legitimidad, mientras que la eficiencia y la honestidad, los medios para resolver los problemas ancestrales.

Todavía hacia el final del sexenio, pese al activismo de la Coparmex, ya en abierto proselitismo político y abordaje del PAN, Arriola refiere que el ánimo de los líderes empresariales era de optimismo, luego de que hasta el poderoso Grupo Alfa de Monterrey fue rescatado por el gobierno con un crédito de Banobras de 12 mil millones de pesos de entonces y la compra de 5 mil millones de acciones preferentes (sin derecho a voto), lo que concitó enojo social.

"Hacia finales de 1981, parecía no haber habido mejor sexenio para los empresarios que el de López Portillo", escribe Arriola.

Las cosas cambiaron cuando López Portillo, ya para irse del poder, estatizó la banca en septiembre de 1982, en medio de una nueva crisis sexenal que inició con Echeverría y continuó después con Miguel de la Madrid y Carlos Salinas.

[1] Alicia Ortiz Rivera, *Juan Sánchez Navarro. Biografía de un testigo del México del siglo XX*, Grijalbo, 1997.

[2] Armando Bartra, *Guerrero bronco*, México, Sinfiltro, 1996, p. 143.

Capítulo 6

La asfixia

"¡PRENSA VENDIDA!"

Las transformaciones políticas y sociales que México experimentó previa y posteriormente al movimiento de 1968 fueron apenas documentadas en prensa, radio y televisión, las cuales, salvo excepciones, mantenían un contubernio con el poder político y económico, con un deliberado escamoteo de información de lo que acontecía en ámbitos como la guerra sucia.

Nacida de una fusión con Telesistema Mexicano y Televisión Independiente de México, Televisa comienza a operar formalmente hace medio siglo, el 8 de enero de 1973, y se convirtió con el tiempo en un poder inmenso que llegó a someter y hasta imponer a presidentes de la República, como Felipe Calderón y Enrique Peña Nieto.

En *Televisa, el quinto poder*, el primer libro que documentó el nivel de penetración e influencia en las élites y en la sociedad de esta empresa, en 1985, Raúl Trejo Delarbre expone en la influencia de este consorcio en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la creación de un "canal cultural".

> Televisa, como es sabido, ni se cruza de brazos ni se conforma ante las múltiples críticas a su comercialismo y la banalidad de la mayor parte de sus programas. El más acabado esfuerzo para simular esa orientación fue la creación de su canal cultural, el 8, en el Valle de México, con la valiosa complicidad de la Universidad Nacional […] Los acuerdos entre la UNAM y la televisión comercial datan de varios lustros, pero nunca hasta 1977, cuando esa institución educativa estuvo en huelga, tal colaboración había sido tan vergonzante y desventajosa para los universitarios. Televisa, a cambio de dar difusión a las opiniones de la burocracia universitaria, recibía un insustituible y muy valioso aval que la convertía en promotora de la cultura —atributo nunca demostrado, pero fehacientemente publicitado por ese consorcio.

Trejo Delarbre expone también la conducta de Televisa de presionar e influir en la situación política del país:

> Creemos que no exageramos cuando decimos que en el despliegue propagandístico, en las transiciones continentales y sobre todo en el afán de Televisa de llegar a públicos mucho más amplios y por hacer del público parte de la escenografía de sus programas se halla la nueva y moderna política de masas de la derecha mexicana. No confundimos, por supuesto, el desempeño modernizador, glamoroso inclusive, de Televisa, con la derecha mexicana tradicional, acostumbrada a las catacumbas y a la oposición *a priori*. La de Televisa es una política de derecha por sus rasgos conservadores, porque no busca cambios sino el mantenimiento de una situación donde esa empresa y sus dueños han sido gananciosos indiscutibles.

Se explaya Trejo Delarbre en el libro:

> Pero es indispensable insistir en el pragmatismo político de Televisa, que a menudo adopta formas de mimetismo y oportunidad tan interesantes como sintomáticas. Televisa, a diferencia de lo que se ha llegado a sostener desde la crítica contestataria, no se enfrenta permanentemente al Estado mexicano ni despliega un proyecto exclusivamente propio, al margen de otras fuerzas de nuestro sistema político. Aunque, por ejemplo, durante el echeverrismo los dirigentes de Televisa se enfrentaron al gobierno para oponerse a una eventual intervención estatal en sus negocios, nunca rompieron lanzas con todo el aparato gubernamental. En otro de los momentos de mayores fricciones, con la burocracia política, cuando la nacionalización de la banca decretada por José López Portillo (oportunidad en la que se llegó a decir, aun cuando ilusoriamente, que podía arribarse a una nacionalización de la radio y la TV), Televisa, aunque fue evidente que discrepaba de esa decisión presidencial, procuró publicitarla bien y no antagonizar públicamente. Inclusive en esos días la empresa tenía motivos para congraciarse con el gobierno, pues había asegurado preferencia en la transmisión de señales vía satélite gracias al convenio que el gobierno de López Portillo había suscrito poco antes.

Trejo Delarbre afirmaba entonces que “Televisa tiene un proyecto de país” claramente privatizador, de integración a las economías de mercado, que tácticamente pasa por apoyos del gobierno e incluso por la reivindicación de algunos aspectos ideológicos del Estado mexicano,

> pero que estratégicamente combate contra principios como la reivindicación de demandas populares y la solidaridad con el derecho de autodeterminación de otras naciones.
>
> Por eso, cuando se ocupa de asuntos que afectan su concepción a largo plazo, Televisa se vuelve profundamente agresiva, como ha ocurrido cuando reseña huelgas o acciones obreras o,

> destacadamente, cuando se ocupa de la política exterior mexicana hacia regiones como Centroamérica. Pero la mayoría de las veces, el consorcio privado de la radiodifusión puede y busca contemporizar con el gobierno mexicano. Después de todo, tiene más cosas que agradecerle que las que podría reprocharle. Si Televisa se ha desarrollado con tanta facilidad (impunidad, podría decirse también), ha sido por la complacencia de los gobiernos recientes, que han obsequiado concesiones, han regalado dinero que deberían recaudar por concepto de impuestos y han preferido a Televisa, inclusive por encima de la televisión del propio Estado.

En efecto, Televisa se consolidó con el tiempo y llegó a convertirse tres lustros después del libro coordinado por Trejo Delarbre, a principios del siglo XXI, en un poder fáctico por encima del poder constitucional.

Pero si la televisión privada mantuvo un contubernio con el poder público, los medios escritos también tuvieron el suyo.

Prensa vendida, libro de Rafael Rodríguez Castañeda de 1993, documenta el comportamiento de los medios, sobre todo los escritos, en la historia contemporánea del país y en coyunturas clave como la de 1968. El autor, quien era en el movimiento un joven reportero, escribe:

> El Movimiento Estudiantil Popular del 68 puso a prueba a la prensa en sus relaciones con el gobierno. En general, los periódicos obedecieron las recomendaciones de Díaz Ordaz el Día de la Libertad de Prensa: "Pensamos que las limitaciones a la libertad de expresión que nuestro código fundamental marca deben partir esencialmente de la conciencia del propio periodista…". En términos generales, periódicos y revistas limitaron la información, manipularon, calificaron, tomaron posiciones de acuerdo con el criterio institucional de cada empresa periodística.

Más adelante, Rodríguez Castañeda anota: "Muchos reporteros entregaban sus notas con datos sobre lo que veían, lo que escuchaban, lo que averiguaban. Pero sus informaciones apenas lograban filtrarse y pocas veces llegaban a los lectores. Los criterios con los cuales se manejaba la información relativa al movimiento provocaron el grito de '¡Prensa vendida!' que llenó las calles capitalinas".

Uno de los primeros efectos del movimiento estudiantil en su inicio fue la suspensión de *La Voz de México*, órgano informativo del Partido Comunista Mexicano, cuyos dirigentes y reporteros fueron detenidos y sus talleres ocupados, la noche del 26 de julio de 1968.

Un grupo de periodistas de *El Día*, encabezados por el coordinador de información internacional, José Carreño Carlón —quien sería después diputado del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y vocero de Carlos Salinas—, renunciaron por un encabezado inaceptable sobre el bazukazo de militares a la puerta de la Preparatoria 1: "La intemperancia de un grupo obliga al gobierno a actuar con energía".

Carlos Monsiváis escribió en su libro *A ustedes les consta*: "El apogeo de la desinformación dirigida culmina dramáticamente en 1968. En feliz y automática semejanza de radio y televisión, la gran mayoría de la prensa escrita se calla, difama, confunde por principio. De modo casi unánime se denuncia al movimiento estudiantil por apátrida, disolvente, comunista, enemigo de la familia y de la religión…".

El propio Julio Scherer García, nombrado director del diario *Excélsior* el 31 de agosto de 1968 —en pleno ascenso del movimiento—, admitió en su libro *Los presidentes* que los periodistas de ese diario "habíamos escamoteado capítulos enteros de la historia de esos días".

Lo reconoce después de narrar lo acontecido el 7 de junio de 1969, el Día de la Libertad de Prensa, que reunía a los directivos de los medios con el presidente de la República, en ese momento Díaz Ordaz, el represor que fue elogiado por su conducta ante el movimiento de 1968 por el director de la revista *Tiempo*, Martín Luis Guzmán, quien pronunció un discurso a nombre de los editores.

Scherer García narra lo que aconteció en esa reunión con Díaz Ordaz:

> Conocíamos a la gran mayoría de nuestros colegas, inclinados ante el poder. El 7 de junio de 1969, Día de la Libertad de Prensa, aprovecharon la oportunidad para rendirle otro acto de acatamiento al presidente Díaz Ordaz, como si lo necesitara tan explícito y servil. El orador oficial centró su discurso en los sucesos del 2 de octubre de 1968. Una ovación como no se había escuchado en estas celebraciones premió sus palabras. Inimitable maestro del lenguaje, Martín Luis Guzmán había dedicado su genio a la exaltación de Díaz Ordaz. Qué no le debía la república. Libertad, tranquilidad, paz, orden, progreso […] La ovación seguía y seguía. Igual que la lluvia tenaz, obsesiva. De frente a centenares de periodistas, entre el secretario de la Defensa, general Marcelino García Barragán, y el secretario de Relaciones Exteriores, Antonio Carrillo Flores, yo permanecía con los brazos desmayados. Nada me haría aplaudir. Luis Javier Solana

> me hablaría más tarde de esa actitud, insólita en el presídium. También la comentaría con Federico Fasano, periodista argentino, amigo común, en términos elogiosos.

Scherer García confiesa:

> No podía haber adivinado Solana mi estado de ánimo. Volvía en esas horas del banquete ocho meses atrás. *Excélsior* había informado con honradez y veracidad acerca de los sucesos de Tlatelolco. Esto era cierto, pero no me engañaba. Habíamos escamoteado a los lectores capítulos enteros de la historia de esos días. Poco sabíamos de la vida pública de los presos políticos, menos aún de su intimidad y habíamos evitado las entrevistas con ellos. Sabía bien que en nuestras manos había estado la decisión de cumplir o no con ese trabajo, pero también sabía que el Presidente no había propiciado el mejor clima para el desarrollo de una información irrestricta….

Ante los movimientos armados en el país, que existían antes y después del movimiento de 1968, el comportamiento de los medios de comunicación fue también apegado al régimen. Escribe Rodríguez Castañeda: "La guerrilla se convirtió en un problema periodístico. ¿Se podía o no usar los términos *guerrilla* o *guerrillero*? No era cuestión semántica; era un problema político. Jefes policiacos y autoridades militares se negaban a emplear esas palabras. Y en su mayoría los periódicos seguían la consigna. Así, en la prensa los guerrilleros se volvieron bandoleros, asaltantes, hampones, maleantes, gavilleros, extremistas, abigeos…".

Pero en el primer número del semanario *Proceso*, el 6 de noviembre de 1976, no hay un solo trabajo ni mención marginal siquiera de la guerra sucia que el gobierno de Echeverría había emprendido contra la guerrilla con el Ejército y con el grupo paramilitar la Brigada Blanca, que continuó con López Portillo.

En la evaluación al sexenio de Echeverría, en lo que es su reportaje en la historia del semanario, se documenta la consolidación del poder personal de gobernar, pero sólo hay una alusión a la "violencia, signo en el campo", con una sola referencia a los militares: "Otro signo destacado en la historia del presente sexenio fue la notoria movilización campesina, que acabó con frecuencia en la represión, como ocurrió en Chiapas, Sonora, Sinaloa,

Hidalgo, Veracruz y muchos otros lugares, donde el ejército, policía y guardias blancas consumaron despojos, encarcelamiento e incluso torturas y asesinato".

De Guerrero, arrasado por el Ejército, ni una palabra.

En el segundo número de *Proceso*, la misma ausencia sobre la guerra sucia: reportajes sobre la devaluación al cien por ciento del peso después de más de dos décadas, pero nada sobre la represión contra los movimientos populares y armados. Ni en los editoriales, elaborados por Miguel Ángel Granados Chapa, hay una sola palabra como institución periodística a la represión, salvo a la libertad de expresión que fue conculcada por el golpe a *Excélsior*, del que nació *Proceso*, que años más tarde sí daría cobertura al tema.

En *Prensa vendida*, Rodríguez Castañeda, describe a detalle la relación de los medios con el poder político desde Miguel Alemán, cuando se creó el Día de la Libertad de Expresión, hasta Carlos Salinas, medio siglo de contubernios. Con toda puntualidad, sin excepción, cada 7 de julio se hacía ese festejo y también, con disciplina, todos los directores acudían a cumplir con el besamanos al presidente de la República, en un rito ignominioso que inició en 1952, un año después de que fue proscrito el Partido Comunista Mexicano.

Rodríguez Castañeda, quien sería director de *Proceso* entre 1999 y 2021, describe en la introducción de su libro:

> En los últimos cinco decenios prensa y gobierno en México han vivido enredados en una trama de relaciones equívocas. Resulta poco menos que imposible precisar dónde se originan los vicios que desde los años cuarenta entorpecen, enrarecen y distorsionan la información periodística en el país: ¿En la mano que pide, en la mano que soborna, en la mano que recibe, en la mano que golpea?
>
> En la insana relación prensa-gobierno se mezclan los intereses económicos, políticos y aun facciosos —locales, regionales o nacionales—, que utilizan a los medios impresos como instrumentos de influencia o presión. Y también, por supuesto, los intereses muy particulares de periodistas, políticos y funcionarios. De sexenio en sexenio, de Presidente a Presidente, la situación prevalece: un gobierno que ejerce el autoritarismo prácticamente sin limitaciones; una prensa en su mayoría domesticada, y un público que desconfía por igual de la prensa y del gobierno […] Desde el funcionario del más bajo nivel hasta el Presidente de la República, las

> instancias gubernamentales han asumido la tarea de cortejar, corromper y aun reprimir en la búsqueda de una prensa sumisa e incondicional. En contraparte, muchos periódicos y periodistas —desde los reporteros de nota roja hasta directores y gerentes— han hecho suyo el hábito de cortejar y dejarse contentar, adular, corromperse, chantajear, someterse, ponerse al servicio del gobierno en su conjunto o del funcionario en lo personal, con las excepciones de quienes están dispuestos a enfrentar los riesgos de romper las reglas del juego.

Y han sido muy pocos los medios y periodistas los que han roto esas reglas del juego de las que habla Rodríguez Castañeda y que han tenido que pagar los costos, no sólo en la capital del país, sino en los estados donde —hasta ahora— los poderes locales buscan someterlos.

Así como había sido clausurado el órgano del Partido Comunista Mexicano (PCM), también había sido suprimida la revista *Política*, de Manuel Marcué Pardiñas, y luego, en 1974, la revista *Por qué!*, que en febrero de 1968 lanzó el tormentoso Mario Rodríguez Menéndez, fundador de los diarios *Por esto*, que circulan en el sureste de México.

En 1976, Echeverría tramó un movimiento para expulsar a Scherer García de la dirección de *Excélsior*, después de que buscó ahorcarlo financieramente con el boicot publicitario de los hombres más ricos de México, objetivo que también buscó López Portillo contra el semanario *Proceso*, en 1981, dolido por las críticas a su desempeño.

Pero aun en ese contexto hostil del gobierno y de control de la prensa, la radio y la televisión, se generaron iniciativas y espacios de información para la izquierda. Además del semanario *Proceso*, surgió el diario *unomásuno*, en noviembre de 1977, bajo la dirección de Manuel Becerra Acosta, y *Punto*, en 1982, dirigido por Benjamín Wong Castañeda.

Movilizaciones pacíficas

Tras el desenlace violento y criminal del Estado contra el movimiento de 1968 y luego la matanza de 1971 vino una década, de 1972 a 1982, que transformó radicalmente al país. En este lapso, mientras las organizaciones guerrilleras urbanas y rurales eran combatidas con los peores métodos

policiacos y militares, legales e ilegales, la izquierda social, política y electoral comenzó un proceso de activación y organización clave para su futuro.

En sólo cinco años, de 1977 a 1982, se reconfiguró el escenario político y electoral de México con la reforma electoral, la amnistía a los presos políticos y la elección presidencial, que con siete candidatos —tres de izquierda— fue la última sin competencia para el ganador. No es algo menor: a partir de 1988 y hasta la de tres décadas después, 2018, ha habido una incertidumbre democrática, entendida como la posibilidad de que cualquier fuerza puede ganar, con la izquierda como protagonista clave en tres de las cinco elecciones desde entonces.

Durante casi tres décadas, la izquierda no tuvo representación en el aberrante esquema electoral de la era priista: desde que el PCM fue proscrito por Miguel Alemán, en 1951, y hasta su registro en 1978. La única opción electoral era el Partido Popular Socialista (PPS), adherido siempre al partido oficial, como lo era también el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM).

La elección presidencial de 1970, la primera tras el movimiento de 1968, llevó al poder a Echeverría con 84.32 por ciento de los votos —apoyado por el PPS y el PARM—, por el 13.77 por ciento del candidato del Partido Acción Nacional (PAN), Efraín González Morfín, el único opositor.

Ni con la "apertura democrática" de Echeverría, que hizo una minirreforma electoral que sólo redujo la edad para ser diputado (21 años) y senador (30 años), se permitió la creación de un nuevo partido político distinto a los existentes en todo el sexenio, incluida la elección de 1976. El único candidato presidencial fue López Portillo y por tanto obtuvo el cien por ciento de los votos, porque el PAN no postuló al suyo por conflictos internos.

Fue en esa elección que la izquierda tuvo un acto de arrojo: aunque estaba proscrito, el PCM postuló como su candidato presidencial a Valentín Campa Salazar, el líder comunista, sinónimo de honestidad, que hizo

mancuerna con el legendario líder del movimiento ferrocarrilero, Demetrio Vallejo.

Campa se hizo llamar el "candidato de los ciudadanos sin derechos", frase que subrayaba el carácter excluyente del régimen a la izquierda que nada tenía que ver con el partido oficial ni con el PPS, el único partido que tenía la denominación de socialista desde que lo fundó Vicente Lombardo Toledano.

Pese a que el Partido Comunista Mexicano existía desde 1919, los mexicanos de izquierda no tuvieron opción electoral un cuarto de siglo, sólo hasta 1978, tras la reforma electoral que se aprobó un año antes mientras el Estado seguía combatiendo a la guerrilla.

El PCM agrupaba a comunistas que participaron en el movimiento de 1968 y desde mucho antes y con el tiempo fue incorporando a exguerrilleros, académicos, sindicalistas, campesinos, colonos, entre otros.

Desde su campaña y después de su toma de posesión, tras la matanza del 2 de octubre de 1968 que él tramó, Echeverría quiso atraerse a los jóvenes y en 1971 permitió que muchos presos políticos que no tenían relación con los grupos armados recuperaran su libertad, muchos de los cuales comenzaron a construir opciones político-electorales de izquierda.

Una de esas opciones fue el Comité Nacional de Auscultación y Consulta (CNAC), promovido por intelectuales como Octavio Paz, Carlos Fuentes y Luis Villoro, y líderes del movimiento del 68, como Heberto Castillo, Tomás García Cervantes Cabeza de Vaca y Rafael Aguilar Talamantes. A este organismo se suman líderes obreros como Valentín Campa, Demetrio Vallejo y Alfredo Domínguez, fundador del Frente Auténtico del Trabajo (FAT), así como dirigentes campesinos como César del Ángel.

Los miembros del CNAC recorrieron el país para consultar a la población sobre la creación de una sola organización política. Aunque eso no fue posible, este organismo fue el núcleo desde el cual surgieron nuevos partidos políticos. Entre los miembros originales de el CNAC que se salieron, aunque sin conflicto, estaban Paz y Fuentes, quien aceptó de Echeverría el

nombramiento como embajador de México en París, mientras que otros dos fueron Aguilar Talamantes, quien creó el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) con apoyo del gobierno —del que surgieron Jesús Ortega Martínez y Graco Ramírez Garrido Abreu, jefes del Partido de la Revolución Democrática (PRD), y Roberto Jaramillo, que crearía el Partido Socialista Revolucionario (PSR).

El CNAC se transformó, en 1974, en el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), liderado por Castillo y Vallejo, que sumó a sus filas al exlíder estudiantil Eduardo Valle, conocido como el Búho, así como el apoyo no necesariamente militante de artistas como Fanny Rabel, Rogelio Naranjo, Eduardo del Río, conocido como Rius, y Felipe Santander. También surgió en la primera mitad de los setenta el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) de varios organismos trotskistas, que primero lograron el registro como asociación política y hasta 1982 obtuvieron el registro condicionado para postular a la primera mujer en la historia, en 1982: Rosario Ibarra de Piedra, madre de un desaparecido militante de la Liga Comunista 23 de Septiembre que 10 años antes, en 1973, intentó secuestrar a Garza Sada, quien murió a causa de este ataque.

A la generación de nuevas opciones partidarias en México debía corresponder un nuevo diseño institucional y en el primer año del gobierno de López Portillo, en 1977, se llevó a cabo la reforma política que creó la Ley Federal de Organizaciones Políticas y Procedimientos Electorales (LOPPE), un incipiente paso hacia el pluralismo que esbozó el secretario de Gobernación, Jesús Reyes Heroles, en abril de ese año.

Este discurso de Reyes Heroles es memorable: fue pronunciado a cinco meses de iniciado el nuevo gobierno, en Chilpancingo, en el segundo informe del gobernador de Guerrero, Rubén Figueroa, secuestrado como senador por la guerrilla de Lucio Cabañas, en 1974. “Rechazamos actitudes que, a título de un modo de pensar, condenan otros e invocan el derecho a la intolerancia. Cuando no se tolera se incita a no ser tolerado y se abona el campo de la fratricida intolerancia absoluta, de todos contra todos. La

intolerancia sería el camino seguro para volver al México bronco y violento", expuso cuando aún continuaba la guerra sucia.

A la reforma política siguió una ley que amnistió a cientos de guerrilleros que se sumaron a las nuevas opciones partidarias, que se sumaron a las amplias movilizaciones que hubo en los setenta en el ámbito del sindicalismo, de las organizaciones campesinas y de iniciativas urbano populares, en las periferias de ciudades donde miles de personas llegadas del campo se instalaron.

También el sindicalismo independiente se gestó y creció dentro y fuera del aparato del Estado. En las universidades públicas, como la UNAM, se crearon organizaciones que siguen vigentes. Otras iniciativas fueron reprimidas. Un caso noble fue el de la Tendencia Democrática, un movimiento encabezado por Rafael Galván.

Exmiembro del Movimiento de Liberación Nacional que encabezó Lázaro Cárdenas y exsenador del PRI, Galván pugnaba por la democratización del sindicato de electricistas del oficialismo —opuesto al Sindicato Mexicano de Electricistas— y finalmente fue reprimido y vencido por el gobierno de Echeverría y luego de López Portillo.

Aparecieron, también en los setenta, organizaciones sindicales contrapuestas a las centrales oficialistas, como la Confederación de Trabajadores de México (CTM), la Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos (CROC) y la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), como la Unidad Obrera Independiente, liderada por Juan Ortega Arenas, y el Frente Auténtico del Trabajo (FAT), de filiación social cristiana e identificada con la teología de la liberación.

En el ámbito rural, nace la Central Independiente de Obreros, Agrícolas y Campesinos (CIOAC), liderada por un viejo luchador comunista, Ramón Danzós Palomino, un desprendimiento de la Central Campesina Independiente (CCI) que él mismo había fundado. Nació también, en 1979, la Coordinadora Nacional Plan de Ayala, cuya primera acción fue una movilización campesina contra el traslado de los restos del general

Emiliano Zapata de su tierra natal en Morelos al Monumento a la Revolución.

La migración del campo a las ciudades del país fue un fenómeno que se agudizó en los setenta y que pobló no sólo la capital de la República, sino los municipios conurbados del Estado de México, donde la izquierda enarboló a través de organizaciones comunitarias las demandas de regularización de la tierra y servicios.

Estas movilizaciones se extendieron por todo el país, con la creación de campamentos como el Tierra y Libertad en Monterrey, el Pancho Villa en Chihuahua y el 2 de Octubre en lo que era todavía el Distrito Federal, así como en Jalisco, Guanajuato, Zacatecas, Durango y Baja California.

En su libro *Memoria de la izquierda*, José Woldenberg describe el ambiente en el que se desenvolvían en los setenta las diferentes expresiones de la izquierda, una visión desde la capital de la República de quien era militante político y dirigente sindical en la UNAM.

"¿Y la izquierda?" es el capítulo de aquel libro, editado en 1998 —cuando llevaba apenas dos años como presidente del Consejo General del Instituto Federal Electoral (IFE), antes de las alternancias en la presidencia de la República—, en el que Woldenberg describe no sólo las franjas de la izquierda, sus características de cohesión y choque, sino lo que se leía y escuchaba, hasta la música y los atuendos de quienes militaban en esa expresión:

> ¿Qué es la izquierda en los setenta? ¿En aquella década que hoy es al mismo tiempo otro país? Sin duda la izquierda era, insisto, los sindicatos en las universidades, pero no sólo eso. La izquierda son las viejas y nuevas organizaciones agrarias y agraristas, la multiplicación de siglas que lo mismo impulsan el reparto agrario, cada vez más famélico, que las uniones de crédito y opciones organizativas diferentes a las de la CNC [Confederación Nacional Campesina], la hasta entonces omniabarcante y omnipresente central oficial; y la izquierda es también "ir al pueblo", fundirse con él, reconstruir fórmulas autogestivas, ruta que tomaron los chinos mexicanos, aprendices latinos de Mao, y de izquierda era la insurgencia sindical, aquellos que intentaban recuperar los sindicatos, convertirlos en auténticas herramientas defensa de los intereses de los trabajadores y ello en pequeños sindicatos o grandes agrupaciones nacionales, es decir desde sindicatos de El Ánfora hasta la Tendencia Democrática de los electricistas de Galván, o los esfuerzos de Vallejo por impactar al sindicato ferrocarrilero, pero también los trabajos marginales

del Frente Sindical Independiente, del PC o del FAT; y la guerrilla, la urbana y la rural, en su momento de sorpresa y en su proceso de descomposición, en su delirio y desesperación, en su nobleza y su cara criminal (imprescindible, irrevocable).

Y la izquierda es por supuesto sus nuevos, novísimos partidos y sus viejos, añejísimos partidos, el PMS, el PST y el PMC, y si se quiere el PPS, y la influencia del comunismo oficial, el soviético, el hegemónico, el marginal, el rígido y codificado, y las elaboraciones de la nueva izquierda y la influencia del rock y la contracultura, se nutre del nacionalismo acendrado en la Constitución y en la tradición y del cosmopolitismo del movimiento de mayo en París y los prejuicios antipartidos, del universalismo racionalista y el particularísimo de la tradición propia.

La izquierda es un mundo en sí mismo, con sus códigos y principios, su sentido común y su saber codificado, sus pulsiones y causas. La izquierda es un deseo de participación, ganas de que las cosas cambien, aspiración de justicia social, y por ello se expresa una y otra vez, contra viento y marea, a través de marchas, mítines, desplegados, asambleas, congresos, huelgas, tomas de tierra, denuncias de todo tipo, para dar y prestar.

En su largo artículo, el exmilitante del PSUM, PMS y PRD, quien se transformó en el radical opositor a López Obrador desde que este era jefe de Gobierno de la Ciudad de México y sobre todo cuando llegó a la presidencia de la República, describe también la identidad de la izquierda contra el imperialismo, su repudio a las dictaduras y su simpatía por los movimientos de liberación de la década.

La izquierda vibra con lo cercano y lo lejano que no le es ajeno. Sus héroes son el pueblo de Vietnam y los sandinistas de Nicaragua, la OLP [Organización para la Liberación de Palestina] y el FMLN [Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional] en El Salvador, pero también los militares en Portugal y su revolución de los claveles y Cuba y Fidel, entonces íconos intocables, símbolos de que el socialismo era posible en nuestro continente, y las Panteras Negras y Ángela Davis, que dan cuenta de que la resistencia es posible en las entrañas del monstruo. Y en contrapartida la izquierda tiene sus antihéroes, sus bestias negras, las encarnaciones del mal que van desde Pinochet hasta Nixon, pasando por Videla, Viola, Banzer, Ríos Montt, Franco, el Sha, lo que genera no sólo denuncias sino comités de apoyo a los pueblos de Chile, Vietnam, Cuba, Nicaragua, El Salvador, Palestina, Guatemala, España, y por ahí.

¿Qué lee y cómo actúa la izquierda en los setenta? Woldenberg lo evoca:

La izquierda se reproduce en sus seminarios interminables y circulares, en sus foros de debate y confrontaciones, en sus partidos, proyectos de partido y sectas, en sus marchas y luchas, en su

resistencia laboral y en el anuncio de la buena nueva, en sindicatos y asambleas, comités y movimientos.

La izquierda es sus publicaciones y editoriales, sus autores y sus libros. Es *Oposición*, el semanario del PC, su lenguaje pontificio, a prueba de dudas, y su solemnidad a prueba de lectores; *Solidaridad*, la revista de los electricistas democráticos, un asidero en el mundo del trabajo letrado; *Punto Crítico*, nuestra nueva izquierda, sus búsquedas y heterodoxias, y el Suplemento de *Siempre!* y algunos de sus escritores que aparecen en las páginas de la revista, como Francisco Martínez de la Vega, José Alvarado, Renato Leduc, Alejandro Gómez Arias, los para entonces veteranos del periodismo en los que se aprecia el oficio, la gracia, la astucia. Y los libros de Era, que permitían acercarse a Mandel, Deutscher, Mills, Bettelheim, Gorz; y Siglo XXI y Althusser, Poulantzas, Cardoso y Faletto, Debrey, Marini; Grijalbo y sus manuales soviéticos, aquellos de Konstantinov, Nikitin, Garaudy, *et al.*

La izquierda, recuerda Woldenberg, inicia los setenta reconstruyendo su versión del movimiento del 68 y lee los libros de Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska, Luis González de Alba y Octavio Paz, pero también consume *La Revolución interrumpida* de Adolfo Gilly y *La ideología de la Revolución Mexicana* de Arnaldo Córdova.

La izquierda busca nuevos rumbos ante una situación que la asfixia. El PC busca ser legalizado, otros buscan crear partidos […] otros más buscan al país tejiendo organización. Salen de la cárcel, luego de once años, Vallejo y Campa y vuelven a meter en prisión a Donzós, mientras el tercermundismo se convierte en discurso estatal y social, mientras llegan decenas, centenas, de exiliados del Cono Sur cargando a cuestas con sus juntas militares, mientras uno va a la Librería Independencia del PC donde compra *Oposición* o visita a los electricistas democráticos en Zacatecas 94, o escucha a Galván, sus metáforas, su magia, su conocimiento, su dignidad, y observa a sus compañeros, viejos, correosos, contentos, bebedores, jugando dominó, y entra en contacto con los nucleares del dúo dinámico Arturo Whaley y Antonio Gershenson más una flota de cuates, en sintonía política y vital con los otros cuates del Consejo Sindical.

La izquierda se mueve entre la censura y el Presidente Intocable, entre la unanimidad del coro oficial y un país que busca y logra desgarrar la cultura de la voz exclusiva y la verdad única. Inventa y reinventa claves explicativas, choca una y otra vez con pared y de nuevo intenta salir del laberinto. Que si el desarrollo y el subdesarrollo, que si la dependencia, que si el bonapartismo peculiar mexicano, que si la revolución se desvió, se interrumpió o cumplió con sus objetivos, que si los obreros y las capas medias o los estudiantes o los campesinos o los pobres o el pueblo serán los motores del cambio; que si partidos, sindicatos, agrupaciones agrarias o populares son las fórmulas privilegiadas para el combate; que si reforma o revolución, que si el fin justifica los medios o los medios trastocan el fin; una búsqueda centrífuga que pone

en acción energías diversas que emplean a modelar, a remodelar, ese universo sin contornos claros que sólo por facilidad seguimos llamando izquierda.

La izquierda es un referente real y mítico, un espíritu que no cabe en su cuerpo, un movimiento amplio y sin centro rector, una iglesia con sus textos sagrados, sus pontífices, sus acólitos y fieles, un coro desafinado, con múltiples partituras y sin director, y es de ahí donde se nutre de vitalidad y capacidad de innovación, al tiempo que la anclan las rutinas ortodoxas, las grillas de familia, la fuerza de los aparatos, la inercia de los dogmas. La izquierda es las izquierdas, un singular que empaña una pluralidad colorida y encontrada, porque la izquierda es su gente y ese nuevo bloque aparente (la gente, uf) es un mundo diferenciado y multifacético.

La democracia como objetivo

Y en medio de toda esta efervescencia es el debut de la izquierda electoral de México, en las elecciones intermedias de 1979, cuando tuvo dos expresiones: el PCM, que obtuvo 5.43 por ciento de los votos —703 mil votos—, y el PST, que logró 2.41 por ciento. El PRI arrasó con el 72.79 por ciento de los sufragios y el PAN se quedó con sólo el 11.79 por ciento. La izquierda comunista logró 18 diputados y el PST 10 de los entonces 400 que integraban la Cámara Baja, cifras raquíticas ante los 43 del PAN, que vivía una severa crisis interna, y sobre todo del PRI con 296 escaños.

Después de su primera incursión electoral, el Partido Comunista trató de tener una mayor presencia en el país y aun en estados donde la guerrilla había tenido —tenía todavía— importante presencia, como Guerrero. Ahí fue postulado como candidato a gobernador, en 1980, el profesor Othón Salazar, de origen muy pobre y de larga militancia en la izquierda, que sólo llegaría a presidente del muy simbólico municipio de Alcozauca, en 1987.

La figura de Othón Salazar, como la de Campa y la de Vallejo, es un referente de la izquierda desde abajo que fue consecuente durante décadas y hasta el final.

Enrique Semo escribe en *A 100 años de lucha popular. Partido Comunista Mexicano*:

> ¿Qué representa la figura de Othón Salazar en la cultura de la izquierda mexicana de hoy? Estoy convencido que esta es una pregunta necesaria, urgente, definitoria, porque Othón Salazar y sus 60 años de lucha y pensamiento son un símbolo vivo de una época de la historia de la izquierda radical y popular mexicana, y la izquierda es primordialmente una cultura. No solamente una política o un movimiento, sino también valores, formas de convivencia, sueños, recuerdos, íconos y sobre todo esperanzas.[1]

Tras esta incursión electoral, la izquierda socialista se propuso construir un proyecto unitario para la elección presidencial de 1982, cuando el país se debatía en una crisis que profundizó la caída de los precios del petróleo y que hizo añicos la política del gobierno de López Portillo, combinada con la especulación de dólares y la salida de capitales.

Desde un año antes, entre los meses de julio, agosto y septiembre de 1981, los líderes de los partidos PCM, PMT y del Partido de la Revolución Socialista (PRS), así como el Movimiento de Acción Popular (MAP) y el Movimiento de Unidad y Acción Socialista (MAUS), negociaron la conformación de una nueva fuerza política y el 7 de noviembre de ese año nació el Partido Socialista Unificado de México (PSUM).

No fue fácil el tránsito de las diversas fuerzas de izquierda para dar forma a una iniciativa unitaria, tanto que el PMT de Heberto Castillo decidió no participar —lograría su registro hasta 1984 sólo para perderlo al año siguiente— ni los trotskistas del PRT, que perderían su registro también pocos años después.

Las visiones diversas al interior del PSUM generaban discusiones intensas sobre todos los temas. El sindicalismo era uno de ellos: Valentín Campa, por ejemplo, polemizó con los sindicalistas de entonces en la UNAM, como José Woldenberg, exconsejero presidente del IFE, y Arturo Whaley, quien fundó el partido Democracia Social.

En una ocasión, el secretario general del sindicato de la UNAM, Evaristo Pérez Arreola, terminó una discusión con Campa con una sentencia desdeñosa:

—Siempre has sido un perdedor.

—Tal vez, pero nunca me he perdido a mí mismo.

El PSUM todavía usó la hoz y el martillo como emblema, que revelaba su identidad socialista y su afinidad con la Unión Soviética, que se haría pedazos tras el derrumbe del Muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989, pero también estableció la democracia como objetivo de su lucha: la democracia es el centro de la campaña.

Tan es así que se denominó Marcha por la Democracia a la campaña de Martínez Verdugo, quien reivindicaba los derechos y libertades consagrados en la Constitución, y la rubricó en el Zócalo, la emblemática plaza que había sido cerrada a la izquierda desde 1968.

La Plaza de la Constitución ha sido, desde entonces, el centro neurálgico de las movilizaciones de la izquierda en la lucha por esa misma agenda que impulsó Martínez Verdugo desde que asumió la dirección del PCM, al que alejó de la dependencia soviética.

En la elección de 1982 era muy claro el punto de quiebre que estaba en marcha en el país, con un candidato oficial, Miguel de la Madrid Hurtado, un tecnócrata ajeno a la retórica de la Revolución mexicana y claramente comprometido con los grupos oligárquicos, incluida la Iglesia.

Con ese escenario, Martínez Verdugo elevó la votación oficial del PSUM a 821 mil 993 votos (3.49 por ciento), una quinta parte de lo que obtuvo Pablo Emilio Madero Belden, el nieto de Francisco I. Madero, postulado por el PAN: 3 millones 697 mil votos (15.69 por ciento).

La primera mujer en la historia que fue candidata a la presidencia de México, Rosario Ibarra de Piedra, del PRT, conquistó 416 mil 448 sufragios (1.77 por ciento), mientras que los otros candidatos de izquierda, ligados al régimen, tuvieron una votación más modesta: Cándido Díaz Cerecedo, del PST, obtuvo 341 mil 205 votos (1.45 por ciento), y Manuel Moreno Sánchez, del PSD, acumuló sólo 48 mil 413 (0.21 por ciento).

Miguel de la Madrid, el candidato del PRI apoyado por el PPS y el PARM, arrasó con 16 millones 721 mil 206 votos (70.96 por ciento). Fue un triunfo que celebró el oficialismo, pero también las élites económicas que, a través de sus políticas, cobrarían una importancia mayúscula en detrimento de los

sectores populares. Esa fue la última elección que no fue reñida y que marcaría una más radical lucha por el poder.

Esa elección, que cierra un ciclo histórico e inicia otro, fue el comienzo de un largo proceso de la izquierda para llegar al poder.

Así que la campaña del PSUM y de su candidato presidencial, Arnoldo Martínez Verdugo, arrancó en diciembre de 1981 y se denominó Marcha por la Democracia; concluyó, en junio de 1982, con la recuperación de un sitio emblemático para la izquierda, prohibido desde el movimiento de 1968: el Zócalo, "Zócalo rojo", que se volvería emblema de la lucha por las libertades democráticas…

Bibliografía

Anaya Rosique, Jesús, *La sociedad frente al poder 1968-1971*, Faustus, 2021.

Arriola Woog, Carlos, *Los empresarios y el Estado (1970-1982)*, UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 1988.

Basáñez, Miguel, *La lucha por la hegemonía en México 1968-1980*, Siglo XXI Editores, 1981.

Becerra, Ricardo, Pedro Salazar y José Woldenberg, *La mecánica del cambio político en México*, Cal y Arena, 2000.

Fernández Menéndez, Jorge, *Nadie supo nada. La verdadera historia del asesinato de Eugenio Garza Sada*, Grijalbo, 2019.

Glockner, Fritz, *Memoria roja. Historia de la guerrilla en México (1943-1968)*, Planeta, 2007.

——, *Los años heridos. La historia de la guerrilla en México (1968-1985)*, Planeta, 2019.

Harvey, Neil, Francisco Pineda Gómez y Carlos Sánchez Vicente, *Las Fuerzas de Liberación Nacional y la guerra fría en México. Dignificar la historia. Primera etapa (1969-1974)*, Grupo Editorial de la Casa de Todas y Todos, 2015.

Ortiz Rivera, Alicia, *Juan Sánchez Navarro. Biografía de un testigo del México del siglo XX*, Grijalbo, 1997.

Paoli Bolio, José Francisco, *Estado y sociedad en México, 1917-1984*, Océano, 1986.

Rodríguez Castañeda, Rafael, *Prensa vendida. Los periodistas y los presidentes: 40 años de relaciones*, Grijalbo, 1993.

——, *El policía. Perseguía, torturaba, mataba*, Grijalbo, 2013.

Rodríguez Munguía, Jacinto, *Las nóminas secretas de Gobernación*, LIMAC, 2004.

——, *La otra guerra secreta. Los archivos prohibidos de la prensa y el poder*, Debate, 2007.

Sánchez Rebolledo, Adolfo, *La izquierda que viví, el instante y la palabra*, Configuraciones, 2014.

Scherer García, Julio, *Los presidentes*, Grijalbo, 1986.

——, *Los patriotas. De Tlatelolco a la guerra sucia*, Santillana, 2004.

Trejo Delarbre, Raúl, *et. al.*, *Televisa, el quinto poder*, Claves Latinoamericanas, 1985.

——, *La prensa marginal*, Ediciones El Caballito, 3ª ed., 1991.

Woldenberg, José, *Memoria de la izquierda*, Cal y Arena, 1998.

[1] Enrique Semo, *A 100 años de lucha popular. Partido Comunista Mexicano. Historia gráfica 1919-1985*, Secretaría de Cultura, primera edición en formato electrónico INEHRM, 2020.

TERCERA PARTE

Por **Alejandro Páez Varela**

No reconocí a los otros caídos. Yo deseaba que de algún momento a otro se incorporaran. Todos traían chamarra. El sol estaba elevado ya, pronto sería mediodía, pero sentí más frío, mirando los cuerpos, viendo a mi hijo sin que pudiera abrazarlo, tocarlo, limpiar sus heridas, sacudir su pelo, quitarle el lodo y la sangre. Sin poder llorar como quería, porque no deseaba darle a los soldados la satisfacción de verme llorar, de mostrar mi sufrimiento, de que se mofaran del dolor.

ALBERTA, madre de José Antonio Escóbela Gaytán,
caído en el asalto al cuartel de Madera
el 23 de septiembre de 1965
(Carlos Montemayor, *Las mujeres del alba*)

Desde los ocho años yo participaba en luchas pacíficas, en marchas, en mítines. Mi familia es gente luchadora que siempre ha estado organizándose para tener una vida digna, pero nunca lo logramos por esta vía. Estábamos en una organización con otras personas, con otros pueblos. Allí íbamos todos, también los hijos y es así como fuimos tomando conciencia de que con luchas pacíficas no íbamos a lograr nada. Esto ha sido así durante años y años.

Mayor insurgente ANA MARÍA, EZLN, enero de 1994

Por eso es importante seguir luchando: estas injusticias no deben cometerse más; los gobiernos deben ser, algún día, completamente responsables y, sobre todo, justos.

ROSARIO IBARRA DE PIEDRA, 2013

Capítulo 7

Arrinconar a la izquierda

El alumbramiento

Era julio de 1992. Los presidentes de Estados Unidos y México habían pactado su octavo encuentro oficial en San Diego, California, en el marco de las negociaciones para alcanzar un acuerdo comercial de América del Norte, Canadá incluido. Se trataba de una cumbre llena de significado. Consolidaba, sí, el trabajo de ellos y sus equipos; horas y horas de negociación para algo a la vez delicado y ambicioso porque implicaba, con todas las reservas históricas entre ambas naciones, una mayor integración. Además, había una apuesta personal de los mandatarios, aspiraciones de cada uno en casa.

George H. W. Bush había llegado a la Casa Blanca el 20 de enero de 1989 —después de una vicepresidencia sumamente activa—, cuando el mundo asistía al desmoronamiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS, que impactaba de distintas maneras a la izquierda en México).[1] A nivel internacional, el Bush de 1992 era reconocido como el líder democráticamente electo más poderoso del mundo y, asimismo, el hombre de la transición, el encargado de continuar lo que Ronald Reagan y el papa Juan Pablo II habían iniciado: "llevar la democracia" hasta el último rincón del planeta, y para el caso mexicano —y el de muchas otras naciones en desarrollo—, impulsar también el neoliberalismo como política de Estado.

En los dos años previos, Bush se había parado en una vitrina: la invasión de Panamá para derrocar a Manuel Noriega, los acercamientos públicos con Mijaíl Gorbachov y la expulsión de Sadam Husein de Kuwait durante la llamada Guerra del Golfo Pérsico fueron golpes de efecto para él y para el modelo estadounidense. Pero a nivel doméstico las cosas no estaban bien.

Una terrible recesión golpeaba el bolsillo de los ciudadanos y Bush había hecho valer su poder sobre el Congreso para romper su propia promesa de no aumentar impuestos. En noviembre de ese año podría aspirar a una reelección, pero los demócratas encontraron un candidato carismático, Bill Clinton, y muchas razones para armar una campaña exitosa. Y por si fuera poco, un multimillonario, Ross Perot, se lanzó como independiente y gastó millones en publicidad contra los republicanos y para convocar a los indecisos e inconformes, que eran muchos, a dejar atrás años y años de políticas económicas que daban la espalda al pequeño contribuyente.

La elección presidencial estaba fechada apenas unos meses después del encuentro con el mandatario mexicano. Para Bush, fotografiarse con sus contrapartes mexicana y canadiense era parte de la campaña electoral.

Carlos Salinas de Gortari, por su parte, llegaba a la reunión con Bush entre dos aguas: vitoreado por unos y repudiado por otros. Estaba en pleno desarrollo su proyecto de un país bipartidista que pretendía abrirle las puertas del poder al Partido Acción Nacional (PAN) para hacerlo convivir con el Revolucionario Institucional (PRI). Era una transición perfecta del México antidemocrático del pasado a uno nuevo donde se simulaba apertura. Y era apoyado por las élites porque daba cabida a sus intereses: astuto, Salinas había logrado sembrar la idea de que en el futuro PRI y PAN podrían ganar la presidencia, pero los medios de comunicación, la cúpula de banqueros y empresarios, los intelectuales e incluso una burocracia dorada en la academia no tenían por qué sentirse amenazados. Y así sucedió a partir del año 2000. La llegada de Vicente Fox no significó desmontar el sistema de privilegios que arropó a los de siempre, los que están allí; los que se habían convertido, aunque representaran intereses privados, en parte del Estado mismo.

Y al mismo tiempo que el presidente Salinas le abría camino a la derecha, ponía trancas a la izquierda, como lo hicieron sus antecesores desde 1930. El menú de casa: sopa de plata o sopa de plomo; para unos palo, para otros concesiones. Como Echeverría en el pasado, Salinas sonreía a comunistas, socialistas y socialdemócratas internacionales cuando aplastaba a los que tenía cerca. Se había hecho del poder el 1º de diciembre

de 1988 por medio de un fraude electoral contra la izquierda aglutinada en torno a Cuauhtémoc Cárdenas y en los siguientes años se concentró en comprar a los que tuvieran precio y a someter con violencia a quienes se le pusieran en el camino. Por eso Carlos Salinas veía en el cónclave con Bush —y en el paquete completo, acuerdo comercial incluido— una oportunidad para justificarse en casa, donde se hacía ver como un jefe de Estado con proyecto para la nación y no un autoritario antidemocrático, como lo era, que estaba dispuesto a lo que fuera para mantener un poder que no había ganado en las urnas.

En 1991 el presidente mexicano había dicho a un diario español: "Yo creo que hay una subcultura del fraude electoral en el país. En algunos casos por razones justificadas y otros como excusas para los que pierden, pues así pueden explicar que perdieron porque se abusó de ellos y no como resultado de la voluntad del electorado". Se refería, básicamente, a las exigencias de la izquierda, porque para entonces tenía al PAN enamorado y ese romance transitaría hasta el matrimonio formal, con argollas de oro: en 2021, por primera vez en la historia, el PRI y el PAN irían en coalición, Va por México, en las elecciones federales intermedias. Y si bien no arrojó el resultado que esperaban, sí terminó con una larga historia de simulaciones; de rechazo mutuo en lo público y de concesiones en lo privado.

Izquierda y derecha habían hecho campaña aparentemente de la mano en 1988. Los dos extremos, siempre contrapuestos, se unieron en un discurso que planteaba las mismas preocupaciones al gobierno encabezado por Miguel de la Madrid Hurtado: la necesidad de quebrantar al régimen autoritario y terminar con las crisis económicas cíclicas y, más importante aún, acabar con la normalización de los fraudes electorales e implementar una verdadera cultura democrática en el país. Francisco I. Madero alegó fraude y el país se lanzó a una revolución en 1910; una vez que se estableció una nueva clase política y hubo relativa paz social, las acusaciones de fraude continuaron: José Vasconcelos alegó fraude en 1929; Juan Andrew Almazán, en 1940; Miguel Henríquez Guzmán, en 1952; Luis H. Álvarez, en 1958, y Cuauhtémoc Cárdenas, en 1988.

Para las elecciones de 1988, la izquierda partidista, dividida en fracciones durante gran parte del siglo XX, se había consolidado en el Frente Democrático Nacional (FDN), que venía de la Corriente Democrática del PRI encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo, Ifigenia Martínez y otros que, originalmente, no buscaban un nuevo partido sino democratizar los procesos de selección de candidatos dentro del oficialismo. Se oponían al neoliberalismo, pugnaban por el regreso al nacionalismo revolucionario y a las políticas de bienestar de un Estado solidario. Pero cuando Salinas de Gortari fue designado candidato presidencial entendieron que sus exigencias superaban la capacidad del régimen para renovarse a sí mismo. En octubre de 1987, después de intentar dentro del PRI, Cárdenas se separa y decide lanzarse a la contienda por el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), al que se le unieron el Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN), el Partido Social Demócrata (PSD) y el Partido Popular Socialista (PPS); algunos habían operado como satélites del gobierno, otros eran muy marginales. Nacería el FDN y luego el hijo del general Cárdenas fundaría, el 5 de mayo de 1989, el Partido de la Revolución Democrática (PRD), con movimientos sociales y casi todas las fuerzas partidistas de izquierda disponibles.

Para el encuentro con Bush de 1992, los reclamos de fraude desde la izquierda persistían. El acercamiento de Carlos Salinas con el presidente de Estados Unidos era más que apropiado para él. Por un lado, se cumplían 10 años de la llegada de Miguel de la Madrid al poder, en 1982, y de la incorporación gradual de México al neoliberalismo del cual él, en lo personal, era embajador. Por el otro, él mismo se confirmaba como un hombre de Washington: de mano dura, represor y dispuesto a violentar las normas democráticas para aplastar las disidencias, pero a la vez liberal en lo económico, listo para desincorporar las empresas estatales y más que dispuesto a permitir la inversión en sectores que el país había considerado estratégicos y de seguridad nacional (pero que hacían salivar a las empresas estadounidenses).

Salinas se confirmaba todos los días como un político hecho a la medida de Estados Unidos y tenía su total aprobación, como es de suponerse, aunque la corrupción y la violencia de Estado fueran en aumento: en 1988, año del fraude, Francisco Xavier Ovando y Román Gil Heráldez, muy cercanos a Cuauhtémoc Cárdenas, habían sido asesinados. "La víspera de las elecciones, viajando en automóvil fueron interceptados en la calzada de La Viga, los llevaron por Zoquiapa y pararon en la calle de Rosario, un lugar totalmente oscuro, en donde los liquidaron con un tiro en la cabeza. Nunca se esclareció la verdad. El dirigente de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), Fidel Velázquez, no dudó en afirmar que la ejecución había sido producto de una 'riña de cantina'", dijo la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH).[2] Y era apenas el comienzo. La misma institución calculó que 265 militantes del Partido de la Revolución Democrática (PRD) fueron asesinados por motivos políticos entre 1988 y 1994, "concentrándose los homicidios en cuatro estados, en los que se registran el 77 por ciento del total de los casos: Michoacán (27 por ciento), Guerrero (25 por ciento), Oaxaca (15 por ciento) y Puebla (10 por ciento). Diez por ciento se registraron durante las campañas y 54 por ciento en contextos postelectorales".

Y al mismo tiempo que aplicaba presión a la izquierda, Salinas ensayaba con el PAN nuevas vías de comunicación y entendimiento. A ese ejercicio se le llamó "concertacesión", que es, en pocas palabras, una manera de corromperse y corromper al otro para repartirse en lo privado el poder público. Los albores de ese entendimiento, semilla de lo que será el "PRIAN" en el siglo XXI, se advertían desde la campaña electoral de 1988. Es cierto que Rosario Ibarra de Piedra, quien iba por el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT); Manuel Clouthier, candidato del PAN; Heberto Castillo, abanderado del Partido Mexicano Socialista (PMS), y el mismo Cárdenas aparentaban ser una unidad y hasta firmaban desplegados juntos. Pero los partidos "nunca marchan juntos para defender las consignas que firman sus candidatos. De manera gradual se abre la brecha entre ellos. En agosto afloran las fisuras en un desplegado. Para la izquierda, Cárdenas 'obtuvo

una mayoría clara de sufragios a su favor y cuenta con el respaldo de la voluntad popular'. Para Acción Nacional, las cifras apuntan a favor de Clouthier, pero los resultados están de 'tal manera viciados por las numerosas y graves irregularidades, que habría de anularse la elección y convocarse a nuevos comicios'", escribe Sergio Aguayo en *Vuelta en U*.[3]

George y la primera dama Bárbara Bush habían visitado Nuevo León en noviembre de 1990. Salinas, con ayuda de la prensa, lo hizo parecer como una gran fiesta de sombreros, charros y alegría. El presidente mexicano, acompañado de su esposa Cecilia Salinas, los llevó a Agualeguas, Nuevo León, su tierra. El estadounidense habló con la comunidad empresarial de Monterrey, históricamente afín al PAN, que para entonces adoraba a Salinas, el "gran reformador". Y lo adoraría más: previo al encuentro, el 12 de julio de ese año, el gobierno entrega Chihuahua al PAN y a su candidato, Francisco Barrio Terrazas, y en esa misma fecha impone al PRI en Michoacán.

El PRD, con Cuauhtémoc Cárdenas a la cabeza, denuncia fraude y toma alcaldías. Hay represión y las protestas se extienden hasta la capital mexicana. Los panistas, triunfantes, "se felicitaban por el respeto a la voluntad popular [mientras] en Michoacán brotaban las protestas ante la victoria del PRI. Cárdenas, junto con el candidato del PRD al gobierno del estado, Cristóbal Arias, encabezó movilizaciones ciudadanas contra el presunto fraude", dijo el diario español *El País* el 1º de agosto de 1992.[4] Salinas advirtió: "Los resultados habidos en Michoacán son competencia de las autoridades estatales". Y no concedería. Al menos 17 ciudadanos morirían sólo en ese conflicto poselectoral.

Los caminos de la política

La política da vueltas en círculos arbitrarios. El delegado especial del Comité Ejecutivo Nacional del PRI en Michoacán era Roberto Madrazo

Pintado; el del PRD, Andrés Manuel López Obrador. Dos tabasqueños. El camino de ambos se cruzará una buena parte de sus vidas.

López Obrador vive la jornada electoral del 6 de julio de 1988 desde el PRI. Había sido presidente del Comité Directivo Estatal de ese partido, delegado del Instituto Nacional Indigenista y funcionario del Instituto Nacional del Consumidor. Después del fraude se contacta con Cárdenas y Muñoz Ledo y ese mismo año renuncia a su militancia priista para ser candidato del Frente Democrático Nacional a la gubernatura de Tabasco. Según los datos oficiales, obtiene 20.9 por ciento de los votos y gana Salvador Neme Castillo, del PRI, con 78.3 por ciento. Acusa fraude y represión poselectoral, y el gobierno no duda en usar a la policía para desalojar los plantones de los frentistas en varios municipios. Para esas elecciones, "Salinas propuso a Roberto Madrazo Pintado, pero De la Madrid lo objetó por su falta de arraigo. Así, el favorecido resultó ser el senador Salvador Neme Castillo, operador de la precandidatura de Manuel Bartlett Díaz. Madrazo Pintado fue nombrado presidente del PRI estatal".[5] El Frente Democrático demandó la anulación del proceso, pero las autoridades electorales, que dependían del Ejecutivo estatal, lo rechazaron. López Obrador inicia una gira para denunciar el fraude ante los tabasqueños. Al cierre de ese año simbólico se convertiría en el primer presidente del naciente PRD tabasqueño.

En 1991, un año antes del encuentro Bush-Salinas, vinieron elecciones estatales para renovación de alcaldías en Tabasco. López Obrador, líder del perredismo tabasqueño, acusa fraude y para despresurizar la entidad, donde la represión apenas es visible y se consigna en muy pocos medios de comunicación, anuncia el Éxodo por la Democracia, una marcha a pie desde Villahermosa (25 de noviembre de 1991) hasta el Zócalo de la capital mexicana, adonde llega el 11 de enero de 1992 con miles de simpatizantes. Fernando Gutiérrez Barrios, secretario de Gobernación de Carlos Salinas, aparentemente cede y se anulan las elecciones en algunos municipios. Neme Castillo no respeta parte de los acuerdos y el 28 de enero de 1992 renuncia a la gubernatura. Pero la victoria de la izquierda es usada por el

oficialismo para ganar tiempo porque la ola perredista se crece. En 1994, en las elecciones para gobernador, volverán a verse Roberto Madrazo y López Obrador. El fraude es de tal magnitud que hasta el PAN lo denuncia. AMLO se embarca en una segunda gran marcha, ahora denominada Caravana por la Democracia, que lo convierte en una figura nacional. Es allí donde empieza su camino hacia la presidencia de México. Madrazo, en cambio, se vuelve un político cada vez más mediano; uno de muchas trampas y pocos triunfos.

Pero las elecciones de 1991 y las movilizaciones que llegan hasta 1992 permiten ejemplificar el plan de Carlos Salinas: aplastar a la izquierda con todos los medios disponibles. En contraparte, en esos meses y años, otro líder antisistema se vuelve a levantar en San Luis Potosí después de varios golpes. El doctor Salvador Nava había luchado desde la década de 1950 contra el PRI y había sufrido hasta la cárcel y la persecución. El 1º de enero de 1959 había alcanzado la alcaldía de San Luis y luego, en 1960, se lanzó a gobernador de San Luis Potosí por el Partido Demócrata Potosino, que él había fundado. El 15 de septiembre de 1961 chocaron las fuerzas públicas con los simpatizantes de Nava y el Ejército intervino. El doctor Nava fue detenido y luego liberado. Dos años después volverían por él y ahora sería víctima de tortura. La lección es amarga. Se retira de la política y vuelve hasta la década de los ochenta, inspirado en los vientos de cambio que corrían por varios rincones del país.

En 1981 Salvador Nava funda el Frente Cívico Potosino y junto con el PAN y el Partido Demócrata Mexicano (PDM), este una fuerza política que venía de la Unión Nacional Sinarquista y se le identificaba con la derecha radical. Nava luchó mucho contra las inercias del sistema y la tuerca mohosa por fin se aflojó en los años de Salinas. Nava tenía buenas relaciones con la izquierda; sus líderes lo consideraron siempre un luchador social íntegro. Y así es como el PAN, el PDM y el PRD lo lanzan en 1991 como candidato a gobernador y el PRI propone a Fausto Zapata. El doctor denuncia fraude y anuncia la Marcha por la Dignidad desde San Luis Potosí a la capital mexicana. Zapata renuncia y lo sustituye Gonzalo Martínez

Corbalá. Nava suspende la caminata, que ha logrado su cometido, y regresa a San Luis Potosí. Muere al año siguiente, en 1992, mientras Salinas le da de palos a la izquierda.

Gobierno y prensa se esmeran en hacer pasar a la izquierda como antidemocrática, intolerante y violenta. Y con falta de congruencia. Los medios impresos, la radio y la televisión —salvo excepciones— golpean a Cárdenas y al perredismo: ¿por qué tomar oficinas públicas de Michoacán en 1992 cuando no se atrevieron a tomar Palacio Nacional en 1988?, se les cuestiona. "En 1988, las bases de Cárdenas son endebles", explica años después Sergio Aguayo.

> Es popular, sí, pero no cuenta con el PAN y el grado de compromiso de los partidos pequeños es bastante dudoso. Salinas tiene el respaldo de un aparato poderosísimo y de los árbitros electorales. Además cuenta con su sagacidad para posicionarse como reformador. Le basta con incluir en su proclama unilateral de victoria una concesión retórica: "termina la época del partido prácticamente único". Eso y mucha operación política tras bambalinas le basta para que lo apoyen importantes fuerzas sociales. Es el caso de la jerarquía católica, que tal vez ya negociaba con Salinas la regularización de su absurda inexistencia jurídica. El obispo de Cuernavaca da indicios con su mesura. Para empezar, hace suya la tesis de Salinas de que había "terminado la etapa hegemónica de un partido". Luego, reconoce que la "oposición se queja de que una vez más se ha llevado a cabo una farsa electoral". Su propuesta es que "todas estas acusaciones" deben "probarse ante las autoridades correspondientes", lo cual es de una taimada ingenuidad porque nadie en su sano juicio les reconoce imparcialidad a los árbitros. El colofón es una recomendación en clave de beatitud: Hago un "llamado a todos mis diocesanos a la mesura, a la reflexión, a dominar pasiones desenfrenadas, a no dejarse incitar al odio y a la violencia". En otras palabras, a someterse y a ser buenos.

Pero "todos creen en Salinas como habían creído en Alemán, Echeverría o López Portillo", agrega Aguayo.

> Ni en su infancia, ni en su carrera previa, ni durante las elecciones, ni como Presidente, ni en sus años de autoexilio, ni de regreso en México, Salinas muestra vocación democrática. Sí ha reconfirmado su sed de poder, su inteligencia y su virtuosismo en el manejo de los trucos y las mañas de los políticos autoritarios mexicanos. Tampoco se trata de negar la importancia de una serie de reformas. Algunas son necesarias, otras coinciden con las tesis de moda en Washington y el mundo; la mayoría de ellas beneficia a unos cuantos. Si Estados Unidos lo defiende tanto, es

> porque conviene a sus intereses y porque poniéndose el sayal de demócrata mantienen intacta la visión de sí mismos como un pueblo democrático, excepcional y objetivo.

Washington, agrega el analista y politólogo, no es el único país que apoya a Salinas.

> Además de algunos países obvios, lo acompañan la Cuba revolucionaria, la Nicaragua sandinista y la España socialista. El gobierno de Castro felicita a Salinas y eso le es reprochado fraternalmente por varios grupos mexicanos de izquierda. El Comandante les responde, también fraternalmente, y les aclara que no hacerlo hubiera sido una "toma de posición en el conflicto interno surgido con motivo de las elecciones", lo cual estaría en total contradicción con las normas que han existido durante casi treinta años en las relaciones de Cuba y México, las cuales han constituido un ejemplo excepcional de respeto mutuo y no injerencia en asuntos internos de cada país.

El 1º de diciembre de 1988 Fidel Castro deja la isla para acudir a la toma de posesión de Salinas. Cárdenas responde al gesto del comandante y de Ortega: "Lástima que no todos los gobernantes tengan madera para resistir las tentaciones. El espíritu de Camilo, del Che y de Sandino están en la lucha del pueblo". Pero la lucha del pueblo se topa con la audacia de un presidente corruptor y una derecha que ha entendido el juego y su papel en él. Se trata de compartirse el poder, panistas-priistas, y arrinconar a la izquierda, hacerla ver como intransigente y no concederle ni un triunfo.

El PAN, como puede suponerse, está de acuerdo con los roles de cada quien y acepta gustoso sentarse con Salinas de Gortari y abandona la protesta. Deja a la izquierda sola, en la calle. Deja de gritar "¡fraude!" y enmudece. Ve el horizonte que Salinas dibuja con un dedo y se encanta. Más: se ve en él, coincide con él y entonces le da su respaldo y lo legitima. Y ese mismo 1988, año en el que el PRI le roba la presidencia a la izquierda, nace el PRIAN. Pero no es todo en un acto, mucho menos público. Lo primero es desacreditar la lucha que encabeza Cuauhtémoc Cárdenas; decir que él y los líderes que lo acompañan son hijos descarriados del PRI, individuos frustrados porque el "partidazo" no les dio lo que pedían, rebeldes en espera de que la Revolución les pague lo que creen que les

corresponde por sangre. Para octubre de ese mismo 1988, el líder moral del panismo, Luis H. Álvarez, dice que esos que se quejan del fraude son residuos del pasado, estatistas, populistas, y "nosotros tenemos que mantenernos en una actitud definida a favor de la democracia, de la legalidad y del respeto a la voluntad popular expresada en las urnas". La transición del PAN hacia los brazos del salinismo se construye en el discurso pero también en lo oscurito. Los dirigentes del PAN se reúnen con el presidente electo antes de que tome posesión. Lo que sigue es uno de los capítulos más bochornosos de la política moderna, las "concertacesiones", esa sábana manchada que —se supone— cubre los actos de amor entre los dos partidos más viejos de México, pero que no cubre nada.

Cuando inicia el encuentro de San Diego, Salinas aparece frente a Bush con varias bandejas de plata. En una de ellas va la cabeza de la izquierda mexicana; en otra, el compromiso de México con el modelo neoliberal que se impulsa desde la Casa Blanca y que el PAN, en casa, hace suyo. Los dos presidentes apresuran a sus congresos para que firmen porque viene una fecha que interesa: 3 de noviembre de 1992, martes de elecciones presidenciales en Estados Unidos. Los tiempos para alcanzar el acuerdo comercial van volando: el 10 de junio de 1990 Canadá, Estados Unidos y México acuerdan iniciar pláticas; el 5 de febrero de 1991 se negocia el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). Para el 8 de julio de ese mismo año se ven Jaime Serra Puche (México), Carla Hills (EE.UU) y Michael Wilson (Canadá) en la Casa Blanca y la idea de la cumbre de San Diego es que antes de las elecciones aparezcan firmando Bush, Salinas y el primer ministro canadiense Brian Mulroney. No lo logran. De todas maneras, la campaña de Bush va mal y todo se junta: pierde las elecciones.

Para Carlos Salinas, sin embargo, la historia es muy distinta cuando finaliza 1992. Tiene acuerdo comercial, a la izquierda arrinconada y la derecha come de su mano. Y sobre todo, se ha creado una imagen de "reformador" que aplauden en Washington y la mayoría de los grandes medios y los periodistas en México. Y, por supuesto, los empresarios y

banqueros. Ah, y los intelectuales. Rafael Lemus escribe en *Breve historia de nuestro neoliberalismo*:

> Ya antes de las elecciones [la revista] *Vuelta* concentra sus críticas en Cárdenas y en el Frente Democrático Nacional apenas formado. Jaime Sánchez Susarrey —ganador de un concurso de ensayo político convocado por la revista y de ahí en adelante uno de sus analistas políticos de cabecera— advierte, días antes de los comicios, por ejemplo, que "la cultura política de izquierda carece de una tradición democrática", sentencia que "de Cárdenas a los leninistas y trotskistas existe el acuerdo esencial de que la democracia, para ser democracia, debe ser adjetivada" y desliza la idea de que la izquierda mexicana, justo en el momento en que "el sistema político se moderniza y se abre al juego con otras fuentes y proyectos", es "una suerte de emisario del pasado".[6]
>
> Esta noción —la de la izquierda como un fantasma del pasado— se cuela en prácticamente todos los textos que los autores de *Vuelta* dedican al conflicto postelectoral —y los acompañará desde entonces, lo mismo cuando cuestionen al EZLN que cuando antagonicen, ya entrado el siglo XXI, con el líder de izquierda Andrés Manuel López Obrador. Aquí un radical giro ideológico ha concluido en la revista: si a principios de esa década Paz, Zaid y Krauze prescribían —cada uno a su manera— una cierta vuelta al pasado, en 1988 ya acusan a la izquierda de pretender precisamente eso. Es ahora otro su adversario: no más la modernización liberal conducida por los gobiernos priistas —a la que en algún momento concibieron como exógena, burocrática, elitista, alemanista y contraproducente—, sino las fuerzas políticas y sociales que se oponen, justamente, a la modernización neoliberal conducida por los gobiernos priistas.

Lemus, quien fuera editor de *Letras Libres* —la revista de Enrique Krauze "heredera de la tradición de Octavio Paz", como algunos de sus múltiples simpatizantes la identifican—, es lapidario:

> Es a partir de este momento que la revista empieza a dedicar la mayor parte de sus textos de opinión política a una misma tarea: representar a la izquierda mexicana —entonces todavía sin experiencia alguna de gobierno— como una amenaza para la democracia; democracia, por otra parte, todavía inexistente en México bajo cualquier criterio. En los artículos que preceden, acompañan y siguen a las elecciones del 6 de julio la izquierda partidista mexicana será descrita indistintamente como nostálgica (Sánchez Susarrey: "el movimiento cardenista enarbola la vuelta al modelo anterior como la solución de todos los problemas"), violenta (Sánchez Susarrey: "una vocación revolucionaria que no teme hacer uso de la violencia para defenderse de un gobierno antipopular y antinacional"), irracional (Sánchez Susarrey: "La historia de la izquierda mexicana, particularmente la de los marxistas-leninistas, bien puede definirse como la de un desencuentro con la realidad nacional"), fundamentalista (Krauze: "el fundamentalismo

> cardenista [triunfó] en la ciudad de México y en el mapa biográfico del general Cárdenas: Michoacán, Morelos, buena parte de Guerrero, la zona petrolera") y, ya de plano, como fatal, genéticamente antidemocrática (Krauze: "no sin dolor sostengo la impopularísima opinión de que la izquierda mexicana, espina intelectual del cardenismo, no es ni será ya nunca democrática").

Continúa Lemus:

> Una vez construido, ese enemigo antidemocrático, nostálgico y populista cumple distintas funciones en beneficio de la revista. Para empezar, de algún modo justifica las nuevas alianzas intelectuales y materiales del grupo, lo mismo con el empresariado regiomontano y sectores del PAN que con buena parte de los escritores de *Nexos* [la revista que encabeza Héctor Aguilar Camín]: si coincidimos y nos aliamos con ellos —es el argumento— es porque debemos dejar las diferencias de lado para hacerle frente al peligro que representa la izquierda. También sirve para justificar la cercanía y el apoyo —a veces explícito— de la revista a las administraciones federales en curso: si coincidimos y avalamos, en lo general, sus políticas —continúa el argumento— es sobre todo porque la otra opción, la izquierda mexicana, es temible. La presencia de ese enemigo reporta, asimismo, un beneficio capital para los gobiernos neoliberales, tanto en México como fuera de México. Hay una contradicción en el liberalismo que el neoliberalismo hereda: de acuerdo con la racionalidad liberal, el Estado debería actuar lo menos posible, y sin embargo actúa y vigila y ordena y disciplina y reprime y hace la guerra. En los regímenes neoliberales la paradoja se intensifica: a un mismo tiempo se expresa la necesidad de adelgazar y de fortalecer al Estado, de reducir sus funciones económicas y de robustecer su aparato de seguridad puesto que, se dice, son muchas y poderosas las amenazas. Al final, como apunta Foucault, "no hay liberalismo sin cultura del peligro"; el Estado liberal necesita de un monstruo siempre acechante, siempre a punto de emerger de debajo de la cama, para justificar su propia acción. En otras partes del mundo gobiernos y grupos intelectuales neoliberales gastan buena parte de los ochenta y noventa en la construcción de una amenaza fundamentalista. En México el monstruo —formado en buena parte con el esfuerzo de *Vuelta*— será casi exclusivamente La Izquierda —al menos hasta que, ya en el siglo XXI, emerja como competencia El Narco.

Como sucedería muchas veces en el futuro, la izquierda une a los dos grandes grupos intelectuales. En contra, por supuesto. De por sí, Héctor Aguilar Camín y Enrique Krauze ya habían participado en eventos de la campaña de Carlos Salinas. Ahora defendían su "triunfo". Octavio Paz escribe en *La Jornada*: "El neocardenismo no es un movimiento político moderno, aunque sea otras muchas cosas, unas valiosas, otras deleznables y nocivas: descontento popular, aspiración a la democracia, desatada

ambición de varios líderes, demagogia y populismo, adoración al padre terrible: el Estado y, en fin, nostalgia por una tradición histórica respetable pero que treinta años de incienso de los gobiernos del PRI ha embalsamado en una leyenda piadosa: Lázaro Cárdenas".[7]

Carlos Illades escribe en *La inteligencia rebelde. La izquierda en el debate público en México, 1968-1989*:

> Aguilar Camín abjuró de la descalificación realizada diez años antes —el poeta "había envejecido mal", era "inferior a su pasado"— alabando el "equilibrio", "claridad" y "neutralidad" con que encaraba la coyuntura presente. [Adolfo] Gilly escribió una carta pública a Paz donde apreciaba un "infundado optimismo" en el balance de las elecciones, y sobre todo que de allí derivaba la extinción del sistema de partido de Estado y el inicio de la transición democrática en el país. No apreciaba ni en este ni en Aguilar Camín la intransigencia democrática recién mostrada en la elección de Chihuahua, en la que se escamoteó la victoria al candidato del PAN, la cual, por cierto, fue defendida sin regateos por la izquierda.

DESTRUIR LA EVIDENCIA

Ese 1992 cierra con bombo y platillo y Salinas pone a enfriar la champaña. Grandes cosas esperan a la derecha salinista en 1993 y, claro, mejores augurios hay para 1994, el año de la elección presidencial. Eso piensan. Para entonces, los panistas visten guayaberas priistas, como escribe Sergio Aguayo. La izquierda ha sido casi totalmente neutralizada y el fraude electoral, la caída del sistema y las protestas de 1988 son apenas un rumor en la lejanía y sin consecuencias. La prensa, otra vez, ayuda a destruir la imagen de los inconformes.

El "modernizador de México" sostiene las variables con una mano y de la otra comen todos. Y lo mejor es que no ha habido necesidad de que él personalmente apresure una por una las fichas del tablero. Cada quien juega su parte, se mueve conforme al plan. La prensa internacional, que apenas escribe del fraude electoral de 1988, alaba a Salinas de Gortari y nadie puede negar la astucia del entonces presidente, incluso a la distancia. Le ha costado poco, en realidad, comerse a los panistas.

Sergio Aguayo escribe:

> Salinas, qué duda cabe, les cumple y se legitima con ellos. Les reconoce la victoria en Baja California y en Guanajuato hace una "concertacesión". En 1992 regulariza el estatuto jurídico de la Iglesia y su política económica coincide con las tesis históricas del PAN. El blanquiazul corresponde cuando es necesario. La colaboración es evidente. En el terreno democrático, el caso más emblemático ocurre el 20 de diciembre de 1991. Ese día, el priista José Ortiz Arana propone en la Cámara de Diputados "la destrucción de los paquetes electorales" de la elección de 1988. Rosa Albina Garavito, del Partido de la Revolución Democrática, resalta la ironía de que "la primera vez que hace uso de la palabra en esta tribuna el coordinador de la fracción parlamentaria del partido oficial [es decir, el Jefe Diego] es justamente para anunciar un punto de acuerdo que aprobará la quema de la documentación en donde se encuentran las pruebas del fraude electoral de 1988. Otros diputados de la izquierda insisten en que los papeles se envíen al Archivo General de la Nación.
>
> En efecto, el panista Diego Fernández de Cevallos fija postura y en su ampuloso estilo habla para la historia: "Cuando tenía significado jurídico, político y moral, Acción Nacional exigió que se abrieran los paquetes electorales […] Han pasado tres años y después de tres años esos paquetes nada representan y nada significan […] La bancada panista acepta que se destruyan esos míticos documentos". Las boletas se queman y ya nunca es posible establecer con mayor precisión lo que sucede en aquella elección.

Salinas le comparte migajas de poder al PAN y lo capitaliza: se hace ver como un demócrata. Los panistas, encabezados por Luis H. Álvarez y Diego Fernández de Cevallos, validan el fraude electoral y él les da algunos territorios a cambio. Su plan se desarrolla casi a la perfección.

Pero a pesar de la represión, las luchas sociales fuerzan un cambio democrático. Tardará décadas, pero la luz vendrá. Algunos creen que la actitud del PAN no fue condescendiente con Carlos Salinas y mucho menos mezquina con la izquierda y con otras fuerzas sociales que reclamaban acabar de una vez por todas con el régimen de partido de Estado. Fue, se dice por lo regular en los círculos intelectuales, una "aportación a la convivencia democrática". El país venía de una auténtica elección de Estado, ya sin simulación: en 1976 ni siquiera hay quién compita con el candidato del régimen. José López Portillo, quien se postula por el PRI y dos partidos paleros: el Popular Socialista (PPS) y el Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), "gana" todos los votos emitidos.

José Woldenberg cuenta en *Historia mínima de la transición democrática en México*[8] cómo antes de las elecciones de 1988 el país iba de trauma en trauma.

> En el mundo laboral, la Tendencia Democrática de los electricistas se movilizó en varias ciudades de la República, primero en protesta porque al Sindicato de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (STERM) se le había despojado de la titularidad de su contrato colectivo para entregárselo al Sindicato Nacional de Electricistas, Similares y Conexos (SNESC); y luego, cuando el propio gobierno promovió la unidad de ambos sindicatos en el Sindicato Único de Trabajadores Electricistas (SUTERM), volvió a realizar marchas, mítines e incluso un emplazamiento a huelga, cuando sus principales dirigentes fueron expulsados de la nueva organización laboral. Pero también en el Sindicato Ferrocarrilero y en el Minero Metalúrgico se producen brotes de descontento. En pequeñas fábricas estallan huelgas (Rivetex, Liga de Soldadores en la refinería de Tula, Chiclets Adams, Ayotla Textil, Automex, Hilos Cadena, etcétera). Trabajadores que hasta entonces se mantenían fuera del horizonte sindical (bancarios, universitarios, técnicos y profesionistas de Pemex) se organizan en agrupaciones laborales y entran en conflicto con sus respectivos patrones o autoridades. En diferentes asentamientos y colonias populares las personas se organizan y exigen la regularización de sus terrenos, el abastecimiento de agua y electricidad, la construcción de escuelas y vialidades. En Ciudad Nezahualcóyotl, en la colonia Rubén Jaramillo en Cuernavaca o en el Comité de Defensa Popular en Chihuahua, en un ambiente de radicalización retórica presionan y se movilizan. Dan visibilidad pública a un fenómeno que alimentan las migraciones masivas del campo a la ciudad y la exigencia de servicios urbanos.

Continúa Woldenberg, quien fue uno de los principales impulsores de la reforma que llevaría al nacimiento del Instituto Federal Electoral (IFE) y del Tribunal Electoral:

> Los conflictos en las universidades se multiplican. En las universidades autónomas de Nuevo León, Sinaloa, Puebla, Guerrero y Oaxaca se producen reiterados enfrentamientos entre los estudiantes y las autoridades locales. La efervescencia participativa que se despertó en 1968 no cesa, se amplía y radicaliza, y como respuesta encuentra en los gobiernos ansias de control y mano dura. Aparecen una guerrilla rural y otra urbana. La primera es una derivación de movimientos cívicos que primero buscaron expresarse por la vía pacífica y legal, pero que fueron reprimidos y perseguidos (Genaro Vázquez y Lucio Cabañas); y la segunda está inspirada por estudiantes que luego de 1968 y de la nueva matanza perpetrada el 10 de junio de 1971 en la ciudad de México, llegan a la conclusión de que las vías del quehacer democrático se encuentran clausuradas y que no existe otra opción más que la de las armas.

Después de las elecciones de 1988, Woldenberg escribe:

> No es exagerado decir que el país vivió jornadas al borde del precipicio. Y se colocaron sobre la mesa del debate nacional diversos diagnósticos y propuestas de lo que había que hacer. Para una fuerte corriente dentro del PRI y el gobierno, lo sucedido era un episodio desafortunado pero reversible. Un mal día que era posible conjurar. Una ruptura en sus filas que quizá el tiempo podría sanar. En el extremo opuesto, primero en el Frente Democrático Nacional y luego en el PRD, se hablaba de una crisis tan profunda que impediría que Carlos Salinas de Gortari tomara posesión como Presidente o que si lo hacía difícilmente podría durar en su cargo. Se había dado "un golpe de Estado técnico" y era necesaria "la restauración de la República". Cierto, el agravio había sido mayúsculo. La forma en que se "contaron los votos" (por decirlo de manera metafórica) en aquella ocasión, sin ningún tipo de control y escrúpulo, generó un sentimiento de ofensa justificado.
>
> Algunos, sin embargo, creían que las condiciones estaban dadas para acelerar un proceso de transición democrática que, modificando normas e instituciones, creara las condiciones para la convivencia y la competencia de la diversidad política asentada en el país. La pluralidad no cabía ni quería hacerlo en el formato de un sistema de "partido casi único". Y esa diversidad era la que alimentaba, reclamaba y requería un auténtico sistema de partidos plural para expresarse y recrearse. La vuelta al pasado era una fantasía conservadora propia de pirómanos y la apuesta por el desplome institucional una irresponsabilidad.
>
> Y algo similar empezó a surgir en las filas del PAN. Se trataba de pactar nuevas reglas del juego, ante inéditas condiciones de la competencia. De ir a otra reforma electoral que dejara atrás las instituciones que habían demostrado su incapacidad para asimilar, sin retoques, la voluntad de los ciudadanos depositada en las urnas y construir un nuevo entramado capaz de ofrecer garantías de imparcialidad a las distintas fuerzas políticas del país. El escenario estaba puesto.

Más adelante refiere:

> En medio de la incertidumbre, del malestar y el conflicto circular, el PAN trazó una ruta y junto con el gobierno apostó por la vía de las reformas. No era el único desenlace posible. Las "cosas" podían estancarse o descomponerse. Se trataba, como ya se apuntó, de un momento plástico y la responsabilidad de los políticos resultaba ineludible. Y ahí radica la primera y más importante lección de aquellos años: la política, la política democrática, puede forjar un mejor horizonte para la reproducción de la sociedad o puede quedar atrapada en el laberinto de las apuestas particulares. En 1989-1990 los acuerdos alcanzados, que se transformaron en cambios constitucionales y legales, le inyectaron a la convivencia de la diversidad posibilidades frescas. No fue —no podía ser— la última reforma. A ella le siguieron cambios significativos en 1993, 1994 y 1996. Pero en lo que se refiere a la construcción de inéditas instituciones electorales, tiene un lugar especial en nuestra serpenteante historia.

Al hablar de los acuerdos poselectorales entre el PAN y Carlos Salinas, Woldenberg resalta:

> Sin vías institucionales para la solución de esos conflictos —los tribunales locales no ofrecían garantías de imparcialidad—, el gobierno federal y el PAN pactaron fórmulas para desactivar esas escaladas de desencuentros. Las llamadas entonces *concertacesiones* consistieron en ofrecer un cauce de solución política a diferendos que parecían irreconciliables. En el primer caso, Guanajuato, el candidato priista renunció a su cargo aun antes de tomar posesión, y fue nombrado un gobernador interino, Carlos Medina Plascencia, del PAN. En el caso de San Luis, el gobernador Zapata jamás pudo entrar al Palacio de Gobierno por un plantón frente al mismo que expresaba el repudio a su elección, por lo cual renunció a su cargo y fue sustituido por Gonzalo Martínez Corbalá, del propio PRI. Lo bueno de las concertacesiones es que desactivaban y ofrecían salidas a confrontaciones políticas agudas. Lo malo era que por esa vía se deslegitimaba aún más a las instituciones electorales e incluso a los propios procesos comiciales. Era una necesidad —para todos— trascender esa espiral de desgaste.

Salinas responde con habilidad política a las crisis del Estado. Si se le reclama apertura democrática, concede órganos electorales; si se le exige acabar con las matanzas y la represión, crea la Comisión Nacional de los Derechos Humanos. Lorenzo Meyer escribe:

> Como se recordará, el origen de la CNDH fue muy oportunista: Carlos Salinas de Gortari, un presidente con el estigma del fraude electoral, se propuso firmar un tratado de libre comercio con Estados Unidos para, según él, devolverle a la economía mexicana el dinamismo perdido a raíz de la crisis de 1982. La imagen que Salinas quiso vender de él y de su gobierno en el país del norte era la de un pujante líder democrático comprometido con la modernización integral de su país. La creación, en 1990, de una institución encargada de vigilar, en nombre de los derechos del ciudadano, a un gobierno con fama de corrupto y abusivo ayudó en algo a neutralizar los malos efectos que había tenido en la opinión pública internacional el asesinato en Culiacán de la abogada Norma Corona, defensora de los derechos humanos. Sin embargo, el pecado de origen de la CNDH —creada desde arriba y por razones ajenas a su cometido— ha tenido consecuencias, pues desde el inicio vivió a la sombra de las agendas de otros poderes y fuerzas políticas, sobre todo cuando en 1993 su primer titular pasó directamente de la CNDH al gabinete de Salinas. La evaluación de Human Rights Watch y sus conclusiones sobre la CNDH son tales que, en realidad, abarcan a todo el aparato de Estado mexicano, pues se refieren a su "fracaso crónico" para remediar los abusos violatorios de los derechos humanos y reformar "las leyes, las políticas y las prácticas que los originan".[9]

De cara a 1993, año en el que decidirá a su sucesor, el horizonte de Carlos Salinas de Gortari era claro y el sol brillaba. Después de un periodo convulso parece encontrar un "equilibrio social" con el PAN enamorado y con Estados Unidos como su gran aliado. Ya no importa que Bush pierda las elecciones: total, viene 1993, luego llegará 1994, año en que entra en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte… ¿Qué puede salir mal?

[1] Distintos autores dividen la izquierda en varias corrientes. Carlos Illades, analista e historiador especializado en la izquierda mexicana, escribe en *La inteligencia rebelde. La izquierda en el debate público en México, 1968-1989* (Océano, 2012): "Según Héctor Aguilar Camín, son cuatro familias las de la izquierda mexicana: 1) la revolucionaria; 2) la comunista; 3) la estatista y nacionalista y 4) la utópica clásica. La primera está identificada con la violencia, la segunda con Moscú, la tercera con el populismo autoritario (Salinas *dixit*) y la última simplemente con ideales igualitarios pasados de moda. La izquierda comunista le parece cuando menos inocua. Ocupada en justificar el socialismo real, no tuvo tiempo para participar en el movimiento popular, por lo que su influencia se experimentó sobre todo en el campo intelectual. De alguna manera su elitismo le otorgó el único logro asequible: la colonización del espacio cultural. Comprometida con la democracia, el pecado capital que cometió fue abrazar el estatismo (la variante autóctona de la sovietización de acuerdo con Aguilar) y, por tanto, le fue fácil fundirse con las corrientes nacionalistas y los desperdicios del PRI. A la izquierda utópica lo único que ofrece es condescendencia". El autor agrega: "Desde una perspectiva menos superficial, Enrique Semo y Roger Bartra identifican tres ramas históricas que, no obstante el cambio de siglas, han dominado la acción y el imaginario político de la izquierda: el anarquismo, el marxismo revolucionario y el reformismo (Semo); el izquierdismo, el comunismo y el reformismo (Bartra)".

[2] Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH), *Informe sobre la Violencia Política de Estado en México. Marco histórico objeto de las Investigaciones de la Oficina Especial para Investigar la Represión y Desapariciones Forzadas por Violencia Política del Estado durante el pasado reciente (1951-2016)*.

[3] Sergio Aguayo Quezada, *Vuelta en U*, Taurus, 2007.

[4] "Las pasadas denuncias de fraude en Michoacán marcan la elección hoy en otros cinco estados mexicanos", *El País*, 1º de agosto de 1992.

[5] "Elecciones en Tabasco: recuento 1988-2000. El conflicto eterno", *La Jornada*, 22 de octubre de 2020.

[6] Rafael Lemus, *Breve historia de nuestro neoliberalismo*, Debate, 2021.

[7] Octavio Paz, "Historias de ayer II", *La Jornada*, 11 de agosto de 1988.

[8] José Woldenberg, *Historia mínima de la transición democrática en México*, El Colegio de México, 2012.

[9] Lorenzo Meyer, *Nuestra tragedia persistente*, Debate, 2013.

Capítulo 8

Mujeres del alba

La borrada

Pero esta historia no empieza en 1982, año que algunos académicos marcan para el inicio del neoliberalismo en México. O en 1988, año del fraude electoral contra la izquierda. Tampoco en 1992, con el "reformador" Carlos Salinas de Gortari. O en 1993, cuando la derecha salinista siente que México camina sobre el verde y húmedo pasto de la modernidad y se ha consolidado su tan anhelado proyecto político-patronal para las siguientes generaciones.

Esta historia tiene otros comienzos menos arrogantes. Empieza donde empieza: apenas tres años antes del asesinato de Epifania Zúñiga, de 47 años. Ella, su esposo Rubén Jaramillo Méndez, de 69, y sus hijos Filemón, de 24, Ricardo, de 28, y Enrique, de 20 años, fueron víctimas de un atroz crimen de Estado. Primero les cerraron todas las puertas cuando pedían pan, tierra y libertad. Luego los cercaron —literalmente— en su casa, los sacaron a empujones y gritos, los amenazaron y torturaron; los llevaron a unas ruinas prehispánicas y una partida militar los fusiló pero no en grupo, sino uno a uno para que los últimos vieran caer a los primeros. Una parte de la prensa de la Ciudad de México ayudó, antes y después de su muerte, a crearles una imagen de violadores, rateros y matones, por si alguien se interesaba en levantar un dedo se la pensara dos veces.

Una familia de campesinos y pastores que cuidaba el sitio arqueológico de Xochicalco, en el estado de Morelos, fue testigo del crimen. Muchos años después se sabrá que la policía política del gobierno la obliga, ese 23 de mayo de 1962, a levantar a Epifania y su familia del lugar de su asesinato. Los cuerpos, salpicados de sangre, tierra y oprobio fueron hallados después en un anfiteatro, muy maltratados, unos en las planchas y

otros en el suelo. Uno de ellos tenía puños de tierra en la boca porque se había atrevido a protestar mientras los torturaban. La familia que atestigua la brutalidad será forzada a no decir una sola palabra en las siguientes décadas, bajo la amenaza de que las bestias volverán con un nuevo encargo.[1]

La historia empieza donde empieza: en 1959, muy lejos de Morelos, en Chiapas, con el nacimiento de una niña en la comunidad indígena tzotzil de San Andrés Larráinzar, hoy San Andrés Sacamch'en de los Pobres. No hay certeza del día y del mes en que vio la luz por primera vez y tampoco se sabe bien su nombre civil, sobre el que caen capas y capas de piedra y lodo. A la niña la borró el Estado apenas nació: ni siquiera se sabe si sus padres la registraron, mucho menos si recibió vacunas porque, eso sí está claro, instrucción formal en una escuela primaria no recibió. Además la borró la sociedad mexicana, para la que apenas existen los pobres y los indígenas. Y años más tarde se borró ella misma para irse a la clandestinidad.

Así renació con un nuevo nombre, uno rebelde que la acompañará hasta el día de su muerte, el 6 de enero de 2006. Esa niña, que alcanzaría apenas un metro y 40 centímetros de estatura en su edad adulta, más adelante se llamará Comandanta Ramona.

A pesar de ser la mujer más representativa del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) —aunque no la única—, la biografía de la Comandanta Ramona se esconde tras dos pasamontañas, uno físico y otro figurado. Los datos sobre ella surgen de entrevistas centradas en los problemas indígenas, breves declaraciones en eventos públicos o en perfiles que se escribieron en los momentos en los que tuvo alguna relevancia visible para los demás. A Ramona se le aborda con generalidades sobre su vida, previo a su incorporación al Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN. Se sabe que fue profundamente pobre y de oficio tejedora, como muchas otras mujeres de su comunidad. Y no hay mucho más.

El 1º de enero de 1994, cuando la cortina cae y una movilización indígena armada exhibe ante el mundo un México donde los ricos se han hecho obscenamente más ricos y los pobres mueren por enfermedades

curables, la Comandanta Ramona encabeza a los cerca de mil milicianos que, armados con palos y —si les va bien— con rifles de un tiro, toman San Cristóbal de las Casas. Entre ellos estaba la mayor insurgente Ana María, encargada de bajar y guardar la bandera de México de la Presidencia Municipal en señal de que la plaza había sido tomada.

La historia personal de Ana María, oficial del Ejército Zapatista, es más conocida. Pero puede dar una idea de la vida de Ramona, dado que compartieron —con diferencia de unos 10 años entre ellas, aproximadamente— la misma región y las mismas discriminaciones por su color de piel, por ser mujeres, por su origen y largos etcéteras. En una entrevista realizada por Matilde Pérez U. y Laura Castellanos para *La Jornada*, publicada el 7 de marzo de 1994, Ana María, entonces de 26 años de edad, cuenta:

> Yo soy insurgente. He dedicado toda mi vida y tiempo a la causa. Es una historia muy larga. Desde los ocho años yo participaba en luchas pacíficas, en marchas, en mítines. Mi familia es gente luchadora que siempre ha estado organizándose para tener una vida digna, pero nunca lo logramos por esta vía. Estábamos en una organización con otras personas, con otros pueblos. Allí íbamos todos, también los hijos, y es así como fuimos tomando conciencia de que con luchas pacíficas no íbamos a lograr nada. Esto ha sido así durante años y años.[2]

Prosigue:

> Mi familia, antes de nacer yo, ya estaba luchando. [Al Frente de Liberación Nacional-EZLN] llegué desde muy jovencita; tenía 14 años cuando entré a la lucha. Al principio éramos sólo dos mujeres de las 8 o 10 personas que hace más de 10 años empezamos el movimiento. Muchas de las mujeres que han entrado al EZLN han llegado sin avisar a sus familias. Yo cuando salí de mi casa y me enteré de que existía una organización armada, me decidí y me dije: ¡yo también voy a tomar las armas!, porque uno de mis hermanos ya estaba pero mis papás, la mayoría de mi familia, no sabían nada. Entonces salí huyendo de mi casa y fui a buscar a mis compañeros para poder integrarme también y así pasé muchos años aprendiendo y participando en esto sin que mi familia se diera cuenta. Esto ha pasado en muchos lugares, en muchas familias. Allí, mi hermano y yo aprendimos las primeras letras y a hablar la castilla [castellano, español]. Después nos enseñaron tácticas de combate y política para poder hablar con el pueblo y explicarle nuestra causa. Pedimos tierra y el gobierno no la daba, entonces empezaron las tomas y la respuesta era la represión. Entonces nos dijimos: “Si a la buena no la dan, entonces a la mala la tomamos”, [y] empezamos a armarnos.

El año en que nace Ramona —1959, hasta donde sabemos— es uno de los más importantes para los movimientos de izquierda en México, armados o sociales. Por un lado, la Revolución cubana derroca a Fulgencio Batista el 31 de diciembre de 1958; por el otro, una serie de movilizaciones obreras acompañan el estallamiento de la huelga ferrocarrilera, el 25 de febrero de 1959.

Para la izquierda mexicana no partidista de la segunda mitad del siglo XX, la Revolución cubana tuvo una enorme influencia pero un significado atemperado. Fidel Castro nunca quiso involucrarse con los movimientos izquierdistas armados en México y a la vez sostenía un diálogo fluido con los gobiernos priistas. Aun así, algunos autores coinciden en que, tanto en el campo como en las ciudades, su triunfo renovó los bríos entre quienes se sentían acorralados. Uno de los que encontraron motivación en el triunfo de los revolucionarios cubanos fue el Grupo Popular Guerrillero, organizador del fallido asalto al cuartel de Madera en la sierra de Chihuahua, según Octavio Rodríguez Araujo en *Las izquierdas en México*.[3] Es importante: Cuba inspira hasta Madera, y luego Madera se disemina por todo México. Aunque Fidel Castro no quería meter las manos, con el tiempo y sin quererlo, las metió.

Laura Castellanos aporta, en *México armado*:

> En pleno auge de la política industrial de López Mateos había triunfado y se consolidaba la Revolución cubana. El escenario mexicano, describe Armando Bartra en *Los herederos de Zapata*, ya era de por sí candente: a fines de los cincuenta y principios de los sesenta, mientras los ferrocarrileros, maestros, telegrafistas, metalúrgicos, petroleros y telefonistas eran reprimidos por exigir la dignificación y autonomía de la vida sindical, campesinos de Morelos, Sonora, Sinaloa, Nayarit, Baja California y Chihuahua se lanzaban a una "nueva y espectacular etapa de luchas por las tierras". Como respuesta, dirigentes de luchas sociales fueron perseguidos; algunos, como Jaramillo, asesinados. Otros más, por su activismo político de origen agrario, obrero, magisterial, comunista, periodístico o artístico, como David Alfaro Siqueiros, Demetrio Vallejo, Filomeno Mata Alatorre, Dionisio Encina, Valentín Campa, Miguel Aroche Parra, Alberto Lumbreras y Hugo Ponce de León, entre una veintena más, fueron encarcelados, en la mayoría de los casos acusados de disolución social y eran tratados como delincuentes comunes.
>
> Las pasiones de la izquierda habían sido atizadas a partir de 1959 por la victoria de la Revolución cubana. El mundo entero constataba con sorpresa cómo un grupo de jóvenes había encabezado una lucha armada para tomar el poder e instaurar una sociedad socialista en plena era

de la Guerra Fría. Como respuesta, Estados Unidos acrecentó su amenaza intervencionista y militar en la región, pues consideraba que el concepto de seguridad en América Latina se hallaba amenazado. En México, la izquierda buscaba hacer frente a la embestida estadounidense. Se aglutinó en torno a la figura del general Lázaro Cárdenas, que convocó a la organización de la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz, a la que acudieron delegaciones latinoamericanas, asiáticas y africanas para manifestar su apoyo a la soberanía cubana y criticar al "imperialismo opresor". De la conferencia, realizada en marzo de 1961, nació en el país el Movimiento de Liberación Nacional (MLN). Creado sin pretensiones partidistas, hizo confluir a organizaciones sindicales, campesinas y civiles, así como a activistas independientes para luchar por la soberanía del país, el respeto a los derechos democráticos, la libertad de los presos políticos, el cumplimiento de una reforma agraria y para articular una defensa de la isla caribeña. Su comité fue integrado por intelectuales de la talla del catedrático Heberto Castillo, el filósofo Eli de Gortari, el escritor Carlos Fuentes, la feminista Adelina Zendejas y el periodista crítico Manuel Marcué Pardiñas, director de la revista *Política*, entre otros.

Rodríguez Araujo afirma que Cuba ejerció una fuerte influencia en los dirigentes que encabezaron el asalto al cuartel de Madera, pero también por su propia experiencia con los acaparadores locales y por su frustración:

El grupo guerrillero fue gestándose precisamente en esas luchas campesinas, sistemáticamente reprimidas por paramilitares y militares, y sin perspectiva de negociaciones institucionales, ya que tanto el Gobernador como el Presidente del país les dieron la espalda para favorecer a los terratenientes. Lamentablemente, en ese asalto del 23 de septiembre de 1965 murieron casi todos los guerrilleros, por falta de coordinación: por un lado habían subestimado el número de efectivos del Ejército y, por otra parte, no llegaron a tiempo quienes tenían la encomienda de llevar el armamento principal. Sus dirigentes principales fueron Arturo Gámiz García y Pablo Gómez Ramírez y hay documentos, entre estos uno de Gámiz, que señalaron que si bien no habían madurado todas las condiciones para la lucha armada estas madurarían al calor de las acciones revolucionarias que emprenderían. Quizá demasiado optimismo o saturación por la situación que vivían.

Algunos autores, dice Rodríguez Araujo, consideran que se trata de la primera guerrilla del México contemporáneo.

Y no dejó de ser una sorpresa que varios de sus miembros tuvieran su origen (aunque luego rompieran con ellos por "reformistas") en el Partido Popular Socialista y en la Unión General de Obreros y Campesinos de México del estado de Chihuahua. En honor de ese grupo guerrillero,

> otro, formado años después, adoptó el nombre de la Liga Comunista 23 de Septiembre. El Grupo Popular Guerrillero influyó también, pese a su derrota, en la fundación de la Liga Comunista Espartaco, según la opinión de Mario Rechy, y probablemente también en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria Estudiantil, ambas organizaciones de orientación espartaquista-maoísta. Madera también inspira al Movimiento de Acción Revolucionaria 23 de Septiembre.
>
> Interesa destacar que varios de los líderes del Grupo Popular Guerrillero habían tenido raíces no sólo en el movimiento campesino de Chihuahua sino en las escuelas normales rurales de la entidad en donde eran profesores, como también fue el caso de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas en Guerrero. Podría pensarse que como profesores pertenecieron a la categoría de los intelectuales, pero su compromiso no era con estos sino con sus compañeros campesinos, jornaleros y estudiantes rurales, característica común de quienes componían y componen la Federación de Estudiantes y Campesinos Socialistas de México creada en 1935.

A su vez, Laura Castellanos destaca en su obra, una de las más profundas sobre los movimientos armados en México, que "el ataque fallido al cuartel Madera producirá una onda expansiva que trascenderá para convertirse en símbolo de lucha armada de otros jóvenes en el país. El suceso inspiró media decena de grupos armados en el estado, y la fecha de la caída será conmemorada por la guerrilla urbana con mayor presencia en México: la Liga Comunista 23 de Septiembre, creada ocho años después, en 1973".

Carlos Montemayor escribe en la revista *Fractal*:

> Pero entender la relevancia del EZLN implicaba —o mejor, implica— reconocer que la insurrección no se inició el primero de enero de 1994, sino varias décadas antes. México ha vivido en estado de guerra de manera casi ininterrumpida al menos desde el amanecer del 23 de septiembre de 1965, cuando un grupo de jóvenes guerrilleros quiso tomar por asalto el cuartel militar de Ciudad Madera, población de la sierra de Chihuahua muy cercana a los límites del estado de Sonora. El amanecer zapatista del primero de enero de 1994 en los Altos de Chiapas comenzó ese amanecer del 23 de septiembre de 1965 en la sierra de Chihuahua. Señalo esta fecha por la continuidad de las luchas armadas que vivió el país entero durante los siguientes casi treinta años, aunque en la década de los cincuenta el estado de Morelos fue escenario de otro importante movimiento guerrillero encabezado por Rubén Jaramillo, movimiento también de raigambre zapatista y de bases campesinas e indígenas. Durante el gobierno de Adolfo López Mateos (1958-1964) este guerrillero depuso las armas, fue amnistiado, recibido en Palacio Nacional para una especie de ceremonia oficial de conciliación y poco después traicionado y asesinado arteramente por un grupo de soldados en los alrededores de Xochicalco. El asesinato de Rubén Jaramillo fue uno de los acontecimientos que más recordarían los grupos armados de origen campesino e indígena y su propio nombre aparecería ligado en décadas posteriores a

> varios movimientos de importancia, fundamentalmente en el estado de Morelos, aunque relacionados en distintos momentos con grupos como el Partido Revolucionario Obrero Campesino Unión del Pueblo (PROCUP) y el Partido de los Pobres (PDLP) de Lucio Cabañas.[4]

Montemayor, uno de los pioneros en el análisis de los movimientos revolucionarios armados de México, añade:

> A partir de 1965 se inició en diversas zonas de México una lucha de numerosos movimientos armados que quizás alcanzó su fase más intensa de 1971 a 1977. Estos movimientos no desaparecieron del todo durante la década de los ochenta, puesto que varias de esas agrupaciones intervinieron activamente en las zonas de las cañadas de Chiapas y su trabajo de organización fortaleció las bases que posteriormente serían del EZLN. No es posible, sin embargo, señalar una línea divisoria clara entre los grupos propiamente armados y las organizaciones populares activas, cambiantes y complejas que enarbolaron reivindicaciones agrarias, magisteriales o sindicales. La insurrección armada de Rubén Jaramillo fue resultado de la radicalización de la lucha cañera en Morelos; los guerrilleros de 1965 en la sierra de Chihuahua fueron resultado de la radicalización de cierto grupo, un mucho más vasto y complejo movimiento campesino que desde 1959 comenzó a manifestarse, cohesionarse y extenderse por varias zonas de los estados de Sonora, Chihuahua y Durango, algunos de cuyos líderes y organizaciones se mantienen activos y combativos (en cauces legales hoy, ciertamente, pero combativos al fin); los movimientos guerrilleros de Genaro Vázquez Rojas y de Lucio Cabañas fueron resultado de la radicalización provocada por la represión del gobierno del estado de Guerrero y las fuerzas caciquiles que asfixiaban demandas agrarias de la Costa Grande guerrerense y de la sierra de Atoyac, represión violenta que durante 1995, en las mismas zonas y contra campesinos otra vez inermes, ahora en Aguas Blancas, se ha vuelto a manifestar impunemente.

Montemayor concluye:

> Por lo tanto, debemos tomar en cuenta que organizaciones armadas como las que acabo de enlistar han formado parte o se han radicalizado al paso de movimientos sólo u originalmente: populares. La presencia de estos movimientos ha sido notable y ha exigido el despliegue durante varios años de las fuerzas militares y de corporaciones policiacas especiales. Son ejemplo sobresaliente de la capacidad de lucha y del silencio oficial que se ha guardado en México durante décadas.

Sin embargo, los movimientos sociales de izquierda nunca o casi nunca tienen una correspondencia con el Partido Comunista Mexicano y similares, que sufrió, gran parte del siglo XX, una parálisis voluntaria o involuntaria

que lo alejó de las acciones en campo y lo marginó a sus propios laberintos ideológicos, de élite. Demasiado preocupado en no desencajar con los gobiernos mexicanos en turno y con las directrices desde Moscú. Y eso sucedió con la huelga de los trabajadores ferrocarrileros en 1959, a la que se sumaron los maestros, los telegrafistas, telefonistas, metalúrgicos y sindicatos independientes. El Partido Comunista se atoró en interpretaciones y discusiones bastante —visto con los años— mediocres y calculadoras. Les dieron la espalda a los obreros. Rodríguez Araujo explica:

> El Partido Popular de Lombardo Toledano, como ya era tradición, se deslindó de los trabajadores ferroviarios, y el PCM [Partido Comunista Mexicano] y el Partido Obrero Campesino Mexicano no supieron interpretar los signos de los tiempos: desde julio de 1958 la dirección del Partido Comunista apoyó el programa de los ferrocarrileros pro gobiernistas en el Sindicato y, más adelante, confió en que el nuevo presidente de la República, Adolfo López Mateos, no reprimiría a los trabajadores en el inicio de su mandato. Pero, además, tanto el PCM como el POCM [Partido Obrero Campesino Mexicano] permitieron que la lucha de los ferrocarrileros llegara a un punto muy arriesgado: el triunfo o la derrota total, rebasando sus propias posibilidades y su fuerza como movimiento en un ambiente de visceral anticomunismo de tipo macartista en la esfera de gobierno.
>
> Los ferrocarrileros fueron derrotados y dentro del Partido Comunista Mexicano y del POCM hubo críticas muy severas a sus respectivas direcciones. José Revueltas, por ejemplo, señaló que hubo "una política seguidista (principalmente la de los paros) aplicada por los partidos obreros, los cuales marcharon a la cola de las masas en la creencia de que el movimiento tenía un carácter económico". Y, a mi juicio, tuvo razón. La dirección comunista (así como Lombardo Toledano) no se percató de que el movimiento rebasaba su carácter económico (salarios) y que era también político, por la democracia sindical, es decir por sacudirse a los dirigentes oficialistas y elegir, democráticamente, a los que decidieran las bases sindicales. Las demandas políticas, como bien se sabe, no son igualmente absorbibles por el sistema de dominación que las económicas, pues las primeras cuestionaban por sí mismas dicho sistema y lo ponían en riesgo de una crisis, y más cuando se trataba de movimientos en empresas e instituciones estatales o protegidas por el gobierno. Como bien dijera Labastida, el gobierno reprimió a los trabajadores, más que por sus demandas económicas, para "desbaratar la más fuerte organización independiente del proletariado" y por su "oposición revolucionaria [y] de clase". Y esto no fue sólo en el movimiento ferrocarrilero, sino también en el del magisterio iniciado en 1956-1957, en el de los electricistas por esas mismas fechas y entre los petroleros del Distrito Federal que exigían la derogación de los artículos del estatuto del sindicato que establecían la afiliación colectiva al PRI.

Las luchas sociales de la izquierda en los años en que nace Ramona no tienen un impacto, en su momento, para su vida. Será mucho después. Para ella, como para muchas mujeres en esa región del México abandonada por todos, no hay puertas cerradas porque no hay puertas; no se les cierran las alternativas porque eso, "alternativa", es una palabra que nunca entró a su diccionario.

Lorenzo Meyer apunta en *Nuestra tragedia persistente*:

> Cuando México se transformó en país independiente, las cosas no cambiaron mucho. Legalmente México dejó de ser una sociedad de castas y ya no se pudo hablar de indios y blancos, y menos de gente de costumbres y de razón. Pero la élite se expresó de los que aún eran mayoría de manera aún más despectiva que antes. Por ejemplo, José María Luis Mora, el gran liberal, afirmó que aunque despertasen compasión, los indios, "envilecidos restos de la antigua población mexicana", no podían considerarse la base de una sociedad progresista "hasta que no hayan sufrido cambios considerables, [de lo contrario] no podrán nunca llegar al grado de ilustración, civilización y cultura de los europeos". Al enfrentar a los chamulas en rebelión, en 1869, el gobernador de Chiapas los describió como una raza valiente pero "que puede reputarse virgen en todas las cuestiones políticas que han diezmado a la República […] una raza sin aspiraciones y sin necesidades; una raza acostumbrada a todos los ejercicios groseros e intemperie del campo y sin más instinto que el de reproducirse". Al despuntar el siglo XX, en marzo de 1908, el propio Porfirio Díaz explicó a James Creelman, periodista norteamericano: "Creo que la democracia es el único principio del gobierno, aun cuando llevarla al terreno de la práctica sea posible sólo en pueblos altamente desarrollados", una manera más elegante de sintetizar las tesis anteriores, o las que 99 años más tarde se seguirían sosteniendo entre algunos miembros de la élite y la clase media, según las cuales sólo un pueblo que efectivamente sabe leer, escribir y sumar puede realmente aspirar a una vida política democrática.

Muchos años después de su nacimiento, incluso después de que Ramona toma las armas —y Salinas de Gortari, todavía en el poder, se celebra a sí mismo—, las condiciones para los más pobres no mejoran. Son los años del capitalismo salvaje. La periodista Daniela Barragán García escribe en el diario digital mexicano *SinEmbargo*: "Una revisión de los números de Carlos Salinas en materia de desigualdad, pobreza, crecimiento, empleo y salario, basado en las cifras oficiales, expone la tendencia negativa que dejó esa administración, la primera en aplicar la política neoliberal, herencia del gobierno de Miguel de la Madrid Hurtado".[5]

Barragán García describe la evolución de la desigualdad:

El Coeficiente de Gini contempla niveles situados entre cero y uno, el cero es perfecta igualdad y uno, desigualdad total. En el caso de Carlos Salinas de Gortari, la desigualdad en su primer año, 1989, se situó en 0.465 puntos y terminó en 0.477. Para 1990, había dado un brinco a 0.562. Luego vino Ernesto Zedillo Ponce de León, que tuvo un máximo en su último año de gobierno —que fue el 2000— y registró un coeficiente de 0.552 puntos. Con Vicente Fox Quesada se restableció y logró bajar a 0.454 puntos, y con Calderón, el Coeficiente pasó de 0.505 a 0.509 y cerró 2012 con 0.498 puntos. En el sexenio de Enrique Peña Nieto volvió subir a 0.503 para 2014, y en 2016, que es el último año disponible, la desigualdad fue de 0.498 puntos. Fue hasta el año 2002 que se tuvo un nivel de desigualdad más bajo que el de 1989, primer año de gobierno de Salinas. El nivel más alto fue el registrado en el 2000, con 0.552 puntos.

Y sobre la pobreza observa:

De acuerdo con los datos del Coneval, la cantidad de personas en pobreza pasó de 53.2 por ciento a 43.6 por ciento en los últimos 27 años. Salinas dejó un país con 52.4 por ciento de pobres, Zedillo lo recibió y en 1996 dio el brinco más alto de la historia reciente: lo ubicó en 69 por ciento. Es en los sexenios panistas en que la cifra pasa del 50 por ciento en 2002 a un 42.9 por ciento en 2006. Luego de ese año, la reducción de pobreza comienza a ser lenta. Felipe Calderón dio saltos de 44.4 por ciento a 46.1 por ciento, para terminar 2012 con 45.5 por ciento. Al momento se tienen datos de 2014 y 2015, referentes al sexenio de Peña Nieto, que dan un 46.2 por ciento a 43.6 por ciento respectivamente.

Sobre el salario, dice la periodista que

los números indican que no ha hecho más que aumentar y sin embargo el poder adquisitivo muestra el deterioro de los bolsillos de los mexicanos. En 2018, el salario real perdió el 13.42 por ciento del poder adquisitivo, la cifra más alta en los últimos tres sexenios, según una investigación del Centro de Análisis Multidisciplinario (CAM) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). El análisis detalla que al 1 de diciembre de 2012 el salario mínimo nominal era de 62.33 pesos, mientras que para el 1 de enero de 2018 el salario mínimo es de 88.36, lo que arroja una diferencia de 41.8 por ciento, menor a la cifra señalada por Peña Nieto, que fue de 45 por ciento. En el estudio *México 2018: otra derrota social y política a la clase trabajadora; los aumentos salariales que nacieron muertos*, los especialistas de la UNAM exponen que en 1987 se requería laborar cuatro horas con 53 minutos para obtener la Canasta Alimenticia Recomendable, mientras que para el 26 de octubre de 2017 eran necesarias 24 horas con 31 minutos. “En 1987 le restaban al trabajador 19 horas y siete minutos para transportarse, comer, asearse, convivir con su familia, salir a pasear y dormir, entre otras actividades, y para

> octubre de 2017 el tiempo necesario para comprar la canasta ha sobrepasado un día completo", remarcaron. En 30 años se perdió el 80 por ciento del poder adquisitivo, según la UNAM. El Coneval ha señalado al respecto que entre 1992 y 2016 el ingreso de los hogares tuvo fluctuaciones que no permitieron mejoras permanentes en el bienestar de sus integrantes, por lo que el salario "errático" se convirtió en una de las causas por las que en este país no se logra salir de la pobreza.

ELLAS, EN LAS QUE NADIE REPARA

Son las raíces del Ejército Zapatista de Liberación Nacional las que explican su exitosa irrupción el 1º de enero de 1994, y que sus militantes estuvieran borrados durante tanto tiempo para las autoridades. No sólo Ramona: mujeres y hombres, en su mayoría indígenas, pudieron construir una red extensa de insurrectos en completo silencio. En los años en los que un grupo de jóvenes encontró una especie de refugio para ellos y sus ideas en lo profundo de la Selva Lacandona —prácticamente después de la matanza del 2 de octubre de 1968—, las fuerzas de seguridad arrasaban con pueblos, daban golpes en casas de seguridad y torturaban y mataban jóvenes por todo el país. Entre 1969 y hasta 1977, todo aquello que se mueve es víctima de la ferocidad del aparato represor del Estado. Incluso sus familias, sobre todo las mujeres.

Tres párrafos de Laura Castellanos son obligatorios. De su obra *México armado*, párrafos que ejemplifican el horror de un régimen corrupto, violento y enfermizo. Tres párrafos y cada línea debería ser razón para abrir expedientes y manchar con aceite quemado las lápidas de las bestias que cometieron los abusos y murieron en la impunidad. Tres párrafos que tocan todo: los inocentes, las policías, los militares, los jueces, los carceleros, las redes de abogados extorsionadores y la prensa, la vergonzosa prensa mexicana, siempre (con excepciones contadas) al servicio de los poderes.[6]

Uno:

> Por el solo hecho de ser familiares de militantes armados podían sufrir la tortura, e incluso la muerte. Así ocurrió con el hermano del desaparecido Rafael Ramírez Duarte, Juan, ejecutado, y

con su esposa María de los Ángeles, secuestrada en el Campo Militar Número Uno, liberada, pero muerta a consecuencia de las hemorragias internas provocadas por la tortura. También podían padecer el secuestro en una cárcel clandestina, como le sucedió a la familia de Margarita Andrade Vallejo, Andrea; o sufrir el acoso policiaco, como le pasó a la señora Elisa Gutiérrez de Cortés, madre de cuatro guerrilleros de Oaxaca. Podían, a su vez, ser despojados de documentos, dinero, bienes. O incluso, padecer la toma de la misma casa por policías judiciales, el secuestro del marido y la desaparición del hijo, como sucedió a la señora María Isabel Román de Mayoral.

Dos:

Ni siquiera la detención y el encarcelamiento de militantes es garantía de salvaguarda para sus familias. La simple visita a los penales es una acción temeraria. La hermana de Domingo Estrada Ramírez, Teresa, es desaparecida después de visitarlo en Lecumberri en 1974; la hermana de Aurora Castillo, Argelia, de veinte años de edad, es detenida tras visitarla en prisión en octubre de 1977. Queda ciega por la golpiza sufrida. Un mes después el cadáver de su hermano Abraham, de veintiséis años, aparece en una carretera con señas de tortura.

Tres:

No hay autoridad que quiera frenar los actos delictivos policiaco-militares. Muchos son los abogados que extorsionan a las familias. Pocos, los que se atreven a llevar los casos de quienes cometieron actos de subversión, aun en riesgo de su propia integridad. De manera precursora lo hace el abogado José Rojo Coronado en la capital mexicana, que es secuestrado y baleado en un pierna en 1974, y Enrique Velásquez y Alejandro Herrera en Guadalajara, entre otros. Los medios de comunicación simplemente están cerrados a las familias, difunden con sensacionalismo los saldos de las acciones armadas, y los pocos periodistas que se atreven a denunciar los atropellos ocurridos son censurados e intimidados por la Secretaría de Gobernación. Pero en medio de la rabia y el dolor, de la cotidianidad empapada de angustia, miedo e impotencia, algunas familias, principalmente sus mujeres, comienzan a romper el cerco.

Hijas y abuelas, esposas y madres pagan, durante todo el siglo XX, por los levantados. Ellas los buscan cuando los desaparecen; lavan sus cuerpos manchados de sangre por la tortura y por las balas. Ellas, que no dormirán hasta que las maten o hasta dar con los huesos que un día tuvieron músculo y venas. Ellas, que despiertan al alba por los que salen con la idea de que derrocarán a sus verdugos y volverán. Y ellas, que toman las armas, también, como Ramona.

Carlos Montemayor tiene, en *Las mujeres del alba*, una de las obras más conmovedoras de las que están detrás —y que están enfrente, en realidad—; de ellas, en las que pocos reparan. Si los insurrectos caídos son cubiertos de ignominia, lanzados a las fosas comunes —cuando aparecen, porque muchos siguen desaparecidos— y borrados de la Historia, las abuelas, las madres y las esposas tienen que esconder el dolor, asumir la pérdida y ya: el Estado no da espacio ni para las lágrimas, mucho menos para los reclamos. Montemayor ve con los ojos de ellas, abuelas, madres y esposas de los que fueron al fallido golpe al cuartel de Madera; los que, hartos de la explotación y de los caciques insaciables de Chihuahua que los han dejado en cueros, un día, el 23 de septiembre de 1965, deciden dejarlo todo para gritar: ¡Basta!

La obra de Montemayor detalla, con los ojos de ellas, lo que es esperar a los que se han ido y luego asumir que perdieron en la batalla. A continuación, algo de Albertina, madre de José Antonio:

> "Es mi hijo", le respondí al capitán, que seguía negando con la cabeza, "es José Antonio Escóbel Gaytán, necesito llevármelo". "De aquí no se lleva a nadie, señora", me espetó el capitán. "Quiero hablar con su superior", repliqué. "Aquí no hay más superior que las instrucciones que nos han dado". Varios soldados acompañaban al capitán, y me miraban con desconfianza. Habían reunido los cuerpos en la tierra. Mi hijo estaba con los ojos abiertos; los cerré. Quise hacerlo con otro de los muchachos y me lo impidieron, ya no pude acercarme. El profesor Arturo Gámiz estaba muy lastimado de la cabeza. No reconocí a los otros caídos. Yo deseaba que de algún momento a otro se incorporaran. Todos traían chamarra. El sol estaba elevado ya, pronto sería mediodía, pero sentí más frío, mirando los cuerpos, viendo a mi hijo sin que pudiera abrazarlo, tocarlo, limpiar sus heridas, sacudir su pelo, quitarle el lodo y la sangre. Sin poder llorar como quería, porque no deseaba darle a los soldados la satisfacción de verme llorar, de mostrar mi sufrimiento, de que se mofaran del dolor. Habían retirado de mí a las niñas que me acompañaban; yo me volvía a verlas, estaban quietas, esperándome a varios metros de distancia, junto a la entrada del cuartel. Yo sentía que era un tronco hundiéndome en la tierra, prendida junto a los cadáveres de los muchachos, junto a mi hijo. No soportaba abandonarlo, verlo ahí, entre los soldados fríos y altivos. "Tiene que retirarse, señora", insistió el capitán. Salieron dos soldados de la barraca del cuartel y hablaron en voz baja con él. Asintió, sin contestar palabra. Volvió a pedir que me retirara. Yo veía el cadáver de mi hijo y sentí que me arrojaban del mundo, que me arrojaban al vacío. "¿Por qué retienen su cadáver? Es mi hijo", repetí. "Ellos vinieron aquí por su propia voluntad, señora, así que aquí se quedan. Nosotros los llevaremos al panteón más tarde. Lo sabrá en su momento". No contesté. El capitán me miró impaciente. "Retírese",

> ordenó secamente. Cuando llegué con las niñas, estaban nerviosas, a punto de llorar. Me parecía increíble que yo me estuviera retirando de ahí, que el cuerpo de mi hijo quedara a mis espaldas, lejos, en otra parte del mundo, o en otro mundo remoto, desconocido. Me costaba trabajo caminar. Sentía las piernas pesadas, duras, como si llevara una carga inmensa.[7]

(En esa lucha mueren Arturo Gámiz García, Pablo Gómez Ramírez, Emilio Gámiz García, Antonio Scobell, Óscar Sandoval Salinas, Miguel Quiñones Pedroza, Rafael Martínez Valdivia y Salomón Gaytán. Cinco escapan: Ramón Mendoza, Guadalupe Scobell Gaytán, Florencio Lugo, Francisco Ornelas Gómez y Juan Fernández Adame).

Pero son las raíces las que explican por qué el EZLN estuvo borrado por tanto tiempo para las autoridades. En 1969 un grupo de jóvenes acude al llamado de Mario Menéndez, entonces director de la revista *Por qué?*, a crear en la Selva Lacandona un grupo armado, identificado como Ejército Insurgente Mexicano. Laura Castellanos dice que, de manera inexplicable, Menéndez cancela el campo de entrenamiento y les dice a los jóvenes, que habían llegado de distintas partes del país, que no hay recursos.

> Pero estos no se conforman con el plantón, ya estaban encarrilados. Con otros miembros del grupo frustrado, Alfredo Zárate, dirigente estudiantil y magisterial de Jalapa, Raúl Pérez Vázquez, de Yucatán, y con el hermano menor de César Germán Yáñez, Fernando, fundaron las Fuerzas de Liberación Nacional el 6 de agosto de 1969. Así decidieron emprender la revolución en el territorio aislado, exuberante, de presencia indígena, que acababan de conocer.[8]

No es que no paguen con vidas su atrevimiento: en la década de 1970 todos pagan. Pero en las siguientes casi dos décadas, sin embargo, podrán borrarse. Hasta aquel 1º de enero de 1994, ya para la historia.

Otra vez Carlos Montemayor, ahora en *Guerra en El Paraíso*. Los soldados escurren la sierra, la cercenan. Quieren a Lucio Cabañas y lo quieren ya: de preferencia hecho pedazos. Lucio se ha levantado por hambre, cansado de los abusos. Sueña con un país que lo incluya. Ese es su pecado. Y corre con huaraches y armado, por las cañadas y los cerros. Y el Ejército, como herbicida, pisa los pueblos y las plantas y los bosques y los

llanos y las casuchas pisa, y todo lo que pisa se seca, y a donde van sus ojos se marchita. Montemayor dibuja, fino, una escena para nunca olvidar:[9]

Piloncillos, 23 de mayo de 1975

Un rumor creciente de soldados, de botas militares, de gritos, de niños que lloraban, se extendía en el poblado, por todas las casas, junto a la cancha de basquetbol donde los muchachos habían suspendido el partido.

—¡Sabemos quiénes son! ¡Sabemos que aquí en Piloncillos hay sobrevivientes de Lucio Cabañas! —gritaba un capitán—. ¡Quiero que los entreguen!

El atardecer era intenso. El cielo parecía más abierto, marcado por la luz rosada que desde el oriente se extendía a lo largo del mundo. A veces una ráfaga de viento anticipaba el frío de la noche.

—¡Apártense todos de la cancha! —gritó el capitán después de varios minutos—. ¡Los otros! —corrigió—. ¡Todos los demás! ¡Que salgan todos de la cancha! ¡Menos los que jugaban, los que estaban jugando!

Varias mujeres comenzaron a llorar, a tratar de interponerse entre los muchachos. El sol que comenzaba a ponerse alargaba la sombra de los cuerpos, de los árboles, de las casas. Los soldados apartaron a las mujeres y a los hombres a golpes, a culatazos, formando un cordón cerrado junto a la cancha. Dos de los muchachos trataron de pasar en medio de los soldados. Uno cayó sangrando de la cara, lacio, con la espalda desnuda, sin camisa. Los soldados dispararon. Los cuerpos comenzaron a caer bajo las ráfagas, destrozados de los brazos, de los cuellos, de las piernas. Tres niños intentaron correr hacia los árboles que se hallaban del lado opuesto. Varias ráfagas de FAL [fusil de combate calibre 7.62 mm, belga] les destrozaron la espalda y los cuellos. La pelota de basquetbol saltó también, hecha pedazos. Uno de los muchachos trataba de levantar la cabeza, abriendo la boca con desesperación; tenía destrozado un brazo y por el vientre escurría la sangre oscura, densa, hasta los huaraches quietos, sucios.

MORIR DE PIE, ESPERANDO

El 23 de octubre de 2019 Rosario Ibarra de Piedra —la que siempre estuvo en todas; la que confrontó presidentes, militares y empresarios; la que parecía incansable— no pudo asistir a la ceremonia donde el Senado de la República le entregaba la Medalla de Honor Belisario Domínguez 2019, que a su vez honra al doctor chiapaneco que murió víctima de tortura y represión, justo un octubre pero de 1913. La entrega de la presea a la

luchadora social tuvo una doble o triple significación porque, además, fue designada durante la primera presidencia de izquierda en la historia reciente de México. María del Rosario Ibarra de la Garza, su nombre de soltera —que realmente no usó—, no pudo asistir dada su salud, quebrantada. Pero envió un mensaje que retumbará mucho tiempo después de su muerte.

Rosario, madre e hija, esposa y abuela, habría de morir sin conocer el paradero de su hijo, detenido, torturado y desaparecido por las bestias del régimen. Fue un mensaje duro, incluso para el presidente Andrés Manuel López Obrador, ese día en el Senado: "Querido y respetado amigo —le dice —, no permitas que la violencia y la perversidad de los gobiernos anteriores siga acechando y actuando desde las tinieblas de la impunidad y la ignominia, no quiero que mi lucha quede inconclusa".

Y luego, en un acto sin precedentes, dejó la medalla en manos del mandatario con una encomienda:

> "Esta presea, que lleva el nombre de un gran revolucionario, Don Belisario Domínguez, y con la cual hoy me honran, trae consigo un gran parto moral ineludible para mi conciencia, y que me alienta aún más a continuar luchando para liberar a esa justicia que fue amordazada y llevada a una cárcel clandestina hace ya tantos años […] Es por eso que dejo en tus manos la custodia de tan preciado reconocimiento, y te pido que me la devuelvas junto con la verdad sobre el paradero de nuestros queridos y añorados hijos y familiares, y con la certeza de que la justicia anhelada por fin los ha cubierto con su velo protector. Mientras la vida me lo permita, seguiré en mi empeño hasta encontrarlo. ¡Vivos los llevaron, vivos los queremos!

La medalla, por supuesto, no fue devuelta en vida a Ibarra de Piedra y, como quizá nunca se sepa la verdad, tampoco *post mortem*. Pero López Obrador siempre la tuvo presente. En la jornada electoral de 2018, cuando ganó la presidencia, anunció su voto por ella y en el discurso del 27 de junio, en el apoteósico cierre de campaña en el Estadio Azteca, AMLO dijo:

> Recordamos con admiración y respeto a quienes han participado a lo largo de los años en movimientos sociales y políticos: campesinos, obreros, estudiantes, maestros, médicos, ferrocarrileros, y defensores de derechos humanos y de otras causas. Aquí destaco la participación de los jóvenes del 68 y de dirigentes como Valentín Campa, Demetrio Vallejo, Rubén Jaramillo, Othón Salazar, Alejandro Gascón Mercado, Heberto Castillo, Cuauhtémoc Cárdenas, Salvador Nava, Manuel Clouthier, Porfirio Muñoz Ledo, Ifigenia Martínez y Doña

> Rosario Ibarra de Piedra, a quien rindo un homenaje. Les adelanto que el primero de julio voy a votar por ella. Lo alcanzado en los últimos tiempos se lo debemos a muchos mexicanos de todas las regiones, culturas y clases sociales del país. En este día memorable recuerdo con cariño a José María Pérez Gay, Arnaldo Córdova, Luis Javier Garrido, Hugo Gutiérrez Vega, Julio Scherer García, Sergio Pitol, Carlos Monsiváis, y celebro que sigan con vida y con el ánimo siempre joven Elenita Poniatowska, Fernando del Paso y Carlos Payán. Nunca olvidaremos a dirigentes sociales, campesinos, obreros, indígenas, amigas, amigos, gente sencilla y buena que empezó la lucha con nosotros y se nos adelantó, mujeres y hombres que fallecieron deseando ver este momento. Estoy seguro que en la noche del domingo desde el cielo van a celebrar el triunfo que ellos ayudaron a construir.

Rosario Ibarra de Piedra se convertirá, sin proponérselo, en la madre de los desaparecidos durante y después de la represión de la década de 1970, y del suyo, Jesús. Después de recorrer cuarteles y aparecerse en eventos públicos de los presidentes Luis Echeverría y José López Portillo, en 1982 se postula por el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), trotskista, compitiendo incluso contra otra figura de la izquierda, Arnoldo Martínez Verdugo, quien disuelve el Partido Comunista Mexicano y ayuda a constituir el Partido Socialista Unificado de México (PSUM), que lo postula. Carlos Illades cuenta en *De la Social a Morena. El desarrollo histórico de la izquierda mexicana*:

> La combativa y vigorosa campaña de Ibarra de Piedra permitió al PRT lograr el registro definitivo como partido político nacional y drenó la votación en favor del hábil político, pero poco carismático Martínez Verdugo. Con menos éxito, el PRT repitió la fórmula en las elecciones intermedias de 1985, logrando no obstante disponer de una fracción parlamentaria en la Cámara de Diputados de la que formó parte Ibarra de Piedra, quien, junto con Cuauhtémoc Cárdenas y Manuel J. Clouthier (PAN), intentaron infructuosamente revertir el fraude en la elección presidencial de 1988.[10]

Rosario Ibarra tiene que enfrentar, casi sola, una lucha por los derechos humanos. Su familia es víctima de desaparición forzada y luego de la represión de Estado que en esos años se extiende por todo el país y que no respeta vidas humanas.

Rosario Ibarra de Piedra cuenta en su ensayo “Experiencias y reflexiones de una luchadora social”:

> Cuando me preguntan cómo inició mi historia de lucha, me vienen a la memoria recuerdos lejanos de mi niñez. Cuando el general Lázaro Cárdenas era Presidente, a mi padre, que era ingeniero agrónomo, le tocó participar en el reparto de la tierra. Nací en 1927; en ese entonces, llegó la gestión de Lázaro Cárdenas y, aunque todavía estaba muy pequeña, siempre estaba con mi papá; mi hermano menor era muy enfermizo y mi madre lo cuidaba todo el tiempo; mientras tanto yo, que era tres años mayor que él, me volví más apegada a la parte masculina del hogar. Mi padre era un hombre bondadoso, tierno, culto, que siempre me trató como una persona mayor. Trabajó en la Agraria Mixta con el General y le tocó el reparto agrario. En una ocasión, Lázaro Cárdenas fue a Monterrey y tuvo un acto en la Alameda. Mi papá al final se acercó y le dijo: "Mi hija lo quiere conocer". El General me tocó la cabeza, me cargó, me devolvió al suelo y me recomendó: "Pórtese bien". Así conocí a Lázaro Cárdenas, a quien admiraba y respetaba; recuerdo bien cuando iba con mi papá al reparto agrario y veía el gozo de los campesinos al recibir aquellas tierras, propiedad de los ricos, que se repartían al fin de manera justa. Desde que estuvimos en Chihuahua, donde nació mi hermana menor, conocí los latifundios y viví la historia de esa época, asimilando todo lo que sucedía. Mi infancia estuvo enmarcada en ese contexto. Al verlo en retrospectiva, me parece ser espectadora de una película que cuenta la vida del país.[11]

Cuenta de ella y de sus hermanos Valdemar y Artemisa:

> Fui una niña feliz, no tuve desgracias mayores, mis padres vivían bien y eran muy unidos. Mis abuelos paternos murieron cuando mi papá era niño, tal como el padre de mi madre; pero a mi abuela materna, que se llamaba Adelaida Villareal, la conocí bien. Mi abuela era una mujer hermosa que leía mucho; quedó viuda a los 38 años con ocho hijos, de los cuales perdió a cuatro. Como no quería vivir de sus hermanos, que eran generales porfiristas (Jerónimo y Sotero Villarreal), puso una panadería, a la cual bautizó: "La Voz del Pueblo". Un día, mi abuela escribió al Congreso pidiendo el voto de la mujer. La única vez que la vi llorar, atravesaba uno de los patios de su casa, ubicada en la esquina de las céntricas calles de Monterrey, entre Zaragoza y Ruperto Martínez, donde estaba la panadería, y llevaba un papel en la mano. Le pregunté a qué se debía su llanto, pero no pudo responderme. Mi padre, que la adoraba, me contó que ese papel contenía la respuesta a su carta, en la cual se leía: "Su petición se archiva por improcedente; las mujeres no están preparadas para votar". Me pregunté entonces por qué mi abuela querría el voto y comencé a investigar sobre el tema. Años más tarde, cuando los trotskistas me nombraron candidata a la Presidencia, recordé mi admiración y respeto por mi abuela, su lucha por los derechos de la mujer. Acepté la candidatura, no sólo por el apoyo de este grupo con la lucha contra la represión y a favor de la vida y libertad de los desaparecidos, sino en memoria de la abuela.

Y un día el horror alcanza a la familia. Ella no se lo esperaba. "Si bien no contaba con un currículo académico, y aunque me casé con un profesor (el

doctor Jesús Piedra Rosales), lo que realmente cambió el rumbo de mi vida y lo apuntó hacia la lucha política y social fue el secuestro de mi hijo Jesús, que fue una terrible sacudida para toda la familia, incluido el resto de mis hijos: María del Rosario, Claudia y Carlos", agrega en ese ensayo.

> Las autoridades decían que Jesús era integrante de la Liga 23 de Septiembre. El proceder del gobierno no fue conforme a la ley. Nunca se abrieron juicios ni se dictaron las penas correspondientes; en cambio, secuestraron a mi hijo, lo llevaron al Campo Militar número 1 y nunca lo volví a ver. Poco a poco me di cuenta de que, como él, había muchísimos otros jóvenes desaparecidos. Comencé a interesarme en el problema y así empezó mi lucha. Mi hijo Jesús era muy joven cuando empezó con la inquietud de muchos jóvenes que vivían en un Estado totalmente reaccionario, con criterios derechistas que trataban como esclavos a los trabajadores; por eso comenzaron los sindicalizados y los muchachos a unirse y a hacer ruido, lo cual obviamente molestó a los poderosos. Se formaron grupos armados y, cuando mi hijo tenía 17 años, lo invitaron a incorporarse a las filas de la Liga 23 de Septiembre. Él, con el ánimo de ayudar, se involucró y lo mantuvo en silencio absoluto hacia nosotros, hasta el día en que no regresó a la casa. Tuve que encontrarme en un periódico a ocho columnas "Cae Piedra Ibarra" y leer en un artículo cómo lo torturaron y lo llevaron al Campo Militar número 1. Fue el inicio de un terrible calvario. A mi esposo también lo detuvieron; tenía 62 años cuando lo sacaron de su consultorio, se lo llevaron a la Judicial y lo torturaron de manera brutal para que les dijera dónde estaba mi hijo. No lo sabía, pero tampoco se los habría dicho. Le fracturaron las vértebras lumbares y no pudo caminar durante mucho tiempo. Entonces nos repartimos las tareas: él se quedó y yo me fui a la ciudad de México a buscar a Jesús.

Y buscando a Jesús fundó el Comité Eureka, pero se le fue la vida. María del Rosario Piedra Ibarra, su hija, quien acude como representante durante la sesión solemne en la Antigua Sede del Senado de la República, lee el mensaje de su madre:

> El mal gobierno mexicano, transgrediendo todas las leyes, privó de su libertad, de su dignidad y de justicia a nuestros familiares, los desaparecidos políticos —explica en su propio texto—. La violencia alcanzó a nuestras familias completas, arrasó con poblados enteros, donde se detuvo a todos los hombres y mujeres viejos, a los que la casualidad los llevó a portar el mismo apellido de los insurrectos que eran buscados y perseguidos. Atestó los caminos de soldados y retenes, donde también se hicieron cientos de detenciones injustas de gente inocente. Llenó de presos políticos las cárceles de todo el país. En las ciudades, las hordas de la Dirección Federal de Seguridad y la Brigada Blanca allanaban los domicilios, saqueando y golpeando a sus moradores y deteniendo a cualquiera. Las cámaras de tortura de los campos militares, las bases navales y

aéreas, y en todos los centros clandestinos de detención, se tiñeron de sangre y retumbaban con los alaridos de dolor de las víctimas.

Mi adorado esposo, firme soporte de mi vida, fue torturado viviendo en carne propia lo que le esperaba a todo aquel que era detenido. Los poderosos del sistema, los empresarios cómplices, sostén de estos malos gobiernos, prestaban sus ranchos para que nuestros desaparecidos también ahí fueran llevados a martirizar. Esta es la única y controvertible verdad.

Párrafos para la historia del horror mexicano:

Compañeras nuestras, como Conchita García y Corral, Elodia García de Gámiz, Alicia Hernández de Vargas, Delia Duarte y Alicia Gutiérrez, antes de unirse a nuestro Comité para seguir buscando a sus hijos desaparecidos, tuvieron que pasar por el martirio de recoger los cuerpos destrozados por la tortura o la metralla de otros de sus hijos. Doña Guillermina Moreno, tan pequeña y tan valiente, se unió a nosotros después del asesinato de su hijo, y permaneció a nuestro lado buscando a los hijos de otras, hasta el día en que, como a las demás, la debilidad y el agotamiento físico o la enfermedad ya no las dejaron continuar. Estos señores del poder quisieron borrar todo rastro de sublevación o rebeldía, pero no pudieron. Siempre queda algo, siempre hay alguien que prosigue por la brecha para seguir abriendo los caminos. Nosotros, entonces, supimos que no podíamos buscar a los nuestros sin pelear también sus batallas. Teníamos los mismos motivos y las mismas justas razones para hacerlo. No tomamos las armas que defienden o hieren los cuerpos, pero usamos en su lugar todo lo que pudimos y tuvimos a nuestro alcance para arremeter contra las consciencias, para sacudirlas, para indignarlas, para marcarlas con la impronta de la rebelión contra la injusticia.

Ellas, y todos los queridos y añorados compañeros que murieron esperando saber de los suyos, y a la justicia que nunca llegó, están en mis recuerdos, gritando junto a mí por nuestros hijos y familiares, increpando y señalando a quienes se los llevaron, tomaron la Catedral o San Hipólito, o la Secretaría de Gobernación o los recintos Legislativos; en las huelgas de hambre o haciendo plantones en las puertas de los campos militares y en los pasos fronterizos. Marchando con los movimientos estudiantiles, campesinos o indígenas; volanteando afuera de las fábricas; visitando los salones de clases en las universidades; crucificándonos en el Zócalo o con el rostro cubierto encadenándonos en El Ángel de la Independencia. Visitando las cárceles en todo el país, boteando para poder tener recursos para los volantes y los carteles y los costosos desplegados. Incitando por todos los medios posibles a las organizaciones políticas, campesinas o sindicales, para que incluyeran entre sus demandas principales la presentación con vida de los desaparecidos políticos; y llamándolos también a la unidad para defendernos todos, con un frente nacional contra la represión. Acudiendo a las instancias internacionales defensoras de los derechos humanos para hacerles ver que aquí en México no sólo éramos las víctimas de un gobierno represor, sino que también éramos las víctimas de la simulación que provocaba la incredulidad y la desconfianza para nuestras denuncias. O reclamando en más de una docena de veces a la ONU [Organización de las Naciones Unidas] por su complicidad con los gobiernos en turno, cosiendo

> o pegando las fotografías en las mantas o poniéndoles cordones para colgarlas de nuestros pechos, o reunidas y planificando qué más podríamos hacer para convencer a la población de luchar contra la desaparición forzada, conviviendo y disfrutando y hasta riendo en esos momentos tan preciados y tan íntimos, o uniendo nuestra lucha a la lucha de Latinoamérica, hermanadas por ser víctimas por el mismo crimen; enfrentando y denunciando lo que en un inicio era sólo sospecha y después supimos con certeza que la desaparición forzada de los nuestros no fueron abusos o excesos de la autoridad, sino que era algo más profundo y terrible que venía del poder, con toda su perversidad siniestra y que lleva el nombre de terrorismo de Estado.

Es la denuncia de Rosario Ibarra de Piedra ante los senadores aquel 23 de octubre de 2019. Tiene 92 años. Resistirá con vida hasta el 16 de abril de 2022. Murió de pie, esperando.

Los lentes de Dení

Dení Prieto Stock y Ramona pudieron haberse conocido. Cronológicamente era posible: la primera nació en 1955; la segunda, se cree, apenas cuatro años después: en 1959. Las dos militaron en las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN), antecedente del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Las dos mujeres, las dos con conciencia social, las dos dedicadas en vida a la causa de la izquierda. Sus caminos se bifurcan en la tragedia.

A Dení la asesinaron los militares en la "Casa Grande", un cuartel clandestino en el que cuidaba conejos y hortalizas. Tenía 19 años y apenas recibía instrucción con armas. Fue el 17 de febrero de 1974. Fue en los días en que se llamaba "María Luisa", nombre de la clandestinidad, como quizá lo sea "Ramona". Fue en una reacción violenta del Estado: le dispararon y cayó, está confirmado; sus restos óseos mostraban un orificio en el cráneo y no sabemos con certeza si estaba todavía viva cuando le dieron lo que aparentemente fue un tiro de gracia. Visto a los años, y conocido lo que les pasaba a los jóvenes de su generación, quizá fue mejor que no conociera la tortura. Quizá esa fue su fortuna en la desgracia.

La toma de la “Casa Grande” estuvo dirigida por Arturo Acosta Chaparro, general del Ejército mexicano involucrado en matanzas, desapariciones y torturas. El 3 de octubre de 2001, en el primer gobierno de Acción Nacional, se le notificó que acumulaba 123 denuncias por desaparecidos políticos y el 21 de diciembre de 2002 se dio a conocer que 10 testigos lo señalaban directamente de atrocidades cometidas de 1975 a 1979, entre ellas arrojar a víctimas desde aeronaves en las costas de Oaxaca. Fue exonerado. En 2023, el general en retiro Tomás Ángeles Dauahare declaró haber advertido el 9 de mayo de 2007 al entonces presidente Felipe Calderón de los vínculos que tenía su secretario de Seguridad, Genaro García Luna, con el narcotráfico. Y aquí la trama se complica: el militar sería detenido y acusado falsamente de crimen organizado, y después puesto en libertad. Pero el general Ángeles dijo que uno de los hombres más cercanos a Calderón Hinojosa, Juan Camilo Mouriño, instruyó a Acosta Chaparro reunirse entre 2008 y 2009 con los principales capos de la droga. El general, clave en la “guerra sucia”, fue asesinado poco antes de que Calderón terminara su mandato, en 2012.[12]

Hay apenas un puñado de fotos de Dení Prieto. En una se le ve niña, con un auto blanco de fondo, seria, la mirada profunda, con vestido de bolitas y botonadura grande; hace honor a su nombre, que significa “flor” en otomí. En otra es una adolescente y dibuja apenas una sonrisa en los labios gruesos; cabello largo y, otra vez, la mirada penetrante. En una más es la misma adolescente, ahora de cabello corto. En la cuarta foto, la espesa melena le toca los hombros y viste oscuro; ya no hay sonrisa y por su atuendo parece desear tener más edad; y hay cierto dejo de tristeza en ella; parece hurgar al horizonte; en esta imagen, su rostro ovalado y de cutis limpio es marcado por los enormes armazones de pasta, redondos, estilizados, de la época. Es quizá la foto que usaron las fuerzas del Estado para identificarla.

Hay dos imágenes más de Dení: una donde no es posible definir sus gestos faciales y se acompaña de alguien, otra mujer mayor que ella; y en la otra aparece muerta, con una chamarra de entretiempo y una blusa de holanes que será, quizá, floreada. En esa foto, Dení vuelve a ser una niña, la

hija de alguien, la semilla bajo el asfalto que no alcanza a reventarlo. Es una niña pálida que ha muerto y es la última toma que quedó de ella, al menos públicamente. Una imagen que sacaron, es muy probable, "servidores públicos" que, resulta, tienen permiso para matar. El cutis está manchado por esquirlas del ajusticiamiento o quizá por su propia sangre. Ha perdido los lentes y quizá eso le dificultara la fuga. En esa foto ha dejado escapar el alma. Está muerta porque lo está, pero parece también que se recuesta para soñar con mañana. Será, estimo, la foto más difícil de ver para quienes la amaban porque aunque no es, digamos, una foto de álbum policiaco, sí es una que grita qué tanto daño puede hacer una niña a las bestias del Estado.

Y sí, cuesta trabajo pensar que esa niña-adolescente fuera una "amenaza para la sociedad". Cuesta más trabajo aún imaginar a su verdugo desenvainar una pistola para, como parece que sucedió, rematarla. La vida para Dení llevaba prisa: poco antes de su ajusticiamiento, antes de esa foto de niña-pájaro-herido, se casó con otro combatiente, Raúl Morales, por la ley revolucionaria que les advertía sus obligaciones y la posibilidad de que fueran separados por sus tareas. Pero no fue la ley revolucionaria la que los separó. Fueron las balas.

La familia, como es entendible, se partió en pedazos apenas conoció su destino. Todas esas familias quedaron deshilachadas. Allí está el testimonio de Rosario Ibarra de Piedra para confirmarlo. Allí están las historias de otras madres que se pusieron de pie, que vivieron de pie y decidieron ya nunca más sentarse. Allí están los relatos de las que sobrevivieron a las bestias del Estado. La periodista mexicana Blanche Petrich rescata la carta de despedida de Dení cuando se une a la guerrilla. Ha tomado una decisión y entiende que es grave. Se dirige a su mamá, Evelyn Stock; a su hermana Ayari y a su padre, Carlos Prieto. Es de octubre de 1973. La fecha dice que en la clandestinidad duró apenas un año y dos o tres meses.[13]

> Mom & Dad & Ayari: Saben por qué me voy, así es que no llenaré hojas tratando de explicárselos. Sé que ustedes están de acuerdo conmigo y, aunque al principio reaccionen como "familia preocupada", finalmente se darán cuenta de que sólo hago lo que harían ustedes en mi lugar. Ustedes saben que no es una decisión repentina, sino de muchos años.

Tampoco crean que tomo esto como una aventura novelesca. Estoy consciente de su gravedad y sé también que una vez adentro no hay paso atrás. No sé cómo describir lo que siento al irme. Es entre felicidad, ganas locas y un poco de pena por dejarlos a ustedes.

Me he puesto a pensar en la mucha suerte que tengo por ser hija de gentes como ustedes, en quienes puedo confiar y que sé que comparten lo que siento. Además en cuanto a modus vivendi no es ningún sacrificio, sino al contrario. Dejo un modo de vida que, si no me repugna, por lo menos me fastidia. Y aburre. (Sé que a ustedes ídem.)

Pase lo que pase, nuestro objetivo final vale mucho más que los sacrificios que pueda costar. Les quiero más que nunca y les escribiré tan seguido como pueda.

Dení

Octubre, 1973

Blanche Petrich narra:

El tío Luis recuerda que en 1981 se recibió, en casa de los Prieto Stock, un oficio de la Dirección de Panteones que avisaba que el cuerpo de "una adulta desconocida" iba a ser extraído de una fosa común y desechado. Acudió solo al cementerio. Un viejo panteonero lo ayudó a trasladar los huesos de la "adulta desconocida", un esqueleto pequeño, como pequeña era Dení, con un orificio en el cráneo. El viejo le comentó a Prieto, lo recuerda: "¿Será que vino del hospital militar, o tal vez del Campo Militar número uno?".

Elena Poniatowska reproduce en su libro *Fuerte es el silencio* un texto que Luis Prieto publica en *Excélsior* poco después de que se conoce la tragedia:

Dení Prieto Stock, mexicana, antes de ser declarada activista y tenida por presunta participante del asalto al tren de Puebla —asalto que la propia gerencia de los Ferrocarriles Nacionales de México se apresura a desmentir— sin ser juzgada ni menos aún sentenciada de acuerdo con las leyes de la revolución mexicana, es muerta el 14 de febrero en Nepantla, estado de México. El cadáver de Dení Prieto Stock nunca fue entregado a sus padres (junto con otros cinco cadáveres, dos de mujeres, que presentan cada uno nueve orificios de bala), el dramaturgo Carlos Prieto y la señora Evelyn Stock de Prieto, ni tampoco sus pertenencias. Se les mostró el acta de defunción de su hija, en la cual aparece como "adulta desconocida", se les indicó el número de la fosa del Panteón Civil de Dolores, donde al día siguiente de ser muerta y luego de practicársele la autopsia fue sepultada. Varias organizaciones políticas españolas han desfilado por las calles de la ciudad de México para condenar el asesinato de Salvador Puig. Ninguna organización política mexicana podría manifestar públicamente su dolor por la desaparición de Dení Prieto. Salvador murió a los 26 años. Dení murió a los 19. Llanto por Salvador Puig Antich. Una lágrima, siquiera, por Dení Prieto Stock.[14]

Y en efecto: el asesinato del anarquista Puig Antich, sucedido por los mismos días en España, conmueve a la diáspora española, pero el asesinato de Dení no merece la misma solidaridad. Es probable que porque fuera apenas una niña. Había, hay, persiste mucha misoginia. Y había, hay, persisten actitudes peores como la falta de solidaridad de muchos mexicanos con otros mexicanos. O de humanos con humanos. Y hay otras faltas iguales o peores, como la hipocresía, arte refinada de los gobiernos del Partido Revolucionario Institucional (PRI), que encontraron una buena coartada al impulsar la solidaridad internacional mientras devoraban a sus propios hijos en casa.

Poniatowska escribe más adelante en ese libro de 1980:

> México es aún el refugio de todos los perseguidos y exiliados políticos de América Latina. Vienen a nuestro país porque aquí se sienten libres. Pero aquí también hay desaparecidos. No se parecen a los del resto de América Latina porque no tienen nombre. En su mayoría son campesinos y son analfabetas. ¿Qué sucede con la familia, con la esposa, con los hijos? Casi no lo sabemos. Al menos en el caso de las familias mexicanas más pobres. ¿En qué tormento viven los familiares del desaparecido? ¿Cómo viven? ¿Qué es lo que viven? Habría que preguntárselo a la doctora Laura Bonaparte, psicóloga, madre de hijos asesinados por la Junta, en Argentina, con horas, días, años-luz de sufrimiento. Ella mejor que nadie sabe que la vida normal se hace prácticamente imposible, sabe que todos los remedios no llegan ni siquiera a paliativos porque en el caso de una desaparición el dolor es permanente. "Quizás esté vivo", "quizás lo estén torturando". Los certificados de defunción que pretenden extender las juntas militares agravan aún más este desgarrante proceso. Si son desaparecidos, ¿cómo saben que están muertos? Y si no lo saben, ¿por qué los certificados de defunción? Laura Bonaparte conoce a fondo —porque lo ha vivido— todo el desgaste psicológico y sus efectos, "que minan la resistencia y alteran diversas áreas de actividad: trabajo, estudio, sexualidad".

Agrega la escritora:

> En el caso de los mexicanos, se alega que no hay presos políticos, que se trata de delincuentes, de reos del orden común. Si es así, ¿por qué no se les procesa? ¿Por qué no hay juicio? ¿Por qué no se les presenta en juzgado alguno? Si son delincuentes los guerrilleros, como lo dijo el Presidente López Portillo (aunque en 1978 los llamó: "extremistas con vocación de justicia"), ¿por qué no purgan una sentencia al lado de los presos que en los penales tienen derecho a visita conyugal y a que los vean sus familiares? ¿Por qué se les esconde? ¿Por qué se les recluye —siendo civiles— en el Campo Militar? Si son delincuentes y asaltantes de camino real, ¿por qué

no reciben el mismo trato que los demás infractores del orden social? ¿Por qué, Dios mío, se les desaparece?

Dení y Ramona pudieron ser amigas. Pudieron sembrar juntas hortalizas o ser doctoras, maestras, ingenieras. Pudieron, al menos, ir juntas a la escuela. De Dení sabemos que fue al Colegio Madrid; de Ramona, que nunca pisó el aula. Al final las unió la desigualdad social, y una peleó casi siendo una niña para que la otra aunque sea tuviera educación. Las dos se levantaron en armas, las dos murieron como combatientes en activo.

Muchos años después de la muerte de Dení, de sus raíces vivas brotaron otras. La Comandanta Ramona, por ejemplo. O Ana María. Ellas dos, Ramona y Ana María, eran las únicas dos mujeres entre los 19 delegados del Comité Clandestino Revolucionario Indígena en 1994. "¡No nos dejen solas!", dijeron a las periodistas que las entrevistaban. Eran los días de las pláticas de paz entre el gobierno de Carlos Salinas de Gortari y el Ejército Zapatista. La catedral de San Cristóbal de las Casas, Chiapas, adonde las indígenas habían accedido a refugiarse mientras conversaban las posibilidades de firmar la paz, era un hervidero de periodistas nacionales e internacionales. Y era la primera vez que ellas tenían acceso a tantos medios.

A la Comandanta Ramona y a Ana María les sorprendía, en esos días de 1994, que no las entrevistaran. En esos días, la fascinación de todos reporteros y editores de México y del mundo era el Subcomandante Marcos, una especie de poeta rebelde y romántico, de pipa y máscara, levantado en armas. Ramona recurrió al Comandante Javier como traductor: no hablaba castellano; sólo tzotzil.[15]

Le preguntan:

—¿Piensan que los medios de comunicación le han dado cobertura suficiente a sus demandas como mujeres indígenas?

—No, no ha salido mucho por lo mismo de que no nos han entrevistado.

—¿Por qué creen que a ustedes no las han entrevistado?

—No sé, no lo entendemos, quizá les interesa saber más cosas nacionales.

—¿Las demandas de las mujeres zapatistas no son nacionales?

—Sí, claro. Pero no sé por qué no nos han entrevistado. Hemos hablado con muy pocos y en los medios de información ha salido muy poco sobre las mujeres.

—¿Tendrían un comentario o petición a los medios?

—Lo que nosotras decimos es que difundan esta lucha para que muchas mujeres tomen el ejemplo y hagan algo en otros lugares, no que no se vengan acá donde estamos nosotras. Aunque no agarren las armas, que luchen de alguna manera y que nos apoyen, que otras mujeres se levanten en lucha. Nosotras sabemos que nuestra lucha no es sólo de mujeres sino parejo, de hombres y mujeres; pero nosotras también pedimos lo mismo que pidió el Subcomandante a los medios cuando dijo "no nos dejen solos". Pedimos más apoyo en eso de la democracia porque es donde está un poco atorada la cosa, es donde está más difícil, tiene que ver a nivel nacional y es donde también entran las mujeres porque forman parte de la sociedad.

En esa entrevista, Ramona revela algunos datos de su vida: "Salí de mi comunidad a buscar trabajo por la misma necesidad, ya no había de qué vivir. Cuando llegué a otro lugar empecé a conocer que no es igual a la situación de las mujeres en el campo. Ahí empecé a entender y a tomar conciencia de las diferencias, así empecé a conocer la organización, y que hay necesidad de organizarse también las mujeres".

En agosto de 1997, durante el Primer Congreso Nacional de Mujeres Indígenas en Oaxaca, las zapatistas fueron el centro de atención de las participantes de distintas regiones de México. Había mujeres amuzgas, chatinas, choles, cuicatecas, driquis, mam, mazahuas, mixes, mixtecas, nahuas, ñahñu, popolucas, purépechas, tlapanecas, tojolabales, totonacas, tzetzales, tzotziles, zapotecas y zoques. No sólo la Comandanta Ramona destacó entre ellas: también la Mayor Insurgente Ana María y la Comandanta Esther.[16]

Ramona dijo:

Pues, está bien, compañeras. Venimos varios pueblos indígenas pobres. Luchemos juntos lo que queremos. Porque si hay muchas divisiones no se puede; hay que unir más, hay que organizar más, hay que enlazar más. Las mujeres no tienen valor para hablar, para organizar, para trabajar. Pero sí podemos las mujeres trabajar con mucho cariño con los pueblos. Muchas resistencias tuvimos que vencer para venir. Les da miedo nuestra rebeldía. Por eso en el EZLN nos organizamos para aprobar la Ley Revolucionaria de Mujeres. No quieren que nosotras participemos como ellos. El zapatismo no sería lo mismo sin sus mujeres rebeldes y nuevas. Las indias también hemos levantado nuestra voz y decimos: Nunca más un México sin nosotras. Nunca más una rebelión sin nosotras. Nunca más una vida sin nosotras.

Ana María, mayor de infantería, dijo en marzo de 1994:

> Lo primero que hicimos fue votar si se empezaba la guerra o no. Después de la decisión, se organizó el ataque con el apoyo de los mandos superiores. Luego organizamos las tácticas militares de cómo se iban a tomar [las seis cabeceras municipales]; y a quiénes les tocaría por tales lugares. Entonces, pues como yo mando una unidad, sabía que tenía que ir primero al frente de mis compañeros. Yo soy el mando y tengo que dar el ejemplo. Como somos muchos, nos organizamos por unidades y cada quien tiene su mando. Yo tengo a mi cargo una unidad grande que tiene muchos milicianos, más de mil. Esta unidad grande está dividida en unidades pequeñas, y cada una tiene su mando también. A cada uno de estos mandos se les instruye, se le dice qué es lo que tienen que hacer, cómo atacar. Cada insurgente sabe cómo posesionarse y qué debe hacer, y los mandos estamos checándolos que cumplan con eso. Cuando atacamos San Cristóbal a unos les tocó poner los retenes y a otros las emboscadas en caso de que entrara el Ejército federal; se reforzaron las entradas y salidas de San Cristóbal; a otros les tocó atacar la presidencia. A cada unidad le tocó cumplir una misión, así fue organizado. El mando coordina todo.

Preguntan las reporteras:

> —¿Y en los enfrentamientos que se tuvieron en Rancho Nuevo y Ocosingo participaron las mujeres?
>
> —Sí, por ejemplo cuando se liberaron los presos en el ataque al Cereso [el penal], quienes entraron a abrir las puertas para liberar a los presos fueron mujeres. Un preso ha platicado que vio entrar a un grupo de mujeres con aretes y se le hizo muy raro que las combatientes estuvieran con aretes, collares y atacando.

A Dení no le tocó, pero a Ramona y Ana María sí. Habían pasado casi dos décadas del asesinato de la niña-pájaro-herido cuando las dos combatientes indígenas recorrieron los pueblos y para consultar con otras la que sería la Ley Revolucionaria de Mujeres, publicada en 1993, antes incluso que la Primera Declaración de la Selva Lacandona.

> En su justa lucha por la liberación de nuestro pueblo, el EZLN incorpora a las mujeres en la lucha revolucionaria sin importar su raza, credo, color o filiación política, con el único requisito de hacer suyas las demandas del pueblo explotado y su compromiso a cumplir y hacer cumplir las leyes y reglamentos de la revolución. Además, tomando en cuenta la situación de la mujer trabajadora en México, se incorporan sus justas demandas de igualdad y justicia en la siguiente

Ley Revolucionaria de Mujeres:

Primero.- Las mujeres, sin importar su raza, credo, color o filiación política, tienen derecho a participar en la lucha revolucionaria en el lugar y grado que su voluntad y capacidad determinen.

Segundo.- Las mujeres tienen derecho a trabajar y recibir un salario justo.

Tercero.- Las mujeres tienen derecho a decidir el número de hijos que pueden tener y cuidar.

Cuarto.- Las mujeres tienen derecho a participar en los asuntos de la comunidad y tener cargo si son elegidas libre y democráticamente.

Quinto.- Las mujeres y sus hijos tienen derecho a ATENCIÓN PRIMARIA en su salud y alimentación.

Sexto.- Las mujeres tienen derecho a la educación.

Séptimo.- Las mujeres tienen derecho a elegir su pareja y a no ser obligadas por la fuerza a contraer matrimonio.

Octavo.- Ninguna mujer podrá ser golpeada o maltratada físicamente ni por familiares ni por extraños. Los delitos de intento de violación o violación serán castigados severamente.

Noveno.- Las mujeres podrán ocupar cargos de dirección en la organización y tener grados militares en las fuerzas armadas revolucionarias.

Décimo.- Las mujeres tendrán todos los derechos y obligaciones que señalan las leyes y reglamentos revolucionarios.

Ayari, hermana de Dení, fue atormentada durante años por la idea de que, antes de morir, Dení hubiera sido torturada, cuenta Blanche Petrich. “O que los restos que su tío recuperó de una fosa común siete años después realmente fueran de ella”.

La periodista retoma una postal, en voz de Elisa Benavides, del día en que Dení y su propio esposo, entre otros, fueron ejecutados:

Dení iba justo delante de mí cuando comenzamos a caminar afuera de la casa. Cuando nos dispararon nos tiramos al suelo —apenas habíamos avanzado unos cinco metros, quizás— y creo que allí la mataron. No dijo nada, tal vez no sintió nada. Le toqué los pies y traté que me viera para explicarle “a señas” que me siguiera. No respondió. Entonces nuevas ráfagas y una explosión me obligaron a separarme de ellos y me fui hacia donde estaban Sergio y mi compañero, que venía detrás de mí. Ellos quisieron regresar por ella pero no lo hicieron, el fuego nos fue empujando a todos fuera de esa área. Después, a mí no me mostraron los cuerpos. Fue a Sergio y no sé a quién más, a los que llevaron a reconocerlos. No quiso nunca darme detalles. Se los pedí, pero me contestaba “mejor no”. Los policías me mostraron fotos de los cadáveres, de todos, una y otra vez. Sólo recuerdo que tenían un tiro de gracia, sin ninguna duda, en el caso de Manolo; en el de Dení no podría asegurarlo. Tenía una expresión apacible.

Los temores de Ayari estaban fundamentados. La académica Adela Cedillo cuenta que, sin importar su origen, formación, motivaciones y convicciones, "tanto las mujeres que fueron bases de apoyo de la guerrilla rural como las guerrilleras urbanas fueron víctimas de las mismas prácticas del terror estatal, aunque las vivieron de manera distinta: unas desde el ámbito de su propia comunidad asediada y otras a nivel de sus organizaciones y familias".[17]

Prosigue Adela Cedillo en *Mujeres, guerrilla y terror de Estado en la época de la revoltura en México*:

> En la medida en que las mujeres eran vistas como propiedad de sus familiares varones, también formaron parte del "botín de guerra" y fueron sometidas a torturas y violaciones sistemáticas, incluso multitudinarias, sin importar su edad (los registros abarcan a niñas y adolescentes de diez a quince años y a mujeres maduras). Cientos de mujeres sufrieron la ejecución, la detención o la desaparición forzada de sus esposos, hermanos e hijos y, en algunos casos, los militares las obligaron a tener relaciones sexuales con la falsa promesa de que, con su cooperación, estos serían liberados. Otras tantas mujeres sufrieron una persecución encarnizada por su parentesco con los guerrilleros y tuvieron que migrar a otros estados. Para aquellas que permanecieron en sus poblados, la adaptación fue más difícil pues, con la ausencia de los hombres, que proporcionaban el sustento, quedaron en una situación de absoluto desamparo y tuvieron que realizar arduas faenas en el campo o al servicio de terceros para sacar adelante a sus familias. Aquellas que volvieron a contraer matrimonio fueron socialmente rechazadas por no esperar a que aparecieran sus maridos desaparecidos.

La investigadora dice que

> cuando los especialistas en la tortura descubrieron la supuesta eficacia de torturar y violar a las mujeres en presencia de sus maridos o hijos, de torturar a los bebés frente a sus padres o de amenazar a las mujeres preñadas con hacerlas abortar, la mujer adquirió una dimensión especial en la maquinaria del terror. Las agresiones brutales contra la identidad sexual femenina devastaban no sólo a la víctima, sino también a su pareja y a sus familiares. Aunque muchas de las torturas aplicadas a los hombres también fueron sexuales (hubo casos aislados de violaciones y abuso sexual, simulacros de castración, etc.), los ataques contra la anatomía femenina y la maternidad tuvieron la peculiaridad de ser sistemáticos. Por otra parte, he encontrado indicios que me permiten suponer que las mujeres detenidas-desaparecidas fueron las primeras en ser eliminadas físicamente ya que, de acuerdo con algunos testimonios, las cuadrillas para mujeres de la cárcel clandestina del Campo Militar No. 1 estaban regularmente vacías. La aversión hacia las guerrilleras mostrada por los miembros de las fuerzas públicas —independientemente de su

> nivel jerárquico— deja pocas dudas respecto a su intención de exterminarlas, bajo el supuesto de que así conjuraban el peligro de que aparecieran otras en su lugar.

Cedillo explica por qué esposas y madres —las mujeres en general, en toda Latinoamérica— se concentraron en la búsqueda de sus hijos y esposos desaparecidos o en pelear por sus derechos de los detenidos:

> Los hombres prácticamente no se involucraron, ya fuera porque debían proveer el sustento o bien porque estaban avergonzados o sentían culpa por sus hijos, percibidos como "terroristas" por el grueso de la sociedad. En cambio, las mujeres convirtieron un acto íntimo y personal, como la pérdida de un ser querido, en una demanda política y pública, sin importarles arriesgar su propia vida. Como observó Elizabeth Maier, "las madres fungen como disruptoras del control autoritario estatal, precisamente cumpliendo el papel que la ideología conservadora y patriarcal les había atribuido, como responsables del cuidado de los hijos". El cumplimiento de este rol de género derivó en la paradoja de fomentar la liberación de las mujeres que se involucraron en la lucha social. Por eso, la trayectoria de amas de casa de clase media y baja, politizadas en la búsqueda de sus familiares, es uno de los capítulos más significativos del empoderamiento y la resistencia femeninos.

La periodista Laura Castellanos detalla que el golpe a la "Casa Grande" fue duro: el saldo, "cinco bajas, entre estas Salvador y María Luisa, y fueron aprehendidos Gloria y dieciséis más de sus compañeros. Una semana después fueron presentados en público. El 22 de febrero *La Prensa* publicó en su nota roja el hallazgo de la 'madriguera' del 'hermano Pedro'. 'Hay diecisiete guerrilleros detenidos', informó". Agrega: "Prácticamente todos fueron excarcelados al poco tiempo porque no estaban acusados de delitos graves".

Y prácticamente después de ese golpe algunos sobrevivientes regresaron a la clandestinidad. Un grupo se internará en la Selva Lacandona los siguientes años para reaparecer el 1º de enero de 1994, el año en el que uno de los proyectos políticos más poderosos en décadas, el salinista, se vino abajo.

El levantamiento zapatista de 1994 despertó una solidaridad que no distinguió entre mujeres y hombres. Importarte recalcarlo. Es cierto que el asesinato de Luis Donaldo Colosio causó un efecto muy parecido al de

Francia de 1968: la sociedad mexicana, asustada por los eventos, se volcó a favor del gobernante Partido Revolucionario Institucional y su candidato sustituto, Ernesto Zedillo Ponce de León —en perjuicio del abanderado de las izquierdas, Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano—; lo mismo pasó con Charles de Gaulle después del levantamiento de los estudiantes: convocó a elecciones ese mismo verano y ganó, abrumadoramente. Pero sectores amplios de México, que ya se habían despertado con el fraude electoral de 1988, se movilizaron, marcharon y mostraron apoyo al EZLN, forzando a cerrar un capítulo del neoliberalismo salinista en desarrollo que, desgraciadamente, se reinventó en el zedillismo y se siguió con la llegada de Acción Nacional al poder. El despertar rebelde en Chiapas alumbró zonas que permanecían en la penumbra. Rosario Ibarra fue foco de atención nuevamente, y también Samuel Ruiz, el obispo de San Cristóbal de las Casas. Mujeres y hombres.

Sin embargo, los horrores vividos en carne propia por la niña-pájaro-herido y su familia, la represión de los presidentes después de Lázaro Cárdenas hasta Carlos Salinas, se repetirían con Ernesto Zedillo, quien disfrutó durante un largo tiempo la fama de "demócrata", pero que fue un manipulador profesional, constructor de una nueva narrativa mentirosa para el neoliberalismo autoritario.

En mayo de 2012 el académico Guillermo Sheridan, primo de Dení y vinculado a una de las élites intelectuales mexicanas —la de *Letras Libres*, que encabeza Enrique Krauze—, escribió un texto en el que culpa por su muerte prematura a las "fuerzas federales, claro, pero también por los inflamados sacerdotes del lamentable Huitzilopochtli que la eligieron como ofrenda".

Continúa su texto Sheridan en *Letras Libres*:

> Alguna vez escribí, largo, sobre esto cuando ese —como lo llama, Fernando Savater— "subproducto subversivo del subdesarrollo", el subcomandante Marcos (vivo), se refirió a Dení al celebrar un "museo" de la guerrilla en Apodaca donde su foto es parte de la "exhibición". En su sermón de ese día, el sumo sacerdote ensalzó a "los hombres y mujeres para los que el deber es la vida toda y, en no pocos casos, la muerte toda". Una muerte toda que Marcos supo

administrar con cautela sólo semejante a la que puso en preservar su vida toda y hacer de ella una apasionante aventura intergaláctica.

Fueron —y son— los inteligentes sacerdotes que armaron a una muchachita diminuta, frágil y miope y la mandaron a liberar a la patria a balazos. Son los teóricos políticos y estéticos (vivos) que exhiben ante un público agradecido, en cátedras y conferencias, un guevarismo de pacota; los mercachifles que renunciaron a los salchichones y ahora mercan liberación en líneas ágata; los cantautores españoles que chorrean melcocha contestataria que cobran en dólares. Son los santurrones que se abstienen de tocar, en las apologías sobre los jóvenes que ayudaron a matar, cualquier referencia a la forma en que Fidel compartía con su amigo Gutiérrez Barrios la información que soltaban los redentores que iban a posgraduarse a Cuba; o los tratos con Norcorea, cuyos Kims siguen venerando; o el sinuoso papel de los políticos mexicanos —gastados y/o en ascenso— que ya invertían en el negocio de la "liberación nacional".[18]

[1] Zósimo Camacho, “Militares, autores de la masacre de Rubén Jaramillo en 1962: testigos”, *Contralínea*, 2009.

[2] Matilde Pérez y Laura Castellanos, “No nos dejen solas: Entrevista con la Comandanta Ramona y la Mayor Ana María”, *Doble Jornada, La Jornada*, marzo de 1994.

[3] Octavio Rodríguez Araujo, *Las izquierdas en México*, Orfila Valentini, 2015.

[4] Carlos Montemayor, “El EZLN y Chiapas”, *Fractal*, núm. 8, 1998.

[5] Daniela Barragán, “Las cifras dicen que, después de Salinas, vinieron años donde los de a pie perdieron”, *SinEmbargo*, 30 de enero de 2019.

[6] Laura Castellanos, *México armado*, Ediciones Era, 2007.

[7] Carlos Montemayor, *Las mujeres del alba*, Literatura Mondadori, 2010.

[8] La autora de *México armado*, Laura Castellanos, y Alejandro Jiménez Martín del Campo se reúnen con Fernando Yáñez en 1995 y es él quien les narra el nacimiento de las FLN.

[9] Carlos Montemayor, *Guerra en El Paraíso*, Fondo de Cultura Económica, 1991.

[10] Carlos Illades, *De la Social a Morena. El desarrollo histórico de la izquierda mexicana*, Jus, 2009.

[11] Rosario Ibarra de Piedra, “Experiencias y reflexiones de una luchadora social”, *Hacia una democracia de género*, Fundación Heberto Castillo, 2013.

[12] Álvaro Delgado y Alejandro Páez Varela, “El general Ángeles acusa: Calderón sabía de García Luna, y sí, negociaron con narcos”, *SinEmbargo*, 22 de febrero de 2023.

[13] Blanche Petrich, “Dení, prima del nuevo fiscal, víctima de la represión contra las guerrillas de los setenta”, *La Jornada*, 5 de enero de 2002.

[14] Elena Poniatowska, *Fuerte es el silencio*, Ediciones Era, 1980.

[15] Matilde Pérez y Laura Castellanos, “No nos dejen solas: Entrevista con la Comandanta Ramona y la Mayor Ana María”, *Doble Jornada, La Jornada*, marzo de 1994.

[16] Lourdes Consuelo Pacheco Ladrón de Guevara, “Nosotras ya estábamos muertas: Comandanta Ramona y otras insurgentas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional”, *Trayectorias Humanas Trascontinentales*, 2019. https://doi.org/10.25965/trahs.1881.

[17] Adela Cedillo, *Mujeres, guerrilla y terror de Estado en la época de la revoltura en México*, publicado en el blog *La guerra sucia en México*, 2010.

[18] Guillermo Sheridan, “Du”, *Letras Libres*, 24 de mayo de 2012.

Capítulo 9

Neoliberalismo salvaje

La modernidad a garrotazos

"¡Salgan, perros muertos de hambre!".[1]

El grito rompió la paz de la noche en El Charco, en Ayutla de los Libres, Guerrero, el 7 de junio de 1998. Dentro de los salones de la escuela Caritino Maldonado Pérez, sitiada por centenares de soldados, el miedo se apoderó de las 42 personas que sólo habían suspendido, para dormir, una asamblea en la comunidad. Así lo cuentan los periodistas Álvaro Delgado y Gloria Leticia Díaz en "La masacre de El Charco". Ernesto Zedillo Ponce de León era presidente y Ángel Aguirre Rivero, gobernador interino de Guerrero en sustitución de Rubén Figueroa.

Casi dos meses después, el 16 de agosto, miembros de la Liga Mexicana por la Defensa de los Derechos Humanos visitaron al niño Francisco Cristino Cresencio en el Albergue Tutelar para Menores en Chilpancingo. Era uno de los sobrevivientes de la matanza. Estaba en calidad de detenido. Tenía 13 años. Los recibió el doctor Rafael Gomar Yabra, especialista en traumatología. Les dijo que perdería la movilidad del brazo de por vida porque los militares "le negaron atención médica adecuada y oportuna". El niño detenido tenía el brazo roto y el Ejército mexicano sólo había autorizado que se le colocara una férula de yeso. Cuando lo turnaron al albergue, dijo el especialista, "estaba rota e inservible, fijada con una venda elástica deshilachada que le retiré porque le estaba molestando".[2]

"El niño presenta severas secuelas neurológicas con gran deterioro funcional del brazo y atrofia muscular avanzada. No se le ha prestado atención médica ni psicológica para la recuperación emocional de un pequeño que sólo habla mixteco, y que fue arrancado de su entorno familiar y social en un escenario de violencia militar gubernamental", dijo el médico

para el reporte. “No hay fundamento para su detención, ya que sus 4 compañeros detenidos por los mismos delitos ya fueron liberados”.

El niño habló con los defensores de derechos humanos:[3]

> Soy indígena mixteco. A los 13 años de edad fui herido de bala en el brazo izquierdo, el 7 de junio de 1998, en El Charco, Ayutla de los Libres. Ahora cuento con 14 años. Ese día estaba yo en uno de los salones de la escuela “Caritino Maldonado”, junto con otras personas de diferentes comunidades, adonde nos citaron para escuchar pláticas sobre problemas comunitarios, como uso de fertilizantes, realización de proyectos productivos, etc. Ya estábamos dormidos cuando en la madrugada llegaron los militares. Rodearon la escuela, nos gritaron pero yo no entendía, ya que no hablo bien el español, sólo el mixteco. No entendía lo que ellos decían y nos dispararon y después dejaron de disparar y más tarde continuaron disparando.
>
> Rompiendo las ventanas de los salones con los disparos —agregó el menor— y una bala entró; fue la que me hirió. En ese momento, con un rozón en el pecho, yo no tenía ninguna arma, comencé a sangrar y a tener fuerte dolor en la herida; sintiéndome muy débil, al grado que estuve tirado en el piso del salón sin poder levantarme. Horas después comenzaron a salir con los brazos en alto las personas que estaban conmigo en el salón. Al no poder salir con los demás entraron los soldados a sacarme y fue cuando vi a varios heridos en el suelo de la cancha de basquetbol. Después me llevaron en un helicóptero militar al Hospital Naval Militar de Acapulco, donde estuve 7 días con mucha vigilancia de marinos y sólo me lavaban la herida por fuera. No me operaron. De ahí me trasladaron al Hospital General de Acapulco, donde me tuvieron un mes y 5 días, me operaron en tres ocasiones y me pusieron una férula de yeso. Después me trasladaron al Albergue Tutelar para Menores Infractores, estando aquí me han sacado al Hospital “Manuel G-A” en la Ciudad de México, donde me hicieron un transplante de “nervios”, que me quitaron de los pies. Pero ya fue tarde esta operación, ya que quedé semiparalizado de la mano y muñeca izquierda, aun con los ejercicios de rehabilitación que me realizaron en el DIF de Chilpancingo…

El informe de la Liga Mexicana por la Defensa de los Derechos Humanos dice que Francisco fue incomunicado y así presentó su declaración preparatoria ante el Ministerio Público Militar. “Su familia sólo pudo visitarlo pocas veces por falta de recursos”, dijo. Se le dictó sentencia de nueve meses y fue liberado el 26 de mayo de 1999. Para entonces tenía 16 años.

Casi 25 años después de la masacre, la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH) informó el saldo:

> A las 4:50 horas de ese día inició un tiroteo cuyo fin se dio hasta las 10:55. Seis horas de balazos padecieron quienes en la escuela estaban. Según los sobrevivientes, tras rodear el lugar el Ejército irrumpió disparando y lanzando dos granadas de fragmentación: esto provocó el fallecimiento de once presuntos guerrilleros, cinco heridos (entre ellos varios campesinos), 25 detenidos y dos presos, Érika Zamora Pardo y Efrén Cortés Chávez. Los dos últimos se encontraban ahí con la finalidad de cooperar con la comunidad en labores docentes. Entre los presentes había, además, cinco menores de edad: el 9 de junio, cuatro fueron trasladados al Albergue Tutelar para Menores Infractores en Chilpancingo. El quinto estaba herido, y permaneció en el hospital naval durante un mes.[4]

Continúa:

> Tras concluir el tiroteo, los campesinos y presuntos guerrilleros fueron acostados en las canchas de la escuela, y algunas fuentes periodísticas hablan de la aplicación del "tiro de gracia" contra varios de ellos. Más de tres mil indígenas mixtecos de las comunidades de Piñal, Ocote Amarillo, Ayutla de los Libres y otras quedaron por varios días bajo cerco militar. A toda esta indignante acción se suma otra: se impidió la entrada de periodistas y de ONGs defensoras de derechos humanos al lugar de los hechos. Dos días después, por fin pudieron pasar. Las autoridades habían tenido suficiente tiempo para borrar todas las evidencias.

Poco después de la masacre, cuando algunos sobrevivientes seguían presos y otros en hospitales, María de la Luz Núñez Ramos, exalcaldesa de Atoyac, envió al presidente Ernesto Zedillo una carta en la que refutaba la versión oficial, que hablaba de un "enfrentamiento casual" y no un ataque organizado por el Ejército mexicano. Dijo que el general Alfredo Oropeza Garnica, jefe de la 27 Zona Militar —cuyo cuartel estaba a más de 100 kilómetros del lugar de los hechos—, había sido emboscado el 24 de mayo de 1997 en el Guanábano. Esto, agregó, puede "explicar la crueldad y saña con la que decidieron exterminar a los sitiados en El Charco".

Durante años se ha impulsado la versión de que la llamada "guerra sucia" en México correspondió a un periodo acotado a la década de 1970, pero es inexacto. La realidad es que la masacre en El Charco fue una más en el sexenio de Ernesto Zedillo. La violencia de Estado se mantuvo durante los años del neoliberalismo, de Miguel de la Madrid (1982-1988) a Enrique Peña Nieto (2012-2018), pasando por Vicente Fox (2000-2006) y

Felipe Calderón (2006-2012), dos sexenios de Acción Nacional, y por supuesto durante los seis años de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994).

La Comisión Nacional de los Derechos Humanos registró, en su *Informe sobre la Violencia Política de Estado en México*, represión, violencia, asesinatos y desapariciones desde los primeros días de De la Madrid hasta entrado el siglo XXI. El 12 de enero de 1982, reportó, apenas un mes y 12 días después de asumir la presidencia el primer mandatario del neoliberalismo, elementos del Grupo Jaguar detuvieron, en las inmediaciones de Ciudad Universitaria, a María Teresa Gutiérrez Hernández y a Víctor Acosta Ramos, miembros de la dirección nacional de la Liga Comunista 23 de Septiembre y siguen desaparecidos. El mismo año, 13 de mayo, esa misma fuerza detuvo a Fernando Javier Chong Santiago, maestro de la Preparatoria Popular Tacuba, acusado de pertenecer a la Liga. Chong es el último detenido y desaparecido de dicha organización, dijo la CNDH.[5]

En 1983, en la Ciudad de México, elementos de la Brigada Especial detuvieron y desaparecieron a Candelario Campos Ramírez, miembro de la Unión de Colonos y Solicitantes de Terreno para Vivienda Gabriel Jiménez Gutiérrez, A. C. Dos años después, en 1985, la CNDH registró el arresto y desaparición de Celestino Acevedo Ortiz, miembro del Movimiento de Unificación y Lucha Triqui. En 1988, 2 de julio, se da el asesinato de Francisco Xavier Ovando y Román Gil Heráldez, colaboradores de Cuauhtémoc Cárdenas.

La Comisión Nacional de los Derechos Humanos contabilizó, entre 1989 y 1994 —con Carlos Salinas—, 265 militantes del Partido de la Revolución Democrática asesinados por motivos políticos. Y entre 1994 y 2000, con Ernesto Zedillo, el número de perredistas muertos por razones políticas aumenta hasta 696, “con 900 entre perseguidos, desaparecidos y presos”.

Antes de El Charco, el 28 de junio de 1995 —con siete meses en el poder Ernesto Zedillo—, 27 campesinos de la Organización Campesina de la Sierra Sur (OCSS) fueron masacrados cuando se dirigían a un mitin que

demandaba la localización de Gilberto Romero, desaparecido en Atoyac un mes antes, y a quien nunca se encontró. “La policía de Guerrero disparó contra el contingente, asesina a 17 campesinos y deja 21 heridos en un vado conocido como Aguas Blancas, en Coyuca de Benítez”, reportó la CNDH.

Y en 1997, el 22 de diciembre, vino la matanza de Acteal. “Fueron asesinados 45 indígenas tzotziles —en su mayoría mujeres y niños—, así como cuatro aún no nacidos, mientras realizaban una jornada de oración y ayuno contra la violencia que asolaba la región. Se culpó a las mismas víctimas de los hechos; como consecuencia, unas 100 personas, en su mayoría indígenas, fueron detenidas y luego recluidas en la cárcel”.

Luego, el 7 de junio de 1998, viene la matanza de El Charco.

Con Vicente Fox, lo mismo. Apenas llegando al poder, el 6 de febrero de 2000, vino la represión del movimiento estudiantil de 1999. “La Policía Federal Preventiva entra a la UNAM [Universidad Nacional Autónoma de México] para ‘recuperarla’ de estudiantes huelguistas que se oponían a la modificación del Reglamento General de Pagos, con un saldo de casi mil estudiantes detenidos y 500 órdenes de aprehensión giradas”. No para allí. El 4 de mayo de 2001 pobladores de San Salvador Atenco que se oponían al desalojo de un grupo de floricultores para construir un Walmart son reprimidos. “Tuvo como saldo dos muertos y más de 200 personas detenidas sin ninguna orden de aprehensión, con casos de tortura y vejaciones, se les incomunicó y las mujeres fueron violadas”.

También con Fox, en un gobierno de Acción Nacional, el 19 de octubre de 2002 es asesinada la defensora de los derechos humanos Digna Ochoa en su despacho, ubicado en la calle de Zacatecas 31, colonia Roma, de la Ciudad de México. “Durante varios años trabajó en casos en los que se encontraban implicados funcionarios y miembros de la Procuraduría General y de las fuerzas armadas involucrados en graves violaciones de derechos humanos. Antes de su asesinato, Digna Ochoa había sido víctima de diversas amenazas y secuestros, y sin embargo, las conclusiones oficiales determinaron que se trató de un suicidio”, documentó la CNDH. En 2022 la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) determinó que no se

trató de un suicidio, sino que fue un asesinato, y advirtió sobre "la existencia de una serie de irregularidades graves en la investigación, numerosas falencias en el manejo de la escena del crimen y, especialmente, en la documentación de esta, así como importantes errores ocurridos en la descripción de hallazgos, tanto en el cuerpo como en el lugar de los hechos. De igual forma, identificó fallas en la realización de los exámenes externos e internos, así como en la necropsia médico legal".

Entre el 3 y 4 de mayo de 2006, por orden del entonces gobernador mexiquense Enrique Peña Nieto, "tuvo lugar un operativo policial en las localidades de Texcoco y San Salvador Atenco, Estado de México. El objetivo era poner fin a un movimiento de protesta surgido como oposición a un proyecto para construir un nuevo aeropuerto para la Ciudad de México en el municipio de Atenco. Dos personas murieron, decenas de mujeres fueron abusadas y más de 200 personas resultaron detenidas", dice el *Informe sobre la Violencia Política de Estado en México*.

Y luego, con Felipe Calderón Hinojosa, entre el 16 y 21 de mayo de 2007 se da el secuestro y desaparición de 38 trabajadores petroleros en Cadereyta, Nuevo León, incluido el dirigente sindical Hilario Vega. "Venían luchando por un aumento salarial, se oponían a la privatización de Pemex [Petróleos Mexicanos] y disentían del cacicazgo del dirigente nacional, Carlos Romero Deschamps. Nunca se supo más de ellos".

La CNDH cuenta que entre 2012 y 2015, con Enrique Peña Nieto como presidente, se violentaron 28 manifestaciones en la Ciudad de México. "Más de 504 detenidos arbitrariamente acusados de 'Ataques a la paz pública' y 'Ultrajes a la autoridad', muchos de ellos sentenciados y mantenidos en prisión por casi 5 años".

La Comisión Nacional de los Derechos humanos incluye tres casos de abuso, ejecuciones sumarias y desapariciones orquestadas por autoridades federales con Peña Nieto en el poder, entre 2014 y 2016. El 30 de junio viene la matanza de Tlatlaya, donde entre 12 y 22 civiles fueron asesinados en San Pedro Limón, municipio de Tlatlaya, Estado de México, a manos de militares. "Hay un enfrentamiento entre militares y civiles, se rinden el

mayor número de civiles, una vez a disposición del Ejército, se procede a ejecutarlos", dice el informe.

Luego, en 2015, el 19 de julio, viene el caso de Aquila. "Elementos del Ejército mexicano intentaron disolver una protesta civil que bloqueaba varios puntos de una carretera en Santa María Ostula, municipio de Aquila. Durante el operativo, el niño Edilberto Reyes fue asesinado y 10 personas más resultaron heridas. La CNDH determinó que los militares hicieron 'uso ilegítimo de la fuerza' contra civiles que fueron atacados con disparos de arma de fuego, incluso en restaurantes y dentro de sus casas".

Y en 2016, el 19 de junio, tiene lugar "un operativo represivo en la comunidad de Asunción Nochixtlán, en Oaxaca, en donde policías federales desalojaron a profesores y padres de familia que protestaban ante las reformas educativas implementadas por el gobierno de Enrique Peña Nieto. El operativo dejó al menos 6 muertos y 108 heridos, de acuerdo a las cifras de la Comisión Nacional de Seguridad".

El 9 de febrero de 1995 Zedillo traicionó las negociaciones con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y se lanzó en una operación militar en los territorios que tenían bajo su dominio, en Chiapas. La sociedad civil se organizó y salió en defensa de los zapatistas no sólo en México: en muchas partes del mundo. Después, en 1998, volvería a atacar territorios zapatistas. Antes fue la matanza de Acteal, una incursión paramilitar en el municipio de Chenalhó de Los Altos de Chiapas. Al menos 60 paramilitares vestidos de negro dispararon con armas de uso exclusivo del Ejército a mujeres embarazadas, niños y adultos. "Es importante destacar que la matanza de Acteal debe situarse dentro del violento contexto de las políticas de Estado que generaron los gobiernos mexicanos contra el Ejército Zapatista. Esas políticas incluyeron la creación y fortalecimiento de grupos paramilitares", dijo la Comisión Nacional de los Derechos Humanos.

Los sobrevivientes demandaron en una corte de Estados Unidos al expresidente Zedillo por la matanza; por alentar el exterminio —básicamente— de sus opositores. Ese era el "demócrata" Zedillo, a quien se le aplaudió muchas veces por "permitir la transición", es decir, por ceder el

poder a otro partido que, en los hechos, se comportaba igual que el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y garantizaban, como el PRI, la impunidad. Ese partido, se entiende, es el Partido Acción Nacional (PAN).

Un año disruptivo

De ese periodo, el año 1994 tiene un impacto tremendo en la vida de los ciudadanos. Es un libro aparte y es, además, un momento clave para cualquier análisis sobre la evolución de la derecha neoliberal mexicana en un siglo.

La cadena de eventos trágicos afecta la economía, la confianza en el país, la estabilidad política y se traduce en un abrupto despertar sobre el rumbo que ha tomado México con el grupo que encabeza Carlos Salinas de Gortari. El 1º de enero amanece con un levantamiento armado en el sureste; luego, el 23 de marzo es asesinado Luis Donaldo Colosio, el candidato oficialista, y el PRI se ve obligado a sustituirlo con Ernesto Zedillo Ponce de León; después, el 28 de septiembre, viene el asesinato de José Francisco Ruiz Massieu, cuñado de Salinas y un priista prominente. Y en medio de la tolvanera asume Zedillo la presidencia, el 1º de diciembre, y antes de que termine ese mes se desata una crisis financiera nunca antes vista que lleva al país a endeudarse… pero para salvar a los más ricos de su propia debacle económica. La crisis impacta al mundo entero: el "Error de Diciembre" en casa se bautiza "Efecto Tequila" a nivel internacional.

Esta descomposición se acompaña con la ruptura en el núcleo neoliberal: Salinas y Zedillo se distancian y luego se pelean en público. Viene el arresto de Raúl Salinas de Gortari, el 28 de febrero de 1995, acusado de matar a su cuñado y de manejo de recursos de procedencia dudosa; y después, el suicidio de Mario Ruiz Massieu, hermano de José Francisco y exfiscal especial para investigar su asesinato, el 15 de septiembre de 1999. Los mexicanos son espectadores cuando el teatro "del bienestar y la solidaridad" se viene abajo, pero se vuelven actores en

escena: son ellos los que quedan endeudados; son ellos los que se quedan sin empleo; son ellos los que sufren la devastación de su propio futuro; son ellos, los mexicanos, los que pagan la peor parte porque las empresas son rescatadas, comprometiendo la factura petrolera y endeudando el futuro. Y son ellos testigos de una danza de millones de dólares: se destapa la corrupción por todos lados. En resumen: los mexicanos han sido engañados por rufianes que se matan entre ellos.

Al final, Zedillo se encarga de cumplir el sueño de Salinas: preparar al PAN para que sea su propio futuro, el futuro del PRI. Es Zedillo quien entrega el poder a Fox y cierra el ciclo largamente anhelado: que ambos partidos, en un sistema bipartidista que segrega a la izquierda (como en Estados Unidos), aprendan a repartirse el poder dependiendo de las circunstancias y en elecciones "competitivas y democráticas". Que la democracia sea, según su modelo, un sistema donde una élite se va repartiendo el poder. Claro, el modelo jamás contempla la democracia económica. Pero nadie, nunca, podría menospreciar la inteligencia perversa de Carlos Salinas. Su sueño resulta y resulta perfectamente bien: el PAN se hace del poder en 2000 y lo mantiene, con el fraude electoral de 2006, durante 12 años consecutivos. Y luego, Vicente Fox y Felipe Calderón devuelven el poder al PRI: humillan a la candidata de su partido en 2012, Josefina Vázquez Mota, y sirven el plato repleto de viandas al abanderado del PRI, Enrique Peña Nieto. Fox hace campaña abiertamente con el priismo y Calderón, para poner la cereza que acompañe al muñeco en el pastel, compra un avión transcontinental de superlujo para Peña apenas meses antes de dejarle la presidencia. Lo compra con dinero de los mexicanos, por supuesto.

Para la izquierda partidista, 1994 es una bala perdida que pega en un órgano vital. Cuauhtémoc Cárdenas, víctima de un fraude en 1988, se va al tercer lugar en las votaciones del domingo 21 de agosto de 1994. Zedillo obtiene 17 millones de votos; Diego Fernández de Cevallos, muy cercano a Salinas, queda en segundo, con 9 millones. Y Cárdenas no alcanza los 7 millones. En 2000, Vicente Fox Quesada, la opción de la derecha, gana las elecciones; Francisco Labastida, del oficialismo y también de derechas, se

va al segundo lugar. Y Cárdenas repite en tercer lugar con apenas unos votos más. El conteo de 1994 le da 5 millones 852 mil 134 sufragios; en 2000, 6 millones 256 mil 780.

En cambio, 1994 le da la razón al movimiento de izquierda no partidista. Mientras Cárdenas desbarranca en ese y en los años por venir, el Ejército Zapatista expone a los ojos del mundo, desde la raíz y como el *red set* no puede, la urgencia de un cambio de modelo económico. El EZLN no sólo es la primera guerrilla del siglo XXI: es, además, la primera gran ruptura del jarro neoliberal. Los ricos se han vuelto estúpidamente más ricos, los pobres no tienen qué comer, qué vestir, un médico cerca; qué va: no tienen ni agua para tomar. Y si los pobres han sido abandonados, los indígenas han sido además humillados y ofendidos.[6]

Desde el exilio, en años de terrible tribulación, Ricardo Flores Magón escribe una obra de teatro (son dos de su autoría) que llama *Verdugos y víctimas*. Era "protagonizada por un coro de indigentes mutilados —antiguos obreros que se habían incorporado a los Batallones Rojos de Carranza, que habían apoyado a la burguesía en contra de Zapata y que se veían ahora abandonados, indefensos y sin un centavo. *Verdugos y víctimas* ponía el espectro de la desesperanza y de la angustia frente a los obreros que habían colaborado en su propia destrucción al luchar contra quienes demandaban 'Tierra y libertad'", cuenta Claudio Lomnitz en *El regreso del camarada Ricardo Flores Magón*.[7]

> En este drama desfilan todas las víctimas del sistema capitalista —escribe Flores Magón al hablar de su propia obra—: Allí está la joven pobre seducida por el burgués; allí se encuentra la prostituta arrancada de las filas populares para servir en el lupanar de carne de placer a nuestros señores; allí están los mendigos que llegaron a serlo por la injusticia del sistema; allí están los obreros pagando con el presidio y la metralla su falta de previsión de no armar su brazo para reclamar su derecho; allí está el proletario sufriendo en la cárcel por haber tomado de donde hay una migaja de los tesoros que ha producido y que el burgués se ha apropiado, y por encima de estas víctimas, allí están el burgués, el poderoso, el sacerdote, la autoridad, la celestina, el soldado, el legislador y el polizonte, corrompiendo, atropellando, explotando y celebrando en bacanales su fácil triunfo sobre los pueblos confiados.

A finales del siglo XX la sociedad mexicana participa sin saberlo en una obra de teatro similar. A las clases bajas, que son la mayoría abrumadora, se les convence de que toman parte de una nueva normalidad democrática. Pero han sido traicionadas. Y la derecha se robustece en el engaño.

MORIR O DESAPARECER

"Siempre estuve consciente de que no ganaría las elecciones", confesó Rosario Ibarra de Piedra años después de haberse postulado para la presidencia de México. Acotó:

> Pero el objetivo era volver evidente este problema creciente en un México que alcanzaba ya el millar de desaparecidos. Todas las mujeres nos unimos; juntas hablamos de la experiencia de cada hogar y denunciamos cómo la Dirección Federal de Seguridad era una policía ilegal, tal como la Brigada Blanca. Denunciamos cómo se violaban las leyes, al secuestrar y llevar a los detenidos a campos militares y bases navales —como la Base Naval de Icacos en Acapulco—, donde encerraban a la gente en cárceles inexpugnables, la aislaban y más tarde la desaparecían.

Ibarra de Piedra fue pionera en la necesidad de llevar un registro de desaparecidos políticos en México y una de las voces incansables para señalar el maltrato, la tortura y el asesinato de opositores al régimen. Aunque en los últimos días de su vida recibió un reconocimiento, México siempre estará en deuda con ella y con todas las que se levantaron contra un Estado represor para exigir, simplemente, justicia. "Empezamos con 571 desaparecidos. Habíamos hecho ya siete huelgas de hambre por toda la República; fuimos a Europa a hablar con Amnistía Internacional en Londres, a la Organización de las Naciones Unidas en Ginebra, a América del Sur. Hacíamos rifas y ventas para poder pagar los traslados de la mayor cantidad posible de madres, esposas, hijas y familiares de los desaparecidos", cuenta ella misma.[8]

¿Por qué llamar a una organización que se dedica a buscar víctimas de desaparición forzada con una onomatopeya que significa, más bien, celebración? Porque "cuando empezaron a aparecer algunas personas,

nombramos ¡Eureka!, como grito de júbilo, a nuestro movimiento". Decenas, cientos de mujeres, después de ella, se dedicarán a la terrible tarea de buscar a sus hijas e hijos, esposas, madres y padres en México porque la desaparición, de Estado o no, se volvió una avalancha incontenible justo en los años del neoliberalismo, a niveles de crisis humanitaria a partir del gobierno de Felipe Calderón Hinojosa.

Federico Mastrogiovanni cuenta, en *Ni vivos ni muertos*, la evolución del problema en los años posteriores a la "guerra sucia":

> Aunque un "nuevo tipo" de desapariciones forzadas comenzaron a darse durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari y persistieron a lo largo de las administraciones posteriores, es en el sexenio que va de 2006 a 2012, el del presidente Felipe Calderón Hinojosa, cuando las cosas cambian. A partir de su primer año de gobierno, y junto con la "guerra al narco" que declaró en enero de 2007, las desapariciones forzadas de nuevo tipo aumentan en forma catastrófica en todo el país. El rasgo que estas desapariciones mantuvieron durante todo el periodo de Calderón, y que conservan también en el sexenio de Enrique Peña Nieto, es su aparente casualidad junto con la criminalización de las víctimas. Una actitud, que se hizo costumbre, fue y sigue siendo la de atribuir a las nuevas víctimas de desaparición y de desaparición forzada, públicamente y a través de los medios de comunicación, la sospecha de algún tipo de culpabilidad. Junto con esto se destaca el elemento aparentemente aleatorio y "sin sentido" de las desapariciones recientes.[9]

Prosigue:

> Escuchando las noticias en México, leyendo los periódicos, los tabloides amarillistas que se venden a tres pesos en el Metro o los más reconocidos, que se entregan al público a la puerta de los aviones, se tiene casi siempre la impresión de que las víctimas de desaparición "tenían algo que ver con el crimen organizado", que "estaban involucradas en algo". A menudo se utilizan exactamente estas expresiones. Como es imposible que alguien se tome la molestia de examinar a fondo cada uno de los casos, estos se convierten en una muy larga serie de eventos aislados de personas que simplemente desaparecen. Lo más fácil entonces es escribir frases como "estaba relacionado con el crimen organizado" y la situación no requiere otra explicación. Las familias, en muchos casos aterrorizadas, ni siquiera intentan limpiar la reputación de su ser querido desaparecido, tan preocupadas como están por encontrarlo con vida. Así se difunde la idea, el lugar común, de que las víctimas de desaparición forzada son criminales y, por ende, se merecían lo que les pasó, en un silogismo perverso que cierra un círculo de prejuicio e impunidad.

El periodista Mastrogiovanni dice:

> Pero si uno se acerca a ver con más atención las historias individuales de los desaparecidos, se puede dar cuenta de cómo las circunstancias en la gran parte de los casos no son tan claras ni sencillas. Uno se entera de cómo los "rumores" sobre la culpabilidad de un desaparecido no tienen nada que ver con la realidad. Y se derrumba con estrépito lo que antes parecía una explicación perfecta, redonda, en la que el dolor infligido a los desaparecidos y a sus familiares era de alguna forma justificado, entendible en un cuadro de crimen y castigo (aunque el castigo sea totalmente fuera de la ley y arbitrario). Lo único que permanece en pie es la conciencia de una regla aterradora: la casualidad. Las mismas instituciones tienen una responsabilidad muy grande en esta dinámica de criminalización de las víctimas, porque no dedican el tiempo, el esfuerzo ni las estructuras necesarias para resolver los casos de desaparición. Esto cuando no están directamente involucradas en las desapariciones mismas. Así, los delitos de desaparición forzada quedan en su mayoría no resueltos, los responsables no se encuentran, y si se encuentran no se castigan.

A principios de la década de 1970 Carlos Fuentes comete un error: cree que la transformación de México podía provocarse desde la barriga del ogro. Pero el ogro se encargaría de desengañarlo a él y a todos los mexicanos. Luis Echeverría se convierte en un presidente asesino, torturador y represor. Pero, como sus antecesores, lo hace robándose los postulados de la Revolución de 1910, comprando voluntades, columpiándose en la prensa chiclosa que les sirve a las élites en el poder y engañando a millones que creen la falacia de que se trata de un hombre de izquierda. Pero no, no lo era. Se simuló de izquierda para aplastar a la izquierda en todos sus flancos. En ese sentido, al menos, honró la memoria de los que vinieron detrás de él —salvo el general Cárdenas— y los que le sucederían.

En un episodio vergonzoso para la historia de la izquierda, Porfirio Muñoz Ledo e Ifigenia Martínez, quienes habían encabezado en la década de 1980 las movilizaciones contra el PRI —junto a Cuauhtémoc Cárdenas—, declararon en 2023 que Echeverría era un "hombre bueno", "un gran mexicano". "No digo que don Luis haya sido socialista, pero lo pudo ser en el mejor sentido de la palabra, un hombre con un pensamiento complejo", dijo Muñoz Ledo. Ifigenia afirmó que "su gobierno le dio sentido de pertenencia a todos los sectores sociales, incluido el llamado tercer mundo".[10]

Es cierto: hay gente que envejece mal. Pero aquel Carlos Fuentes, que construyó párrafos que sobrevivieron bien al tiempo, no. Rescato dos:

> Ni infiernos, ni paraísos, ni purgatorios: los mexicanos deseamos, simplemente, una sociedad humana, justa y libre, y estamos tan lejos de ella como la mayor parte de los hombres de este mundo. No nos acercaremos a una convivencia mejor copiando a los carceleros de Angela Davis o a los carceleros de Jaurés Medvedev. Nos acercaremos mediante actos y pensamientos concretos capaces de transformar, lenta pero constantemente, nuestra realidad actual.

Y:

> ¿Cambio desde arriba? La solución es limitada. Es cierto que un Presidente mexicano puede hacer muchísimo —Cárdenas lo demostró—; pero en la situación actual, si un Presidente quiere introducir reformas concretas e importantes, debe luchar, ante todo, contra la inercia del aparato heredado y los intereses creados a lo largo de treinta años por ese aparato. Lucha doble: dentro del gobierno y fuera del gobierno. Adentro, contra quienes, numerosos como las arenas del desierto, defienden beneficios personales, situaciones de poder, anomalías ventajosas ganadas sobre la constante violación de la ley y explotación de los débiles: caciques, presidentes municipales, comisarios agrarios, gobernadores, diputados locales y federales, funcionarios corruptos y hasta simples agentes de tránsito; falsos dirigentes campesinos y obreros, coyotes, contratistas… Afuera, contra poderosos grupos de las finanzas, la industria y el comercio, a menudo coludidos con los funcionarios de todas clases y tamaños, como lo están los nuevos terratenientes; y todos ellos, en grado mayor o menor, si no hoy fatalmente mañana, asociados con las grandes corporaciones de los Estados Unidos.[11]

La historia reciente nos dice que toda posibilidad de un cambio social profundo vendrá siempre desde abajo. A nivel piso. Un siglo de luchas sociales desde la izquierda lo ha demostrado con creces. La esperanza del cambio está en mujeres que no se detienen cuando oscurece o frente a la cueva adonde corrieron las bestias; está en los hombres que no abandonan sus principios a cambio de los privilegios que otorga el poder o ante las fantasías de la gloria. Abajo, abajo, nivel raíces. Allí estaba y allí está la posibilidad de un México justo para nuevas generaciones.

La enorme Rosario Ibarra de Piedra escribiría:

> Esta es la historia de mi participación en un movimiento en donde seguimos peleando juntas. Siempre estamos presentes donde hay conflictos agrarios; estuvimos en Chiapas con los

> zapatistas, hemos estado en Sonora, en Chihuahua, en todos los estados donde podemos sumarnos. Acostumbramos visitar las cárceles, los penales, y hacer informes sobre el trato que se les da a quienes están privados de su libertad, para que vivan dentro de marcos dignos; que no haya maltrato ni tortura, para erradicarla al fin en México. Por eso es importante seguir luchando: estas injusticias no deben cometerse más; los gobiernos deben ser, algún día, completamente responsables y, sobre todo, justos.

Uno de los periodos más intensos de la historia reciente de México se enmarca justo en los últimos años del siglo XX. Cualquier análisis sobre la derecha mexicana deberá hacer una pausa larga aquí, entre 1994 a 2000, cuando el cerro desbarranca y de esa fuerza caótica emerge un personaje singular: Ernesto Zedillo Ponce de León. Aunque es él quien se encarga de hundir a Carlos Salinas de Gortari es, astutamente, quien apresura el paso de su legado en muchos sentidos. Por ejemplo: es en su presidencia que se acelera la fusión del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y el Partido Acción Nacional (PAN) y es con él que queda claro que para la izquierda sólo habrá brutalidad. La prensa y los intelectuales le aplauden y mientras, Zedillo retoma la entrega de los bienes nacionales a los intereses privados junto en donde se había quedado su antecesor.

El gobierno de Ernesto Zedillo será una canasta generosa con todos los frutos del neoliberalismo. Aplica la "medicina amarga" de los organismos internacionales sobre las mayorías al tiempo que endeuda el país para rescatar a una élite de banqueros, industriales, políticos y empresarios. Golpea con furia los movimientos sociales y moviliza al Ejército mexicano para perseguir y aplastar a la izquierda, al tiempo que es condescendiente con los fraudes siempre y cuando beneficien a la derecha. Si Salinas sienta a las élites intelectuales y a los panistas junto a él, Zedillo los usa y los une en una misma fuerza —dentro y fuera del Estado— que garantice una transmisión del poder entre ellos mismos, y así llega un exempleado de Coca-Cola, Vicente Fox Quesada, a la presidencia.

Es él, Zedillo, el que pone el ejemplo de una ruta "aceptable" para repartirse los beneficios nacionales. Por ejemplo: entre 1996 y 1998 ofertaría a precio de ganga el sistema ferroviario mexicano, con concesiones hasta de medio siglo para Grupo Ferroviario Mexicano y

Grupo Acerero del Norte; Medios de Comunicación y Transporte de Tijuana; Grupo Triturados Basálticos; Transportación Ferroviaria Mexicana asociada a Kansas City Southern Industries. Y luego, apenas apenas terminado su sexenio, se incorporará al Consejo de Administración de Union Pacific, parte del Grupo Ferroviario Mexicano que integraron Grupo México e Ingenieros Civiles Asociados, beneficiarios de las concesiones que les entregó cuando era presidente. Después de él, secretarios de Estado y expresidentes harán lo mismo. Se pierde la vergüenza a la puerta giratoria y al reparto de porciones de poder, y uno de los mejores ejemplos es Guanajuato, donde el PAN toma el poder como una concesión desde tiempos de Carlos Salinas y la explota, por décadas, sin competencia.

Al mismo tiempo, Ernesto Zedillo encabeza un nuevo episodio de la guerra sucia. Enfrenta con mano dura el levantamiento del Ejército Popular Revolucionario (EPR) en varios estados del sur y centro, el 28 de junio de 1995. Toda la fuerza del Estado: en los siguientes meses, Ejército, cuerpos de inteligencia y Policía Judicial Federal desatan una cacería que no deja heridos y a veces ni muertos: otra vez detenciones y arrestos extrajudiciales; otra vez las desapariciones. Pueblos de Guerrero, Oaxaca, Estado de México, Tabasco, Veracruz, Michoacán o Puebla son barridos por las fuerzas de seguridad y las denuncias de violaciones de derechos humanos se extienden por todo el país. El EPR se levanta justo un año después de la masacre de El Charco, donde 11 personas son asesinadas por el Ejército. Zedillo dedicará su sexenio a exterminarlos sin aceptarles, jamás, sus reclamos de justicia social.

"Fui yo quien ordenó personalmente desde el primer día, el 28 de junio en que apareció el EPR, la presencia del Ejército en la zona de Guerrero. Lo hice basándome en la Ley Federal de Armas, que prohíbe que los civiles porten armas de guerra. Sabemos que el EPR lo que persigue es la provocación y no vamos a caer en la tentación de excedernos de la Ley. Todavía hoy colean en Europa y en América Latina reclamaciones contra graves violaciones institucionales de los derechos humanos. Por ahí no pasamos", dice Zedillo al diario español *El País*.[12]

—Desde la Iglesia se ha dicho que detrás de los grupos armados está el retraso en solucionar los problemas sociales del país —le dice el periodista español Fernando Orgambides.

—Una cosa es lo que opina la Iglesia y otra lo que dice algún obispo. Decir en estos momentos que detrás del EPR o en su raíz hay un problema de desigualdad y de pobreza es una opinión temeraria, porque no sabemos qué personas están actuando activamente dentro de este grupo. Entendemos que las proclamas del EPR constituyen una farsa, porque alegan una causa social cuando en realidad lo que ejercen es una causa violenta, criminal y terrorista. Son simplemente asesinos.

—México se dotó, con la Revolución de 1910, de un sistema inclinado hacia lo social que prácticamente ha llegado a nuestros días. ¿Cómo es posible que en los albores del siglo XXI exista la abismal diferencia que separa en su país a pobres y ricos? —le insiste el reportero.

—Este es un problema que enfrentamos todos los países en desarrollo. Cuando la Revolución Mexicana éramos 15 millones y ahora somos más de 90. Hemos sufrido un crecimiento poblacional explosivo, pero también una evolución económica claramente insatisfactoria, especialmente en los últimos 20 años. Todo esto explica la subsistencia del problema. No obstante, con las bases que se han construido en los últimos años el país tiene ahora la oportunidad de entrar en una nueva etapa de crecimiento.

Capítulo aparte en ese periodo de oscuridad es Samuel Ruiz García, defensor de los derechos humanos, obispo de la Diócesis de San Cristóbal de Las Casas, a quien los indígenas conocieron como Tatik. Su influencia en los movimientos sociales y su papel en la lucha de los pueblos en la última mitad del siglo XX mexicano es tan importante que ha soportado décadas de difamación de gobiernos y de los voceros, historiadores y redactores del neoliberalismo. Su labor pastoral y su poderosa influencia social, ¿debe analizarse desde la izquierda? Unos dicen que sí, otros que no. Pero sin duda debe ser parte de un análisis desde la derecha: de las fuerzas que con dignidad y contra todo pronóstico se le opusieron a pensar de ser

una ideología dominante, aplastante y hegemónica durante un largo, largo tiempo.

[1] Álvaro Delgado y Gloria Leticia Díaz, "La masacre de El Charco", *Proceso*, núm. 1128, 13 de junio de 1998.

[2] *Informe de Seguimiento a un Año. La Masacre de El Charco, Ayutla de los Libres, Guerrero. 07 de junio de 1998*, Liga Mexicana por la Defensa de los Derechos Humanos, 1999.

[3] Sólo se corrigió puntuación gramatical para su mayor comprensión. El original está redactado como informe de Ministerio Público.

[4] Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH), *Informe sobre Masacre en El Charco, Ayutla de los Libres, Guerrero. 7 de junio*, sin fecha. https://www.cndh.org.mx/noticia/masacre-en-el-charco-ayutla-de-los-libres-guerrero-7-de-junio.

[5] Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH), *Informe sobre la Violencia Política de Estado en México. Marco histórico objeto de las investigaciones de la Oficina Especial para Investigar la Represión y Desapariciones Forzadas por Violencia Política del Estado durante el Pasado Reciente (1951-2016).*

[6] El término *jet set* se usa en publicaciones de las élites para denominar a un grupo de ricos habituados a exhibir su dinero en eventos sociales. El *red set* juega con la idea anterior: se refiere a una élite de ricos progresistas y con "ideas de izquierda".

[7] Claudio Lomnitz, *El regreso del camarada Ricardo Flores Magón*, Ediciones Era, 2014.

[8] Rosario Ibarra de Piedra, "Experiencias y reflexiones de una luchadora social", *Hacia una democracia de género*, Fundación Heberto Castillo, 2013.

[9] Federico Mastrogiovanni, *Ni vivos ni muertos*, Grijalbo, 2014.

[10] Luis Carlos Rodríguez, "Recuerdan trayectoria de Luis Echeverría", *El Universal*, 12 de febrero de 2023.

[11] Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano*, Joaquín Mortiz, 1973.

[12] Fernando Orgambides, "El EPR es un grupo terrorista y asesino", *El País*, 31 de agosto de 1994.

CUARTA PARTE

Por **Álvaro Delgado**

La utopía es tan necesaria e insoslayable como la aspiración humana a una vida mejor, más digna, más libre, más justa y más igualitaria. Tan necesaria e imperiosa e indispensable que, como demuestra el ingenioso hidalgo cervantino, merece correr los riesgos, obstáculos que hay que correr al realizarla […] esta utopía necesaria para trascender el mundo existente y vivir una vida mejor, será una locura si no toma en cuenta la realidad que se pretende transformar.

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

Capítulo 10

Izquierda de dos hombres

Muchísimos mexicanos se han preguntado durante años por qué la elocuente insolidaridad de Cuauhtémoc Cárdenas con Andrés Manuel López Obrador ante los embates envenenados de la derecha desde el año 2000, siendo que él padeció primero las más ruines campañas de las élites que repentinamente —cuando ya no aspiró a nada— lo descubrieron como estadista y alma de la izquierda en México.

Se lo pregunté a López Obrador una primaveral mañana de marzo de 2005, cuando estaba en curso su desafuero como jefe de Gobierno de la Ciudad de México, que la Cámara de Diputados materializó el 7 de abril, y sobre el que Cárdenas había guardado un silencio casi total, pese a que sabía de la maniobra autoritaria de Vicente Fox Quesada, el presidente de un gobierno que se ofreció del cambio y que resultó embustero.

López Obrador se puso de pie y caminó con parsimonia hacia el ventanal derecho de su despacho en el Palacio del Ayuntamiento que antes que él ocupó Cárdenas, el tres veces candidato presidencial de la izquierda.

Y mientras miraba hacia el Palacio Nacional, me respondió que comprendía la actitud de Cárdenas:

"Me le atravesé al ingeniero, a quien respeto por su estatura moral. Lo entiendo… —hizo una pausa y, mirándome, redondeó con resignación—: Si yo hubiera estado en su lugar, y alguien se me atraviesa, hubiera preferido irme a dar clases a una preparatoria de Macuspana. El ingeniero ha actuado con mucha responsabilidad".

Y sí: alentado por sus allegados, Cárdenas planeaba para 2006 su cuarta candidatura para llegar al cargo que ocupó su padre, el general Lázaro Cárdenas del Río, pero ese pueblerino de Tepetitán, Macuspana, Tabasco, había tenido la audacia de reemplazarlo en el liderazgo de la izquierda, aunque tratando siempre de darle su lugar. "No me voy a pelear con la historia", solía decir.

El desafuero de López Obrador, tramado como un solo cuerpo por el titular del Poder Ejecutivo, Vicente Fox, el presidente del Poder Judicial, Mariano Azuela Güitrón, y los jefes del Poder Legislativo, así como las élites económicas y mediáticas que siempre lo han repudiado —instrumentado a poco más de un año de su primera candidatura presidencial —, era la más clara prueba de su consolidación como el nuevo líder de la izquierda partidaria, un proceso que tuvo su punto de quiebre la noche misma del 2 de julio de 2000, cuando Cárdenas frustró su tercer intento por ser presidente de México.

La ruptura de los dos principales líderes de la izquierda de México en cuatro décadas fue esa noche, pero el distanciamiento se produjo en la campaña misma: López Obrador tomó distancia de Cárdenas para no poner en riesgo su victoria en la Jefatura de Gobierno y seis años después, en 2006, el ingeniero no participó en ningún acto de campaña del candidato presidencial y, a dos semanas de la elección, aceptó incluso una chamba de Fox, el orquestador de la infamia del desafuero.

Desde el Instituto Federal Electoral (IFE), donde yo me encontraba la noche histórica del 2 de julio de 2000, seguía la algarabía de la derecha por el triunfo de Fox, que hizo todavía más sombría la realidad para la izquierda, que se veía a sí misma frustrada e impotente por el sueño de cambio que le fue arrebatado por un ranchero taimado llegado de Guanajuato y vendido como papas fritas.

Los ruidosos festejos por la alternancia que con Fox ponía fin a 71 años de gobiernos del Partido Revolucionario Institucional (PRI), cuyo epicentro fue el Ángel de la Independencia de la Ciudad de México, contrastaban con el silencio no muy lejos de ahí, en Polanco, de Cárdenas, el candidato de la izquierda que se resistía a decir una palabra sobre el resultado ya sabido por todos.

Los periodistas que dieron cobertura a su campaña consignaron que a regañadientes, sólo por la presión de ellos, salió a emitir un mensaje de gratitud por quienes lo vieron como opción y llamó a la unidad de las fuerzas progresistas ante el entreguismo y el oscurantismo que avizoraba con Fox en la presidencia de la República. “Aquí no hay desánimos ni

flaquezas", clamó en medio de seguidores cabizbajos y llorosos, entre ellos su sustituta en la Jefatura de Gobierno, Rosario Robles Berlanga.

—¿Va a felicitar a Fox?

—¿Por qué? Es una desgracia para el país.

La derrota no sorprendió a nadie. Ni a Cárdenas mismo. La izquierda llegó a la elección del milenio dispersa, disminuida, confrontada e impotente ante la primera alternancia por la derecha que también legitimaba al Estado en un cambio que en realidad era la continuidad del régimen mismo en lo político, en lo económico y en el uso faccioso de la ley.

Fox se había alzado con el triunfo con el 42.5 por ciento de los votos y en segundo lugar quedó Francisco Labastida, con 36 por ciento. Cárdenas sólo alcanzó un pobre 17 por ciento, apenas medio punto arriba del 16.5 por ciento de seis años atrás, en 1994, en su segunda incursión como candidato presidencial en medio de la irrupción del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

Pero ni con los votos de los otros dos candidatos de izquierda podría haber sido competitivo: Gilberto Rincón Gallardo, del partido Democracia Social, ya no compartía el proyecto de Cárdenas de "rescatar" la presidencia de la República que le fue arrebatada por Carlos Salinas de Gortari en 1988 y logró un 3.3 por ciento; y Porfirio Muñoz Ledo, quien se postuló por el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), harto de ser "el segundón" del político michoacano, sólo cosechó 0.43 por ciento, después de que declinó por Fox a cambio de una embajada en Bruselas.

No hay que olvidarlo: fue de tal magnitud el fenómeno político de Fox en México, que ganó hasta en la ciudad que Cárdenas había gobernado unos meses antes y que fue la primera entidad que ganó en su historia el Partido de la Revolución Democrática (PRD)… Lo venció con 43.6 por ciento por un muy mediocre 25.9 por ciento.

En medio de tal vorágine, la capital estuvo a punto de perderla también López Obrador, quien como presidente del PRD la había ganado en la elección de 1997, en la que desplazó también al Partido Acción Nacional

(PAN) del segundo puesto en la Cámara de Diputados, cuya mayoría perdió el PRI por primera vez en la historia.

La de 2000 fue una jornada electoral desastrosa para la izquierda en el país, combatida hasta por el EZLN. Y en medio de tal desánimo comenzó a consolidarse el liderazgo de López Obrador y una manera de hacer política que triunfó casi dos décadas y tres campañas electorales después. También cobró fuerza ese año la confrontación que había entre este y el PRIAN, esa fórmula creada por Carlos Salinas desde 1988, cuando Cárdenas alcanzó su cúspide política que, 12 años después, se convirtió en abismo.

En medio de un Zócalo casi desierto, hacia la medianoche del 2 de julio, se exponían los estilos de ejercer el liderazgo de Cárdenas y López Obrador, cuya victoria ante su contrincante Santiago Creel era parte de un regateo en varios ámbitos.

"Mi pregunta a Andrés Manuel es: ¿qué hacemos? Y tú tienes la palabra", emplazó Cárdenas a López Obrador, ante unos 5 mil simpatizantes que ocupaban la semidesierta Plaza de la Constitución, mientras ríos de mexicanos llegaban al Ángel de la Independencia para clamar a Fox lo que desde esa misma noche fue una premonición: "No nos falles".

Eran horas crueles para la izquierda y su futuro. Cárdenas decía tener la versión sobre supuestas maniobras del gobierno de Ernesto Zedillo para escamotearle su triunfo a López Obrador: "La información es que acaban de suspender alguna información de carácter electoral porque, según estos datos, se está acercando mucho la votación de Creel a la votación de Andrés Manuel, y esto no puede ser sino una complicidad del gobierno federal con las fuerzas a las cuales ya decidió entregarles el gobierno federal".

López Obrador, quien ganaría a Creel con sólo cuatro puntos, recordó que era sabido que no es un dejado y optó por serenar a sus seguidores: "Vámonos a descansar tranquilos, porque la ciudad va a seguir siendo gobernada por el movimiento democrático de izquierda".

Esa madrugada del 2 de julio de 2000, en la emblemática Plaza de la Constitución, se produjo el relevo en el liderazgo de la izquierda en

México, con dos figuras clave en seis sexenios, justamente en el auge y la crisis del modelo neoliberal: con Cárdenas, tres veces candidato a la Presidencia de la República desde 1988, se cerró un ciclo, y se inició otro con López Obrador, que también al tercer intento llegó a Palacio Nacional.

"¡Cumpliremos!", exclamó López Obrador esa noche ya mirando hacia adelante, en lo que era también, en una palabra, el contraste de las expectativas con los pobres resultados del primer gobierno de izquierda electo en la capital, encabezado por Cárdenas y luego por Robles Berlanga, quien, como presidenta del PRD y pareja del empresario Carlos Ahumada, sería protagonista, en 2004, de la trama de los videoescándalos que presagiaban las fuertes tempestades que vendrían y que, bajo la estrategia del miedo, dieron lugar al fraude electoral de 2006 y el inicio de la guerra falsa con muertos verdaderos de Felipe Calderón.

Si en 1994 Cárdenas no fue capaz de reconstituir el vigoroso movimiento de 1988, aun con la irrupción del EZLN que exhibía crudamente la exclusión de los más pobres, menos lo logró 12 años después, cuando la izquierda se fraccionó en tres candidatos presidenciales, pero además porque no tuvo la audacia para generar una narrativa de cambio que sí consolidó Fox, apoyado por los intereses de las élites.

La propia gestión de Cárdenas como jefe de Gobierno de la capital también gravitó en la ciudadanía para no verlo como la esperanza de cambio, una palabra de la que se apoderó Fox para seducir a un sector de la izquierda que llamó a un "voto útil" que resultó no sólo infecundo en su oferta, sino en el encumbramiento de la derecha más clasista, racista, discriminatoria, corrupta y autoritaria desde Fox hasta Peña Nieto.

El verdadero voto útil de ese año era, como lo pensamos muchos, para la izquierda que, de haber perdido la capital de México, no habría quedado piedra sobre piedra de esa fuerza a la que Cárdenas dio un impulso decidido y crucial con el movimiento que se levantó en 1988 tras su ruptura con el PRI, del que procedía también López Obrador.

Con todas las capacidades y límites de su liderazgo, con todas las contradicciones, oportunismos y heroísmos de la izquierda, Cárdenas articuló y encauzó desde la oposición un proyecto nacional con base en los

principios de la Revolución mexicana y de la Constitución, que siguió impulsando incluso tras el triunfo de López Obrador como presidente de México, en 2018, a su vez tratando desde el gobierno de materializar el suyo, que denominó la Cuarta Transformación de México.

A cada uno de los dos líderes de la izquierda en casi cuatro décadas le ha correspondido articular esfuerzos y recoger sus respectivos resultados en las dos etapas históricas.

En la primera, de 1986 a 2000, Cárdenas guio, como eje articulador, el periodo clave de la historia de izquierda que representó la oposición al neoliberalismo en los sexenios de Miguel de la Madrid, Carlos Salinas y Ernesto Zedillo. Bajo una hostilidad criminal del Estado que controlaba todo, con asesinatos de más de 600 opositores, encauzó el movimiento opositor a una nueva formación partidaria, el PRD, que con Salinas conoció fraude tras fraude desde el poder político, en contraste con la derecha del PAN, a la que le reconocía sus triunfos y hasta le regaló la gubernatura de Guanajuato, la única que hasta ahora, tres décadas después, mantiene.

Pero ya con Fox, a Cárdenas se le "atravesó" López Obrador, que lo reemplazó en el liderazgo de los otros tres sexenios del modelo neoliberal que completan Calderón y Peña Nieto.

Cuando el PRD cumplió siete años, en 1996, López Obrador asumió su presidencia después de los periodos de Cárdenas y Muñoz Ledo y le imprimió un sello de eficacia.

Además de ganar el primer gobierno estatal, el entonces Distrito Federal, y el segundo lugar en la Cámara de Diputados, López Obrador obtuvo resultados notables.

Las primeras elecciones que enfrentó fueron en el Estado de México, donde pasó de gobernar siete a 27 municipios, incluido Ciudad Nezahuacóyotl, el segundo más poblado del país; en Guerrero, de 13 pasó a 21 municipios gobernados; en Hidalgo, de uno a siete, y en Morelos igualó prácticamente la votación del PRI.

En 1998 ganó las gubernaturas de Zacatecas, Tlaxcala y Baja California Sur, que se sumaron al Distrito Federal.

Escribió en *La mafia nos robó la Presidencia,* en 2007: "Todo lo alcanzado por el PRD, entre 1996 y 1999, se consiguió manteniendo en alto nuestros principios. El PRD creció electoralmente no por arreglos cupulares ni por concertacesiones, sino luchando junto al pueblo de México y sus aspiraciones libertarias. Durante este periodo no cedimos al tintineo de la política tradicional. Avanzamos porque, ante el poder autoritario, ejercimos el contrapoder que nos dio autoridad moral".

Más que animosidades personales y antagonismos en principios y programas, a Cárdenas y López Obrador los apartó su respectivo estilo personal de hacer política y de ejercer el liderazgo con eficacia, pero sobre todo los proyectos de nación que ambos han postulado desde la elección de 2000, cuando formalmente asumió el poder la derecha que nació para combatir el proyecto de la Revolución mexicana y al general Lázaro Cárdenas del Río.

En plena campaña de 2000, López Obrador comenzó a tomar distancia de Cárdenas, que venía en picada, y se apartó tanto como pudo del candidato presidencial, quien paradójicamente a su vez lo propuso como el único capaz de mantener la Ciudad de México por su carácter estratégico para la izquierda y ante la evidente falta de liderazgos locales.

En su libro *Sobre mis pasos,* publicado en 2010, Cárdenas relata episodios sobre la negativa de López Obrador de asociar la campaña presidencial con la suya por la Jefatura de Gobierno y le reclama que haya sido uno de los factores de su derrota en 2000:

> Influyó también negativamente en los resultados electorales, a partir de la percepción generada en la ciudadanía, el hecho de que la campaña que yo realizaba por la Presidencia y la que llevaba a cabo Andrés Manuel por la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal se condujeran cada una por su lado, como si no correspondieran a la misma opción política. Eso se hace evidente cada vez que los coordinadores de mi campaña trataban de ponerse de acuerdo con Andrés Manuel y la gente de su campaña para que coincidiéramos haciendo campaña en la ciudad, en las pocas fechas que yo podía destinar a ello, pues yo recorría todo el país y no sólo el Distrito Federal.
>
> Así, la mayor parte de los días en que hice campaña en la Ciudad de México no coincidíamos, por su decisión, con el candidato a jefe de Gobierno. El desencuentro más serio se dio en mi visita a Ciudad Universitaria el 22 de junio —se trataba del encuentro con los universitarios, que habían constituido desde 1988 un apoyo decisivo para la lucha por la

> democracia. Al tratar de coordinar esa visita con el programa de campaña de Andrés Manuel me encontré con que él se negaba asistir a ese encuentro. Hubo que insistirle a través de varios enviados y fue hasta poco antes de la hora prevista para el mitin que aceptó asistir, resistiéndose hasta el último minuto a hacer uso de la palabra. Finalmente dio un corto saludo, pero era ya claro ante el PRD, los otros partidos de la Alianza por México, los medios de información y sectores importantes de la opinión pública, que él llevaba las cosas por su lado y yo por el mío. Se marcaba con ello un claro distanciamiento político que sin duda afectó también los resultados electorales.

López Obrador no respondió expresamente a ese reclamo de Cárdenas, que se la cobró en 2006 al no asistir a ninguno de sus actos de campaña. Pero en su libro *La mafia nos robó la Presidencia,* publicado en 2007, escribe cómo el propio ingeniero le pidió ser el candidato a jefe de Gobierno, después de que había terminado su presidencia del PRD, y la razón era que el ingeniero no ganaría la presidencia de la República y era fundamental mantener la capital del país:

> En 1999 regresé a Tabasco y comencé a recorrerlo de nuevo. Tenía el propósito de volver a participar como candidato al gobierno del estado, cuando surgió el planteamiento de ser candidato a jefe de Gobierno del Distrito Federal. La propuesta la hicieron el ingeniero Cárdenas y otros dirigentes del PRD, me parece que con base en encuestas, consideraron que conmigo se podía ganar la Ciudad de México.
>
> En verdad, no por algo que yo me hubiera planteado: seguía pensando en Tabasco. Conozco el territorio del estado como la palma de mi mano: todos los pueblos, las comunidades, las rancherías. Además, me ilusionaba gobernarlo; imaginaba cómo sería un gobierno alternativo y cómo sacaría a Tabasco y a su pueblo del atraso y la pobreza. Mi propósito era convertirlo en un ejemplo nacional. En esas estaba cuando me hicieron la invitación para contender por el Distrito Federal, con el argumento de que podía perderse la Presidencia de la República, pero teníamos que asegurar el triunfo en la Jefatura de Gobierno.

En el propio ejercicio en la Jefatura de Gobierno, y hasta en la relación con los medios de información, hubo contrastes, pero también en la relación que ambos tuvieron con Fox, a quien López Obrador consideró siempre un impostor desde que, en 1998, apoyó cargar a los mexicanos el saqueo del Fobaproa.

Desde antes de sus respectivas tomas de posesión, López Obrador sabía que habría conflicto con Fox, quien se negaba a una candidatura común para la gubernatura de Tabasco, en noviembre de 2000. “Fox no quiere. Ya lo convenció Madrazo”, decía.

Y es que Roberto Madrazo, el gobernador de Tabasco saliente, buscaría la presidencia del PRI y ofrecería a Fox apoyar imponer el impuesto al valor agregado (IVA) a medicinas y alimentos, según López Obrador.

A diferencia de Cárdenas, que era evasivo y cortante con los medios, López Obrador innovó la conferencia de prensa diaria, a las siete de la mañana, para imponer la agenda pública.

El escritor Sergio González Rodríguez describió la conducta de Cárdenas ante los medios en un perfil que publicó, el 30 de junio de 2000, en *Letras Libres,* la revista dirigida por Krauze: “Durante su efímera gestión como jefe de Gobierno de la Ciudad de México, Cuauhtémoc Cárdenas adoptó como estrategia evadir preguntas para evitar comprometerse, nadar de muertito, como decimos en México, para intentar llegar a la orilla de la candidatura presidencial sin raspones. He aquí un breve muestrario de sus elocuentes negativas”, y enumera:

> 17 de enero de 1998. Ante la liberación del Chucky, presunto asesino: “No conozco la resolución del juez”.
>
> 25 de enero de 1998. Frente a un desalojo que había organizado su gobierno: “No es el tema de hoy, estamos en una charreada”.
>
> 30 de enero de 1998. La diputada Raquel Sevilla asegura que en el gobierno de Cárdenas hay nepotismo, ante la evidente presencia de Cuauhtémoc Cárdenas Jr. en oficinas de su padre. Respuesta: “No conozco las declaraciones, si me las enseñan daré mi opinión”.
>
> 4 de marzo de 1998. El entonces oficial mayor, Jesús González Schmal, asegura que Aguilera obtiene información confidencial del gobierno de la ciudad y deja entrever que podría estar involucrado en el espionaje que se dio a conocer un día antes. Reacción: “Pregúntenle a él, no tengo información”.
>
> 3 de junio de 1998. Ante las encuestas de opinión en que la población asegura que no ha hecho nada por mejorar la seguridad: “No conozco el sondeo, necesito conocer la metodología”.
>
> 25 de junio de 1998. México y Holanda empatan a dos en el Mundial de Francia: “No vi el partido”.
>
> 26 de julio de 1998. Sobre las encuestas de opinión realizadas entre la población que le dan una calificación de entre 5.6 y 6: “No conozco lo que me señala”.

18 de agosto de 1998. Su opinión sobre la captura del secuestrador Daniel Arizmendi, horas después de su detención: "No tengo información".

7 de junio de 1999. La tarde del lunes, durante la celebración del Día de la Libertad de Expresión, Cárdenas Solórzano declaró que en el homicidio del conductor de televisión Francisco Stanley el crimen "constituye un hecho lamentable, como muchos otros que desafortunadamente ocurren en el Distrito Federal", "Es parte de las secuelas de la ciudad que se recibió el 5 de diciembre de 1997". Sin embargo, por la noche, convocó a una conferencia de prensa para condenar la campaña de linchamiento hacia su gobierno iniciada por los noticieros televisivos, especialmente TV Azteca.

5 de diciembre de 1999. Al pedírsele su opinión sobre la declaración del gobernador de Zacatecas, Ricardo Monreal, en el sentido de que en Tabasco había grupos de madracistas dispuestos a entrar al PRD, Cuauhtémoc Cárdenas dijo: "Monreal no me ha informado de sus reuniones con madracistas".

López Obrador, en cambio, fue siempre a la ofensiva, contrastando políticas y definiciones con el gobierno federal de Fox y destacando el carácter unitario del PAN con el PRI.

Las condiciones comenzaron a cambiar para López Obrador cuando estallaron los videoescándalos, en 2004, y luego el desafuero, episodios que apartarían aún más a López Obrador y a Cárdenas, que quería la cuarta candidatura presidencial.

La infamia del desafuero

Desde el momento mismo de la trama y con las evidencias que se han acumulado en el tiempo, el desafuero de López Obrador condensó como pocos episodios lo que para entonces había sido la alternancia en México en el año 2000: una impostura. Evidenció la mentira de la vigencia del Estado de derecho y desmintió también, como la elección de 2006 y luego la de 2012, la sentencia de que la alternancia había sepultado los fraudes electorales desde el poder público.

"Se acabaron los fantasmas del fraude, la casa quedó exorcizada para siempre", escribió el director de la revista *Nexos,* Héctor Aguilar Camín, en la edición de *Proceso* de esa elección. No fue raro que el historiador haya

hecho tamaña afirmación luego de que escribió en el diario *La Jornada,* el 30 de julio de 1988, que las elecciones que dieron como ganador a Salinas habían sido las "menos inventadas de mucho tiempo… las más limpias… las más verdaderas".

Aguilar Camín, jefe del grupo que durante décadas controló el Instituto Federal Electoral (IFE) y el Instituto Nacional Electoral (INE) mediante José Woldenberg, volvería a decir que las elecciones presidenciales de 2006 y 2012 habían sido impecables.

Como Aguilar Camín, fueron muchos los escritores, académicos y periodistas que construyeron una narrativa acorde a las élites y antagónica a la izquierda, sobre todo a López Obrador, quien los enfrentó como opositor y también ya en el ejercicio del poder, primero como jefe de Gobierno y después en la presidencia de la República.

En aquel tiempo todavía se encontraba a algunos que descreían de la alianza de intereses, pero el desafuero contra López Obrador exhibió a plenitud la identidad programática y política del PAN y el PRI, que tres lustros después, en 2021, sería también electoral cuando formalizaron con lo que quedaba del PRD la coalición Va por México, bajo la conducción del magnate Claudio X. González Guajardo, que emblematizó la subordinación del poder político al poder económico.

Y todavía peor: Fueron Fox y el PAN, ya no el autoritarismo priista del que tanto ellos se quejaron, los que torcieron las leyes y manipularon las instituciones, con campañas de miedo y de guerra sucia, para quitar de en medio a un contendiente mediante el desafuero y cuyo envilecimiento llegó hasta el fraude electoral en la elección de 2006.

En la trama para liquidar políticamente a López Obrador como candidato presidencial, cuya fuerza era previa al desafuero y no consecuencia de la maniobra, se articularon de manera facciosa e ilegal los tres poderes del Estado, los partidos políticos hegemónicos, las organizaciones empresariales, la mayoría de los medios de comunicación, periodistas, académicos e intelectuales. Eran exactamente los mismos que lo miraban con recelo desde que era líder social en Tabasco y sobre todo

desde que presidió a nivel nacional el PRD, cuando instrumentó una estrategia para exhibir el carácter unitario del PRIAN creado por Salinas tras el fraude de 1988 contra Cárdenas, y consolidó una fuerza política que amplió como jefe de Gobierno, fijando la agenda política diaria, que irritaba a sus adversarios.

Es también contrastante la relación de Cárdenas y López Obrador con Carlos Salinas, un personaje que cruza toda la etapa de lucha de la izquierda desde el fraude de 1988 hasta nuestros días. Ambos, sin embargo, tomaron distancia de él y lo combatieron.

A casi un mes de la elección de 1988, Cárdenas se reunió con Salinas, el 29 de julio, en la casa de Manuel Aguilera, un encuentro que Alejandro Caballero reveló en la revista *Proceso,* en 1996, pero que Cárdenas sólo confirmó hasta 1999, cuando aseguró que el único propósito era "limpiar la elección".

En su libro *Sobre mis pasos,* detalla que él propuso una muestra de mil casillas para identificar irregularidades y, si las había, proceder a un recuento total, pero si no las había acataría el resultado.

"En el curso del encuentro, ninguno de los dos varió su posición. Salinas lo último que en realidad quería era limpiar la elección y poco o nada le importaba que del fraude surgiera un gobierno carente de legitimidad".

Cárdenas agrega sobre ese encuentro con Salinas:

> Esperaba muy probablemente que en la plática hubiera de mi parte la petición de senadurías y diputaciones, algún cargo para mí y para otros dirigentes del FDN [Frente Democrático Nacional], concesiones, eventualmente dinero, a cambio de que reconociera un resultado electoral que sólo mediante una absoluta falta de ética, moralidad y responsabilidad podía haber reconocido como válido. Estimo que la conducta que he seguido con posterioridad a este hecho muestra que lo tratado en aquella ocasión quedó en lo que he dicho, en nada respecto a la limpieza de la elección y en que se mantuvo una firme confrontación política con el régimen surgido del fraude.

López Obrador, por su parte, cuenta que Salinas quiso cooptarlo cuando decidió ser candidato del Frente Democrático Nacional en Tabasco, en

1988. En su libro *La mafia nos robó la Presidencia,* escribe que ante su candidatura, que iba en ascenso, Salinas le envió un recado.

> En esos días, Carlos Salinas, a quien habían nombrado presidente electo, me mandó decir con Ignacio Ovalle que le interesaba tener un "acuerdo" conmigo. Ovalle me contó que Salinas le había pedido una opinión sobre mi persona y que luego de dársela le advirtió que no iba a ganar y que mejor me convenciera de que renunciara a la candidatura y, a cambio, me ofrecía un cargo en su gobierno. Obviamente, cuando Ovalle me hizo el planteamiento, le dije que no aceptaba. Y a partir de entonces, los operadores de Salinas —Roberto Madrazo, presidente del PRI en Tabasco; Fernando del Villa, delegado del PRI nacional y luego director del Centro de Investigación y Seguridad Nacional (Cisen), espionaje, y Humberto Mayans, secretario general de Gobierno—, como sucede ahora, hicieron todo lo posible por cumplir la disposición de que no ganáramos.

Cárdenas volvería a reunirse con Salinas, en 1994, después del asesinato del candidato presidencial que él impuso en el PRI, Luis Donaldo Colosio. Volvió a ocultarlo y sólo lo reconoció hasta que Salinas lo publicó en su libro. "No había cuentas electorales que aclarar —escribió Salinas—, lo que Cárdenas me propuso fue que considerara una serie de acciones en caso de que él ganara la Presidencia".

López Obrador no se reunió nunca con Salinas, pero sí lo hizo con Colosio, el 21 de marzo de 1994, dos días antes de que este fuera asesinado en Tijuana. La cena se celebró en el domicilio de Clara Jusidman, amiga de ambos.

> Él me buscó, consulté al ingeniero Cárdenas y me autorizó a verlo. Colosio llegó impecablemente vestido, con un traje azul. Venía de su casa, de tomarse fotografías y videos con su familia para la imagen de la campaña. En general la plática fue cordial. Me expresó su interés de buscar un acercamiento con el ingeniero Cárdenas y con el PRD nacional. Me preguntó sobre mi propuesta de empleo —la idea de abrir fuentes de trabajo, con la construcción de viviendas y de obras y servicios públicos para reactivar rápido la economía en zonas de altos índices de desocupación. Luego de escucharme dijo, convencido, que había que regresar a Keynes. Yo le pregunté sobre su relación con Camacho. Me contestó que acababa de verlo, que había limado asperezas, que el problema era entre Camacho y Salinas. La entrevista se prolongó durante casi dos horas. Nos despedimos, quedamos en volvernos a ver. Él salió al día siguiente a su gira por Sonora y Baja California, de donde ya no regresó con vida. Desde mi perspectiva, pienso que Colosio pintó su raya antes de tiempo. Pero también considero que las circunstancias lo

obligaron. El celo y el menosprecio a que estaba sometido por el férreo tutelaje de Salinas, el surgimiento del conflicto en Chiapas, las simpatías de la gente hacia los zapatistas, la condena popular al gobierno por las opciones bélicas de los primeros días y el activismo de Camacho, había eclipsado su campaña. Colosio ya no era noticia de primera plana. Además, él era norteño y tenía carácter. Por todo ello tomó la iniciativa de actuar con luz propia y optó por un discurso político diferente al de Salinas, que lo acreditara ante la opinión pública. Sin embargo, esto precipitó su ruptura con los hombres de Los Pinos.

Jusidman, quien había sido jefa de López Obrador en el Instituto Nacional del Consumidor durante el gobierno de Miguel de la Madrid, me contó que ambos se reunieron en dos ocasiones. "Esto no lo he platicado nunca. Andrés habló dos veces con Colosio, aquí en la casa, porque no quería que el candidato fuera Roberto Madrazo", me dijo Jusidman, el miércoles 18 de julio de 2018, en su domicilio. "Aquí estuvieron dos días antes de que mataran a Luis Donaldo. En dos ocasiones se reunieron aquí en la casa, porque Andrés decía que era el único lugar [en] que tenía confianza. Yo obviamente no estuve en la reunión de ellos, pero entiendo que la preocupación era que Madrazo iba a ser el candidato".

En esa misma entrevista, Jusidman me dijo que Salinas jamás pudo cooptar a López Obrador y que no lo enfrentaría como presidente de la República.

—Yo creo que eso a Carlos le molestó mucho de Andrés. ¡Se le escapó de las manos! Vea la cantidad de gente que, a pesar del daño que le ha hecho Salinas, no se atreven a hacer una ruptura con él. Es esta cosa de dominación y control, y de movimiento de grupos: "tu destino está ligado a mi destino", que es muy de la concepción de los grupos políticos en México.

—¿Sigue vigente Salinas?

—Sigue vigente. ¡Salinas sigue teniendo un poder muy grande!

—¿Prevé que haya más choques con López Obrador?

—No creo, porque fue tan fuerte el apoyo a López Obrador, tan clara la señal de la gente que está harta, que van a mantener una sana distancia. A López Obrador tampoco le va a convenir hacer una confrontación y el otro va a tener que estar medio calmado, pero tiene todos sus hilos y controles

en la parte económica. Yo pienso que Andrés entiende que entrar a una confrontación directa con Salinas no lo va llevar a mayor cosa.

En efecto, Salinas no había entrado en choque con López Obrador, pero sí actuó de manera definitoria en episodios clave para eliminarlo políticamente, como en los videoescándalos y el desafuero.

Y el desafuero fue la continuación de una estrategia que comenzó con la captura del IFE, en 2003, el organismo que salió del control del gobierno con la reforma electoral de 1996: el PRI de Elba Esther Gordillo, Roberto Madrazo y Manlio Fabio Beltrones, así como el PAN, excluyeron a la izquierda en la integración de los consejos electorales y se los repartieron entre ellos, con Luis Carlos Ugalde como presidente, un personaje formado en el priismo y vinculado directamente con Jesús Reyes Heroles González Garza, quien sería director de Petróleos Mexicanos (Pemex)… con Calderón.

En 2007, antes de cumplirse el primer año de gobierno de Calderón, publiqué en *El engaño. Prédica y práctica del PAN* detalles de la captura que hizo el PRIAN del IFE, cuyo primer Consejo General, presidido por Woldenberg, había cumplido con su encomienda de organizar elecciones más equitativas, aunque no había evitado el ingreso de dinero sucio a las elecciones con el *Pemexgate* y los Amigos de Fox.

En 2003, al margen de las sanas prácticas parlamentarias y de la indispensable deliberación pública, conductas que por décadas había exigido el PAN, se integró un órgano electoral que estaría al servicio del fraude electoral de 2006.

Mano derecha de Calderón, Germán Martínez Cázares, quien en 2018 se infiltraría en Morena para conseguir ser senador y director del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), negoció con Elba Esther Gordillo y Madrazo para repartirse los consejos del IFE.

Martínez, quien fue secretario de la Función Pública del gobierno de Calderón y presidente del PAN, colocó como consejeros a prominentes panistas: María Teresa González Luna Corvera, nieta del fundador de ese partido; Arturo Sánchez Gutiérrez, compadre de Juan Molinar Horcasitas,

exdiputado federal y secretario de Comunicaciones, así como a Andrés Albo Márquez y Rodrigo Morales Manzanares, amigos íntimos de Calderón.

En efecto, Albo y Morales Manzanares eran íntimos de Calderón desde 1995, cuando se emborrachaban para también hacer planes políticos para el PAN.

En *Los suspirantes. Los precandidatos de carne y hueso,* libro editado en 2005, Salvador Camarena describe a un Calderón ebrio, lloroso e impotente por no poder ser presidente del PAN, pero sobre todo exhibe su cercanía afectiva y política con los consejeros del IFE Albo y Morales:

> A Felipe nadie le ha regateado su experiencia o los kilómetros recorridos. Pero varias veces su juventud le ha representado obstáculos extras. Como en diciembre de 1995, cuando en una cantina se lamentaba: "¡Quiero ser presidente de mi partido, pero estoy muy chavo y no me van a querer!". Quienes escuchaban ese día a Calderón eran parte de un selecto grupo de analistas, políticos y economistas que el tercer martes de cada mes se reunían a comer por invitación del área de estudios sociales y políticos de Banamex. Tras la cita de aquel mes en Banamex, algunos hicieron sobremesa en una cantina cercana al recinto del Centro Histórico del banco. Estaban ahí, entre otros, Rodrigo Morales, amigo íntimo de Felipe y consejero del IFE; Guillermo Valdés Castellanos, analista del Grupo de Economistas Asociados, GEA, y Andrés Albo *[sic],* hoy también consejero del IFE: "Casi lloraba…", recuerda Valdés. "¡Felipe, si quieres, sí puedes", le animaban los ahí reunidos.

Con Roberto Campa como su operador y negociador con el PAN, el PRI de Elba Esther Gordillo y Madrazo colocó a Ugalde como consejero presidente, un personaje que fue asesor priista y empleado de Reyes Heroles en la embajada en Washington, pero cuyo impulso para el cargo se lo debe a la poderosa cacique del magisterio.

En la negociación PRI-PAN se entregó también una posición en el IFE al Consejo Coordinador Empresarial (CCE), el organismo cúpula del sector privado, que envió a Alejandra Latapí Rener, quien había fungido como su enlace con la Cámara de Diputados. María de Lourdes López, identificada con el priismo de Coahuila, también llegó al Consejo General, lo mismo que Virgilio Andrade Martínez, miembro del grupo prianista del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM) que sería secretario de la Función

Pública con Peña Nieto, y Marco Antonio Gómez Alcántar, exrepresentante del PRI ante el IFE.

Martínez Cázares, quien participaría en la *Operación Berlín* de guerra sucia contra López Obrador en 2018 —cuyo orquestador era el historiador Enrique Krauze—, se ufanaba de la forma en que se integró el IFE, ante cuyo Consejo General sería representante del PAN y encargado del aval al fraude de 2006: "Yo puse a los consejos electorales. Entre Roberto Campa y yo los amarramos".

Campa Cifrián, quien sería candidato presidencial en 2006 del partido de Elba Esther Gordillo, fue subsecretario de Gobernación de Peña Nieto y, en 2019, fue designado director de Asuntos Corporativos de Fomento Económico Mexicano (FEMSA), cuyo presidente del Consejo de Administración, José Antonio Fernández, conocido como el Diablo, ha sido uno de los más tenaces opositores de López Obrador desde 2006.

Eso no fue todo: con el control del Consejo General del IFE, cuya mayoría era claramente afín a Calderón, se hizo también una integración facciosa de los vocales ejecutivos en todos los estados del país, así como de consejos locales y distritales para facilitar el fraude.

De todo esto no ha habido jamás un debate informado. Esta lógica facciosa que se trasladó al órgano electoral representó un atentado a los principios constitucionales de imparcialidad, independencia, legalidad y objetividad que tanto daño le han hecho a la sociedad mexicana.

Esto era sólo parte de la trama: a la integración facciosa del IFE, en la que se excluyó a la izquierda y se le dio representación al CCE, que intervino ilegalmente en la elección de 2006, siguió la difusión de los videos que exhibieron la corrupción de personajes del PRD con Carlos Ahumada, en marzo de 2004, cuando ya estaba en curso la ruptura de López Obrador con el grupo de Cárdenas, cuya sucesora en la Jefatura de Gobierno de la Ciudad de México, Rosario Robles, se amafió con ese empresario de origen argentino, Salinas y Diego Fernández de Cevallos.

De hecho, el elenco de enemigos de López Obrador, que había comenzado con su rechazo al Fobaproa en 1998, se exhibió con claridad en

el desafuero y después en la elección de 2006. Sus principales antagonistas siempre han sido los mismos, liderados por Salinas.

Robles Berlanga, quien formaba parte del proyecto de Cárdenas para 2006, se relacionó amorosamente con Carlos Ahumada y fue la operadora para la difusión de los videos en los que René Bejarano, diputado local y exsecretario particular de López Obrador, fue exhibido en Televisa recibiendo dinero, en el programa del comediante Víctor Trujillo, alias Brozo.

En su libro *Con todo el corazón. Una historia personal desde la izquierda,* de 2005, Robles Berlanga niega toda responsabilidad en el complot de los videoescándalos contra López Obrador, incluida la participación de Carlos Salinas: "Nadie ha presentado una prueba que me relacione con una situación de esta naturaleza".

Robles Berlinga mintió. Cuatro años después, en 2009, su propia pareja amorosa y política, Carlos Ahumada, desnudó toda la confabulación en la que participaron, entre otros, Carlos Salinas de Gortari, Diego Fernández de Cevallos, Santiago Creel, Eduardo Medina Mora, Rafael Macedo de la Concha y Robles Berlanga, quien hasta dispuso la selección y edición de los videos.

La confabulación en el propio domicilio de Carlos Salinas se produjo desde 2003, en septiembre, cuando estaba en curso la negociación de las fuerzas políticas para definir a los consejos del IFE, y así lo escribe Ahumada en su libro.

> Todo lo negocié directamente con Carlos Salinas, muchas veces en presencia de Rosario Robles; con Diego Fernández de Cevallos, con Ramón Martín Huerta, con Eduardo Medina Mora, el actual procurador general de la República, en aquel entonces director del Centro de Investigación y Seguridad Nacional (Cisen), a quien conocí en la oficina de Ramón Martín Huerta, así como con el general Macedo de la Concha, entonces procurador general de la República. Todos ellos intervinieron, formaron parte, realizaron alguna tarea en especial; pero concretamente negocié con Carlos Salinas y Diego Fernández. ¿Y por cuánto? Acordamos casi 400 millones de pesos, los cuales nunca me pagaron. Así es, nunca.

Detalla el empresario Ahumada:

> En agosto de 2003 conocí a Carlos Salinas de Gortari a través, indirectamente, de Javier Solórzano, quien sabía del hostigamiento en mi contra. Javier me dijo que me quería presentar a Juan Collado, una persona que podía ayudar mucho, que estaba muy bien relacionado, muy conectado, que era un muy buen abogado.
>
> Me reuní con Juan Collado, quien me dijo que Carlos Salinas me quería conocer. Ese interés despertó mi curiosidad y acepté reunirme con él. La primera vez que vi a Carlos Salinas fui con Juan Collado a su casa de Camino Santa Teresa número 480 en Tlalpan. Nos recibió en su biblioteca. Ahí nos reunimos la mayoría de las veces; otras, en un sótano que tiene una cava de vinos espectacular, con unos sillones muy acogedores, entrando en la biblioteca, del lado derecho. En esa primera ocasión hablamos de varios temas. No recuerdo si ese día o en mi segunda visita me dijo que le quería regalar un libro de Mao Tse-Tung a Rosario. Me lo dio para que se lo llevara y en una hoja me señaló una cita, que decía algo así como "para derrotar al centro, hay que empezar de afuera hacia adentro". Después me invitó varias veces con Rosario Robles.

Ahumada relata en su libro una reunión en la casa de Salinas, quien le coloca la banda presidencial:

> En la madrugada, antes de despedirnos, surgió una de las escenas más impactantes que he visto en mi vida. Salinas le mostró su biblioteca a Rosario. Había condecoraciones y fotografías, entre otros recuerdos. Cuando llegamos a la vitrina donde conserva sus bandas presidenciales, Rosario le comentó que debía ser un gran honor y un orgullo portar la banda presidencial. Salinas inmediatamente tomó una escalerita para poder subir a abrir la vitrina y sacó una de las bandas presidenciales. Yo creía que nos la quería mostrar, y en efecto así lo hizo, pero no fue sólo eso, sino que la tomó y se la puso a Rosario cruzándole el pecho y le dijo: "Te luce muy bien". Sé que al lector le puede resultar muy difícil creerme. Yo mismo, a pesar de la gran cantidad de vino tinto que tenía encima, no podía dar crédito a lo que veía. Quedé estupefacto. Me pareció una escena increíble y vergonzosa, me dio pena ajena.

Los videoescándalos cimbraron al gobierno de López Obrador, quien nunca dejó de asegurar que detrás de los mismos estaba Carlos Salinas y las televisoras, sobre todo Televisa. Emilio Azcárraga Jean y Bernardo Gómez, presidente y vicepresidente de ese grupo, fueron clave también en el desafuero y luego en la elección de 2006, cuando eran miembros del consejo de administración Claudio X. González y Enrique Krauze.

Y en medio de todo este escenario, Cárdenas sabía que Fox y sus aliados del PRI querían aniquilar a López Obrador, quitándole con el desafuero sus

derechos políticos para no ser postulado como candidato presidencial en 2006.

El 7 de septiembre de 2004, exactamente siete meses antes de que la Cámara de Diputados votara el desafuero, Cárdenas acudió a ver a Fox, en Los Pinos, como lo relata en su libro *Sobre mis pasos,* una reunión en la que hablaron sobre la transición democrática en el país. "Se refirió también, brevemente, a que los programas de trabajo, si bien lentamente y no sin dificultades, iban avanzando, y por fin llegó a lo que quería: hablarme del posible desafuero de Andrés Manuel. Dijo que se trataba de un caso judicial que se estaba manejando con estricto apego a los cauces legales. Andrés Manuel no había querido llevarlo dentro de estos mismos cauces, pero que sería dentro de estos en los que se mantuviera. De su parte no existía animosidad alguna en su contra".

Agrega Cárdenas:

> Fue una reunión corta, de unos 20 o 25 minutos. Mi comentario se redujo a decirle que, tal como él lo planeaba, esperaba que el caso se condujera con absoluto respeto a los mandatos de la ley. La plática con Fox sólo me confirmó la idea que ya tenía: se trataba de una manipulación política y no de un asunto manejado dentro del ámbito judicial. El gobierno, a través de la Procuraduría General de la República, llevó el caso hasta que la Cámara de Diputados votó por el desafuero de Andrés Manuel, lo que Fox ya no se atrevió a instrumentar. Fue un proceso que tomó meses, provocó un gran debate en los medios de información y grandes movilizaciones de apoyo a Andrés Manuel, fortaleciéndolo en su proyección hacia la candidatura presidencial.

Era la misma candidatura presidencial que Cárdenas quería y que venía trabajando con su equipo, que por ejemplo elaboró un libro para exponer su propuesta: *Un México para todos. Construyamos un país de iguales, con justicia, libertad y soberanía*.

El lanzamiento de este libro coincidió con la difusión de los videoescándalos, en marzo de 2004, y la edición revisada del mismo se hizo el 5 de febrero de 2005, en el aniversario de la Constitución mexicana, un día después de que se confirmó que la Cámara de Diputados aprobaría el desafuero.

—Si se desafuera a López Obrador, ¿qué posición va a adoptar usted? —le preguntó un periodista.

—Seré un decidido opositor de que pueda darse esa posibilidad —respondió.

Cárdenas andaba en lo suyo, que era apoderarse de la candidatura presidencial por cuarta ocasión y, según él, era el único que había presentado un proyecto que se había expuesto sobre el país: "Hasta ese momento, nuestro documento seguía siendo la única propuesta presente en la vida política del país, con proyección nacional y previa a que hubiera partidos y candidatos en campaña".

Pero no era así: López Obrador lanzó, también en 2004, su Proyecto Alternativo de Nación, que desglosaba en 20 puntos su oferta para México, en cuya presentación hablaba sobre el proceso de desafuero en su contra: "Como es sabido, en este tiempo enfrento un proceso injusto de desafuero que busca inhabilitarme políticamente, y no sé lo que me depare el destino. Pero, como he dicho en otras ocasiones, sea quien sea el candidato de mi partido a la Presidencia en 2006, considero primordial definir con claridad un proyecto alternativo de nación, acorde con los intereses del pueblo, visionarios y realistas".

Añadía en la presentación:

> Esta es la propuesta de quien no pretende poseer el monopolio de la verdad y que, por tanto, no aspira a manejar soluciones absolutas… por eso la someto a la consideración de los mexicanos para que la estudien con todo cuidado y nos hagan saber a tiempo qué debe incluirse, modificarse o suprimirse. Estoy convencido que este proyecto se enriquecerá significativamente con las observaciones de mis conciudadanos y las indispensables aportaciones de su experiencia concreta. Así, cuando llegue el momento, dejará de ser una propuesta y se convertirá en un programa para la transformación y el engrandecimiento de México.

En ese contexto de los dos proyectos que presentaban las dos figuras de la izquierda se dio el desafuero, que se consumó en la Cámara de Diputados el 7 de abril, en cuyo discurso López Obrador daba por hecho que las bancadas del PRI, el PAN, el Partido Verde Ecologista de México (PVEM) y el

Partido Nueva Alianza (Panal) lo despojarían del fuero, porque habían recibido ya la orden de quienes se habían opuesto al cambio verdadero.

> Son los que han convertido al país en un océano de desigualdades, con más diferencias económicas y sociales que cuando Morelos proclamó que debía moderarse la indigencia y la opulencia. Son los que han arruinado la actividad productiva del país y han obligado a millones de mexicanos a dejar sus hogares y sus familias para emigrar a Estados Unidos, arriesgándolo todo en busca de lo que mitigue su hambre y su pobreza. Son los que quieren perpetuar la corrupción, el influyentismo y la impunidad, que son sus señas de identidad. Son ellos los que tienen mucho miedo a que el pueblo opte por un cambio verdadero. Y ese miedo cobarde de perder privilegios los lleva a tratar de aplastar a cualquiera que atente contra sus intereses y proponga una patria para todos y patria para el humillado.

Por eso, añadió, utilizaban a Fox, para impedir que avanzara el movimiento de transformación nacional, capaz de crear una nueva legalidad, una nueva economía, una nueva política, una nueva convivencia social con menos desigualdad, con más justicia y dignidad.

Habló ante el pleno de la Cámara de Diputados de una reunión en 2004 con Fox:

> Un empresario me contó que el 10 de junio del año pasado, en una reunión en casa de Rómulo O'Farrill, ese grupo compacto de intereses creados le dijo al ciudadano Presidente, palabras más, palabras menos: "Nos has quedado mal, no has podido llevar a cabo las privatizaciones y la reforma fiscal, pero eso ya no es lo que nos importa. Ahora lo único que te pedimos es que por ningún motivo permitas que ese populista de Andrés Manuel llegue a la Presidencia".
>
> Tal vez, a partir de entonces o de una lectura febril de las encuestas, al Presidente de la República se le volvió una obsesión hacer campaña en mi contra. Eso es lo que explica este desafuero, tramado desde Los Pinos. Por eso, con seguridad y firmeza, desde esta tribuna, aunque no sea la máxima tribuna, acuso al ciudadano Presidente de la República, Vicente Fox Quesada, de estos procedimientos deshonrosos para nuestra incipiente democracia. Lo acuso de actuar de manera facciosa, con el propósito de degradar las instituciones de la República. Acuso también por complicidad al presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, Mariano Azuela Güitrón, por supeditar los altos principios de la justicia y de la Constitución a las meras consignas políticas ordenadas por los intereses creados del momento.
>
> Días antes de iniciar el procedimiento en mi contra, en abril del año pasado, el presidente de la Corte acudió a un encuentro con el ciudadano Presidente para tratar este asunto olvidándose que su deber no es encubrir las arbitrariedades del titular del Poder Ejecutivo, sino el de proteger a los ciudadanos del atropello y del abuso. Es más, dos días después de presentada la solicitud de

> desafuero, la Suprema Corte hizo publicar un desplegado donde, por anticipado, se trataba de legitimar este aberrante procedimiento en mi contra y se alababa la actuación de quienes actuaron por consigna haciéndose pasar por jueces. Claro está, y aquí lo hemos escuchado, que quienes me acusan tratan de justificar su actuación, hablando en nombre de la ley e invocando el Estado de derecho. Así ha sucedido siempre: todo acto autoritario suele encubrirse en un discurso de aparente devoción por la legalidad. Lo cierto es que estos personajes no sólo están envileciendo a las instituciones sino haciendo el ridículo.

López Obrador enfatizó: "Ahora resulta que en el país de la impunidad, en el país del Fobaproa, de los Amigos de Fox, del Pemexgate y otros latrocinios cometidos, permitidos o solapados por los que ahora me acusan y juzgan, a mí me van a desaforar, me van a encarcelar, me van a despojar de mis derechos políticos por haber intentado abrir una calle para comunicar un hospital".

En otra parte de su discurso de defensa, López Obrador añadió:

> También estoy orgulloso de ser acusado por quienes engañaron al pueblo de México; por quienes ofrecieron un cambio y mintieron; por quienes se aliaron a los personajes más siniestros de la vida pública del pasado, como Carlos Salinas de Gortari, y mantienen la misma política de siempre, esa donde todos los intereses cuentan, menos el interés del pueblo. Lamento que el voto útil se haya convertido en voto inútil, que se haya perdido tristemente el tiempo con el llamado gobierno del cambio y no se haya logrado nada, absolutamente nada habiendo tantas demandas nacionales insatisfechas.
>
> Pero no hay mal que por bien no venga; hacía falta conocer a fondo a los santurrones, a los intolerantes, a los que hipócritamente hablaban de buenas conciencias y del bien común. Hacía falta que esas personas se exhibieran sin tapujos, con toda su torpeza, frivolidad, desparpajo, codicia y mala fe para saber con claridad a qué atenernos.

Y añadió: "Ustedes me van a juzgar, pero no olviden que todavía falta que a ustedes y a mí nos juzgue la historia. ¡Viva la dignidad!".

Tras el desafuero, López Obrador convocó a la Marcha del Silencio, el domingo 24 de abril. Acudieron cientos de miles de personas, incluidos los principales liderazgos de la izquierda. Hasta Porfirio Muñoz Ledo, quien había sido embajador de Fox, se sumó a la manifestación, igual que Cárdenas.

A ambos no les fue bien con la concurrencia. El periodista Jaime Avilés publicó una crónica, en *La Jornada,* el lunes 25, que consigna los reclamos a Cárdenas y a Muñoz Ledo, precursores del movimiento que, casi dos décadas después, conducía López Obrador:

> Todavía no eran las once de la mañana. A la cola de la cola, en medio de un espacio inmenso, del tamaño de una alberca olímpica, despejado por los brazos y los cuerpos de cientos de jóvenes, estaba la llamada "descubierta" de la columna, en la que se habían colocado los dirigentes del PRD y el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas.
>
> Para su desventura, cuando el ex candidato presidencial fue reconocido por los manifestantes, muchos de estos olvidaron que la marcha iba a ser silenciosa y empezaron a gritarle "traidor", "vendido", incluso "salinista". El rostro del michoacano se endureció.
>
> Acostumbrado a la adversidad, Cárdenas emprendió la caminata sin que las palabras hirientes dejaran de llover a su paso, y fue tanta la presión popular que poco antes de llegar a la glorieta del Ángel abandonó la procesión. Sin embargo, dijo a los periodistas que se retiraba para tomar un avión, pues tenía "un compromiso fuera del país".
>
> Una sorpresa distinta, y no por ello menos desagradable, fue la que sufrió Porfirio Muñoz Ledo, invitado como orador inaugural del mitin. Ante el Zócalo repleto a más no poder, escuchó una ensordecedora rechifla cuando el sonido local anunció su nombre. Enseguida tomó la palabra atizando el escándalo y terminó el discurso más breve de su carrera política un minuto y medio después. López Obrador lo relevó en el micrófono inmediatamente.

El desafuero fue la expresión de la vileza de los poderes que veían a López Obrador como un peligro para ellos y, según ellos, para México. Y aunque Fox se desistió de continuar el proceso para encarcelarlo, sacrificando incluso al procurador Rafael Macedo de la Concha, y cuidando a Santiago Creel, quien tramó la maniobra junto con su coordinadora de asesores, María Amparo Casar, vendría aún la elección de 2006.

El desafuero de López Obrador y la rectificación de Fox para no procesarlo descarrilaron también el proyecto de la candidatura presidencial de Cárdenas, quien renunció a buscarla en ese mismo abril de 2005.

En su libro *Sobre mis pasos* no hace ninguna alusión al repudio que le manifestaron numerosos manifestantes en la Marcha del Silencio, el 24 de abril, pero advirtió en ese y en otros hechos una dinámica que no le era favorable para su proyecto presidencial.

> Independientemente de tener como propósito muy válido defender los derechos de Andrés Manuel y protestar contra el desafuero, la cúpula dirigente del PRD la estaba aprovechando principal y abiertamente, desde la forma de convocarla, para promover la candidatura de Andrés Manuel. Excedía con ello sus funciones y su responsabilidad de mantenerse dentro de la imparcialidad, dado que se estaba todavía fuera de los tiempos formales para llevar a cabo el proceso de elección interna en el partido. Fue una marcha con una alta participación y al final de ella, ya en el Zócalo, Andrés Manuel, lo que había previsto y comentado con los amigos, hizo un discurso que sólo pudo tomarse como el lanzamiento de su candidatura presidencial.

Y sí, López Obrador planteó en el Zócalo lo que era ya su proyecto presidencial: propuso un pacto con "todos los sectores de buena voluntad para los cambios que demanda el país", cuya base de la transformación de México "es el combate a la pobreza" y a la corrupción. Planteó también desde entonces una reforma del Poder Judicial como ancla del sistema democrático, "para lograr la independencia y rectitud de jueces y magistrados". También consideró un imperativo la consolidación de las instituciones y el mantenimiento del Ejército como institución para la defensa de la soberanía nacional.

Y tendió la mano: "No hay motivo para que nadie se alarme con nuestro proyecto. No odiamos ni buscamos venganzas. No vamos a perseguir a nadie, no daremos consignas al Poder Judicial y nunca vamos a apostar por destruir a nuestros adversarios".

Para entonces, Cárdenas veía que la dinámica política no le era favorable para su cuarta candidatura presidencial, porque los tiempos de la convocatoria de la dirigencia del PRD, presidida por Leonel Cota Montaño y cuyo secretario general era Guadalupe Acosta Naranjo, se habían acomodado a López Obrador.

"Las elecciones estatales recién elegidas estaban en manos de las corrientes, que a pesar del trato despreciativo que habrían debido recibiendo de Andrés Manuel se habían colocado oportunista e incondicionalmente a su favor. Sólo podía decir que el partido se encontraba secuestrado por los intereses de este y absolutamente alineado con él".

Estas y otras decisiones del PRD hicieron a Cárdenas inclinarse por no buscar la candidatura por cuarta ocasión. Escribe en su libro: "Participar en

esas condiciones, a sabiendas de que la elección se perdería, sólo serviría para reconocer formalmente una imparcialidad absolutamente inexistente en la dirección nacional del partido y para legitimar el proceso mediante el cual Andrés Manuel obtuviera la candidatura, abriéndole de paso la oportunidad de tener con quién confrontarse en la campaña interna, habiéndose descontado ya a Fox como adversario".

Cárdenas también hizo explícito su rechazo a López Obrador, al no participar en su campaña, una decisión sobre la que también escribe:

> Al mismo tiempo que anunciaba que no participaría en el proceso para elegir candidato del PRD a la Presidencia, tomé la decisión de no hacer presencia en la campaña debido, principalmente, a las diferencias que tenía con la plataforma sostenida por Andrés Manuel y respecto a la participación, como candidatos del PRD a cargos en el Congreso, de personas que habían actuado contra el partido sin hacer un deslinde público de sus pasados políticos. Decidí, también, no hacer públicas mis diferencias durante los meses de campaña, aunque algunas eras conocidas desde que se presentaron, por un lado Un México para Todos, por el otro los 20 o 50 puntos y Un proyecto Alternativo de Nación de Andrés Manuel.

Negado a cerrar un ciclo en su trayectoria como líder de la izquierda, Cárdenas no hizo públicas sus diferencias con López Obrador. Hizo algo peor: aceptó una encomienda del gobierno de Fox, el mismo que había envilecido las instituciones y torcido la ley a favor de la derecha, como él mismo lo había expresado.

En pleno proceso electoral de 2006, en medio del auge de la guerra sucia, Cárdenas aceptó la chamba como titular de la Comisión Organizadora de las conmemoraciones del bicentenario del inicio de la Independencia nacional y del centenario del inicio de la Revolución mexicana.

Aunque alegaba que López Obrador le había dado su aval, era claro el mensaje de que Cárdenas trabajaba para el proyecto antagónico de la izquierda, sobre todo en medio de la guerra sucia contra su candidato, que a él le habría gustado ser.

Cárdenas detalla en su libro que se entrevistó con el secretario de Gobernación de Fox, Carlos Abascal, "hacia finales de marzo o principios

de abril" de 2006, cuando había comenzado el bombardeo en radio y televisión de los *spots* del CCE y el PAN llamaba a López Obrador "un peligro para México".

El 29 de mayo se reunió con Fox en Los Pinos y el 19 de junio, a dos semanas de las elecciones, asumió el cargo en una ceremonia en el Museo Nacional de Antropología, que mandó el mensaje de que él no apoyaba a López Obrador.

Pasadas las elecciones, a menos de un mes de la toma de posesión de Calderón, el 8 de noviembre, Cárdenas renunció a la chamba que le aceptó a Fox. Reconoció lo obvio: la "controversia en el interior del partido político en el que milito y en algunas expresiones políticas con importante presencia nacional", pero también que sus tareas requerían "un ambiente de respeto, ajeno a crispaciones políticas".

UNA CHAMBA Y UN FRAUDE

Lo cierto es que Cárdenas fue funcional a los intereses antagónicos de la izquierda y de quienes siempre lo han despreciado, como el propio Fox, quien se opuso a que, en 2011, recibiera la medalla Belisario Domínguez, porque "no es un personaje extraordinario de la vida pública" de México.

"Creo que de alguna manera esa medalla va a ir pasando de oro a cobre", dijo Fox con desdén por Cárdenas, a quien hipócritamente utilizó para dividir a la izquierda, en 2006, cuando lo invitó a ser el coordinador de los festejos del bicentenario de la Independencia, como he relatado.

Cárdenas no actuó con ingenuidad en esa elección… Desde el inicio mismo de la campaña de 2006 envió un mensaje claro de apoyo a Calderón, justo en la primera gira de este a Michoacán: su incondicional Enrique Bautista, secretario de Gobierno, apareció en un acto del candidato del PAN, a quien el gobernador Lázaro Cárdenas invitó a cenar ese mismo día.

Los allegados a Cárdenas hablaban pestes de López Obrador y, si no actuaron a favor de la derecha, al menos no apoyaron la campaña, como en

Michoacán y Zacatecas con Lázaro Cárdenas y Amalia García.

Enrique Calderón Alzati, un asesor de Cárdenas, exhibió justamente la mezquindad de este al decir que "sería muy injusto que, después de tantos años de trabajo y de lucha, se le pida que esté al frente de la campaña política de López Obrador".

Si desde dentro del perredismo tenía malquerientes, López Obrador enfrentó también en la elección a una candidata que se presentaba con el perfil de izquierda, Patricia Mercado, postulada por el Partido Alternativa Socialdemócrata y Campesina, una formación que venía del partido Democracia Social, que postuló a Gilberto Rincón Gallardo en 2000.

La propia Mercado había sido vencida para la candidatura ese año por Rincón Gallardo y, tras la pérdida del registro de Democracia Social, fundó y presidió México Posible, que perdió el registro en 2003.

En la elección de 2006, pese al intento de una facción para colocar como candidato presidencial al empresario farmacéutico Víctor González Torres, el Doctor Simi, Mercado logró un millón 128 mil votos, equivalentes a 2.70 por ciento de la votación total, claves en el desenlace de la elección presidencial.

Ante los planteamientos de declinar su candidatura por López Obrador, Mercado se negó y argumentó que todos los otros candidatos eran integrantes de la misma vieja clase política que habían mantenido en el atraso y la desigualdad al país. Renunciar a su candidatura, dijo, sería un golpe más a la ya de por sí vulnerada y disminuida confianza de la ciudadanía en los partidos políticos y sus dirigentes, e indicó que no se prestaría a eso.

López Obrador siempre vio a Calderón como el político de mayor riesgo en la disputa por la presidencia de la República.

—Creel es un caramelo, pero Calderón sí es peligroso: es perverso, capaz de lo que sea —me dijo en aquella primavera de 2005.

Y sí: Calderón hizo a un lado primero a Creel en la elección interna del PAN, cuando no sólo controlaba las estructuras del ese partido, sino cuando ya operaba para él Elba Esther Gordillo con el magisterio a su servicio, incluidos perredistas.

Gordillo ya había roto con Madrazo, quien se había impuesto como candidato presidencial del PRI. Uno de los gobernadores a los que aplastó fue Arturo Montiel, cuyo sucesor y sobrino, Enrique Peña Nieto, orquestó el apoyo a Calderón.

En medio de la campaña de 2006, el PAN, el PRI y el PRD aprobaron la llamada "ley Televisa", que otorgaba a los medios de comunicación audiovisuales ventajas inverosímiles. Calderón fue clave en esa aprobación.

También en 2006 irrumpió abiertamente otro espectro de la izquierda, el EZLN y el Subcomandante Marcos, su líder, que organizaron la Otra Campaña, un recorrido por el país para oponerse abiertamente a López Obrador, a quien conceptualizaban desde entonces en algo peor que la extrema derecha que gobernaba.

Pese a que López Obrador había sido solidario con el EZLN desde que apareció y había defendido sus demandas, en la campaña de 2006 fue blanco de radical descalificación, un comportamiento que analizó ampliamente el intelectual Octavio Rodríguez Araujo.

Aunque es extenso, el artículo de Rodríguez Araujo "Marcos y AMLO", publicado en *La Jornada* el 21 de septiembre de 2006, expone a detalle la animadversión del líder zapatista por López Obrador:

> Algunos amigos y conocidos han intentado de varias maneras tender puentes entre el lopezobradorismo y el neozapatismo, incluso con la otra campaña. No han querido convencerse de que no son compatibles, y no precisamente por culpa de Andrés Manuel López Obrador. Este ha sido respetuoso, incluso se ha negado a hacer comentarios sobre los fuertes calificativos de Marcos en su contra, y no por quererlo ignorar sino porque quizá no ha juzgado pertinente abrir más flancos en su lucha contra la derecha. Para el ex candidato de la coalición Por el Bien de Todos, sus adversarios (enemigos) han sido muy claros e incluso precisos, pero entre ellos no están las organizaciones de izquierda o así autodenominadas. La política del tabasqueño ha sido unir, no restar. La de Marcos, en cambio, ha sido la contraria.
>
> En su comunicado del 20 de junio de 2005 titulado "La (imposible) ¿geometría? del poder en México", Marcos le dedicó al PRD y a López Obrador casi el doble de palabras que al PAN y al PRI juntos. En el presente envió otro comunicado a adherentes y a simpatizantes de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona y de la Otra Campaña: "L@s zapatistas y la otra: los peatones de la historia" (primera parte). Este documento, no publicado todavía, es de agosto-septiembre de 2006. A Calderón lo menciona una vez, a Fox dos, al PAN cuatro, al PRI cuatro también, al PRD 15, a López Obrador-AMLO 24. El foco de su atención es también López

Obrador y, además, Cárdenas ("empleado de Vicente Fox") y su hijo, "el patético Lázaro Cárdenas Batel".

Este segundo documento es muy interesante, pues en él Marcos intenta explicar, otra vez, por qué el EZLN y la otra campaña han estado y están en contra de López Obrador. Aunque nadie me crea, pues resulta sorprendente, fue porque en sus "valoraciones, AMLO ganaría la elección para presidente de la República". Sí, por eso. Y luego se añade que no se equivocaron, que en lo que se equivocaron fue en "pensar que el recurso del fraude electoral era ya cosa del pasado". ¿Y por qué les preocupaba que López Obrador ganara, y no Calderón o Madrazo? Sus razones, las mismas en parte que las de Gilly, Rascón, Sánchez Susarrey, Pablo Hiriart, Enrique Krauze, Ricardo Alemán y otros, fueron las siguientes: porque "la llegada de AMLO y su equipo (formado por puros salinistas descarados o vergonzantes, además de una runfla de personas viles y ruines) a la Presidencia de la República significaba la llegada de un gobierno que, aparentando ser de izquierda, operaría como de derecha (tal y como hizo, y hace, el Gobierno del DF). Y, además, llegaría con legitimidad, simpatía y popularidad. Pero nada de lo esencial del modelo económico sería tocado" […]

En su lógica, con AMLO seguiría "la destrucción de nuestra patria" —y añadió entre paréntesis—: "(pero con la coartada de ser una destrucción *de izquierda*)". Y este es el punto clave de su documento de 2006. Si ganaba López Obrador, la oposición y la resistencia "sería catalogada de derecha, sectaria, ultra, infantil, aliada de Martha *[sic]* Sahagún (entonces era Martita la que *sonaba* como precandidata del PAN —después la etiqueta diría *aliado de Calderón*—)".

En términos más sencillos, el planteamiento de Marcos es que su valoración de los candidatos y los partidos en competencia lo llevó a la conclusión de que si ganaba AMLO los mexicanos serían mediatizados e incluso engañados al creer que la izquierda tendría el poder, y si se oponían a ese poder serían estigmatizados. No lo dice, pero el fenómeno sería semejante al que ocurrió en tiempos de Emilio Portes Gil, cuando después de fundado el Partido Nacional Revolucionario el entonces presidente dijo que el que no estaba en él y con él era contrarrevolucionario. Más o menos lo mismo hubiera ocurrido con AMLO de haber ganado la Presidencia. Con Calderón, en cambio, la izquierda seguiría siendo de izquierda y su oposición también. Por lo tanto hubiera sido mejor que ganara Calderón (o Martita, si no hubiera sido desplazada), pues así no hubiera habido (no habrá) confusiones ni mucho menos desilusiones. La vieja tesis de ciertos ultraizquierdistas que prefieren el gobierno de un dictador que de un reformista, porque con el dictador el enemigo es muy claro y con el reformista no, además de que con el primero se agudizan las contradicciones sociales y con el segundo se metamorfosean, no son tan evidentes. ¡Qué didáctico!

¿Exagero? De ninguna manera. A continuación cito otro párrafo del texto de Marcos, referido al supuesto de que hubiera ganado López Obrador: "Pero la ilusión se acabaría a la hora en que se fuera viendo que nada había cambiado para l@s de abajo. Y entonces vendría una etapa de desánimo, desesperación y desilusión, es decir, el caldo de cultivo para el fascismo". Además de que no entiendo por qué el desánimo, la desesperación y la desilusión serían caldo de cultivo para el fascismo, tampoco entiendo por qué con un gobierno de derecha, que pudiera ser

fascistoide, no habría desánimo, desesperación y desilusión. La única respuesta ya ha sido anotada: si gobierna la derecha, y todavía mejor si es la ultraderecha, la población mayoritaria tendría muy claro quién es su enemigo. Sí, como los chilenos con Pinochet: lo soportaron durante casi 16 años y cuando el dictador convocó a un plebiscito (si continuaba o no en el poder), el No apenas rebasó por unos cuantos puntos porcentuales al Sí.

Ya antes Marcos había escrito (el 20 de junio de 2005) que AMLO "nos va a partir la madre a todos" y que cuando gobernó el DF anidó "el huevo de la serpiente", es decir el nazismo. Ahora ha dicho más o menos lo mismo, aunque justo es decir que le reconoce, a diferencia de sus antecesores, que tiene "carisma y habilidad". ¡Vaya, menos mal! Pero la buena noticia de la otra campaña, que seguirá hacia el norte, es que Calderón, si nada cambia, será el presidente y así no habrá desánimo, ni desesperación, ni desilusión ni, por lo tanto, caldo de cultivo para el fascismo.

Y, como quería Marcos, se impuso Calderón con un fraude electoral que, como se ha acreditado, se venía tramando de años.

Pasada la elección del 2 de julio de 2006, finalizado el plantón en Paseo de la Reforma que crispó internamente a las corrientes perredistas y después de que la escritora Elena Poniatowska afirmó, en una entrevista con *La Jornada,* que el Subcomandante Marcos, la excandidata Patricia Mercado y él no apoyaron a López Obrador "por envidia", Cárdenas publicó una carta en el diario *El Universal:*

Elena: En la edición del diario *La Jornada* (página 8) del 10 de septiembre aparece una nota encabezada "Marcos y Cárdenas no apoyaron a AMLO por envidia", en la cual se te atribuye, entrecomillada, la siguiente expresión: "Si estos tres personajes [en el texto de la nota se agrega a Patricia Mercado] se hubieran sumado, si no se hubieran echado para atrás, no habría la menor duda del triunfo de López Obrador, pero no lo hicieron por envidia".

No me corresponde hablar de las razones de Patricia Mercado ni del Subcomandante Marcos para haber adoptado las posiciones que adoptaron frente al proceso electoral reciente, pero puedo asegurarte que no fue la envidia lo que los motivó a actuar como lo hicieron, sino que, entre otras cosas, sólo ejercieron su derecho a pensar diferente.

En lo que a mí respecta, tu talento y trayectoria me obligan a darte una respuesta, obligadamente larga, de por qué no participé en la campaña de la coalición Por el Bien de Todos ni participo en la Convención Nacional Democrática, que empieza por decirte que la envidia no ha tenido lugar hasta ahora en mi conducta, ni pública ni privada, y que nunca me he echado para atrás frente a los compromisos que he asumido a lo largo de una ya larga vida.

Con Andrés Manuel he compartido por años propósitos y episodios importantes de la lucha por la democracia en nuestro país. Nunca exigimos incondicionalidad ni subordinación en

nuestra relación. El trato en los muchos encuentros de los dos, puedo decirte, ha sido cordial y respetuoso. Mis desacuerdos o desencuentros con él no son de carácter personal. Las diferencias que existen entre ambos son relativas a las formas de hacer y entender la política y sobre algunos aspectos programáticos, acentuadas, ciertamente, cuando se trata como hoy de los destinos del país y a partir de que se iniciara el proceso que debía conducir a la pasada elección del 2 de julio y respecto al cual ambos definimos con anticipación y públicamente nuestras posiciones frente al país y a la ciudadanía, él a través de sus "20 puntos", sus "50 puntos" y del libro *Un proyecto alternativo de nación,* yo mediante la publicación de *Un México para todos,* de autoría colectiva. Aun con esas diferencias, mi voto fue por todos los candidatos de la Coalición, como en su momento lo hice público.

Una de las discrepancias que resaltaría de esas publicaciones es con relación al juicio que hace, sin mencionar nombres, de la digna y firme defensa del principio de no intervención y de la paz que hizo Adolfo Aguilar Zínser como miembro del Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas. Al respecto, Andrés Manuel escribió: "Después del triunfo de Vicente Fox, nuestra política exterior se ha conducido con desmesura. El resultado más notorio ha sido la afanosa intervención en el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) que en la práctica sólo vino a complicar aún más nuestra situación internacional", lo que me lleva necesariamente a preguntar si la política exterior de México debe plegarse incondicionalmente a la de Estados Unidos con el fin de no complicarse y olvidarse entonces de la defensa de los principios, de tomar decisiones soberanas en función de los intereses del país y de la dignidad misma de la nación, que gobierno y ciudadanos estamos obligados a respetar y a hacer valer.

Se dice también en ese proyecto: "Los sueños de ver a México como gran protagonista en el concierto de las naciones son sólo eso: espejismos protagónicos para alimentar ambiciones personales que nada tienen que ver con el país real", lo que me lleva a pensar que se quieren desconocer los logros de la política exterior mexicana como, entre otros, la aprobación por amplísima mayoría de la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, el reconocimiento del derecho de los Estados a su mar patrimonial o la participación en el Grupo Contadora para lograr la pacificación de Centroamérica, que implicaron el despliegue de una gran actividad —y si se quiere llamar protagonismo— de la diplomacia mexicana. Encuentro como una grave omisión de un candidato presidencial no tomar posiciones claras y públicas respecto a cuestiones importantes, tanto del momento como con consecuencias hacia adelante.

Puedo citarte los casos siguientes respecto a los cuales Andrés Manuel no se pronuncia todavía y que quienes consideramos prioritaria la lucha por el rescate y ejercicio pleno de la soberanía y por la cabal vigencia de un Estado de derecho estimamos fundamentales: no ha habido una toma de posición en relación a los contratos de servicios múltiples de Petróleos Mexicanos; tampoco respecto a la ilegal prisión y la extradición hace unas cuantas semanas de seis ciudadanos vascos. Sobre la iniciativa Sensenbrenner, que de llevarse a la práctica vulnerará los derechos de miles o millones de mexicanos en exilio forzado en Estados Unidos; la mayor y excesiva militarización de la frontera común del lado norteamericano, que constituye, sin lugar a dudas, un acto inamistoso hacia México; la iniciativa del Área de Libre Comercio de las

Américas del presidente Bush y la propuesta alternativa de promover un acuerdo continental de desarrollo. La iniciativa de ley de sociedades de convivencia, bloqueada en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal en los primeros tiempos de su gestión; la falta de tacto y de oficio diplomático en las relaciones del gobierno mexicano con los gobiernos y jefes de Estado de Cuba, Venezuela, Argentina y Bolivia.

Reconocerás que en el círculo de colaboradores cercanos de Andrés Manuel se encuentran algunos de los que instrumentaron el fraude electoral y la imposición en 1988 desde el gobierno, el Partido Revolucionario Institucional, la Cámara de Diputados y la Comisión Federal Electoral, que impuso la banda presidencial a Carlos Salinas el 1 de diciembre de 1988. Además, el que instrumentó la privatización del Canal 13 de la televisión; el que ha declarado que el proyecto económico de Andrés Manuel es el mismo que el de Carlos Salinas; el que pretendió promover la reelección de este. Pero a ninguno, que se sepa, ha pedido Andrés Manuel explicación sobre su cambio de piel política y ninguno la ha dado públicamente. Este mismo grupo es el que ahora, con algunas adiciones, acompaña a Andrés Manuel en sus nuevos proyectos y el de quienes podría pensarse que formarían parte de su gobierno, que no sería, por sus antecedentes y falta de deslindes, un gobierno identificado con los principios y las luchas del PRD y de manera más amplia con aquellos de la izquierda mexicana.

Sólo para argumentar sobre uno de los casos: de seguirse la política económica del salinato, se proseguiría con la enajenación del patrimonio estratégico de la nación y con el desmantelamiento de la planta productiva, se pondría en práctica una política entreguista en lo económico y de subordinación en lo político, se profundizaría el desastre productivo y social del campo mexicano, se mantendría acrecentado el flujo migratorio masivo hacia Estados Unidos y se haría cada vez más agudo el proceso de concentración de la riqueza en pocas manos. Por otra parte, no se podrá decir que no manifesté oportuna y públicamente mi desacuerdo con la postulación por parte de la coalición Por el Bien de Todos, de la que el Partido de la Revolución Democrática fue el eje, de candidatos con posiciones públicas contrarias a los principios del PRD, que nunca se deslindaron de sus pasados políticos ni han explicado las razones de su traslado al PRD o cómo concilian un pasado antagónico con los principios del PRD al haber aceptado una candidatura de este, que no los representa por sus trayectorias y posiciones políticas públicas.

Ahí están, como muestra, algunos que fueron candidatos y otros que ya son legisladores en funciones. En este caso, voces como la mía y las de muchos otros que sólo demandaban congruencia, fueron simplemente ignoradas.

En los últimos días de mayo hice público un documento a través del diario *La Jornada* denominado “Viendo hacia adelante: un camino democrático y progresista para México”, en el cual planteaba algunas cuestiones que me parece fundamental que se lleven a la práctica en el próximo sexenio, que pudieran ser consideradas por los candidatos entonces en campaña. No merecieron la mínima observación, ni en sentido negativo ni en positivo, por parte del candidato de la coalición y la misma actitud de ignorar críticas, discrepancias e incluso planteamientos coincidentes con su línea política recibieron muchos de aquellos que por largo tiempo han militado en el campo progresista. Digo en ese documento —y te lo reitero ahora— que al no

haberse dado relevancia a la presentación y discusión de propuestas y compromisos por parte de los candidatos a lo largo de los meses de campaña, se hace necesario insistir en pensar y discutir el país que queremos, por encima de todo y antes que nada, así como en cambiar radicalmente la forma de hacer política, subordinándola a un proyecto de país y no a la simple ambición de poder o a la toma coyuntural de decisiones. Entre las cuestiones básicas que no se discutieron en el ir y venir de las campañas estuvo la continuidad de la reforma electoral, que después del 2 de julio y ante los serios cuestionamientos que se han venido haciendo a la calidad del proceso electoral se ve aún más urgente, ya que a pesar de los muchos cambios que ha sufrido la legislación correspondiente, continúa inconclusa. La gente reclama reducir y transparentar los gastos de las campañas; reclama que se llame a las cosas por su nombre, empezando por que las supuestas precampañas se reconozcan como campañas en la ley y en los cómputos de gastos y tiempos electorales; reclama abrir la posibilidad de candidaturas ciudadanas que no tengan que pasar necesariamente por la aprobación y gestión de los partidos políticos. Además, facilitar el registro de nuevos partidos políticos, sin que el registro represente acceso automático a la asignación de dineros públicos; restituir en la ley la figura de las candidaturas comunes; reunir en no más de dos momentos dentro de un sexenio, los procesos electorales federales, estatales y municipales; y establecer las dos vueltas en las elecciones, tanto presidenciales como legislativas. En materia de reforma electoral, la medida más efectiva, aquella donde se encuentra la principal respuesta a las exigencias populares, la reforma más de fondo es hacer equitativos los tiempos en los que partidos y candidatos tengan acceso a los medios electrónicos de comunicación, así como acotar los periodos en los que pueda hacerse propaganda dirigida al público, prohibiéndose a partidos, candidatos y particulares comprar tiempos en los medios electrónicos —televisión y radio comerciales— y que estos sean asignados por la autoridad electoral de manera equitativa. Lo anterior para que no sea el gasto mayor o menor en la compra de tiempos lo que determine la mayor o menor presencia de las alternativas electorales que se ofrezcan a la ciudadanía al través de esos medios. Así se tendrían campañas equitativas y se lograría una reducción sustancial de los tiempos y las erogaciones públicas —y en su caso privadas— en las campañas electorales. Por otro lado, y también en relación con la cuestión electoral, debe legislarse para prohibir que en la publicidad que se hacen las dependencias oficiales al través de los medios de información —televisión, radio, prensa escrita— aparezcan imágenes y nombres de funcionarios, que si bien pudieron haber participado en la promoción o ejecución de algún programa o proyecto público, no hicieron sino cumplir con su obligación y en su caso, con un mandato ciudadano, pues fue irritante y ofensivo en las precampañas, como creo te consta, ver cómo candidatos o precandidatos de los tres partidos de mayor presencia nacional despilfarraron a lo largo del sexenio, y hasta que dejaron sus cargos, dineros públicos para su personal promoción político-electoral. Es necesario comprometerse con reformar la reciente y vergonzosamente aprobada Ley de Radio y Televisión, recuperando para el Ejecutivo la capacidad de normar la operación de los medios de información electrónicos con sentido de servicio público y de equidad, abriendo las posibilidades, a partir de los avances tecnológicos en la materia, de otorgar nuevas concesiones a instituciones de educación superior, gobiernos estatales y municipales, organizaciones culturales y comunitarias y sociedades comerciales sin vínculos con los medios ya en operación. Es ya

oportuno también convocar a la revisión, con sentido y procedimientos democráticos, de las bases y los términos de nuestro pacto federal. De esa revisión habrá de surgir la nueva Constitución que contenga la estructura y competencias de la Federación, los estados, los municipios y de los tres poderes de la Unión, que considere los derechos ya ganados por los mexicanos, sus nuevos derechos y los procedimientos para que el ciudadano o las colectividades hagan exigible su ejercicio frente al Estado. Una que esté concebida visualizando la presencia de nuestro país en el mundo globalizado, que establezca los cauces para el tránsito de una democracia representativa plena, aún por alcanzarse, a una democracia de amplia participación social, así como los mecanismos de consulta ciudadana, iniciativa popular y de revocación de los mandatos, entre otras cuestiones.

Lo que hasta aquí te he expuesto son algunas de las razones que a mi juicio determinaron el número de votos que obtuvo Andrés Manuel el 2 de julio. Por estas mismas razones no creo, contra lo que tú has declarado, que mi ausencia de los actos públicos de la campaña haya provocado una dramática disminución de las preferencias electorales a favor de la coalición. Seguir argumentando más sobre estas cuestiones sería entrar a un terreno estéril de especulaciones.

Capítulo 11

Cicuta de derecha

Envenenamiento social

El primer gobierno del Partido Acción Nacional (PAN) dejó claro que la izquierda no podía ser opción para México y que para ello lo de menos era envilecer las instituciones, torcer la ley y usar todos los recursos económicos, propagandísticos y mediáticos desde el Estado.

Si alguna vez se pensó que el PAN tenía vocación democrática, a partir de 1988 y sobre todo ya en el gobierno desde 2000 quedó claro que este partido de la derecha no tiene límites éticos ni políticos. Es una derecha chueca, inescrupulosa, fascista, capaz de unirse al crimen.

El resultado electoral de 2006 fue un mazazo para la izquierda, que se movilizó y decidió ungir a López Obrador como "presidente legítimo", lo que también gestó una ruptura con la corriente de "Los Chuchos", quienes ya para entonces controlaban el Partido de la Revolución Democrática (PRD) y terminarían por aliarse con el PAN de Calderón.

¿Por qué en la elección de 2000 el proceso electoral funcionó como se suponía y en 2006, en condiciones aparentemente más favorables, no?, se preguntó el historiador Lorenzo Meyer en su libro *El espejismo democrático. De la euforia del cambio a la continuidad,* publicado en 2007.

Meyer responde:

> En buena medida porque el margen entre el primer y segundo lugar fue amplio: 6 por ciento. En segundo lugar porque el gobierno había tomado la decisión de no volver a imponerse a costa de la credibilidad, pues su déficit en este campo ya era enorme. La tercera razón, la más importante, está en la diferencia de los intereses en juego. En 2000 la lucha fue entre Francisco Labastida, el priista, y Vicente Fox, el neopanista. Todas las encuestas mostraron que esa vez el candidato de la izquierda, Cuauhtémoc Cárdenas —candidato por tercera vez consecutiva—, ya no tenía posibilidades reales de triunfo. En tales circunstancias la contienda se convirtió en una lucha

entre dos personajes contrastantes pero con proyectos de clase muy semejantes. En efecto, en 1989, el PRI [Partido Revolucionario Institucional] y el PAN habían empezado a negociar con éxito sus diferencias de principios y de programas de gobierno hasta casi eliminarlas… de esta manera lo que estuvo en juego entre la derecha autoritaria priista y la derecha supuestamente democrática del PAN fue una diferencia de estilos e historia, pero no de propósitos. De antemano se sabía que, ganara quien ganara entonces, el resultado no significaría diferencias sustantivas en las propuestas económicas, sociales o externas. Por ello los poderes fácticos aceptaron sin grandes dificultades la victoria panista: no implicaba ningún cambio sustantivo y sí una evidente ganancia de legitimidad que pondría fin al déficit generado por el PRI en ese campo.

En contraste, en 2006, las posibilidades del triunfo del PRI en la disputa por la Presidencia eran nulas. Desde muy pronto la lucha se planteó no como una simple alternancia entre PAN y PRD en la Presidencia, sino como una competencia entre derecha e izquierda por el futuro inmediato del país […] Como señala Joseph Schumpeter, en 1942, la esencia de una contienda democrática se da combinando no sólo elecciones libres y justas sino, además, plataformas que impliquen diferencias no sólo de candidatos sino de políticas. Desde esta perspectiva, la de 2006 fue lo más cercano que México ha estado nunca de una democracia política efectiva. Y ese fue justamente el gran problema. Precisamente porque desde muy pronto las encuestas indicaron que la izquierda con López Obrador a la cabeza tenía muchas posibilidades de ganar, Vicente Fox, en unión abierta y explícita con el PRI, intentó en 2004 anular esa candidatura mediante el desafuero del entonces jefe de Gobierno del Distrito Federal. Cuando una gran movilización hizo fracasar ese intento, entonces se usó todo el poder de la Presidencia para desacreditar al personaje. A su vez, el PAN y los poderes fácticos echaron toda la carne al asador —especialmente mediante una bien diseñada campaña de miedo— para evitar la victoria de López Obrador y asegurar la continuidad colocando a Calderón en la Presidencia. Finalmente, por esa misma razón se negó lo que en otras latitudes en circunstancias similares hubiera sido el sello de legitimidad incuestionable: ante lo cerrado de los resultados electorales, el recuento de los votos.

En suma. Lo que hoy tiene México es una oposición desafecta aunque no violenta. Esta actitud de la izquierda es producto de su experiencia en su dura lucha contra el sistema autoritario mexicano y que hoy se traslada a su enfrentamiento con la derecha en el poder. Esta derrota, por otra parte, mantiene una actitud y lenguaje reminiscentes de una etapa supuestamente superada, la de la Guerra Fría. Y aquí viene bien a cuento la hipótesis de John Lewis Gaddis, profesor de Yale: una de las consecuencias de la Guerra Fría en Estados Unidos fue desarrollar una peligrosa doble moral: lo que no era éticamente aceptable como parte del juego político interno sí lo era fuera; en nombre de una defensa de los "valores occidentales" se permitió emplear con sus adversarios conductas que negaban esos valores. Algo muy parecido ha ocurrido en la lucha política mexicana actual: en defensa de la democracia la derecha sacrificó el principio de *fair play* en la contienda electoral, algo que no es precisamente la mejor vía para consolidar una democracia recién nacida y sin ningún presente en la historia mexicana.

Pero si la alternancia en 2000 fue una mascarada, que sólo legitimó al régimen, el proceso para llegar a la jornada electoral de la elección de 2006 fue peor: envenenó a México.

En septiembre de 2006, a tres meses de las elecciones y a tres meses también de la toma de posesión de Calderón, Adolfo Sánchez Rebolledo publicó en el número 347 de la revista *Nexos* un ensayo titulado "Historias completas sobre el miedo", que exhibe el carácter antidemocrático de la derecha y su capacidad del envenenamiento de la sociedad.

Fallecido en 2016, Sánchez Rebolledo fue siempre un hombre de izquierda, con una sólida formación humanística que le dio su padre, Adolfo Sánchez Vázquez —filósofo republicano que vino con el exilio de 1939 que recibió Cárdenas—, militó desde el Partido Comunista hasta el PRD, al que renunció, y fue también crítico de posturas de López Obrador.

En su ensayo se aleja de los resultados electorales y de las consideraciones jurídicas del proceso y enfatiza:

> En particular, me interesa recordar cómo fue que el Estado trató de impedir que la izquierda ejerciera a plenitud sus derechos mediante el escandaloso desafuero de Andrés Manuel López Obrador y, más adelante, gracias a la creación de una terrible mentira ideológica —si tal expresión existiera—, al calificar como un peligro a quien era entonces sólo un legítimo adversario político. Ese trato derogatorio, impensable en las verdaderas democracias, alentó en forma increíble la crispación pública y nos ubicó en una ruta de colisión. Me hago cargo de que estamos en una crisis de gran envergadura cuya solución exigirá de todos los protagonistas un enorme coraje y claridad de miras.

Porque considero que el de Sánchez Rebolledo es un documento fundamental para conocer el comportamiento de la derecha ante la izquierda, lo reproduzco íntegro:

> El peligro de llamarse López Obrador. Hay un aspecto —no el único— que a la hora del ajuste de cuentas luego de las elecciones se olvida o se malinterpreta: me refiero a la noción, creada para justificar el desafuero más allá de los argumentos legales, en el sentido de que el lopezobradorismo representaba —y representa todavía para otros— "un peligro para México". Desplegada por el PAN, con el apoyo explícito de varios grupos empresariales inclinados en forma activa a la derecha, se pasaba, al usarla indiscriminadamente en los medios, de una forma de competencia ríspida, sin contemplaciones, entre dos partidos y dos candidatos que una vez

formaron filas en la oposición, a un calculado mecanismo descalificador, claramente antidemocrático, tardíamente suspendido por la autoridad correspondiente.

Difiero, pues, de la opinión vertida por Luis Salazar cuando critica que el máximo tribunal electoral se convierta en "garante de calidad" de la propaganda en vez de circunscribirse sólo a vigilar la legalidad de tales actos. Esa, está claro, no es su función. Pero dejar intocados los contenidos que podrían implicar, incluso, la comisión de un posible ilícito, sería absolutamente incomprensible e injusto, sobre todo cuando se pide sin tregua a los partidos que por piedad eleven el ínfimo nivel intelectual de sus acciones y propuestas y se evite, además, que la polarización se instale en todas las contiendas de aquí en adelante. Sin embargo, pese a todo y a fin de cuentas, el Tribunal resolvió no acreditar ese tipo de quejas como probable causal de nulidad, y dejó las cosas como estaban, tras argüir de modo evasivo la imposibilidad material de probar los efectos de las campañas sucias (y la aplicación de enormes recursos públicos oficiales) sobre el ejercicio del voto ciudadano.

Sin embargo, esa resolución, al igual que otras tomadas con carácter definitivo, no debería impedir la valoración política de un problema real, cuyo lugar no puede ser el tapete bajo el cual se esconde toda la basura del conflicto postelectoral. La noción de que López Obrador era y es un riesgo para la convivencia civilizada introdujo un dardo envenenado en la vida pública que distorsionó la visión del enfrentamiento político entre izquierda y derecha, como si en verdad se tratara de una guerra donde sólo esta última podía ganar con legitimidad. Antes, como ya es de sobra conocido, con la complicidad del Congreso, la Procuraduría General de la República y algunos jueces, se había puesto en marcha el plan maestro para excluir al perredista de los comicios, violando así todo compromiso ético con la idea de un país de pleno derecho. Nadie en México ignora que la responsabilidad última de estos actos pertenece al presidente Fox, quien se irá sin pena ni gloria en unas semanas más, así como al PAN, que tratará de iniciar el sexenio en medio de una grave crisis política, sobre todo si sus consecuencias siguen ignorándose olímpicamente. De cualquier forma que se le vea, este es el mayor saldo negativo de un gobierno decepcionante: quedará para la historia el hecho de que las famosas reglas del juego, a las que se suele aludir con respeto bíblico para desmentir el fraude denunciado por López Obrador, no fueron rigurosamente cumplidas por el jefe del Estado, cuya irresponsable actitud puso en tela de juicio la norma de oro de la transición, a saber: la no intervención del Estado en el curso de los procesos electorales, la desviación y el uso de la ley para dañar a un adversario político.

"Dile que no al populismo". A dichos ataques, la campaña de la derecha unió la crítica al populismo, planteada sin originalidad alguna, asumida como simple repetición mecánica de las que hace tiempo refritean los sepulcros blanqueados desde la derecha, dispuestos como nunca a enterrar a los viejos fantasmas del nacionalismo y otros ismos del pasado, seguidos en esa obra por viejos mentores que aún se dicen de izquierda. Sin embargo, el debate, en sí mismo importante, se extinguió cuando comenzaron a sonar los tambores de los publicistas rentados. Gracias a la mercadotecnia se trazó un retrato oscuro de la oferta lopezobradorista, destinado a crear por simple asociación negativa incertidumbre y temor, sin atender ni por un momento a la situación política y social que le daba peso y dirección a sus planteamientos. Junto a la denuncia del "peligro" populista resurgió la crítica al caudillismo en el PRD, fustigado desde su fundación,

cuando la Presidencia de Carlos Salinas decidió combatir como un solo enemigo ideológico a la vieja "nomenclatura priista" y a los jóvenes turcos del Sol Azteca, que encabezados por Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo habían peleado a muerte contra el oficialismo.

En aras de provocar su rápido desprestigio, se llegó a decir en tono doctoral que ese partido era la expresión anómala del proceso de crisis y recomposición del PRI, es decir, una falsa izquierda montada sobre los valores y las tradiciones de los antiguos grupos socialistas, cuya voz se apaga en 1989, en sintonía con la clausura histórica de la Unión Soviética y el campo socialista. La denuncia de tan hipotética "restauración" se mantuvo viva, pese al reconocimiento legal de la izquierda en todas las instancias competentes, pues formaba parte del mito vendido por el poder a sus nuevos socios empresariales para acreditarse compensación contra la pobreza no identificable con el reformismo social impulsado, digamos, por Lázaro Cárdenas, borrado como un anacronismo del repertorio del Estado mexicano.

El PAN, a la cola de la "modernización", adoptó completa esa visión a cambio de sus propios postulados doctrinarios, hasta que la crisis nos alcanzó de nuevo a todos en 1994 y 1995, y el experimento de reformar la economía sin cambiar la política terminó abruptamente bajo la presión internacional que empujó hacia la reforma democrática de 1996, luego de asesinatos políticos sin nombre, del alzamiento zapatista y la manifiesta impotencia del gobierno para darle una salida viable a la crisis política inocultable del régimen. Si acaso, habría que ser más humildes en cuanto a los logros alcanzados en la democracia y volver a revisar qué pasó entonces con esos millones de ciudadanos cuyo desencanto ya se anticipaba a la alternancia, pues ahí está presente el caldo de cultivo ético y cultural donde se fueron creando las condiciones para la crisis de credibilidad en que hoy nos hallamos inmersos. Acaso ahora, a la luz de los recientes acontecimientos, entendamos mejor qué nos decían las encuestas sobre cultura política de hace unos años respecto de cuestiones controvertidas como la actitud ciudadana ante la ley o la preferencia por políticas públicas si estas mejoran las condiciones de vida de la gente, incluso sin ampliar los márgenes de libertad. Ya sabíamos que las instituciones republicanas, como el Congreso, siempre han sido menos valoradas que la Iglesia, pero no tan poco como la policía que debe cuidar de nuestra seguridad. Saber que, pese a los avances conseguidos, la intolerancia persiste y con ella el abismo entre las ideas de la élite y lo que piensan los ciudadanos corrientes, sometidos como están a la prueba del ácido de vivir cotidianamente en un país más bien imaginario, inventado sexenalmente por sus gobernantes de turno. ¿Alguien se extraña por el descrédito de las instituciones o el persistente alto nivel de abstencionismo? Dos cuestiones vitales que siguen sin respuestas convincentes.

¿Una sublevación en curso? Ahora, la línea de ataque contra el lopezobradorismo consiste en develar el carácter no democrático de su opción, atribuyéndole dos rasgos bien instalados en la mentalidad de la derecha convencional como esenciales en la izquierda mexicana. A saber: la radicalidad antisistema y la opción por la violencia. No hace falta recordar aquí que, por desagradable que resulte ese partido a los ojos de sus críticos, esa no es la ruta emprendida desde hace dieciocho años por las fuerzas que fundaron el PRD, cuya contribución al desarrollo democrático del país es indiscutible y demostrable, pese a sus graves desaciertos y errores. Tampoco lo es ahora, si observamos que la primera medida tras disolver la coalición Por el Bien

de Todos ha sido formalizar el registro del Frente Amplio Progresista (FAP) —una opción prevista por el Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales—, cuyo peso podría crecer en la estrategia actual de los partidos que lo integran. Lo mismo puede decirse de los legisladores locales y federales que están cumpliendo con las obligaciones que la ley les impone. Además, las operaciones públicas de López Obrador fuera del Distrito Federal han sido para apoyar a los candidatos de su partido en las elecciones de Chiapas y Tabasco; esto es, procesos institucionales consagrados por la ley. Así que más vale no confundir la ruptura política consumada con el régimen a raíz de las elecciones, cuya trascendencia no debería subestimarse ni confundirse, como hace la derecha, con un ataque general en clave revolucionaria a las instituciones sin excepción, es decir, con una "insurrección", como se ha dicho, con enorme exageración, en distintas oportunidades y medios.

Sin duda, la estrategia planteada en la Convención Nacional Democrática tiene problemas aún no suficientemente abordados ni discutidos. Pero el liderazgo se mantiene incólume, pese a errores en la formulación de algunas tácticas o en temas tan discutidos como los plantones en Reforma. No es un tema menor el reconocimiento de López Obrador como presidente legítimo, una cuestión controversial que no puede convertirse en una petición de principios, así se trate de un tema simbólico o moral de extraordinaria importancia, aprobado por más señas durante una reunión representativa del movimiento de resistencia civil. En el futuro próximo el lopezobradorismo intentará fundar formas nuevas de hacer política, sin reducirse a cubrir el expediente de la oposición a la manera tradicional. Cuenta para ello con la movilización de masas y la posibilidad de seguir tejiendo una coalición con vocación de poder dispuesta a ser la mayoría nacional. Nada de esto es, en rigor, incompatible con la legalidad constitucional que rige el funcionamiento de la democracia en nuestro país. Tampoco con la idea, muchas veces expresada por López Obrador, de guiarse por los dictados del mayor interés del pueblo que ha depositado sus esperanzas en él.

Izquierda y democracia. Una palabra más sobre la perspectiva. Mucho se ha estudiado el vínculo entre autoritarismo y democracia, que fue axial para comprender e impulsar la transición, pero no ocurre igual con la distinción entre izquierda y derecha propuesta por Norberto Bobbio como una clave de la comprensión de la sociedad moderna y, a la vez, como el punto de partida para la configuración de una nueva y amplia coalición de izquierda capaz de proponerse metas de cambio a mediano y largo plazos.

En *La Jornada* he dicho —y cito para no repetirme— que el futuro de nuestra democracia depende de lo que pase con la izquierda y de su capacidad para generar opciones al orden cuando este es injusto. En estas épocas nadie le regatea nada al formalismo jurídico, pero "sin esa crítica" la izquierda es irrelevante, como lo es si no pasa de las palabras a los hechos y hace política contra la desigualdad y sus causas, pues es en ese universo donde se entierran los sueños de progreso de los mexicanos y se define su razón de ser como tal izquierda. Justo porque la democracia, en cuanto conjunto de normas y procedimientos, no es el mercado, la posibilidad de impulsar otra política económica capaz de sustentar la reforma social necesaria, debatida y aprobada por la mayoría de los ciudadanos con pleno respeto al pluralismo es una tarea esencial para la izquierda. Sin embargo, la mera posibilidad de que eso pudiera ocurrir ha suscitado una

reacción desmesurada entre aquellos que piensan la tarea del gobierno como fomento de la riqueza de los particulares y posponen *sine die* el tema de la redistribución del ingreso, del cual, en otros países capitalistas, depende en general la prosperidad de sus sociedades.

Finalmente, la gran tarea planteada hoy a las fuerzas de izquierda es desplegar la propuesta reformadora que López Obrador representa, centrada en lo social pero sin descuidar la reforma democrática del Estado, misma que recibió el apoyo de quince millones de electores y ahora cuenta con un grupo parlamentario extenso para ser llevada al Congreso.

El problema es que, si bien hubo iniciativas de la coalición de izquierda en el Congreso consecuentes con el planteamiento programático expuesto en la campaña, la cúpula del PRD comenzó a alejarse de López Obrador, sobre todo cuando Jesús Ortega asumió la presidencia tras una elección plagada de irregularidades y por decisión del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF), el mismo que había validado el triunfo de Calderón.

Y un tema que los distanció fue la definición sobre los recursos naturales de la nación, en particular los energéticos.

LA GUERRA SUCIA DE LA DERECHA

El contexto en el que se desenvolvió la izquierda en los años posteriores al fraude de 2006 fue muy hostil. No sólo por el alineamiento político del PAN con el PRI, la preponderancia del poder económico y la agenda proderecha del poder mediático lubricado con miles de millones de pesos, sino por el uso del aparato estatal contra ella.

Un elemento adicional fue la guerra declarada por Calderón contra el crimen organizado y el despliegue del Ejército en vastas zonas del territorio nacional, que reactivó —y este es un elemento poco analizado hasta ahora — una nueva fase de la guerra sucia que se instrumentó en México en los setenta.

Es sabido que la de Calderón fue una guerra falsa con muertos, heridos y desaparecidos verdaderos, porque su gobierno protegió al principal cártel

del narcotráfico, el de Sinaloa, a través del secretario de Seguridad Pública, Genaro García Luna, quien desde que Fox lo nombró director de la Agencia de Investigación Criminal de la Procuraduría General de la República (PGR) mantenía esas complicidades, según se documentó en el juicio al que fue sometido en la Corte de Nueva York, Estados Unidos, cuyo jurado lo declaró culpable de cinco cargos.

Además de que García Luna poseía amplia información sobre los movimientos sociales y subversivos en México desde que fue miembro del Centro de Investigación y Seguridad Nacional (Cisen) y luego director de Inteligencia de la Policía Federal Preventiva (PFP), en el gobierno de Zedillo, el despliegue de las Fuerzas Armadas con Calderón en varios estados del país implicó también una reactivación de la guerra sucia contra la población civil, como lo acreditó el escritor Carlos Montemayor antes de su fallecimiento, ocurrido en febrero de 2010.

Entre los signos ominosos se encuentran la desaparición forzada de Gabriel Alberto Cruz Sánchez y Edmundo Reyes Amaya, luchadores sociales presuntamente integrantes del Ejército Popular Revolucionario (EPR), detenidos el 27 de mayo de 2007 en la capital de Oaxaca, cuando el gobierno de Calderón no había cumplido ni un año, cuyo antecedente fue la detención de los hermanos Héctor y Antonio Cerezo Contreras —ligados presuntamente a la guerrilla—, el 13 de agosto de 2001, apenas en el noveno mes del gobierno de Fox.

Experto también en movimientos insurgentes y seguridad nacional, Montemayor analiza y documenta este fenómeno en el ensayo “Los movimientos guerrilleros y los servicios de inteligencia (notas reiteradas y nuevas conclusiones)”, que forma parte del libro *Seguridad nacional y seguridad interior,* coordinado por Arturo Alvarado y Mónica Serrano.

Montemayor narra un encuentro, en 1999, con García Luna, jefe de Inteligencia de la PFP, creada ese mismo año por el gobierno de Zedillo y cuyo coordinador general era el almirante tabasqueño Wilfrido Robledo Madrid.

Después de que, el 13 de agosto de 1999, Montemayor publicó en la revista *Proceso* un artículo titulado "Seguridad nacional", recibió una invitación de Robledo Madrid para reunirse y conocer más sobre la naciente corporación, de la que formaba parte García Luna.

"La conversación fue amplia y duró varias horas. Me mostró un audiovisual donde se desplegaban los criterios de la base de datos interinstitucionales sobre subversión, crimen organizado, narcotráfico, robo de contenedores en carreteras, robo de autopartes, robo de vehículos, etcétera", refiere Montemayor, experto en movimientos guerrilleros, incluido el Ejército Popular Revolucionario, surgido en junio de 1996, a un año de la matanza de Aguas Blancas, en Coyuca de Benítez, Guerrero, justo en la conmemoración a la que asistió Cuauhtémoc Cárdenas.

> En algún momento, a propósito del EPR y del desprendimiento de sus organizaciones de origen (ERPI, FARP), pregunté a qué atribuía él la continuidad de las organizaciones guerrilleras. "A que no se acabó por completo con el grupo inicial", contestó. "¿No influye más que permanezcan las condiciones sociales en las que surgió la guerrilla?", repliqué. El almirante no respondió; García Luna quedó por unos segundos desconcertado: "No había pensado en eso", comentó.

El diálogo descrito por Montemayor es significativo porque, como él mismo escribe, la caracterización de los movimientos guerrilleros desde la perspectiva oficial forma parte de una estrategia de combate y no de un análisis para comprenderlos como procesos sociales.

A mí también me llamó la atención la respuesta de García Luna a la observación de Montemayor sobre la continuidad de las organizaciones guerrilleras que obedece precisamente a la prevalencia de las mismas condiciones sociales en que nacieron las originarias: "No había pensado en eso".

Montemayor explica las respuestas de Robledo y García Luna:

> Tal perspectiva elimina características indispensables para entender políticamente los movimientos armados y plantear su solución de fondo. El razonamiento oficial tiende a reducir al máximo los contenidos sociales, las motivaciones políticas y las condiciones de injusticia y desigualdad social extremas que privan en las regiones donde surge la guerrilla, pues de esa manera se favorece la aplicación de medidas sólo policiacas y militares. Al análisis insuficiente,

> pues, se agrega con frecuencia una contrainsurgencia que amplía indiscriminadamente el radio de la represión mediante aprehensiones colectivas, tortura y desapariciones forzadas de personas, rasgos característicos de guerra sucia.

Y es aquí que Montemayor advierte que, a partir del gobierno de Fox y con mayor intensidad con Calderón, en cuyos gobiernos García Luna fue titular de la Agencia Federal de Investigación de la PGR y secretario de Seguridad Pública y mariscal en la guerra contra el crimen organizado, también se activó una guerra como la de Luis Echeverría, en los setenta, contra los movimientos sociales.

> Aunque sólo atiendo aquí el tema de seguridad nacional y movimientos guerrilleros, puede hacerse un paralelismo con el comportamiento del Estado mexicano ante procesos del crimen organizado, particularmente el narcotráfico. Desde el año 2007 comenzó un gran despliegue militar en muchas zonas rurales y urbanas del país en una lucha aparentemente a fondo contra el narcotráfico. Sin embargo, en los estados de Guerrero, Sinaloa, Durango, Chihuahua o Tamaulipas, los contingentes del Ejército estuvieron operando como fuerzas de reacción, sin un plan de inteligencia. En regiones de Guerrero o Oaxaca se efectuó un desplazamiento encubierto del Ejército para hostigar a bases sociales inconformes o a posibles bases guerrilleras. En esta lucha contra el narcotráfico en zonas rurales de Guerrero o de Chihuahua, el Ejército mostró un comportamiento igual al de la guerra sucia de los años setenta en perjuicio de la población civil, es decir, el terror, la tortura, las desapariciones forzadas de personas, se convirtieron en rasgos característicos de una búsqueda de información que los servicios de inteligencia no podían obtener por otras vías más acordes con una estrategia que pudiéramos llamar, precisamente, inteligente. En cierta medida, estos rasgos hablan de fallas en los servicios de seguridad nacional. El estado de excepción, la masacre, el terror, la guerra sucia son signos de la insuficiente labor de las instituciones responsables de prevenir o anticipar conflictos sociales y no solamente de planear la represión selectiva o indiscriminada, al actuar como fuerzas reactivas.

En su ensayo, con base en evidencias, Montemayor hace una valoración sobre la base de datos que García Luna hizo en la PFP sobre los movimientos sociales y subversivos y a qué obedeció la detención, en 2001, de los hermanos Cerezo Contreras, acusados de ser miembros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo (FARP), escisión del EPR, del que los padres de estos eran supuestos dirigentes.

> En ese momento se desempeñaba en la PGR el anterior responsable de inteligencia de Wilfrido Robledo en la PFP, Genaro García Luna. Pero era difícil saber si la información que había comenzado a estructurarse de manera minuciosa en la PFP permanecía intacta o si se había llevado también a la PGR. En la aprehensión de los presuntos guerrilleros no se capturó a ningún dirigente de las FARP. Podía suponerse que Seguridad Nacional prefirió dar un golpe publicitario a mantener vivo el orden de investigación anterior, lo que iba muy de acuerdo con el régimen de ese entonces, que privilegiaba la mercadotecnia de la imagen a la eficacia en la realidad. Al golpe publicitario se agregaban mensajes de endurecimiento oficial: no habría espacios de negociación para grupos como las FARP, el EPR o el ERPI. Pero, sobre todo, como lo diremos adelante, si los padres de los hermanos detenidos eran los dirigentes principales de la organización, el mensaje político era preocupante: la instancia gubernamental de seguridad nacional (o lo que este concepto signifique en el orden institucional, castrense, policial o administrativo) estaba advirtiendo que no le importaba reiniciar, en esos tiempos de "cambio democrático", la guerra sucia. El operativo en cuestión, pues, se vinculaba no con las FARP, sino con su origen inmediato, el EPR.

Seis años después, el 24 de mayo de 2007, y luego de que tropas del Ejército y policías federales y estatales liquidaron el movimiento de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO) y apresaron a sus dirigentes, fueron detenidos los militantes eperristas Edmundo Reyes Amaya y Gabriel Alberto Cruz Sánchez, en un operativo en el que participaron elementos del Ejército y de la Unidad Policiaca de Operaciones Especiales del estado.

Como no eran presentados con vida, como había exigido mediante un comunicado, el EPR se adjudicó la autoría de dos atentados a instalaciones de Petróleos Mexicanos (Pemex) en los estados de Guanajuato y Querétaro los días 5 y 10 de julio de ese mismo 2007.

Dice al respecto Montemayor: "Los atentados con explosivos en instalaciones de Pemex fueron la demostración de la continuidad histórica de los elementos iniciales del EPR. Como las acciones fueron realizadas en Querétaro y Guanajuato, en ese momento territorios gobernados por el Partido Acción Nacional, tuvieron que llevarse a cabo con una asesoría técnica relevante para sólo dañar instalaciones en puntos estratégicos y no provocar pérdidas humanas". A esta cobertura y asesoramiento técnico quizá se refirió el párrafo del comunicado del EPR que aseguraba contar

“con el apoyo de milicias populares de todo el estado. Uno de los eperristas desaparecidos el 24 de mayo de ese año, Gabriel Alberto Cruz Sánchez, era un militante de larga trayectoria; había participado en el movimiento estudiantil de 1968 en la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca (UABJO), después se integró en la Unión del Pueblo, posteriormente en la formación del Procup-PDLP y finalmente en el EPR. La desaparición forzada de él y de Edmundo Reyes Amaya, pues, era una clara operación de guerra sucia”.

Pese a que se integró una Comisión Nacional de Mediación, integrada por Rosario Ibarra de Piedra, el obispo Samuel Ruiz García, el periodista Miguel Ángel Granados Chapa, el exrector de la Universidad Autónoma de Guerrero Enrique González Ruiz, así como el antropólogo Gilberto López y Rivas y el propio Montemayor, nunca fueron localizados los dos desaparecidos.

Escribe Montemayor que en los análisis políticos de seguridad nacional falta comprender que la guerrilla es siempre un fenómeno social.

> Por su estructura clandestina, por su capacidad de fuego, por su configuración como fuerzas de autodefensa o ejércitos populares, la opinión pública, los discursos oficiales y los análisis de gobierno eliminan sistemáticamente la vinculación de la guerrilla con procesos sociales concretos y la convierten en delincuencia o criminalidad inexplicable. Las fallas de seguridad nacional no pueden reducirse por ello a la lenta o fallida detección militar o policiaca de focos guerrilleros. Para que desaparezcan organizaciones como el EPR no bastan medidas militares. Con la hipotética desaparición de los grupos guerrilleros no desaparecerían las necesidades sociales y políticas de México ni la pobreza y la corrupción que son en sí mismas la injusticia institucionalizada que llamamos paz y estabilidad social. Como los gobiernos mexicanos traducen toda movilización popular como manipulación y toda solución como represión, seguridad nacional podría ser uno de los contrapesos naturales para medidas gubernamentales desprovistas de una ponderación social; podría generar una útil información de vastos alcances políticos reconocer que no deben desdibujarse las condiciones sociales que las acciones gubernamentales producen. No debe ser un apoyo para el endurecimiento público, es un recurso más para conocer lo que puede llegar a ocurrir si no desaparecen medidas gubernamentales de índole política o económica que puedan estar poniendo en peligro la seguridad del país entero. Creer que detrás del EZLN [Ejército Zapatista de Liberación Nacional] permanece un grupo manipulador que explica a satisfacción lo que ocurre en Chiapas es un error de seguridad nacional. Creer que hay que masacrar en Aguas Blancas a diecisiete campesinos para frenar la aparición del EPR o frenar una creciente ola de descontento social es un error de seguridad

> nacional. Creer que detrás de todo movimiento campesino o urbano, que detrás de todo descontento social, hay un grupo que manipula y que explica a satisfacción el descontento social sin suponer que hay errores graves en la conducción política o económica del país es un error de seguridad nacional. Si las dependencias de seguridad nacional cumplieran a cabalidad su función, incluirían también la detección de los posibles detonantes sociales de los movimientos de inconformidad social. En este caso, el gobierno deberá estar preparado para saber que algunos de estos detonantes podrían abarcar desde decisiones del Presidente de la República hasta decisiones del agente del ministerio público presionado por el hambre, los poderosos o el soborno. Una estructura firme y con continuidad de seguridad nacional no implica, como quizás desean algunas autoridades, que sus reportes confirmen que sólo aquellos pobres, indígenas o rebeldes que están fuera del poder tienen la culpa de la catástrofe del país. El EZLN y el EPR son apenas episodios, instantes de una lucha social que se ha prolongado durante varias décadas en México. Su hipotético triunfo o fracaso social, no militar, no sería el éxito o el fracaso de un alzamiento, sino una nueva señal de la recurrencia de la guerrilla regional o de la continuidad secular de la resistencia indígena. Pero son episodios, igualmente, que hablan de fallas graves e históricas en las tareas y el sentido de la seguridad nacional en México.

Las desapariciones forzadas y las matanzas crecieron exponencialmente con Calderón y continuaron con Peña Nieto, con el atroz crimen de los 43 normalistas de Ayotzinapa a manos de narcotraficantes amafiados con autoridades civiles de los tres niveles de gobierno y el Ejército, en una mezcolanza criminal.

El PRD y Morena

La historia reciente de la izquierda partidaria, sobre todo desde la creación del PRD, ha sido convulsa. Desde sus orígenes, este partido hizo inobjetables aportes al proceso de transición a la democracia, pero también observó comportamientos y prácticas contrarias a la misma.

Las explicaciones al respecto siempre han sido varias: su origen diverso, el sectarismo histórico de la izquierda, el alud de priistas, la cultura política de un país gobernado por el mismo partido durante décadas…

Lo cierto es que la idea de contraponerse a las prácticas del PRI y el PAN para elegir a sus dirigentes y candidatos, que solían hacerlo por dedazo o de

manera cupular, hizo que el PRD dispusiera elecciones internas, en las que afloraron comportamientos fraudulentos, tanto en sus momentos de cúspide electoral y también en su decadencia.

En 1999, a un año de la estratégica elección presidencial, el PRD convocó al proceso para elegir al sucesor de López Obrador en la presidencia de ese partido, que había sido el más exitoso dirigente partidario desde su fundación, el 5 de mayo de 1989, y presidido previamente por Cárdenas y Muñoz Ledo.

Los contendientes fueron Amalia García, cabeza de la corriente Nuevo Sol, y Jesús Ortega Martínez, de Nueva Izquierda, conocida como "Los Chuchos" por el nombre también de Jesús Zambrano, y había sido secretario general con López Obrador.

Mientras López Obrador recorría el país, Ortega fortaleció, desde la Secretaría General, a su corriente en la política interna perredista, hasta convertirla en la principal.

La elección fue de tal manera sucia, con mutuas prácticas de defraudación, que inició una crisis que, según Cárdenas, repercutió en el resultado que él obtuvo como candidato presidencial en 2000.

López Obrador, quien reconoció que fue un error desentenderse de la elección, planteó la nulidad o él renunciaría al propio PRD. Se anuló y se nombró a Pablo Gómez como presidente interino, pero había comenzado el proceso de descomposición de ese partido.

Escribe López Obrador en *La mafia nos robó la Presidencia:*

> Como presidente nacional del PRD cometí varios errores. Uno de ellos fue que, al final de mi gestión, cuando decidí retirarme, me propuse no involucrarme en el proceso electoral interno para elegir al nuevo presidente. Quise mantenerme al margen y se dio una elección muy complicada para el relevo de la presidencia. Participaron Jesús Ortega y Amalia García y hubo confrontación y crítica por el manejo irregular del proceso. Se anularon las elecciones para que entrara un presidente interino, Pablo Gómez. Pero fue un escándalo, todo eso perjudicó al partido y me sentí culpable o responsable. Lo cierto es que caí en la definición. Pensé que me podían acusar de querer inclinar las cosas a favor de un grupo o de un candidato y, equivocadamente, decidí no participar para poner orden y buscar un buen desenvolvimiento del proceso interno. La lección es que, en estos puntos, hay que optar, no convienen las medias tintas. Al final de cuentas la política implica optar entre inconvenientes.

Tras la nulidad de la elección y después de arreglos y negociaciones, Amalia García tomó posesión como presidenta y Zambrano como secretario general, una dirigencia frágil e ineficaz para afrontar la elección de 2000.

Las corrientes internas, garantizadas por los estatutos, eran el poder en el PRD. "Los Chuchos", cuyo origen es el paraestatal Partido Socialista de los Trabajadores de Rafael Aguilar Talamantes, fueron conquistando cada vez más espacios, que tras la elección de 2006 se volvieron hegemónicos.

En marzo de 2002, cuando ya era evidente el alejamiento de López Obrador y Cárdenas, ganó la presidencia del PRD Robles Berlanga, cuyo secretario general fue Carlos Navarrete, de "Los Chuchos".

Ya para entonces, el gobierno de López Obrador había sancionado administrativamente a Alfonso Vaca, exsecretario particular de Cárdenas, y había decidido cancelar los contratos para la construcción de los segundos pisos, que ganó Carlos Ahumada, quien era propietario de *El Independiente,* dirigido por Raymundo Riva Palacio y Javier Solórzano, diario que apareció públicamente en 2003.

Ahumada había tejido una red de relaciones en el PRD y en sus gobiernos que alcanzaba no sólo a Robles Berlanga, René Bejarano, Ramón Sosamontes y Carlos Ímaz, sino personajes también cercanos a López Obrador, como César Raúl Ojeda Zubieta, candidato a gobernador de Tabasco, en 2000.

En la elección de ese año en Tabasco, yo mismo vi a Ahumada en el hotel Hyatt, junto con la cúpula del PRD nacional que fue a la elección. "Es un empresario progresista", me dijo un perredista sobre él, pero López Obrador lo tenía como corrupto.

Tras su fracaso como presidenta del PRD en la elección intermedia de 2003, acosada por las corrientes internas y en medio de escándalos por el presunto mal uso de los recursos, Robles renunció, en agosto de ese año, en medio de quejas de que López Obrador nunca la apoyó en su cargo.

Robles Berlanga fracasó en su promesa de democratizar al PRD: "Yo iba a encabezar una reforma que iba a poner en jaque a intereses burocráticos, pero me quisieron maniatar. Sabía que no iba a contar con el apoyo de las

corrientes, porque significaba una forma diferente de organizar al partido", aseguró Robles al justificar su renuncia. "La pelea la di y la perdí".

Y tras su renuncia comenzó a gestarse lo que serían los videoescándalos. Como compañera de Ahumada, se entrevistó con Carlos Salinas y entregaron los videos a Televisa, en marzo de 2004, mientras el presidente del PRD era Leonel Godoy, a quien también le correspondió el desafuero a López Obrador tramado por la derecha.

Fue justo en medio del desafuero, en marzo de 2005, que el PRD celebró elecciones internas que ganó el exgobernador Leonel Cota Montaño a Camilo Valenzuela, en un proceso sin prácticas de defraudación, pero tan desorganizado que entre tantas irregularidades hasta Cárdenas no pudo votar en Morelia, porque la casilla se reubicó.

El desafuero de López Obrador y su candidatura presidencial cohesionó en lo general al perredismo, pero en la elección de 2008, ya con Calderón en la presidencia de la República, otra vez se presentó una elección interna fraudulenta: Jesús Ortega, quien buscaba la presidencia por segunda ocasión, se enfrentó a Alejandro Encinas, exjefe de Gobierno sustituto.

Ante la crispación de los grupos que proclamaban ganadores a los contendientes y ante tantas irregularidades, entre ellas quema de casillas y robo de urnas, Cárdenas llamó a anular la elección, que terminó resolviendo el TEPJF en noviembre de ese año a favor de Ortega.

Ya para entonces Héctor Bautista López, dirigente de la corriente Alternativa Democrática Nacional, se había entrevistado con Calderón, en Los Pinos, el 25 de julio de 2007, en compañía de los también diputados federales del PRD Juan Hugo de la Rosa García y Hugo Eduardo Martínez Padilla, pese a que el Congreso Nacional lo declaró "presidente espurio".

A su vez, el coordinador de los senadores del PRD, Carlos Navarrete, miembro de "Los Chuchos", planeó "la disponibilidad del PRD" para establecer un "pacto político y social" con Calderón, pese a su carácter espurio.

La cúpula del PRD fue proclive también a la reforma energética que presentó Calderón, que era la puerta de entrada a la privatización del

petróleo, que fracasó no tanto por la exhibición de contratos que beneficiaban al secretario de Gobernación, Juan Camilo Mouriño, sino por la movilización popular que encabezó López Obrador.

Con Ortega en la presidencia, el PRD también se alió con el PAN, que controlaba Calderón. Fue en 2010, un año después de la debacle panista en la elección federal, y esa decisión con todas las desavenencias acumuladas fue perfilando lo que sería la ruptura con López Obrador, apenas pasando la elección de 2012.

En ese 2010, el PAN era presidido por César Nava, exsecretario particular de Calderón y miembro juramentado de la organización secreta de extrema derecha El Yunque, lo cual no impidió que Ortega firmara una alianza electoral en varios estados, entre ellos de gobernador en Puebla, Oaxaca y Sinaloa.

Aunque López Obrador impulsó a Gabino Cué Monteagudo en Oaxaca, tomó distancia cuando se sumó el PAN a esa candidatura y tampoco apoyó a los candidatos aliancistas Rafael Moreno Valle en Puebla, discípulo de Elba Esther Gordillo, ni a Mario López Valdez en Sinaloa.

Ortega, el dirigente nacional del PRD, argumentaba que aliarse con el PAN no implicaba legitimar a Calderón, definido por los propios órganos partidarios como espurio.

"¡Es un error convertir un asunto electoral en uno de principios!", me dijo Ortega, en una entrevista de febrero de 2010, cuando estaban en curso las negociaciones con el PAN a través de Nava.

"¿Se está legitimando a Calderón? ¡No es cierto! No desconozco que hubo fraude en las elecciones de 2006. Lo sigo diciendo, pero no puedo y no debo arrinconarme gritando que hubo fraude electoral y olvidarme del acontecer político diario y permanente. ¡No estoy legitimando a nadie!".

Calderón, decía, "es y seguirá siendo ilegítimo por los siglos de los siglos", pero argumentaba a favor del partido que ese personaje controlaba.

"No ignoro ni olvido lo que pasó en 2006, pero no me voy a encerrar a que me crezca la barba en un refugio en la montaña para rumiar lo que nos

pasó en 2006. No. O para autoflagelarnos porque nos hicieron fraude y porque no hubo elecciones limpias".

Fue polémica esta entrevista, publicada en el semanario *Proceso* 1737, del 14 de febrero de 2010, porque Ortega resumía un comportamiento ante el PAN y Calderón que el propio Cárdenas desaprobaba.

—No hay ningún arreglo con Calderón ni estoy haciendo un arreglo estratégico con el PAN. Estamos haciendo alianzas electorales en algunos estados para terminar con gobiernos espurios, cacicazgos terribles, gobiernos terribles, que cancelan libertades y que limitan la posibilidad de que el PRD se convierta en opción en 2012.

—En alianza con un gobierno espurio.

—¡No, no es cierto! Estamos haciendo alianzas específicas con movimientos cívicos, por cierto, porque hay en todos esos estados movimientos cívicos que ponen poca atención a los partidos políticos, sino que ponen atención a cómo terminan con esos gobiernos.

El carácter truculento e hipócrita de Calderón y del PAN se exhibió con el pacto secreto que hizo Calderón con el gobernador del Estado de México, Enrique Peña Nieto, para que el PAN no se aliara con el PRD en la contienda por la gubernatura de 2011, a cambio de que los diputados y senadores priistas aprobaran un aumento en impuestos como el IVA.

Ese acuerdo fue firmado, formalmente, el 30 de octubre de 2009, entre Nava Vázquez y la presidenta del PRI, Beatriz Paredes Rangel, en la sede de la Secretaría de Gobernación, cuyo titular, Fernando Gómez Mont, suscribió como testigo y en esa calidad lo hizo también el secretario de Gobierno del Estado de México, Luis Enrique Miranda.

El escándalo estalló cuando el propio Peña Nieto hizo público el acuerdo, porque los panistas se desdijeron de no aliarse con el PRD en el Estado de México y porque no todos los legisladores priistas votaron a favor de elevar los impuestos, como reclamó Nava, quien en un primer momento mintió al asegurar que no existía ese pacto.

—¿Por qué mintió a la opinión pública al declarar que no había firmado acuerdo alguno o pacto con el PRI, y por qué no se notificó al Comité

Ejecutivo Nacional del convenio? —se le preguntó a Nava.

—En primer lugar, este acuerdo no fue puesto en el conocimiento del CEN precisamente porque el incumplimiento del PRI lo hizo innecesario. Estaba contemplada la posibilidad de hacerlo del conocimiento del comité nacional para su eventual aprobación; sin embargo, al quedar sin efectos, al quedar sin vigencia ni validez alguna, no fue necesario hacer esta presentación.

"Por otra parte, es cierto que en un primer momento no hice pública la firma de este acuerdo. Lo hice por respeto al principio de confidencialidad que rige esta clase de relación y de acuerdos políticos. Sin embargo, una vez que la presidenta del PRI, Beatriz Paredes, ha violado la confidencialidad de este acuerdo, me encuentro en absoluta libertad para divulgar sus términos y entregarlo a los medios de comunicación".

Según Nava, Calderón jamás supo del acuerdo en el pacto PAN-PRI, avalado por los dos gobiernos, cuya última de las seis cláusulas era que tendría vigencia hasta el 31 de julio de 2011, es decir, después de las elecciones del Estado de México, que eran clave para el proyecto presidencial de Peña Nieto.

Por supuesto que Calderón sabía de ese pacto. Era imposible que un sujeto controlador como él, que había puesto en el cargo al presidente del PAN, no estuviera enterado. Más aún: la relación de Calderón con Peña Nieto venía de la elección de 2006, cuando este operó electoralmente a su favor en el Estado de México y con otros gobernadores priistas que obtuvieron impunidad, como los cuestionados Mario Marín de Puebla y Ulises Ruiz de Oaxaca, así como Natividad González Parás de Nuevo León, Eugenio Hernández de Tamaulipas, Ismael Hernández Deras de Durango y Eduardo Bours de Sonora.

Sin embargo, este arreglito de Calderón con Peña no modificó en lo más mínimo la intención del PRD de aliarse con el PAN en las elecciones de 2010, a cuya coalición se sumaron también el Partido del Trabajo y Convergencia por la Democracia, como se denominaba al actual partido Movimiento Ciudadano.

López Obrador consideró un error enorme esa alianza con el PAN, porque el verdadero fondo era proteger a Peña Nieto. "Y detrás de eso está la mafia de los 30 barones del dinero, que junto con Carlos Salinas decidieron desechar a Calderón y con Televisa apoyar el producto chatarra de Peña Nieto".

Aun con los triunfos en Oaxaca, Puebla y Sinaloa, López Obrador no dejó de acusar a la dirigencia nacional del PRD de ser "paleros de la mafia política" y los emplazó a "quitarse la máscara" y explicar cuáles eran los verdaderos acuerdos y compromisos que contrajeron con Calderón para amarrar las alianzas electorales.

En una gira por el Estado de México, el 3 de octubre de 2010, López Obrador reiteró sus críticas a las alianzas con el PAN y exhibió una fotografía gigante de Salinas de Gortari y Peña Nieto abrazados.

Y recordó que "el PRI y el PAN son lo mismo: ambos partidos se aliaron para imponer a Carlos Salinas en 1988 y a Felipe Calderón en el 2006; ambas fuerzas se aliaron para apoyar el Fobrapoa, los aumentos al IVA, a las gasolinas y a la energía eléctrica".

Ebrard, mientras tanto, trabajaba desde el gobierno de la Ciudad de México para obtener la candidatura presidencial de 2012. A diferencia de López Obrador, él sí apoyaba las alianzas con el PAN en los estados, incluido el Estado de México, aunque decía que en la presidencial debería ir unida la izquierda.

La alianza con el PAN se frustró finalmente, no tanto porque quedó al descubierto el pacto Peña-Calderón a través de Nava y Paredes, sino porque "Los Chuchos" no lograron los votos suficientes en el Consejo Nacional de abril de 2011 y Alejandro Encinas, rival del grupo dominante, fue postulado como candidato a gobernador.

Al final López Obrador vencería a Ebrard en las encuestas y también, pese al alejamiento con la cúpula del PRD, se convertiría en su candidato presidencial por segunda ocasión, aunque "Los Chuchos" se quedarían con todas las candidaturas a diputados y senadores, algunas de ellas también para el jefe de Gobierno saliente.

“El desplazamiento de las [candidaturas] propuestas de López Obrador fue completo”, escribe Héctor Alejandro Quintanar en *Las raíces del Movimiento de Regeneración Nacional. Antecedentes, consolidación partidaria y definición ideológica de Morena,* libro que describe el proceso de ruptura en el PRD, en 2012.

“Nueva Izquierda acaparó los espacios y garantizó la presencia de muchos de sus integrantes en las cámaras legislativas. El primero en la lista al Senado era el coordinador nacional de Nueva Izquierda, Miguel Barbosa; en segundo lugar iba la esposa de Jesús Ortega, Angélica de la Peña, y Luis Sánchez, dirigente del Sol Azteca, precursor de las alianzas con el PAN y aliado de Nueva Izquierda, quien había hecho un negligente trabajo partidista en 2011”.

La situación no cambió mucho en las candidaturas principales de la Cámara de Diputados, añade Quintana, porque las acaparó también Nueva Izquierda.

> En lo referente a las candidaturas en elecciones pasadas, López Obrador había sido flexible y dialogante con las corrientes del perredismo, pero a partir del conflicto interno de 2008 el nivel de influencia de AMLO en la designación de candidaturas de su partido se debilitó y para 2012 se vio completamente relegado. Morena estaba trabajando a ras de tierra por conseguir votantes de AMLO y vigilantes de casilla, pero los políticos identificados con esa causa y que habían estado con AMLO en las bregas de 2006 y 2012 no podían quedarse excluidos de la posibilidad de acceder al Congreso. En ese entendido, y con la ventaja que daba la nueva ley electoral, fue a través del papel negociador de Ricardo Monreal (coordinador general de la campaña de AMLO en 2012) que tanto PT como Movimiento Ciudadano abrieron espacios en sus listas plurinominales a candidatos identificados con Morena, no sólo como una “adhesión” a la candidatura de AMLO, sino también para obtener en sus distritos un mejor rendimiento electoral. Sin embargo, no todos los abanderados de esos partidos provenían de Morena o de la cercanía con AMLO, pues también los dirigentes de esas formaciones políticas postularon a sus propios integrantes. Era una especie de juego simbiótico donde ambos buscaban salir fortalecidos […] Más allá del resultado electoral de 2012, este acuerdo entre Morena y los partidos distintos al PRD del movimiento progresista significó que lograran acceder al Senado al nada desdeñable número de once legisladores y una cantidad similar en la Cámara de Diputados, que se identificarían y coordinarían con Morena y AMLO desde sus respectivas legislaturas.

A su vez, el candidato a la Jefatura de Gobierno, Miguel Ángel Mancera, se sumaría a "Los Chuchos" una vez que resultó victorioso, pese a que fue avalado e impulsado por López Obrador y Ebrard.

Con "Los Chuchos" con el control absoluto del PRD, de sus grupos parlamentarios y la Jefatura de Gobierno, vendría el rompimiento definitivo de López Obrador con ese partido.

Desde el Zócalo, en septiembre de 2012, López Obrador terminaría con casi 23 años de militancia en el PRD, que lo hizo dos veces candidato presidencial, junto con los partidos del Trabajo y Convergencia por la Democracia. "Me despido en los mejores términos. Me separo de los partidos progresistas con mi más profundo agradecimiento a sus dirigentes y militantes", dijo.

Y añadió: "Tengo en el PRD muchos amigos, que en todo momento me dieron su confianza y respaldo. En correspondencia, considero que les di lo mejor de mí y los representé con entrega y dignidad. Estamos a mano y en paz".

Para entonces la dirigencia del PRD, encabezada por Jesús Zambrano, otro de "Los Chuchos", ya mantenía diálogo con el equipo de Peña Nieto y con la cúpula del PAN, que en diciembre firmarían el Pacto por México.

De hecho, a finales de julio de 2012, a un mes de la jornada electoral y antes de que el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF) entregara la constancia de mayoría a Peña Nieto, el 31 de agosto de ese año, la cúpula del PRD y "Los Chuchos" ya lo reconocían como ganador inevitable.

Y hasta ahí llegó la relación de López Obrador con el PRD.

En una comida celebrada a finales de julio de 2012, en las oficinas de la Fundación Equidad y Progreso, presidida por Ebrard, y a la que asistieron López Obrador, Cuauhtémoc Cárdenas y Juan Ramón de la Fuente, se presentó un documento elaborado por Zambrano, Ortega y Manuel Camacho Solís.

En el documento denominado "Reconciliación de México: Legalidad, mandato popular y bases para un acuerdo nacional" proponían reconocer el

triunfo de Peña Nieto, convertir a los partidos de izquierda, "empezando por Morena", en la principal fuerza de oposición e impulsar una agenda de reformas que dieron origen al Pacto por México.

"Acataremos la decisión del Tribunal, pero exigiremos que su decisión y las de las demás instancias sean apegadas a la ley y transparentes", enunciaba el primero de los 10 puntos del documento, en el que se exigía al TEPJF no repetir su conducta en la elección de 2006, con Calderón, cuando "se sostuvo que hubo violaciones a la Constitución y a la ley, pero estas no tuvieron ninguna consecuencia".

Y en el punto 10, titulado "Relación con el gobierno y alianzas", que daba por hecho el triunfo de Peña Nieto, el planteamiento era que los gobiernos perredistas y los grupos parlamentarios de los partidos de la coalición que postularon a López Obrador actuaran de manera unitaria ante el próximo gobierno. "Seremos una fuerza que siga avanzando con los buenos resultados de sus gobiernos y que se abrirá a los ciudadanos para impulsar las reformas más importantes y la modernización de sus propios partidos", subrayaba.

López Obrador se negó a avalar ese documento y dos meses después, el 9 de septiembre de 2012, rompió definitivamente con el PRD.

Cárdenas, quien fue asesor del jefe de Gobierno Miguel Ángel Mancera, renunciaría hasta noviembre de 2014, después de la desaparición de los 43 normalistas de Ayotzinapa, que involucró al alcalde de Iguala, Guerrero, José Luis Abarca, y al gobernador Ángel Aguirre Rivero, ambos perredistas.

También Ebrard terminaría por separarse del PRD cuando no logró ser el presidente de ese partido, pero tampoco se fue a Morena, el flamante partido de López Obrador.

"A Morena, nunca", declaró en entrevista con Humberto Padgett, publicada en *SinEmbargo* en febrero de 2013, cinco meses después de la ruptura de López Obrador con el PRD. En 2015 buscaría ser diputado federal del partido Movimiento Ciudadano, pero su propósito se frustró, porque el TEPJF adujo que buscaba ese objetivo por dos partidos simultáneamente.

Enfrentado con Peña Nieto y Osorio Chong, quienes le atribuyeron haber filtrado información por el reportaje "La Casa Blanca", y ante el riesgo de ser encarcelado, Ebrard huyó del país, pese a que López Obrador afirmó que era una "persecución política".

Sólo regresó a México en 2018, para sumarse a la campaña de López Obrador, desde cuya Secretaría de Relaciones Exteriores construiría su proyecto presidencial.

El fenómeno Morena

La renuncia de López Obrador al PRD y la construcción de Morena, que obtuvo el registro como partido político en 2014, cerró una etapa e inició otra de la izquierda partidaria, que conduciría tres años después, en 2018, a su aplastante triunfo como presidente de la República.

Pero Morena no nació tras la ruptura de López Obrador con el PRD, en 2012, sino desde que era ya evidente que los principios fundacionales habían mutado, sobre todo por los arreglos de "Los Chuchos" con Calderón y el PAN.

En *Las raíces del Movimiento de Regeneración Nacional,* prologado por Lorenzo Meyer, Quintanar recuerda que, tras la elección federal de 2009 y la crisis económica de ese año que derribó la economía —6.5 por ciento del PIB, y en el contexto de una reformulación del ideario político de López Obrador hacia 2012, se produjo un "movimiento estratégico" que da origen a Morena.

"Desde 2009, los cambios de nombre del movimiento (que había sido 'Gobierno Legítimo', 'Movimiento en Defensa del Petróleo' o 'Movimiento en Defensa de la Soberanía Nacional y la Economía Popular') restaban identidad y generaban dispersión de los fines y objetivos".

Quintanar identifica al periódico *Regeneración,* dirigido por Jesús Ramírez Cuevas y cuyo primer número se lanzó en enero de 2010, como el antecedente del nombre de Morena.

> Este instrumento impreso fue el preámbulo para la consolidación del Movimiento de Regeneración Nacional, en enero de 2011, nombre con el que se pretendió dar identidad y sencillez al ideario construido y promovido por el movimiento de 2007 a 2011. El nombre debía ser sencillo y, al mismo tiempo, dar a entender que nominaba a una entidad crítica y movilizada, de carácter nacional y que proponía un cambio de fondo en el país. Si bien se pensó en nombres como Movimiento Renovación Nacional o Movimiento Revolucionario Nacional, entre otros intelectuales partícipes en el Nuevo Proyecto Alternativo de Nación, a propuesta de López Obrador quedó Movimiento Regeneración Nacional, cuyo acrónimo "Mo-re-na" sería de fácil identificación y sería acorde al periódico fundado que, a su vez, homenajeaba a la gesta revolucionaria de los Flores Magón en 1910.

Quintanar cuenta que con una estructura territorial incipiente, pero con presencia en la mayor parte del territorio nacional, un periódico que sintetizaba sus objetivos, un proyecto de nación constituido ahora de manera colectiva, y sobre todo un nombre que sintetizara su identidad, Morena debutó en las elecciones del Estado de México, en 2011, con Encinas como el candidato del partido que tenía el registro, el PRD, y perfiló lo que sería la ruptura.

Desde su origen como asociación civil, focalizada como tal el 2 de octubre de 2011, la disyuntiva en la deliberación fue si Morena debía ser un movimiento o un partido político o, como muchos hasta ahora plantean, un "partido-movimiento", como lo formuló López Obrador para el PRD cuando llegó a la dirección de este, en 1996.

Tras las elecciones de 2012 y la renuncia de López Obrador al PRD, la discusión se generó en esos términos sobre la nueva organización política nacida de un movimiento que se gestó desde el proceso de desafuero de 2005.

El intelectual Armando Bartra, por ejemplo, se inclinó por mantener al movimiento:

> Morena es un gran movimiento plural e incluyente, pero en la práctica es también un partido, más partido que muchos de los que dicen serlo. No lo que la legislación mexicana exige, sí lo que la historia demanda. Cuándo y cómo busque su registro, porque así convenga a su profesionalización o planes electorales, importa y urge (hay plazos fatales), pero resulta secundario. Lo que cuenta es que seguimos en pie y no nos vamos a rendir ni claudicar. Lo principal es que Morena siga siendo un movimiento amplio, plural, incluyente y combativo que

> lucha por el cambio de régimen vía electoral, pero también resistiendo reformas neoliberales y políticas antipopulares, apoyando demandas populares e impulsando el cambio verdadero.

Al hacer una reseña de la discusión en curso en ese momento, Adolfo Sánchez Rebolledo destacó lo que planteaba por su parte Luciano Concheiro en el sentido de que Morena es uno de esos movimientos que son sujetos políticos pero que a la vez son sociales, y es esta doble condición la que permite que el cuestionamiento del régimen actual también confronte las propias estructuras sociales que le dan sustento al ser parte de las estructuras antidemocráticas; y a la vez permite establecer en la práctica y como proyecto una nueva relación Estado-sociedad.

En consecuencia, decía Concheiro, Morena es un movimiento, pero también un partido distinto, "tiene un carácter de sujeto histórico parte de la sociedad vuelta pueblo organizado, porque es allí donde se encuentran las fuerzas del cambio radical que hoy necesitamos".

Alejandro Encinas se manifestó a favor de mantenerse como movimiento, que incluía una propuesta para eludir la inevitable fragmentación de las fuerzas progresistas a partir de la creación de un partido más compitiendo por los mismos espacios:

> Se requiere mantener un movimiento amplio y plural, con una estructura flexible y horizontal que desate la iniciativa y la imaginación de la gente. Al mismo tiempo, se requiere construir una organización política que permita a los miembros de Morena acceder al poder público y a los cargos de representación popular, evitando la subordinación de Morena a los partidos y que estos cosechen los espacios de representación a los que legítimamente pueden aspirar sus miembros.

Para evitar la fragmentación, Encinas planteaba la creación de un partido-frente con los actuales integrantes del Movimiento Progresista o con algunos de ellos, en el que bajo un solo registro, Morena y los partidos establezcan un frente político electoral, manteniendo la autonomía y organicidad de cada integrante en igualdad de condiciones, con base en un acuerdo político en lo fundamental que permita la unidad de acción, el derecho a disentir y defender posiciones en los temas que no formen parte

del acuerdo básico y con reglas claras de convivencia y competencia interna para definir los órganos de dirección y las candidaturas del frente.

Por su parte, Eduardo Cervantes Díaz Lombardo, quien era muy cercano a López Obrador, escribió:

> Conviene preguntarse si los partidos llamados de izquierda son capaces de llevar a buen puerto los objetivos históricos del pueblo mexicano, y la respuesta evidente es que no, por la simple razón de que se han olvidado de dichos objetivos y más bien se han sumado a las reglas del juego del sistema y de la clase política. Otra pregunta obligada es si el movimiento social, con sus variadas expresiones (incluida Morena) puede conducir la lucha por el cambio verdadero, considerando en ello la vía pacífica y la participación electoral como Andrés Manuel ha planteado reiteradamente, y la respuesta también es que no, entre otras cosas porque se mantendría la subordinación a los partidos llamados de izquierda y la definición de las candidaturas seguiría en manos de sus burocracias, incapaces de ver más allá de sus intereses personales y de grupo. En consecuencia, se requiere de un partido de nuevo tipo sustentado en una nueva base social y una militancia organizadas, informadas y participativas, constituidas en conciencia crítica de los dirigentes, con capacidad de propuesta y de evaluación, atentas cuando se requiera a la revocación del mandato, exigentes con la rendición de cuentas; incluyente y plural, abierto a la sociedad, solidario y comprometido con las luchas y movimientos sociales, en el que las candidaturas se definan por el perfil de las personas […] y nunca más por cuotas o influyentismos.

Jaime López Vega, exdiputado constituyente de la Ciudad de México, advertía: “La izquierda partidista actual ha cumplido su ciclo político y como cualquier organización debe ser susceptible a una revisión de sus resultados a través de los objetivos que le dieron origen […] Por tanto, refundar la izquierda, convirtiendo a Morena en partido político en este momento histórico, es abrir un camino para el necesario relevo generacional, es limpiar a la izquierda de cacicazgos incapaces, ineficientes y faltos de convicción”.

En un país con tanta desigualdad social, exponía, la izquierda política no puede ser exclusiva de los partidos existentes ni debe estar condenada a su constante disminución, por lo que es necesario refundar a la izquierda, abrevando de los aciertos (que no son pocos) y de los errores que impidieron alcanzar el objetivo de hacer de México un país más justo. Para ello propuso “continuar nuestra encomienda de cambiar al régimen, pero

desde sus propias reglas, desafiando al sistema con sus propias instituciones, modificar nuestra realidad política y de representación popular a través de un instrumento que permita la expresión libre, amplia, crítica, incluso con humor, del potencial creativo que no encuentra cabida en los partidos políticos existentes".

Finalmente, Morena cumplió con todos los requisitos que exigía la ley electoral para obtener su registro condicionado: cumplió con las 32 asambleas estatales con al menos 3 mil militantes cada una, 13 de las cuales se realizaron en un segundo intento.

Y el 14 de julio de 2014 el Instituto Nacional Electoral (INE) le otorgó el registro como partido político, cuyo líder principal era López Obrador.

Escribe Alejandro Quintanar:

> La génesis de Morena, la movilización contra el desafuero, databan de una década a tres, en las que el nacimiento de un grupo de ciudadanos identificado con el proyecto que encabezó el entonces jefe de Gobierno, devino en una organización política nueva que nacía tanto de una base social propia como de una escisión partidista. Para un partido emergente en México, con la aspiración de adquirir la preeminencia opositora en el país, lograr el apartado legal de su registro no significaría la culminación de un proceso, sino más bien el verdadero inicio de su propia historia.

El debut de Morena como partido, en las elecciones federales de 2015, inició de manera muy positiva: obtuvo 8 por ciento de la votación nacional y se convirtió en la cuarta fuerza política y la primera en la Ciudad de México, con la mayoría en el Congreso local.

Con su triunfo en 14 distritos de mayoría y los 21 de representación proporcional, sumó sus primeros 35 diputados federales, lo que representó el primer gran descalabro del PRD en la capital del país.

El vertiginoso ascenso de Morena como partido político continuó en 2018 que, con sólo cuatro años de haber obtenido el registro y como cabeza de la coalición con los partidos del Trabajo y Encuentro Social, se convirtió en el partido dominante del sistema político mexicano.

Además de ganar con López Obrador la presidencia de México con 53.19 por ciento de los votos, Morena conquistó 191 de los 500 diputados y

logró mayoría absoluta con 308 sumando los 61 del PT y los 56 del PES. En el Senado conquistó 55 de los 128 escaños que, sumados a los ocho del PES y seis del PT, son también mayoría absoluta.

En las dos cámaras del Congreso Morena no logró la mayoría calificada en las elecciones de 2018: en la de Diputados sumó con sus aliados 334 curules, pero ni con los 16 del Partido Verde Ecologista de México hizo esa mayoría. Lo mismo en el Senado, cuya coalición Juntos Haremos Historia reunió 69 escaños y luego se sumaron los siete del PVEM y uno del Panal para sumar 77, pero se requieren 85.

Morena ganó también en 2018 cinco gobiernos estatales: la Ciudad de México, Veracruz, Tabasco, Chiapas y Morelos, que serán los que por primera vez defenderá en 2024, pero ya para 2023 sumaba 22 de los 32 gobiernos estatales, con la mayor población gobernada en su corta historia.

El 9 de julio de 2024, exactamente a una semana de la jornada electoral, Morena cumplirá su primera década como partido político en medio de las complejidades para su institucionalización, los incipientes controles para atajar y sancionar prácticas de adulteración de la voluntad de la militancia, de corrupción y traición a los principios que le dieron origen, así como las insuficiencias y límites en su desempeño como gobierno en los tres niveles y en el parlamento para el diseñar políticas públicas y relación con los otros poderes del Estado.

Ese año será también el fin del gobierno y el retiro del presidente López Obrador, inspiración y guía de Morena, y se pondrá a prueba si sus dirigentes, militantes y simpatizantes tendrán la capacidad para que su partido siga siendo una fuerza de fiar para los mexicanos o sólo una transitoria fuerza de contención de la derecha que trama, sin reposo, volver por todo el poder.

BIBLIOGRAFÍA

Ahumada, Carlos, *Derecho de réplica. Revelaciones de la más grande pantalla política en México,* Grijalbo, 2009.

Borjas Navarrete, Adriana, *Partido de la Revolución Democrática. Estructura, organización interna y desempeño público; 1989-2003,* Guernica, 2003.

Camacho, Óscar, y Alejandro Almazán, *La victoria que no fue. López Obrador: Entre la guerra sucia y la soberbia,* Grijalbo, 2006.

Cárdenas, Cuauhtémoc, *Sobre mis pasos,* Aguilar, 2010.

Delgado, Álvaro, *El engaño. Prédica y práctica el PAN,* Grijalbo, 2007.

——, "El amasiato, el pacto secreto Peña-Calderón y otras traiciones panistas", *Proceso,* 2016.

López Obrador, Andrés Manuel, *Entre la historia y la esperanza,* Grijalbo, 1995.

——, *Un proyecto alternativo de nación,* Grijalbo, 2004.

——, *La mafia nos robó la Presidencia. "Sólo le han quitado una pluma a nuestro gallo",* Grijalbo, 2007.

——, *La mafia que se adueñó de México… y el 2012,* Grijalbo, 2010.

Meyer, Lorenzo, *El espejismo democrático. De la euforia del cambio a la continuidad,* Océano, 2007.

Montemayor, Carlos, "Los movimientos guerrilleros y los servicios de inteligencia (notas reiteradas y nuevas conclusiones)", en Arturo Alvarado y Mónica Serrano, *Seguridad nacional y seguridad interior,* El Colegio de México, 2010.

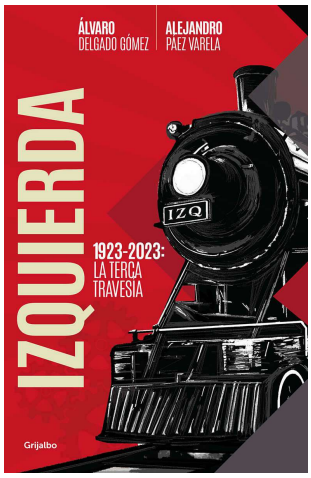
Páez Varela, Alejandro, *Presidente en espera. Un retrato en blanco y negro de Marcelo Ebrard Casaubón,* Planeta, 2011.

Quintanar, Héctor Alejandro, *Las raíces del Movimiento de Regeneración Nacional. Antecedentes, consolidación partidaria y definición ideológica de Morena,* Itaca, 2017.

Robles, Rosario, *Con todo el corazón. Una historia personal desde la izquierda,* Plaza y Janés, 2005.

Sánchez Rebolledo, Adolfo, *La izquierda que viví. El instante y la palabra,* Configuraciones, 2014.

Sánchez, Marco Aurelio, *PRD: La élite en crisis. Problemas organizativos, indeterminación ideológica y deficiencias programáticas,* Plaza y Valdés, 1999.



En enero de 1923, el tren con el cuerpo maltratado de Ricardo Flores Magón avanzó sobre territorio mexicano. Hubo vítores, aunque pocos. La familia recurrió a donativos para trasladar desde Estados Unidos a uno de los más grandes revolucionarios mexicanos, muerto en cautiverio. El nuevo régimen elevaba a rango de mártir a Francisco I. Madero, pero regateaba el reconocimiento a un luchador social que había hecho posible la gesta armada.

"Lo que urgía contar es que la izquierda mexicana no es producto de la generación espontánea, sino de la resistencia. Que ha sobrevivido durante décadas a la persecución de Estado, a la apropiación del discurso, a un partido (el PRI) que devoró la Revolución de 1910 para no verse obligado a cumplir sus postulados. Una izquierda que se justifica en la profunda desigualdad y en deseos de revertirla, de acabarla. Una izquierda que resistió a los asesinatos y la desaparición forzada, que durante un siglo se ha enfrentado a una corriente de pensamiento abrumadoramente dominante, hábil y acomodaticia: la derecha", dicen los autores en este nuevo libro que viene después de *La disputa por México*.

"Nos urgía decir que tantos muertos y tantos movimientos reprimidos han quedado en la memoria colectiva a pesar de todos los esfuerzos por borrarla; que se ha generado una especie de linaje, uno solo, que se escapa del plural peyorativo. Es izquierda, puño en alto. Una sola izquierda. Con sus muchísimas faltas y errores; con sus héroes y villanos, corruptos e irreprochables. Izquierda que resistió fraudes electorales, matanzas y tortura; que muchas veces se ocultó en las cañadas o en las casuchas de madera en las sierras y que otras veces tomó plazas y zócalos y marchó, hasta desbordarse en las urnas."

ALEJANDRO PÁEZ VARELA es periodista y escritor. Es director general de *SinEmbargo*. Fue subdirector editorial de *El Universal* y subdirector de la revista *Día Siete*; editor en *Reforma* y *El Economista*, y reportero siempre. Es autor de las novelas *Corazón de Kaláshnikov*, *El reino de las moscas*, *Música para perros* y *Oriundo Laredo*; de los libros de relatos *No incluye baterías* y *Paracaídas que no abre*. Coordinó el libro *La guerra por Juárez*. Ha participado, como periodista de investigación, en los libros colectivos *Los amos de México*, *Los intocables*, *Indomables* y *Los suspirantes 2006*, *Los suspirantes 2012* y *Los suspirantes 2018* con el género de biografía. Es conductor del programa informativo "Los Periodistas" junto con Álvaro Delgado, con quien comparte créditos, además, de su último libro: *La disputa por México* (2022).

ÁLVARO DELGADO GÓMEZ estudió periodismo y comunicación colectiva en la FES Acatlán de la UNAM, y prospectiva política y formulación de escenarios en la Universidad Iberoamericana. Es director de investigación del diario digital *SinEmbargo*. Trabajó en *Proceso*, *El Universal*, *El Financiero* y *El Nacional*. Es autor de *El Yunque, la ultraderecha en el poder*; *El ejército de Dios, nuevas revelaciones sobre la ultraderecha en México*; *El engaño. Prédica y práctica del PAN*, y *El amasiato. El pacto secreto Peña-Calderón y otras traiciones panistas*. Es conductor del programa informativo "Los Periodistas" junto con Alejandro Páez Varela, con quien comparte créditos, además de su último libro: *La disputa por México* (2022).

Izquierda
1923-2023: La terca travesía

Edición en formato digital: septiembre, 2023

D. R. © 2023, Alejandro Páez Varela y Álvaro Delgado

D. R. © 2023, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Omar Vargas, por el diseño de portada

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-383-725-5

Composición digital: Tangram. Comunicación y Estrategias Digitales

Facebook: @penguinebooks
Twitter: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
Youtube: @penguinlibrosmx

Índice

Prólogo. Por qué *Izquierda*

Primera parte
Por Alejandro Páez Varela

1. Las bestias del olvido
2. El camino de la opresión
3. El proyecto truncado
4. Ni pan, ni tierra, ni libertad

Segunda parte
Por Álvaro Delgado

5. Exterminio y ascenso
6. La asfixia

Tercera parte
Por Alejandro Páez Varela

7. Arrinconar a la izquierda
8. Mujeres del alba
9. Neoliberalismo salvaje

Cuarta parte
Por Álvaro Delgado

10. Izquierda de dos hombres
11. Cicuta de derecha

Sobre este libro
Sobre los autores
Créditos